

3.1.14.2

MEDITACIONES SOBRE LA
SANTÍSIMA VIRGEN

TOMO II

BIBLIOTHECA
JUNIORUM

TIP. CATÓLICA CASALS
SECCIÓN DE LIBRERÍA
CASPE, 108. - BARCELONA

ES PROPIEDAD

Imprenta Moderna de Guinart y Pujolar, Bruch, 63. — Barcelona

MEDITACIONES

SOBRE LA

SANTÍSIMA VIRGEN

PARA USO DEL CLERO Y DE LOS FIELES

por el

R. P. A. Vermeersch, S. J.

Profesor de Teología

traducidas por el

R. P. Antonio Viladevall, S. J.

CON LICENCIA

TOMO II

Sábados. — Parte suplementaria



BARCELONA

GUSTAVO GILI, EDITOR *R. 2 38*

Calle Universidad, 45

MCMXII

IMPRIMI POTEST

JOSEPHUS BARRACHINA
Praepositus Prov. Aragoniae

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 5 de Octubre de 1911.

IMPRIMASE

El Provicario General,
JUSTINO GUITART

Por mandado de Su Sria.
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

TERCERA PARTE

Meditaciones para los sábados

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

I. María es Madre de Dios. ¿Pero lo es simplemente á la manera de las demás mujeres que han tenido la dicha de dar á luz hombres ilustres y grandes bienhechores de la humanidad?

Su maternidad, en este caso, no le añadiría mérito alguno; todos sus antepasados compartirían con ella semejante gloria y sería Jesús, Hijo de María, de igual manera que es nieto de Joaquín y Ana.

Así piensa de la Madre de Dios la herejía protestante; pero su error herético destruye toda la teología de nuestra justificación; y la interpretación servilmente literal de los sagrados textos, unida al menosprecio de la tradición viva, le oculta en gran parte la economía divina de nuestra reparación. No es, pues, extraño que esa religión mutilada y sin alma no haya conservado sino una imagen fría y descolorida de la Madre de Dios.

No faltan tampoco católicos, ignorantes por desgracia en las cosas de la fe, que tienen de la Virgen Santísima una idea incompleta é insuficiente, parecida, sin que se percaten de ello, á la idea que de ella tienen las sectas separadas, y que no corresponde por cierto á las prácticas de su piedad. Como hijos dóciles de la Iglesia, síguenla en los honores que tributa á la Madre

de Dios, sin penetrar ni aun sospechar la razón íntima de estos homenajes.

No conocen el lugar que la Madre de Dios ocupa en el plan divino y el valor del consentimiento que decidió su maternidad, y por esto les sorprende el lenguaje de los santos, y parécenles puras hipérbolas las expresiones de la liturgia, porque no se han dejado convencer por los argumentos que en favor de los privilegios de María se formulan.

En estas meditaciones tendremos siempre fija la mirada en el verdadero retrato de la Madre de Dios, tal cual la Iglesia lo ha recibido con el depósito de la fe y guardado con tanto amor, para ir descubriendo en él, con el transcurrir de los siglos, bellezas y magnificencias desconocidas en un principio.

La materia exige consideraciones que tal vez parezcan arduas á los lectores poco familiarizados con la teología (1). Pero el esfuerzo de su atención sentiráse alentado por la esperanza de alcanzar más pleno conocimiento de la Santísima Virgen y de Jesucristo, del cual María no puede separarse.

Añádase que María, aunque tan sublime, es sin embargo más parecida á nosotros que su divino Hijo. Si, como dice el Apóstol, nuestra predestinación debe modelarse sobre la de Jesucristo mismo; mucho más debe asemejarse á la de su Madre. Desarrollaráse, por consiguiente, á nuestra vista el plan de nuestra propia santificación, á medida que se nos vaya presentando la de María; y la realidad que nos llene de pasmo respecto

(1) Sucederá, por lo demás, á la mayor parte de nuestros lectores, que no podrán recorrer cada año la serie completa de estas meditaciones escritas para cincuenta y cuatro sábados. Podrán, pues, suprimir, en el plan que se formen, los temas que les parezcan menos á su propósito.

de ella, nos dará á conocer las misericordias con que Dios nos previene también á nosotros, y la manera con que debemos corresponder á los beneficios que nos otorga.

II. El amor divino eligió á la Madre de Dios, llenóla de riquezas, y la condujo por caminos magníficos al término en que la corona. Hállanse en el punto de partida una elección, y gracias y privilegios insignes; el camino seguido es el de las virtudes, que conducen á incomparable gloria.

Las *gracias*, las *virtudes* y las *glorias* de María dividen así naturalmente la tercera parte de nuestro trabajo en tres secciones, las cuales, sin embargo, difieren poco por su objeto. Porque, las gracias y las virtudes ¿no constituyen por ventura sus glorias más espléndidas? Y estas glorias, lo mismo que las virtudes ¿no son gracias á su vez? Con todo, el ejercicio de las virtudes introduce el elemento de una cooperación libre; y en las glorias se nos muestra enteramente perfecta y acabada la obra de Dios. Después de contemplar el punto de donde parte María por la gracia de Dios, ha de ser gustoso y agradable contemplar las alturas á que esta gracia, secundada por una voluntad perfectamente dócil, para siempre la ha sublimado.

III. Ilustres representantes de la teología, nos han dejado en sus obras un concepto científico y cristiano de la Madre de Dios. Plácenos citar aquí con reconocimiento á aquellos cuyos trabajos nos han particularmente ayudado para componer estas meditaciones.

SANTO TOMÁS bosquejó en la 3.^a parte de su *Suma teológica* una Mariología, sabia y piadosamente desarrollada por sus comentaristas, especialmente por SUÁREZ.

Al lado de estos grandes nombres mencionaremos, por orden cronológico, algunos autores recientes.

PASSAGLIA, *De Immaculato Deiparae Conceptu*, Romae, 1854, 1855, 3 vol.

MALOU, Obispo de Brujas, *L'Immaculée Conception de la B. Vierge Marie, considérée comme dogme de foi*, Bruxelles, 1857, 2 vol.

AUGUSTO NICOLÁS, *María y el plan divino*, 2 vol.

A. HAINE, *De Hyperdulia ejusque fundamento*. Dissertatio historico-theologica, Louvain, 1864 (Tesis doctoral).

SCHEEBEN, *Handbuch der katholischen Dogmatik*, t. 3, Freiburg im Breisgau, 1873-1887.

TERRIEN, S. J., *La Mère de Dieu et la Mère des hommes*, Paris, 1899.

GENNARI, Cardenal, *L'Immaculato Concepimento di Maria in relazione colla sua vita*, Roma, 1904.

SECCIÓN PRIMERA

Las gracias de María

SÁBADO PRIMERO.—*La elección de María considerada en Dios, su principio*

Plan de la meditación.—Dios es principio, Dios es fin de todas las cosas: esas dos verdades son fundamento de toda la vida moral; pero una y otra, por desgracia, se ven frecuentemente desconocidas y olvidadas, siendo la primera de ellas la que más se halla

expuesta á un completo y general olvido. Vamos, pues, á aprovecharnos con avidez de la ocasión que, de profundizar en ella, se nos ofrece en esta meditación, la cual se remonta hasta la fuente suprema de todas las grandezas de María: la libre elección de Dios. Veremos que la elección divina contiene *una gran lección de dependencia absoluta y completa sumisión*; que constituye *para María y para nosotros un supremo honor*, y que proporciona á Dios *una glorificación universal*. En otros términos, nos humilla, nos honra, y glorifica á su Autor. Esta es la materia de los puntos de este ejercicio.

MEDITACIÓN

«*O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?*» (Rom. IX, 20).

Oh hombre ¿quién eres tú para discutir con Dios?

1.^{ER} PRELUDIO. Trasladándonos á aquel instante, separado de nosotros por innumerables siglos, en que nada había sido creado, pero en que ya existía Dios, esforcémonos por aislar de todo lo demás á la Majestad divina y fijar nuestras miradas en ella sola, como en una grandeza y bondad que plenamente se basta á sí misma.

2.^º PRELUDIO. Pidamos la gracia de comprender mejor el abismo de nuestra nada, para mejor cumplir nuestro primer deber de criaturas.

I. La elección divina, gran lección de dependencia y sumisión.—I. Imaginémonos, ante Dios, la innumerable muchedumbre de los seres posibles. Todos son nada, absolutamente nada, hasta el punto de no poder-noslos representar sino con rasgos tomados del mundo

real. Ahí están delante de Dios inmóviles y mudos, sin voz ni aun para defender su propia causa, la causa suprema de su llamamiento á la existencia. En este universal silencio de todas las cosas, Dios no oye más que á sí mismo: *¡quiere y hace!* Esto que es verdad con respecto á todo lo que no es Dios, lo es también con respecto á María. Nuestros homenajes dejarían de ser agradables á la Santísima Virgen, si dejásemos de ver en ella á una *criatura*, nada de sí misma, deudora á Dios de cuanto tiene de grandeza y de bondad.

II. Tampoco nosotros nos libramos de esa nada de nuestro origen: «*Quid habes quod non accepisti?*» (1) ¿Qué tenemós que no lo hayamos recibido? ¿Y qué derecho teníamos á recibir cosa alguna?

¡Cuántas veces, sin embargo, cerramos los ojos á esta evidencia! Olvidámoslo prácticamente cada vez que nos complacemos en nosotros mismos; cada vez que nos dejamos llevar de la impaciencia, empeñándonos en forjarnos un mundo diferente del que es por voluntad ó permisión divina; cada vez que pronuncian nuestros labios orgullosas quejas contra los hombres ó las cosas.

II. La elección divina supremo honor de la creación.—I. La elección con que Dios determina libre y soberanamente crear tal ó cual ser, en tales ó cuales circunstancias, es un *pensamiento* eterno de Dios; y, cuando se trata de una criatura racional, un *amor divino*, igualmente eterno.

Eterno pensamiento. María está allí, en Dios. ¿Pero cómo? No está como una imagen tomada de la realidad, sino como un prototipo, de donde se deriva la misma realidad: ideal, modelo, prototipo, identifica-

(1) 1.^a Cor. IV, 7

do con Dios, causa ejemplar de cuanto será María.

¡Eterno amor, que crea el objeto que ha de amar!

II. Este mismo honor se nos concede á nosotros, aunque tan pequeños. Antes de que pudiésemos conocernos á nosotros mismos, antes de que pudiésemos amarnos, antes que nadie en el mundo pudiese soñar siquiera ni fijar en nosotros una mirada, un pensamiento, una benévola voluntad, Dios nos conocía y nos amaba. ¡Oh abismo de la sabiduría y del amor divino, que responde al abismo de nuestra nada! Seamos muy agradecidos.

III. La elección divina, fuente para Dios de universal glorificación.—I. Si todo cuanto existe, toda cualidad, todo elemento positivo de cualquier ser, viene como de su primer principio de Dios, que es razón de ser de sí mismo, claro está que todo manifiesta la verdad y la bondad de Dios; y así toda excelencia de María, cualquier alabanza pronunciada en honor suyo, viene á parar necesariamente á esta manifestación.

II. Si todo se termina en Dios, no temamos alabar á María, que mientras no la confundamos con Dios, alabar á su Madre es honrarle á El.

Mas entendamos también cómo debemos referir á Dios todas nuestras ventajas, nuestras cualidades, nuestros talentos. Procuremos hacer completa justicia á nuestro Criador, honrándole por todo, no sólo de palabra sino también con obras; empleando cuanto tenemos y cuanto somos en servirle y amarle y hacer que de todos sea amado y servido. Es cierto que nuestras buenas obras glorifican todas á Dios según la medida misma de su bondad; pero aumentamos esta bondad esforzándonos en mejorarlas y ofreciendo á Dios expresamente el homenaje de todas las cosas.

COLOQUIO

Adoremos á Dios en el coloquio; y supliquémosle, por María, nos comunique una perfecta humildad y se digne admitir la completa ofrenda de nosotros mismos. Glorifiquémosle también en su Madre. *Ave María.*

SÁBADO SEGUNDO.—**La elección de María para la divina Maternidad**

Plan de la meditación.—La maternidad divina es la más sublime de las elecciones con que María fué favorecida; la primera entre estas gloriosas predestinaciones que se ofrece á nuestra mente y que ante todo se vendría espontáneamente á los labios, así del teólogo que reflexiona sobre los planes de Dios, como del simple fiel que no consulta más que su piedad. María es Madre de Dios. Ya otras veces, especialmente en las meditaciones para la fiesta de la Maternidad de María y la de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, hemos tratado de este magnífico asunto, del cual puede decirse que no vamos ya á separarnos en adelante, pues la divina Maternidad es la causa y la explicación de todas las prerrogativas, de todas las excelencias, de todas las glorias de María.

Conforme al fin propuesto á esta tercera parte, quisiéramos que apareciese en este lugar, lo más clara y completamente posible, cuanto se contiene en la idea de *Madre de Dios*. Vamos, pues, á acometer tan difícil empresa con humilde sencillez, reservando para las siguientes meditaciones el añadir nuevos detalles; porque esta dignidad inmensa sobrepuja nuestra inteligencia ¡cuánto más nuestras palabras!, siéndonos por ende imposible encerrar en una sola meditación cuanto

alcanza á comprender de ella nuestro entendimiento. Considerando la gracia de la Maternidad divina, primero en sí misma, después en su aplicación á la escogida y finalmente en sus consecuencias, veremos en el primer punto *en qué consiste la gracia* de la divina Maternidad; en el segundo, cómo esta Maternidad es, en cierto modo, el *sello de la personalidad de María*; y en el tercero, el *conocimiento general que nos proporciona sobre lo pasado y lo por venir de la Madre de Dios*.

MEDITACIÓN

«*Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*»
(Ps. XLV, 9).

El Altísimo ha santificado su tabernáculo.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémos la humilde morada de Nazaret, visitada por el ángel San Gabriel, quien saluda á María con estas palabras: «Has hallado gracia ante Dios.»

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la singular gracia de sentir para con María un santo respeto y un indecible amor.

I. La gracia de la Maternidad divina, considerada en si misma.—I. Con un sentimiento de respeto cual debió sentirlo Moisés cuando, pisando la tierra santificada, acercóse lentamente á la zarza, que la presencia de Dios hacía parecer ardiente, acerquémonos nosotros paso á paso á la Madre de Dios, tabernáculo vivo del Señor.

1. Juzgando como *desde afuera y por comparación*, decimos: a) Que por encima de las relaciones con Dios, que nuestra razón conoce como existentes ó

posibles, hay otras de orden superior, de las cuales aun la posibilidad se le oculta y que no conoce sino por revelación. Estas son tres: la unión hipostática, la maternidad divina, la filiación adoptiva; entre las cuales, como se ve, la Madre de Dios ocupa el segundo lugar (1). Hállase de pronto María levantada por encima de todo el universo criado, por encima de todas las creaciones posibles, salvo únicamente la humanidad del Verbo; de modo que la maternidad divina es el honor más grande que pueda caber en una pura criatura. b) La maternidad divina no puede en manera alguna merecerse. Nuestra actividad, naturalmente incapaz de llevar fruto alguno de salvación, llega sin embargo á merecer, mediante la gracia, aun la gloria del cielo; pero la dignidad de Madre de Dios es de un orden más elevado, al cual no llega la gracia. Del mismo modo que para una naturaleza humana fué un beneficio absolutamente gratuito verse asunta y apropiada á sí por la Persona del Verbo; del mismo modo la elección de una Madre de Dios no pudo, en los divinos consejos, seguirse á la previsión de buenas obras, cualesquiera que éstas fuesen. Aunque una especial abundancia de gracias constituyó la conveniente preparación de la escogida, estas gracias, con todo, son consecuencia de la elección, y no pueden, por consiguiente, disminuir su gratuita liberalidad (2).

2. Apliquemos ahora á la maternidad divina lo

(1) SUÁREZ, in 3 p., q. 27, d. 1, s. 1. SCHEEBEN, *Lehrbuch* etc. t. 3, n. 1614 ss.; TERRIEN, *La Mère de Dieu* etc., t. 1, p. 239, 255.

(2) Sólo en este sentido puede la Iglesia, en el *Regina caeli*, felicitar á María por haber merecido llevar al Salvador. Si entendemos estas palabras como refiriéndose á un verdadero mérito (lo cual no es necesario), María pudo merecer, por la gracia recibida, aquel grado de pureza y santidad que Dios había juzgado conveniente á la escogida para la divina maternidad. V. SANTO TOMÁS, 3. p., q. 2, artículo 17, ad 3.^{mo} ó SCHEEBEN, t. 3, n. 1594.

que sabemos del *oficio comúnmente asignado á las madres*.

a) Inmediatamente admiramos la más estupenda de todas las fecundidades reales ó posibles en el orden criado: la fecundidad que produce á un Hombre Dios. Y ¿por qué medio? Por comunicación de la propia substancia. Considerémoslo: la madre proporciona, en su seno mismo, la materia que se incorpora en su hijo, ó por mejor decir que constituye el cuerpo de su hijo; esta substancia, al pasar al hijo, conserva el sello de su origen, y así la madre, por lo que el hijo conserva de ella, sigue y se continúa en la existencia separada de su hijo. Este papel representa enteramente María con respecto al Verbo divino, y tanto más enteramente, cuanto que Cristo no tiene padre entre los hombres. Aunque no está ella unida personalmente á la divinidad, proporciona una carne que lo está; pasa y se comunica á la Persona del Verbo de Dios por algo de sí misma, por algo que guarda para siempre el sello de la personalidad de María. He aquí cómo sola ella, y por una operación natural, confina María con la divinidad (1).

b) ¿Con quién concurrió María á esta inefable producción? No solamente, como los otros padres, con una acción criadora de Dios, que produce el alma. Sabemos ¡oh inefable misterio! que de toda la eternidad el Padre engendra al Verbo, segunda Persona de la adorable Trinidad: pues bien, María le presta su concurso para dar á su Verbo un nacimiento temporal. No puede concebirse más augusto ministerio.

c) La autoridad de eminentes teólogos nos permite entrar en consideraciones aún más elevadas. Recorde-

(1) Expresión célebre de CAYETANO: «*Sola ad fines deitatis propria operatione naturali attingit.*» In 2.^a 2.^a, q. 103, art. 4.

mos ante todo que, además del parentesco propiamente dicho, fundado en la comunidad de la sangre, hay otro, la afinidad, que da entrada á cada uno de los esposos en la familia del otro. María, como Madre de Cristo, está unida á Él por la más estrecha consanguinidad; mas, por otra parte, existe entre el Verbo y su propia naturaleza humana una unión más íntima, más completa, más indisoluble, que la que hay en cualquier matrimonio; pues que, en lugar de la simple fusión *moral* de dos personas, esta unión apropia á la Persona del Verbo la naturaleza con la que se une. Ahora bien, esta naturaleza está tomada de María, contiene la sangre de María. ¿No se ve, pues, clara la inconcebible consecuencia? El Verbo, en cambio de la naturaleza que toma de su Madre, le comunica la afinidad con su Persona; la convierte en pariente de su Persona, es decir, de Dios mismo. En esta afinidad reconoce Santo Tomás el origen del culto más elevado que á María tributamos con el nombre de *Hyperdulia* (1).

3. Pero la maternidad de María no resulta únicamente, ni siquiera principalmente, de su propia acción; sino que proviene también, y ante todo, de la *influencia divina del Hijo*, que descendiendo á María, la hace su Madre por el hecho de unir á su divinidad la humana naturaleza suministrada por la Virgen. De este modo, viene á ser la Persona del Verbo, para con María, la de un esposo que habita en ella y se da á sí mismo por hijo á su esposa. María, pues, está doblemente unida con Jesucristo, como Madre y como esposa; y la unión de su persona criada con la persona increada del Verbo, constituye la imagen más perfecta

(1). Div. TOM. 2.^a 2.^o q. 103, a. 4, ad 2. Véase el comentario de CAYETANO sobre esta noción de afinidad, participada en cierto grado por todos los hombres.

de la misma unión hipostática, que une la naturaleza humana al Verbo que se la apropia (1).

4. ¡Cuán sublimes derechos confiere á la Santísima Virgen su divina maternidad! Aquel á quien su divinidad libra de toda sujeción, acepta todos los deberes á que la ley ó las relaciones naturales dan origen entre los hombres. Acepta la *dirección* y aun el *imperio* de su Madre durante toda su infancia y su adolescencia; y, mientras dura su vida mortal, cumple el filial deber de *respeto* y *amor*.

II. Al profundizar en estas consideraciones y en las demás que se nos ofrezcan ¿á qué debemos tender sino á fomentar la estima y consideración que á nuestra celestial Madre tributamos? ¿Qué mejor ó más útil resultado podríamos pretender en estos momentos? Procuremos comprender bien: *a)* que no hay lengua humana capaz de alabar dignamente á la madre de Dios; *b)* que todo pecado es incompatible con semejante dignidad; *c)* que nada de cuanto conduce á realizar la maternidad divina, pudo negársele á María.

II. La maternidad divina caracterizando á María.

—I. Y crecerá aún en gran manera nuestra admiración ante la Virgen Madre, al conocer que esta dignidad incomparable de Madre de Dios, no es una cualidad adventicia que accidentalmente viene á ornar á una persona, cuyos destinos serán más ó menos sublimes; sino que determina lo que llamaríamos la construcción física, moral y sobrenatural de María; que entra en la constitución misma de María; que caracteriza su persona.

Para comprender mejor esta particularidad, demos

(1) V. SCHEEBEN. t. 3, n. 759, 760.

una mirada á la distribución de medios para las demás carreras. Dios pone á disposición de la humanidad un mundo exterior y un fondo de fuerzas, de talentos, de inclinaciones naturales y de gracias. Los hombres libres, aunque gobernados por la Providencia, se multiplican sobre la tierra, y de sus enlaces nacen otros hombres dotados de estas ó aquellas cualidades de talento ó de sentimientos, á las cuales se ha dado tal ó cual educación, adquiriendo así diversas capacidades para diferentes empleos ó estados. Dios, aunque deja obrar á los hombres, vela para que esas capacidades sean suficientes á las necesidades de la Iglesia y de la sociedad civil; y tanto las oraciones como las buenas obras pueden merecer á una sociedad ó á una época más numerosos, más ilustrados y más sinceros hombres de abnegación y sacrificio.

Así es cómo los modos de vida son, á la vez, libremente escogidos y providencialmente dados por Dios. El Espíritu, dice el Apóstol, dispensa á su placer las gracias, los ministerios, las operaciones (1). No todos son apóstoles, doctores ó profetas.

Cuanto más una carrera levanta á un orden superior y pertenece á una más extraordinaria economía, tanto es más directa y exclusiva la acción de Dios en ella y tanto menos depende de una elección arbitraria de los hombres. Designa el Señor particularmente sus doce Apóstoles y les dice: «No me habéis escogido vosotros, sino que os he elegido yo (2)». Sin embargo, no puede dudarse que á la mayor parte de los hombres ningún decreto divino, lógicamente anterior al conocimiento de sus actos libres, les asigna tal ó cual determinada función.

(1) 1.^a Cor. XII, 11.

(2) Joann. XV, 16.

Cristo toma á sus apóstoles de entre los que halla provistos de las convenientes disposiciones; sin que la aptitud á la divina elección quede limitada á solos los escogidos.

Pero la preparación de la Madre de Dios, no puede quedar abandonada, por decirlo así, á los caprichos de los hombres ó al azar de las circunstancias; ni puede ser resultado de la fidelidad, aun extraordinaria, de una hija de Adán á ciertas gracias participadas por muchos. ¿No debía una especial Providencia velar aun sobre la formación física de esta mujer, de la cual el Hijo de Dios había de tomar su carne para ser el más perfecto de los hombres, y buscar hasta en sus más profundas raíces los elementos del carácter natural que el mismo Verbo quería para su humanidad? Ciertamente que, en el orden sobrenatural y divino, distinguió ante todo á María una especial elección á la cual estaban vinculadas todas aquellas gracias, á ella sola reservadas, que convenían á la futura Madre de Dios. Así como Adán fué criado como padre del género humano y no podía ser otra cosa, y así como la primera mujer le fué dada como compañera y madre de todos los vivientes, sin que fuera otra su vocación; así también nació Jesucristo, cual nuevo Adán-Salvador y le fué asociada María para ser otra Eva, elegida precisamente para este fin y no para otro en este mundo. Sólo María podía ser Madre de Dios, y si esto no fuese, María no existiría. Mucho antes de la embajada de Gabriel, si una mirada hubiese podido penetrar en María, hubiese reconocido ya en ella á la futura Madre de Dios. Aunque los desposorios con el Verbo celebráronse en el misterio de la Anunciación; pero ya María fué desde el primer instante su gloriosa desposada, ungida desde entonces y consagrada por la gracia para ser Madre de Dios.

II. Nuestras aplicaciones, no por ser analógicas, dejarán de ser muy útiles. Obrar bien es hacernos capaces de grandes cosas; es entrar en un orden en que una especial Providencia nos prepara preciosas ocasiones de más alta y más universal influencia. No oigamos los consejos de la carne; unámonos lo más apretadamente posible con el principio de todo bien.

III. **Lo pasado y lo porvenir de la Madre de Dios.**—I. 1. *Lo pasado* de la Madre de Dios, es la época que precede á la maternidad. Resulta de las consideraciones precedentes que dicho pasado debe estar compuesto de una serie inaudita de gracias y de privilegios, debidos á la persona de María, mística desposada de Dios, no por sola la gracia santificante, sino por su vocación á la divina maternidad. Estas gracias y privilegios serán objeto de nuestras meditaciones.

2. *Lo porvenir* para María es una realeza universal. Entre estas dos grandes épocas pudo María ser pobre y pasar por la obscuridad de una vida terrena; pero esto fué accidental y provisorio. Como Madre de Dios ve á sus pies la humanidad entera y toda la creación: hónranla ya los reyes y los pueblos aguardando el establecimiento del orden universal, de aquel incontestable reino de Dios en que Cristo lo ofrecerá todo á su Padre (1), y en que María ocupará el lugar de honor entre todas las criaturas.

II. Ponderemos bien la ley general por la que, aun en el mundo criado, la proximidad con Dios da una irrevocable grandeza. Vanidad es y error buscar otro medio de engrandecerse. Las distinciones que Dios

(1) 1.^a Cor. XV, 24.

definitivamente no reconoce, se borran, como la estela del navío, sobre las móviles ondas.

COLOQUIO

¿Cómo no renovar, en el coloquio, las ardientes felicitaciones á María, junto con el homenaje de respeto que acrecientan el amor y la admiración? Unamos á esto el propósito de estrecharnos más y más con Dios, fuente de toda grandeza verdadera. *Ave maris Stella*: éste es el propio cántico de alabanzas á la Madre de Dios.

SÁBADO TERCERO.—**La primogenitura de la madre de Dios**

Plan de la meditación.—Como nota un teólogo (1), el concepto de hija única de Dios, bien comprendido, responde del modo más edecuado á la comunicación con Dios, que María debe á su maternidad. He ahí por qué, de la maternidad divina, pasamos luego á considerar esta primogenitura que la Iglesia reconoce en María, apropiándole lo que la Escritura santa dice de la sabiduría eterna. Después de considerar en el primer punto la *primogenitura de la sabiduría increada*, consagraremos el segundo á la *primogenitura de María con respecto á toda la creación*, y el tercero á su *primogenitura entre los hombres y los cristianos*.

MEDITACIÓN

«*Primogenita ante omnem creaturam*» (Eccli. XXIV, 5) *Primogénita ante todas las criaturas*.

(1) V. SCHEEBEN, t. 3, p. 766.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos el interior de la casa de Nazaret en el momento en que el ángel aparece allí para anunciar á María los designios de Dios sobre ella y proclamarla bendita entre todas las mujeres.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer más y más á Jesús y de amarle más en su augusta Madre.

I. Primogenitura de la Sabiduría increada.—I. Levantémonos en alas de la fe hasta el inefable misterio de la Santísima Trinidad, no para comprender lo que supera á toda inteligencia finita, sino para repetir humildemente lo que Dios nos ha hecho conocer de Ella y hallar en la percepción, aunque rudimentaria y confusa de la más sublime de las verdades, el principio de una eminente santidad.

Dios es uno en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Estas tres Personas no se dividen; sino que tienen una misma y única divinidad identificada con cada una de Ellas. En todo son iguales, no distinguiéndose más que por su origen diferente. El Hijo procede del Padre; el Padre y el Hijo son un solo principio de donde procede el Espíritu Santo. Admirable fecundidad interior cuya razón de ser no conocemos, sabiendo únicamente que reside en la perfección misma de la esencia divina. Como Inteligencia infinita, esta esencia exige en Dios un Verbo; como infinito Amor exige un Espíritu Santo. La razón de estas dos procesiones del Verbo y del Espíritu Santo hace también que la Sabiduría divina, identificada con las tres Personas, se atribuya á Dios Hijo, como la Santidad y Amor divino, identificados con las tres Personas, se atribuya al Espíritu Santo. Sabemos finalmente que la segunda Persona de la Santísima Trinidad procede del Padre por

generación: de ahí su nombre de Hijo, y que esta generación eterna es fuente de una primogenitura absolutamente universal.

a) Primogenitura relativamente á todas las obras de Dios, á todas las criaturas que metafóricamente llamamos engendradas por Dios. b) Primogenitura que más bien que un simple privilegio de antigüedad (lo eterno es necesariamente anterior á cuanto tiene principio en el tiempo), implica una causalidad ejercida sobre todo lo demás. No sólo *existía* el Verbo cuando todo fué criado, sino que todo fué criado por Él: *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil* (1). c) Primogenitura que necesariamente se extiende á todos los órdenes: al orden natural y al sobrenatural, y en cada orden, á toda bondad, á toda cualidad existente ó posible.

II. 1. Después de haber adorado en silencio, confesando nuestra nada ante Dios, consideremos con cuánta mayor excelencia se verifica la noción de primogenitura en Dios, que en todo el mundo creado. Un hijo primogénito, en una familia humana, no lo es por alguna superioridad natural ó personal; mientras que el Primogénito de Dios es el infinito comparado con seres finitos. El hombre no es primogénito sino con relación á unos pocos hermanos; mientras que al Primogénito de Dios le sigue la muchedumbre innumerable de los seres. El hombre primogénito en nada contribuye al nacimiento y cualidades de sus hermanos menores; mas todas las criaturas son obra del Primogénito de Dios.

Aplicación particular de una verdad general. En Dios y en las criaturas hállanse perfecciones del mismo nombre; pero ¡cuánto más eminentes en Dios!

(1) Joann. 1, 3. Todo ha sido hecho por El, y sin El nada ha sido hecho.

2. Por consiguiente cuando esté en nuestra mano el escoger; cuando podamos ver, amar, poseer, alcanzar cualidades de Dios ó de las criaturas ¿no sería el colmo de la insensatez mendigarlas de éstas mejor que de Dios? Reflexionemos sobre los tres géneros de bienes que persiguen de ordinario nuestros deseos: *la honra, el goce, el amor*. ¡Cuántos hombres abandonan la honra, el goce, el amor que se halla en Dios para buscar la sombra de estos bienes, en los que pueden ofrecerles las criaturas! ¡Cuántos quisieran dividir su corazón entre Dios y la criatura, como si pudiese ésta añadir algo á la bondad del Criador! Pongamos, con los santos, toda nuestra esperanza en Dios y busquemos en El todas las cosas.

II. La primogenitura de María con respecto á todo lo criado.—I. 1. Apropiá la Iglesia á María el sublime lenguaje de que es objeto la Sabiduría eterna. «Poseyóme el Señor en el principio de sus caminos, de toda la eternidad antes de que criase cosa alguna. Yo fuí establecida desde la eternidad, desde los primeros días, antes de que la tierra fuese hecha. No existían aún los abismos y yo era ya concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas, ni estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni existían los collados, cuando yo había ya nacido. No había tierra, ni ríos, ni ejes del mundo, y yo estaba allí cuando extendía los cielos, cuando con ley fija circuía los abismos; cuando establecía el éter en lo alto y equilibraba el agua en las nubes; cuando circunscribía al mar en sus términos é imponía leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites; cuando asentaba los fundamentos de la tierra, yo estaba allí disponiendo con Él todas las cosas» (1).

(1) Prov. VIII, 32 ss.

La Iglesia, para permitirse semejante aplicación, inspiróse seguramente en la estrecha unión que media entre María y su Hijo, en la sublime afinidad de la Madre de Cristo con la Persona del Verbo, en la unión moral que de ahí resulta y que permite glorificar á una de las dos personas con los atributos de la otra. Mas afirma al mismo tiempo, en términos magníficos, una primogenitura que realmente compete á María. Para comprenderla, dirijamos una mirada á los demás hombres, á quienes Dios instituyó sus primogénitos.

2. Adán fué el primero de todos los hombres, criado por Dios para comunicar á los demás la humana naturaleza, por medio de la compañera sacada de él mismo. Debían además los hombres, al nacer de Adán y Eva, heredar la gracia, la vida sobrenatural sobreañadida á su naturaleza; y aun, en cuanto á esta vida sobrenatural, estaban Adán y Eva investidos de cierta primogenitura. Abraham, padre de los creyentes, favorecido con promesas que debía transmitir por medio de sus hijos primogénitos, era también, por este título, un primogénito de Dios. Pero ni Adán, ni Eva, ni Abraham producían la vida que iban á transmitir, sino que la habían recibido, y al comunicarla cumplían simplemente la condición ó la ley de una herencia divina.

Adán, por su pecado, pierde esta vida sobrenatural para sí y sus descendientes; y Dios, que de toda la eternidad previó esta caída, de toda la eternidad decreta una inefable redención por medio de su Hijo hecho hombre, nuevo Adán muy superior al primero. Jesucristo, en efecto, posee en su naturaleza divina, aquella vida sobrenatural, que fué para Adán un beneficio gratuitamente añadido; y en su naturaleza humana merece y causa la gracia, toda la gracia devuelta á

los hombres, los cuales se salvan tan sólo en atención á estos méritos. Aun el mismo Abraham debe á su fe en Él haber recibido el depósito de las promesas divinas. Jesucristo, pues, es, en el sentido más completo, el primogénito de Dios en cuanto á la vida sobrenatural.

Mas, quiso el Verbo tener madre entre los hombres; y para explicar el pensamiento divino según nuestro modo de entender, juntamente con el misterio de la Encarnación fué concebido el tipo de la Madre de Dios (1). En virtud, pues, de su misma maternidad, ocupa María, al lado de su Hijo, el primer lugar en el pensamiento divino. Y ocupa este lugar para recibir, por los méritos de Jesucristo, una más inmediata y más completa participación de la vida sobrenatural; ocúpalo para ser, juntamente con su Hijo, colocada á la cabeza de todos los elegidos. Y como todo es para los elegidos, todo es para Jesús y todo es para su Madre. María, aunque posterior históricamente á los ángeles y á muchos millones de hombres y á la fundación del universo, es, sin embargo, la primogénita en el pensamiento divino.

II. Admiramos aquí la grandeza de María y felicitemos á nuestra Madre.

III. La primogenitura de María con respecto á los hombres y á los cristianos.—I. La grandeza que en María acabamos de contemplar, la constituye primogénita entre todas las criaturas. Lo es aún con respecto á los ángeles mismos, porque está adornada de una gracia sin comparación más abundante, y recibida por títulos especialísimos y más excelentes, ó sean de la divina maternidad y su futura realeza en el cielo.

(1) MALOU, op. cit., t. I, p. 354.

No olvidemos, sin embargo, los particulares respetos de primogenitura que colocan á María sobre todos los hombres y todos los cristianos.

1. Por lo que toca á los *hombres*, María, al dar al mundo al autor de la gracia, ejerce sobre la gracia de todos una influencia causal mediata, pero real, que integra su primogenitura.

2. En cuanto á los *cristianos*, Jesucristo ha realizado evidentemente en María la perfección del cristianismo; la ha hecho el acabado modelo de todos los cristianos: en consecuencia, María goza para con nosotros la dignidad de causa ejemplar.

3. Al pie de la cruz de su Hijo adquirió además una fuerza de intercesión, que se invierte en alcanzarnos todas las gracias que recibimos, y por este título, ejerce inmediata influencia en nuestra vida sobrenatural.

II. Al considerar estos nuevos títulos de primogenitura que María posee con respecto á nosotros, gocémonos de la intimidad más estrecha que con ella nos une, y recurramos con especial confianza á la que, después de su Hijo divino, es causa para nosotros de toda la gracia. Cuanto más alcanza, tanto mejor cumple su misión y manifiesta su poder.

COLOQUIO

Poseídos de la más profunda reverencia, rindamos homenaje á la santidad de Dios. Reconozcamos luego, cuán buena se muestra esta Majestad divina para con nosotros, especialmente dándonos á María, y pidamos á esta Virgen, y, por ella á Jesús, la gracia de vivir estrechamente unidos con Dios. *Ave maris stella.*

SÁBADO CUARTO.—La predestinación de la madre de Dios

Plan de la meditación.—Tócanos considerar ahora la gracia de la maternidad divina en sus magníficas consecuencias. Para la Madre de Dios, nada hay más importante que su predestinación á la gloria. La *sublimidad de su predestinación y la garantía de esa misma predestinación*, dividirán esta meditación en dos puntos.

MEDITACIÓN

«*Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum est a Patre meo*» (Matth. XX, 23).

No me toca á mí haceros sentar á mi derecha ó á mi izquierda; estos lugares se reservan para los elegidos por mi Padre.

1.^{ER} PRELUDIO. Consideremos á María en lo más alto de la gloria celestial, fijando nuestra imaginación en los esplendores del cielo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia sumamente preciosa de afianzarnos en aquellas interiores disposiciones y de multiplicar aquellas buenas obras que hacen más cierta nuestra salvación y aumentan los grados de nuestra eterna felicidad.

I. Sublimidad de la predestinación de María.—1.

1. El orden, la armonía, la belleza de conjunto del universo tienen sus quiebras é infortunios individuales que resultan de las leyes ordenadas al bien universal, y no reclaman para los seres desprovistos de razón compensación ni miramiento alguno. Mas Dios está

como obligado á mirar por las criaturas racionales con una atención particular, que provea suficientemente al fin personal de cada una de ellas. ¡Privilegio espléndido del hombre acá abajo, que se interese por él la Providencia especial de su Criador!

Providencia que llega al colmo de la bondad, cuando, no contenta con proporcionar los medios de salvación, conduce efectivamente al hombre, por las diversas peripecias de su vida, al término magnífico de su destino sobrenatural. Este beneficio recibe entonces el nombre de *predestinación*, y es el mayor de todos, puesto que asegura una felicidad que pone en olvido todas las otras dichas é infortunios.

2. Ahora bien, María no fué destinada únicamente á la gloria, sino que Dios la reservó allí tan elevado trono, que es verdadera reina de todo el mundo creado de los cuerpos y de los espíritus. ¿Cómo comprender y celebrar la sublimidad de una predestinación que justifique el *Magnificat* en que María dijo: «De toda la eternidad ninguna criatura hubo tan amada de Dios como yo; en toda la eternidad, ninguna criatura será tan dichosa como yo»?

II. 1. Después de contemplar largo rato esta grandeza de María, consideremos la palabra de Cristo: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones» (1). La predestinación viene á parar en plenitudes de bienes que varían según el mérito adquirido por la gracia de Dios. Podemos con justicia decir: Dios nos ofrece la conquista del cielo, y con igual razón aún añadir: Dios nos ofrece en el cielo la elección de muchos puestos, unos más magníficos que otros.

Un instante tan sólo que reflexionáramos sobre

(1) Joann. XIV, 2.

ello, inspiraríanos un deseo insaciable de tender al más encumbrado de los tronos que nos sea dado conquistar. Y, sin embargo, renunciamos prácticamente á tan hermosa ambición cada vez que optamos por el pecado ó por algo menos bueno, en contraposición de una cosa mejor que se nos presenta como asequible moralmente. Nuestra debilidad explica estos errores; pero ¿cómo comprender la indiferente actitud de muchos cristianos insaciables de placeres, de riquezas, de honores, los cuales, mientras en el orden de las cosas criadas aspiran de tal suerte al más elevado rango, para nada les preocupa el lugar que definitivamente hayan de ocupar en el cielo? Diráse que semejante aberración se concibe, porque las magnificencias futuras escapan á nuestros sentidos y sobrepujan á nuestra razón; pero ¿no es cierto que proviene también de que se procura con mayor cuidado evitar los temores de ultra tumba, que fomentar sus positivas esperanzas? Resígnase uno á abandonar esta vida y concibe el porvenir eterno como un porvenir que debe estar exento de sufrimientos más bien que inundado de felicidad. Error general, y prácticamente tan funesto, que nos priva de innumerables bienes futuros y abre el camino para muchas recaídas en el pecado.

2. Apliquemos, pues, nuestro espíritu á representarnos vivamente la felicidad del cielo, é imploramos de Dios aquel positivo afecto á los bienes futuros, que apasionaba el alma de los santos. Santa Teresa declarábase pronta á caminar hasta el día del juicio sobre carbones encendidos con tal de alcanzar un grado más de gloria eterna.

II. La garantía de la predestinación de María.

—I. 1. La predestinación es el divino decreto irre-

formable, por el cual Dios decide poner á sus escogidos en posesión de la felicidad del cielo. Este decreto, eterno como cuanto hay en Dios, expresa una voluntad en extremo santa y bienhechora, dirigida por el infalible conocimiento de lo presente y de lo por venir. Mas nosotros, ignorantes de nuestro destino definitivo, vivimos inciertos de nuestra salvación, y esta incertidumbre, aun sin sumirnos en una loca ansiedad, nos es penosa en grado tanto mayor, cuanto más dulce se presenta á la mente la seguridad en este sentido. ¡Oh momento entre todos bendito, cuando Dios, inclinándose con complacencia hacia alguna alma escogida, se digna darle á leer su nombre escrito en el libro de la vida! ¡Gracia insigne, pero extremadamente rara!

2. Pues bien, María poseyó en su maternidad divina una señal infalible de salvación, ya que si esta dignidad por sí misma no la santificaba, exigía por lo menos la santidad. La Madre de Dios, la prometida, la esposa del Señor no podía pecar ni perderse; más aún, el lugar de María es la cumbre del Paraíso. María sabe, pues, que está predestinada á ser la Reina de todos los ángeles y de todos los santos. ¿Quién podrá decir el gozo de su alma?

II. Presunción sería esperar ó pedir para nosotros la certidumbre milagrosa de la salvación; pero ya que esto no es posible, multipliquemos al menos las prendas indirectas que la bondad divina nos permite tener en nuestra mano. *a)* Un sentimiento general de docilidad á la divina ley, junto con la oración, puede impetrarnos la perseverancia final y obtenernos la muerte en estado de gracia, si no de la estricta justicia de Dios, á lo menos de esa equidad superior á la cual El no falta jamás. *b)* Tampoco ignoramos que un hijo de María no perecerá, y sabemos cuán dulce es morir ha-

biendo profesado una constante devoción al Corazón del Soberano Juez. *c)* Es igualmente imposible que Dios condene al humilde de corazón, el cual puede aplicarse aquella bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos.* *d)* La fe católica que profesamos aumenta por sí sola nuestras esperanzas y, al recibir dignamente la Hostia santa, tenemos derecho á cantar con la Iglesia: «Oh sagrado convite... que nos es prenda de futura gloria». *e)* Si vestimos hábito religioso ¿no hemos oído por ventura las magnificas seguridades que nos da Cristo, al prometer la vida eterna á quien por El haya renunciado á sus naturales afectos y á sus bienes?

Bendigamos á Dios por su generosa prodigalidad en rodearnos de las más firmes garantías. Tales medios pone Él á nuestra disposición, que no dudan los teólogos en decir: «Si no eres predestinado, trabaja por serlo.» La gran conclusión práctica de esta meditación debe versar sobre el empleo de estos medios (1).

COLOQUIO

Complazcámonos, al hacer el coloquio, en admirar el singular amor que Dios profesa á su Madre, y renovemos nuestras felicitaciones á María, tanto más gustosamente, cuanto que el mismo decreto que la llena de

(1) Habiendo asentado, en el 2.º punto, la certeza de la predestinación de María, parecería natural consagrar otro punto á investigar la causa formal de esta certeza; pero no sería posible hacerlo sin exponer doctrinas controvertidas, que no interesan tanto á nuestros lectores, extraños á la teología, y no convienen al carácter de esta publicación. Limitémonos, pues, á decir que la maternidad divina implicaba una alianza continua entre Dios y María: que Dios no podía sancionar un orden del mundo en que su Madre no utilizase las gracias destinadas á llevarla á la cumbre del paraíso.

favores, nos la da por Medianera de gracias y de intercesión.

Esta misión que la Madre de Dios cumple para con nosotros, arrancará á nuestro corazón una ardiente súplica hacia ella, durante la cual le exponremos nuestros temores por nosotros mismos ó por las personas que nos tocan de cerca y cuya salvación sabemos que está en peligro. Conjurémosla humildemente que no permita nuestra ruina. *Ave maris stella.*

SÁBADO QUINTO.—La gracia santificante de la madre de Dios

Plan de la meditación.—Trataremos en esta meditación de la gracia santificante inicial, fondo precioso de espirituales riquezas, que debemos hacer fructificar para la vida eterna. Después de la *consideración en general* de este beneficio, materia del primer punto, la *gracia inicial de María* será objeto del segundo, y *nuestra gracia inicial* lo será del tercero y último.

MEDITACIÓN

«*Diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob*» (Ps. LXXXVI, 2).

Ama el Señor las puertas de Sión más que á todas las tiendas de Jacob.

1.^{ER} PRELUDIO. La escena pasa también en Nazaret en la humilde morada de María. El ángel San Gabriel saluda en María á una criatura llena de gracia.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia el favor de apreciar dignamente nuestra elección á la gracia, á fin de no disipar tan precioso tesoro.

I.—La gracia inicial generalmente considerada.

—I. *Naturaleza y grado* de la gracia inicial. 1. Al beneficio de la vida natural, hase dignado Dios añadir, en sus criaturas racionales, el de una vida sobrenatural y divina, que las comunica al darles la gracia santificante.

Tratemos de comprender algo mejor este inestimable beneficio.

La gracia santificante es un verdadero complemento de nuestro sér, pero no debido; una forma real, una cualidad habitual, que nos eleva por encima de toda la naturaleza criada y nos comunica una inefable semejanza con Dios. Hácenos justos, santos, agradables á Dios, del cual, por medio de ella, dejamos de ser simples siervos, para convertirnos en hijos adoptivos paternalmente amados. De la manera que á nuestra naturaleza corresponden ciertas facultades y cierta actividad, proporcionadas armoniosamente á nuestro destino puramente natural, de la misma manera á la gracia santificante corresponden facultades superiores, las virtudes infusas y una actividad en relación con nuestro fin sobrenatural y divino. Todo un conjunto de sublimes dones desciende, por consiguiente, á nuestra alma al mismo tiempo que la gracia santificante. Mas aún, el Padre que tenemos en el cielo, mientras aguarda á que vayamos á gozar de su herencia, viene á nosotros atraído por la gracia santificante, y Dios habita en el justo, y el cuerpo del justo es templo del Espíritu Santo.

La gracia santificante es un querer Dios hacernos semejantes á sí mismo y participantes de su felicidad, una invitación formal á ella hecha por ese mismo Dios que crea la amabilidad, haciendo así posible su amor.

Y este favor es *absolutamente gratuito*: nosotros

somos tan radicalmente impotentes para merecer tal beneficio ó para disponernos á él, como incapaz es la nada para prepararse á recibir la existencia.

2. Esta gracia comunicala Dios al alma en diversos grados, según un plan infinitamente sabio, cuya economía no nos ha sido revelada (1). Sabemos, sin embargo, que tiene en cuenta las disposiciones de los adultos. Y cuando en el santo bautismo la gracia es comunicada al alma de un niño, la estrecha solidaridad que Dios ha establecido entre los hombres, aun por lo que toca á la vida sobrenatural, nos da derecho á creer (2) que las disposiciones de los padres, la virtud del ministro mismo que confiere el sacramento y las oraciones ofrecidas á Dios con este fin, influyen en la abundancia de la gracia que se concede.

II. ¿Qué sentimientos debe infundir en nuestra alma la clara inteligencia de esta doctrina? ¿Qué conclusiones prácticas debemos sacar de ella?

Muchedumbre de sentimientos y útiles resoluciones se nos ofrecen. *a)* Lo grande del beneficio excita la admiración y el reconocimiento. ¿Qué es el hombre para que hagáis tanto caso de él? (3). *b)* El valor de la gracia y su incompatibilidad con el pecado deben inspirarnos una profunda aversión á toda culpa grave. *c)* Lo gratuito del beneficio nos trae á la memoria las palabras de San Pablo: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido?» «¿Por qué te glorías como si esto no fuese un don?» (4). La verdad destruye la vanidad. *d)* La soberana dispensación de las gracias nos inspira una su-

(1) Conc. Trid. sess. 6, c. 7.

(2) Al mismo tiempo que nuestra opinión, damos á conocer los fundamentos en que se apoya. Está fundada en la economía general de la salvación de los hombres.

(3) Job VII, 17.

(4) 1.^a Cor. IV, 7.

misión respetuosa y filial al plan divino. *e)* Debemos dar gracias á Dios por las virtudes de nuestros padres, ya que nos hemos aprovechado de sus oraciones y de sus méritos; y los padres deberían orar, desde antes de nacer sus hijos, para que éstos fueran prevenidos con gracias especiales.

Escaso en demasía es el número de los padres que se acuerdan de practicar esta intercesión en favor del hijo que va á nacer; antes preocupados de la salud y vida del cuerpo, ningún cuidado tienen de la vida sobrenatural.

El aprecio de la gracia hará también que los padres difieran lo menos posible la hora del bautizo.

II. La primera gracia de la Madre de Dios.—

I. Para conocer los caracteres de la gracia inicial de María, comparémosla con la gracia de Jesucristo y con la de los demás hombres.

1. *La gracia de Jesucristo.*—*a)* La naturaleza humana de Cristo, unida físicamente á la divinidad, participaba por esta unión de la santidad substancial del Verbo, es decir, de la santidad identificada con Él, que daba á sus actos un mérito infinito. Las operaciones de Jesucristo, aun prescindiendo de la gracia santificante, eran dignas de la vida eterna; sólo Él hubiera podido merecer la gracia santificante, si la hubiese recibido posteriormente á su existencia humana.

b) Esta misma unión con el Verbo excluía físicamente toda posibilidad de pecado y aun toda participación posible del pecado original.

c) La gracia de Jesucristo no experimentó aumento alguno, sino que tuvo Él desde un principio toda la gracia santificante que juzgó Dios convenir á su Hijo único. Más aún, esta gracia fué consumada en Él

desde el primer instante por la visión beatífica de que continuamente gozó. En otros términos, la gracia de Jesucristo no creció: fué la gracia, no de un viador sobre la tierra, sino de un bienaventurado poseedor del paraíso.

2. *La gracia de los otros hombres.*—a) Después del pecado original no reciben ya los hombres la gracia en el primer momento de su existencia; ni acompaña la misma gracia á la propagación de la naturaleza humana, sino que aguarda el momento en que aquel silvestre retoño, que tal es el recién nacido, sea injerto en el olivo verdadero Jesucristo (1); inserción que antiguamente se debía á la fe de los padres en el futuro Redentor, y que hoy normalmente se practica por el rito sacramental del bautismo (2).

b) Esta gracia promete la gloria, aunque no la da de presente; y está destinada á recibir, durante toda la vida, dichosos aumentos.

3. *La gracia de la Madre de Dios.*—La Madre de Dios hállase colocada, por su gracia inicial, entre los demás hombres y su Hijo Jesucristo.

a) La gracia de la maternidad divina no es santificante por sí misma ni, por consiguiente, María es substancialmente santa como su divino Hijo, ya que, tomadas en sí, ni su naturaleza ni su persona contienen título alguno positivo para recibir la gracia santificante. Mas, considerad á María en concreto con su vocación á la maternidad divina, y luego se os aparecerá como la mujer vestida del sol, Jesucristo; como hija y

(1) Rom. XI, 17, 24.

(2) Sabido es, por otra parte, que el acto de amor perfecto, hecho con el auxilio del socorro actual de Dios y conteniendo el voto implícito del bautismo, suple el rito sacramental para el efecto esencial de la amistad y de la gracia, no para el carácter sobrenatural y la aptitud para recibir los otros sacramentos.

esposa de Dios, á quien este celestial esposo no puede menos de amar; llamada á entrar en contacto físico con la fuente de la gracia, y debiendo, por ende, recibir oleadas de esta agua divina. Antes que dé la vida corporal á un Dios, es preciso que la vida sobrenatural la dignifique para hacer este presente; y así una gracia insigne va á prepararla para contraer con Dios una perpetua afinidad. ¡Por cuántos títulos era moralmente debida la gracia á la Madre de Dios! En nosotros nada hay que exija la gracia; en María exigíala una gracia mayor, aunque también gratuita: la gracia de la maternidad divina.

b) Por otra parte, la gracia de María es, como la nuestra, efecto (anticipado) de la Redención, al igual que la misma gracia de la maternidad. Puede y debe la gracia crecer en María, sin que vaya acompañada en ella de la visión beatífica. Por todos estos respectos María es semejante á nosotros; pero nos hace ventaja en la perpetuidad de su gracia, porque María estuvo y permaneció en estado de gracia desde el principio de su existencia. Aventájanos también á nosotros y aun á los puros espíritus por la perfección positiva de esta vida sobrenatural, recibida desde el principio en un grado eminente. ¿Cómo precisarlo? Por lo menos hubo de ser suficiente para elevar á María, por sucesivos aumentos, sobre todos los elegidos, ya que debía ser Reina de todos ellos. Y aun, según una opinión acreditada, la gracia inicial de María sobrepujo la gracia terminal de los más favorecidos (1).

¿Es ésta por ventura una opinión concebida arbi-

(1) Véase por ejemplo á SUÁREZ, in 3^{ra} part., q. XXVII, d. 4, s. 1. «Una opinión probable permite aún afirmar que la Santísima Virgen recibió desde entonces una gracia superior á la de todos los santos y todos los ángeles tomados en conjunto». V. Suar, in 3 p. q. 18, d. 4.

trariamente? De ningún modo. Dios suele en sus larguezas llegar hasta más allá de lo necesario. Lo necesario era una gracia que, poco á poco, levantase á María más alto que los cielos; pero una gracia que de repente la transportase á esa altura, sería conforme á la acostumbrada magnificencia de Dios. ¿Y no parece más conveniente que María, predestinada á ser Madre de Dios, no pasase nunca por grados de inferioridad? ¿Y no convenía, finalmente, una gracia del todo privilegiada, única, para preparar convenientemente la habitación del Hijo de Dios? (1)

II. Procuremos sencillamente, con estas reflexiones, acrecentar nuestra estima hacia María. ¡Nada hay más grande en el mundo creado que esta Madre!

III. **Nuestra elección á la gracia.**—1. El beneficio de la gracia, aun siendo de infinito valor en cualquiera de sus grados, crece según su duración y abundancia.

a) Dios nos ha dado la gracia *prontamente*. Hémosla recibido desde la infancia, estaba con nosotros en la cuna, no aguardando para manifestarse y obrar más que el despertar del heredero del reino, elegido por el mejor de los padres.

b) La hemos tenido desde entonces *abundante*. ¿No pertenecemos por ventura á la nueva ley, á familias cristianas, que desde tiempo inmemorial se han ido transmitiendo el patrimonio de la fe católica?

c) La gracia posee en nosotros, cristianos (hijos en pleno derecho, y no sujetos á observancias vacías), una excelencia misteriosa que hacía decir á Cristo,

(1) Oración de la Iglesia en la fiesta de la Inmaculada Concepción.

que San Juan Bautista, el mayor de los profetas de la antigua ley, cedía al más humilde hijo del reino de los cielos (1).

2. Manifestemos á Dios nuestra gratitud; tengamos la gracia en grande estima; seamos generosos á fin de aumentarla en nosotros.

COLOQUIO

Después de saludar á María, llena de gracia, pídale que nuestra vida se emplee en adelante en acrecentar en nosotros la gracia. *Ave María*.

SÁBADO SEXTO.—La Inmaculada Concepción de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Hemos considerado la gracia inicial de la Madre de Dios. ¿Y en qué instante fué derramada en su alma? La contestación á esta pregunta nos conduce á contemplar la Inmaculada Concepción de María. Es verdad que muchas meditaciones han tenido por tema este privilegio; pero, según el plan que nos hemos trazado, debemos dar de él, en este lugar, una noción más teológica. No nos olvidemos de dirigir siempre nuestras reflexiones á la estima, al amor, al culto práctico de la Virgen Santísima: en una palabra, al excelente fruto espiritual del aumento de devoción hacia la Madre de Dios. En los tres puntos de esta meditación veremos: el *privilegio de la Inmaculada Concepción* en sí mismo; su *razón de ser* en el plan divino; las *gloriosas consecuencias* de este privilegio y de su proclamación.

(1) Luc. VII, 28.

MEDITACIÓN

«*Una est columba mea*» (Cant. VI, 8).

Una sola es mi paloma.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos á María Inmaculada vestida con su manto azul, con la mirada en el cielo, y á su Hijo allá en lo alto, al cual dirige ella ardiente plegaria.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia la inteligencia de la fe. ¡Oh Dios mío! Dadme á entender algo de la sabiduría y hermosura de las obras que Vos proponéis á mi fe y adoración. *Da mihi intellectum* (1).

I. El dogma de la Inmaculada Concepción.—No podemos llegar mejor á comprender este magnífico privilegio, que tomando uno á uno los elementos de que se compone la definición dogmática.

1. *Preservación de la culpa original.*—1. Recordemos que una misteriosa ley de herencia nos comunica á todos la triste culpa de Adán. Por este pecado perdió nuestro primer padre la justicia original, sobrenatural ornamento, liberalmente otorgado; pero soberanamente impuesto en su persona á la naturaleza humana. En el momento en que un alma espiritual, criada por Dios, se une á un principio material para comenzar una existencia humana, esta alma debe, so pena de displacer á Dios y de aparecer ante El manchada é impura, vestirse con la hermosura de la gracia santificante, y hallarse así ordenada á su fin. ¡Mas ay, que por haber pecado en Adán, y sernos el pecado de Adán misteriosamente imputado, esta gracia es rehu-

(1) Ps. CXVIII, 34, 73, 125.

sada á nuestra alma, y Dios aparta de ella su paternal mirada!

María nace de Adán como todos los demás hijos de los hombres, y sin embargo no contrae este pecado. Al contrario, indemne del contagio, recibe en su alma, desde el primer momento, la esplendorosa luz de una extraordinaria gracia santificante; y en lugar de verse objeto de aversión, es prevenida con un amor especialísimo.

2. Esta primera consideración nos muestra un favor capaz de provocar nuestra gozosa admiración y de poner en nuestros labios deliciosas felicitaciones.

Pero también nos hace comprender la rabia con que mira la impiedad el dogma de la Inmaculada Concepción, porque la hermosura original de María supone estar nosotros manchados, cosa que repugna á ese orgullo que celebra la nativa bondad del hombre (1), mientras que la dificultad en comprender cómo heredamos nosotros la falta de Adán, proporciona á la razón soberbia el pretexto suficiente para levantarse contra la fe.

En cuanto á nosotros, confesemos humildemente la mancha de nuestro origen y sometamos nuestra inteligencia á la infinita sabiduría de Dios.

II. *Preservación por una gracia y un privilegio únicos.* (2) - Hemos meditado ya esta singularidad del

(1) Al negar la bondad original del hombre considerado en sus relaciones con su verdadero fin, que es sobrenatural, no caemos en el exceso opuesto, que consiste en afirmar una nativa maldad. *Naturalmente* hablando, el hombre nada tiene en sí de positivamente malo; sus facultades superiores son inclinadas á lo honesto; pero en su ser completo no se halla *positivamente* orientado hacia este bien, hasta el punto de no poderse desviar de él sino mediante la educación y el vicio de las instituciones sociales. Al nacer no es malo, sino débil, capaz del mal lo mismo que del bien. La educación debe fortalecerle y decidirle á la virtud.

(2) *Singulari Dei privilegio*, dice la bula de la proclamación del dogma.

privilegio, muy á propósito para hacérselo apreciar más. En la multitud innumerable de hombres que forman la descendencia de Adán, nada nos autoriza para exceptuar á alguno de la mancha original, salvo á la Madre de Dios. ¿Qué es, pues, María para ser así bendita entre todas las mujeres?

III. *En consideración á los méritos de Jesucristo Salvador del género humano.*—1. No olvidemos este tercer rasgo, que no sólo es característico, sino que además defiende á la religión del reproche que la dirigen los herejes, de eclipsar á Jesucristo en favor de no sé qué Mariolatría. Según las enseñanzas de la Iglesia, la Inmaculada Concepción es un beneficio, no sólo de Dios Creador, sino también de Dios Redentor. Los grandes doctores de los siglos XII y XIII se detuvieron ante esta dificultad de conciliar la pureza original de María con la universal necesidad de la Redención. De tal modo era desde entonces aseverado este último dogma, que jamás hubiera sido conocido el primero si la teología, por un ilustre representante (1) suyo, no hubiese demostrado que este privilegio, lejos de sustraer á María de la acción redentora de su Hijo, hacía producir á ésta su más excelente fruto. María es la gloria más pura de Jesucristo.

Tal es la grande tradición de la Iglesia: todo está sometido á Cristo, todo le pertenece, todo constituye su gloria, para que todo sea por Él referido al Padre (2). Cuando profesamos, siguiendo al Apóstol (3) que, aun en el cielo, todos doblan su rodilla al nombre de Jesús, no exceptuamos á su Madre.

(1) El Franciscano *Duns Scoto*.

(2) «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, Cristo de Dios» (1.^a Cor. III, 22, 23).

(3) Philip. II, 10.

Tengamos cuenta con fomentar siempre rectamente nuestra devoción á María, procurando vaya á parar prácticamente en honra y glorificación de Cristo. Dirijámonos á esta Madre para ser por ella conducidos ó conservados en el único camino verdadero, que es Jesús.

II. Razón de ser de la Inmaculada Concepción en el plan divino.—I. 1. Con la *maternidad divina*, tomada aisladamente, se relaciona una alta razón de conveniencia, fácil de comprender, que hace improbable la mancha original en aquella á quien Dios se dignó revestir de una tan incomparable dignidad.

2. Mas ¡cuán imperiosas razones no dimanar de la tradicional noción, que nos muestra en la Madre de Dios á otra Eva victoriosamente opuesta al demonio y á su raza, una hija por excelencia y aun una esposa de Dios! De ahí que el pecado, aun el original, nos parece inconciliable con ella, á la manera que la derrota es inconciliable con la victoria, el amor paternal de Dios con su cólera vengadora, la elección de una esposa con una verdadera aversión. ¡Ah! mucho tiempo hace, que al aplicar la Iglesia á María la magnífica descripción que nos muestra á la Sabiduría eterna siempre con Dios, amada de El y acompañándole en todas sus obras, entonaba en definitiva un cántico en honor de la Inmaculada.

Si la Inmaculada Concepción de María es una gracia, un beneficio gratuito, no hay para qué decir que la liberalidad de Dios no debía tomar consejo sino de sí misma: María tenía, en su vocación á la maternidad divina, un título y una especie de derecho á recibir este privilegio. No es simplemente inmaculada como lo sería cualquiera criatura á quien Dios preservase del pe-

cado original; es inmaculada porque, si su origen natural de Adán la hacía deudora del pecado, su misión personal exigía que se viese libre de él. El privilegio de María, único de hecho, es además *incomunicable*.

II. Después de pagar un justo tributo de admiración á nuestra Madre, dirijamos varia atención á las razones especiales que deberían establecer una más completa oposición entre muchos hombres y el pecado. Oposición del *cristiano*, que sellado con el sello de la Santísima Trinidad y llamado á triunfar de un mundo corrompido, debe por consiguiente propagar el cristianismo con el buen ejemplo de su vida. Oposición mayor del *religioso*, que acepta de la Iglesia la misión de representar el perfecto evangelio de Cristo, para facilitar á los hombres el cumplimiento del estricto deber, hacer honor á la sociedad cristiana y emprender cualquier obra heroica. Oposición, en cierto modo más radical aún, del *sacerdote*, medianero entre el cielo y la tierra, llevando en su alma la imagen del sacerdocio de Cristo y encargado de engendrar otros Cristos, sembrando la divina palabra y administrando los sacramentos.

Misiones todas gloriosas; mas ¡ay, cuán olvidadas con grave perjuicio de las almas! ¡Qué de pecados, qué de prevaricaciones entre aquellos de quienes decía el apóstol: «*Templum Dei sanctum est, quod estis vos*» (1), «El templo de Dios es santo, y vosotros sois este templo»! Si los cristianos fuesen fieles á sus deberes, nuestra religión tendría una fuerza de expansión irresistible; el mundo entero sería cristiano. ¡Ay! nuestras prevaricaciones y nuestras flaquezas hacen

(1) 1.º Cor. III, 17.

que la barca de Pedro parezca pronta siempre á sumergirse. Lloremos tantos males.

III. Gloriosas consecuencias de la Inmaculada Concepción y de su proclamación.—I. El *privilegio* de la Inmaculada Concepción, glorioso ante todo por sus consecuencias *directas*, es decir por las demás prerrogativas que con él se relacionan, lo es también *indirectamente*, por la inteligencia más perfecta que nos da de las grandezas y hermosura de María.

1. *Gloria de las consecuencias directas.* A la Inmaculada Concepción se refiere, en efecto, la armoniosa unidad interior de María, el silencio de las pasiones, la facilidad de tender á toda verdad y á todo bien y aun cierta inmunidad de la muerte, que transforma el carácter de su mortalidad.

2. *Gloria indirecta.* La fe en este privilegio esclarece con nueva luz toda la vida de María. La plenitud de sus gracias nos parece más absoluta, es más perfectamente bendita entre todas las mujeres, el Señor está más pronto con ella, su oficio de segunda Eva se presenta con mayor limpidez á nuestros ojos, el plan de la Redención nos satisface más y, sin segunda intención, sin restricción ninguna, aclamamos, aun en el cielo, á María como Reina de todos los santos. En esta ocasión, como en todas, la fe ilumina á la inteligencia y le presta sus encantadoras percepciones, que confirman la verdad.

II. *La proclamación de este privilegio*, en nuestra época, ensalza: a) La *pureza* ante un siglo que ha glorificado á la pasión; b) La *humildad*, ante un siglo que se pierde por el orgullo; c) La *vida sobrenatural*, á la cual pertenece por entero este privilegio, ante un siglo naturalista.

COLOQUIO

Felicitemos á la Santísima Virgen, demos gracias á Dios por haber manifestado en nuestros días á todas las miradas, un privilegio tan glorioso, y ofrezcamos el propósito de una vida humilde y pura. *Ave María.*

SÁBADO SÉPTIMO.—Paralelo entre la maternidad divina
y la gracia santificante

Plan de la meditación.—Comparación instructiva y á la par fructuosa es la que pone en parangón la más alta dignidad y la prerrogativa única de la mayor de las criaturas, con una gracia esencialmente común á todos los escogidos del cielo y á todos los buenos cristianos de la tierra. Consideraremos sucesivamente la *maternidad divina sin la gracia*, la *gracia exigida* por la maternidad y, finalmente, la *maternidad preparada* por la gracia.

MEDITACIÓN

«*Si linguis hominum loquar et angelorum, caritatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans aut cymbalum tinniens*» (1.^a Cor. XIII, 1).

Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo la caridad, soy como un bronce que suena ó una campanilla que repica.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémosnos en Nazaret, en la morada de la Virgen, en el momento de saludarla el ángel llena de gracia.

2.^º PRELUDIO. Pidamos el favor de concebir una profunda y absoluta estima de la gracia de Dios.

I. La maternidad divina sin la gracia santifican-

te (1).—I. Cuando, para conformarnos con la costumbre de nuestro espíritu, separamos dos cosas tan indisolublemente unidas como la maternidad divina y la gracia santificante, debemos conceder á la maternidad divina la ventaja de la sublimidad. Ser madre de Dios por una operación natural, es más que ser su hijo por una adopción, cuya causa formal es la gracia santificante. Dar á Dios la naturaleza humana, es más que recibir de El simplemente la elevación de la propia naturaleza. Mandar á un Dios, obtener su respeto, es más que deberle atestiguar una filial sumisión. Pertenecer al orden hipostático por una relación verdadera y mutua de consaguinidad con Aquel que lo constituye, es más que ocupar el puesto de honor en el orden menos elevado de la gracia habitual: la santidad da derecho al culto de *dulía*; pero la Madre debe ser honrada con el culto de *hiperdulía*.

Con todo, la maternidad divina no santifica por sí misma, ni hace merecer directamente la gloria del cielo. María debe su exaltación definitiva, el grado de su eterna bienaventuranza, á una santidad que formalmente se mide por la gracia santificante, y en este sentido podemos aplicar á la maternidad divina el expresivo lenguaje de San Pablo relativamente á los más estimables dones. Aunque fuese Madre de Dios, si (por imposible) no tuviese la caridad, no sería nada ni sacaría provecho alguno de mi incomparable dignidad (2).

(1) Véase SUÁREZ in 3. part., q. XXVII, disp. 1, sect. 2, y el R. P. HUGON O. P., *Mater divinæ gratiæ, Revue Thomiste*, 1902, p. 437 ss.

(2) S. ACUSRIN pudo escribir en este sentido: «*Materna propinquitás nihil Mariæ profuisset, nisi felicius Christum corde quam carne gestasset*». El maternal parentesco de nada hubiese aprovechado á María, si no hubiese más dichosamente llevado á Cristo en el corazón que en su seno». (*De sancta Virginitate*, c. 3. Migne, P. L., t. 40, col. 397). Véase para esta interpretación de S. Agustín, SUÁREZ in 3. p., q. XXVII, d. 1, s. 2.

II. Proposición es ésta asombrosa para quien la medita y, sin embargo, rigurosamente exacta. Proposición que, al decir de los santos Padres, no ofrecía ninguna duda para María, que no acepta el ser Madre de Dios sino después de comprobar el acuerdo de esta dignidad con todos sus deberes.

¡Cuál no debe ser, pues, nuestra estima por la gracia santificante, y qué valor no debemos dar á vivir en paz con Dios! Las señales ó efectos de esta estima son los siguientes:

1. Nos hace confesar con prontitud y buena voluntad más brillantes éxitos en los otros que en nosotros mismos. Soportamos fácilmente semejantes inferioridades, si poseemos la gracia de Dios. ¿Para qué sirve todo lo demás?

2. Nos explica la conducta de los santos, las precauciones que tomaban, los sacrificios que se imponían para perseverar más seguramente en la amistad con Dios. Ni aun la esperanza de realizar un gran bien, aunque por otra parte pueda enardecernos por la confianza del divino socorro debe hacernos afrontar temerariamente cualquier peligro.

3. Nos ilumina sobre los principios que deben guiar nuestras decisiones y consejos. En la elección de estado, no basta examinar qué carrera promete mayor influencia exterior; sino conviene *sobre todo* considerar qué partido asegura mejor la santidad personal. Si miramos las cosas á la luz de la fe, veremos además, que la Providencia divina concilia armoniosamente todas las cosas, y que, al fin y al cabo, dejándose guiar principalmente por el deseo de la santidad, uno llega á realizar más abundantemente el bien general.

4. Estimúlanos á concebir un horror, una aversión profunda á todo pecado.

II. La gracia exigida por la maternidad divina.

—I. Felizmente, la oposición entre la maternidad divina y la gracia santificante es imposible; al contrario, la maternidad exige la gracia santificante y la exige en su más alto grado, y por este nuevo título la supera, como que la contiene. Procuremos concebir esta exigencia como SAN AGUSTÍN, á quien hacía escribir: «Al hablar del pecado, no admito que pueda tratarse de la Santísima Virgen María, y esto por el honor del Señor» (1).

1. Nadie duda de que la maternidad *exige la gracia* santificante, porque la Virgen, en cuanto Madre, recibió el respeto y el afecto de su Hijo (2); y en el orden presente, Dios no puede amar á una criatura si no ve en ella la gracia. ¿Podría, pues, suceder que el mismo Hijo debiese, como Dios, rechazar á la que, como hombre, abraza con el amor más tierno? ¿Acaso no repugna semejante dualismo á la unidad admirable que reina en el Hijo de Dios? Pero María, en cuanto Madre, era toda amor para con su Hijo, y este amor por sí solo la alejaba ya muy lejos de cuanto, como el pecado, destierra al amor divino. En cuanto Madre también, quien traía en sí la fuente de la gracia ¿podía ser un páramo estéril no regado con esas aguas saludables?

2. La maternidad exige *el grado más alto de gracia*. María, como Madre de Dios, debía ser honrada entre todas las criaturas, y semejantes honores suponen la más eminente santidad.

II. Aunque en nosotros nada hay que implique una exclusión necesaria del pecado; con todo la digni-

(1) *De natura et gratia*, c. 36. Migne, P. L., t. 44, col. 267.

(2) Esta razón puede, por analogía, aplicarse á San José y á los antepasados á quienes conoció Jesucristo.

dad con que Dios nos ha favorecido, la situación en que nos ha colocado ¿no importan por ventura la conveniencia de esta exclusión por la cual su gracia nos invita á velar? ¿No debería colocarse la virtud, y no en un grado ordinario, entre las cualidades brillantes á las cuales tanto sacrifican los hombres?

III. La maternidad divina preparada por la gracia.—I. Bajo otro respecto, la gracia que ornó el alma de María, la preparó á ser Madre de Dios; la dispuso, en el más amplio sentido de la palabra, á alcanzar la más alta dignidad y á presentar á la humanidad el mayor servicio que jamás se vió. Porque ningún acto hay más apostólico que el consentimiento de María á ser Madre de Dios. ¡Cuán santa y cuán bella alianza de la gracia con la fecundidad del cielo!

II. Es cierto que Dios no suple siempre milagrosamente los talentos y la natural habilidad, aun para los efectos que parecen importar á su gloria. Así los santos pueden ser Prelados imprudentes, directores mal aconsejados y muy medianos predicadores; pero la acción más real y más completamente fecunda, está asegurada al talento, puesto al servicio de la santidad; mientras que los talentos sin virtud son estériles, cuando no llegan á causar los mayores daños. Puede, pues, cada uno de nosotros decirse á sí mismo: si aspiro á hacer algún bien, debo santificarme. Ilusión péfida y á las veces fatal es mirar la santidad como inútil ó accesoria.

COLOQUIO

Admirando en María la completa preferencia que concedió á la amistad con Dios, la suplicaremos nos

enseñe á decir con SAN IGNACIO «Tomad, Señor, todas mis cosas; pero dejadme vuestro amor y vuestra gracia». No admitamos absoluta afición á cosa alguna, cualquiera que sea.

SÁBADO OCTAVO.—Las virtudes infusas y los dones de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—En esta meditación, después de una interrupción traída por el útil paralelo entre la gracia habitual y la maternidad divina, vamos á continuar el examen de los gloriosos favores vinculados á esta maternidad. En los tres puntos veremos la *razón general* de las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo; la *liberalidad* con que fueron *concedidos á María*; y finalmente su *infusión en nosotros mismos*.

MEDITACIÓN

«*Induit me vestimentis salutis et indumento justitiae circumdedit me quasi sponsam ornatam monilibus suis*». (Isai. LXI, 10).

Vistióme con vestiduras de salud y envolvióme en un manto de justicia como una esposa adornada con sus joyas.

1.^{ER} PRELUDIO. Trasladémonos á la humilde morada de Nazaret en el momento en que el ángel proclama á María, llena de gracia.

2.^º PRELUDIO. Pidamos con instancia el favor de mejor comprender los magníficos dones de nuestro criador y Padre, á fin de servirle más generosa y filialmente.

I. Las virtudes infusas y los dones en el plan divino.—I. No le bastó al Dios de toda bondad llamarnos á una bienaventuranza, para cuya posesión ni teníamos título ni capacidad; sino que, queriendo proporcionarnos la honra y satisfacción inmensa de tender á ella por nuestras propias fuerzas, nos proveyó de una actividad proporcionada á tan magnífico fin; y faltándonos todo, supliólo El de los tesoros de su poder, de su sabiduría, de su infinita liberalidad. Refuerza, ante todo, nuestra naturaleza misma con la gracia santificante; luego, siguiendo las facultades por las que nuestra naturaleza obra, añade á cada una de ellas nuevas potencias de un orden superior, á fin de que en nuestros mismos actos, por el valor y la dignidad del principio de que dimanen, pueda leerse el fin sublime á que se enderezan.

Estas son las virtudes infusas (1), que se nos comunican al correr sobre nosotros el agua del santo bautismo ó al recibir la gracia habitual y la caridad.

El cristiano revestido de tal dignidad y santificado, es, para el Espíritu Santo, un templo, adquirido con el precio de la sangre de Jesucristo. ¿Y podría este divino Huésped, al bajar á nosotros, dejar de traernos sus regalos? Estos son sus dones, nuevo ornato de nuestras almas, armas nuevas destinadas á prepararnos para brillantes acciones y hacer resplandecer en nuestras obras al Espíritu Santo, que es su principio oculto, y á comunicarnos una santa prontitud para volar á donde nos impela el soplo del Espíritu. Por el don de *temor* nos inspira un vivo temor de ofender á Dios; el don de *piEDAD* nos hace establecer con Dios el dulce

(1) Infusas, por oposición á las virtudes adquiridas, cuyos hábitos resultan naturalmente de la repetición frecuente de actos buenos de la misma especie.

comercio de hijos con su padre; conocemos mejor á Dios por el don de *ciencia*; la *fortaleza* del Espíritu Santo nos hace triunfar de los grandes obstáculos; la *inteligencia* nos comunica un santo discernimiento; el don de *consejo* guíanos con seguridad en los pormenores de nuestra conducta; la *sabiduría*, finalmente, nos coloca en un punto de vista divino y nos es dada para apreciar exactamente todas las cosas (1).

Así enriquecidos, vemos aumentarse estos tesoros á medida que aumenta nuestra correspondencia á las gracias de Dios. Es verdad que, aunque nuestros propios actos fortalecen y desarrollan los hábitos á que dan origen, no pueden aumentar la intensidad de los dones gratuitos; pero nuestro Padre celestial, atento á las leyes de nuestra naturaleza, se digna conformar con ellas su Providencia sobrenatural y, tomando ocasión de nuestros actos buenos, robustece y amplía las virtudes que en nosotros ha derramado.

II. 1. Con cuánta razón la vista de los divinos beneficios arrancará á nuestra alma aquella exclamación del Salmista (2): «¿Qué es el hombre para que así te dignes acordarte de él?», y nos hará reconocer la verdad de esta palabra de la *Imitación de Cristo* (3): «Ninguna criatura hay tan amada como el alma que se entrega á Dios».

2. Reconozcamos la santidad con que somos ungidos, lo cual engendrará en nosotros, para con el más pobre de los verdaderos cristianos, un sentimiento de profundo y merecido respeto.

3. ¿No nos sentimos obligados á levantar nues-

(1) Véanse las nociones más precisas que damos en las meditaciones para la quincena de Pentecostés.

(2) Ps. VIII, 5

(3) Lib. IV, c. 13.

tros ojos á las más encumbradas cimas, á concebir deseos nobles, á usar un lenguaje digno, á ejecutar acciones levantadas?

II. Las virtudes y dones en María.—I. 1. Las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo entran como partes principales en la constitución de la santidad, y por consiguiente fueron ya desde el principio comunicadas á María en el eminente grado que convenía á la Madre de Dios, á la esposa predilecta del Señor.

2. María, colocada desde sus principios sobre las más altas cumbres, podía sin embargo progresar, estando sus progresos en proporción de sus gracias, de las cuales ciertamente sacaba todo el fruto, merced á su perfecta fidelidad. ¿Quién, pues, podrá seguirla en sus rápidas ascensiones, ó qué ojos podrán contemplarla alcanzando alturas á donde no llegan nuestras miradas?

II. Paguemos una vez más á nuestra Madre el justo tributo de nuestra admiración; pero para más agradarle, renovemos el propósito de progresar nosotros mismos. Ante nosotros se extiende un campo indefinido; no temamos, pues, acelerar nuestra carrera. ¿Por qué conservar en estado de rescoldo cubierto de ceniza lo que podría tener el ardor y la actividad de la llama de una inmensa hoguera? ¿A qué viene la lentitud, cuando la rapidez es una condición de seguridad? ¡Oh languidez cobarde, que priva á la vida de su lustre y su frescura, y compromete tan grandes bienes! Sacudamos ya nuestra fatal indolencia.

III. Las virtudes y dones en nosotros.—I. ¡Qué maravilla contemplar tales riquezas en María, Madre

de Dios; y cuánto mayor maravilla verlas en nosotros mismos! Y sin embargo, es verdad que todos esos divinos presentes, en menor grado sin duda, pero substancialmente los mismos que en la Madre de Dios, se hallan en nosotros

1. *Están en mí.* ¿Puedo decirlo así? Sí, con tal que no los haya perdido por el pecado. ¡Oh cuántas ruinas acumula nuestra infidelidad! Dejemos, pues, de medir nuestras faltas con sola la pena posible del infierno; midámoslas con las bondades de Dios á las que menosprecian, y con la obra de Dios que destruyen en nosotros.

2. *Están en mí.* ¿Pero cómo? ¿Tal vez como tesoro perdido, ignorado, de capital poco menos que estéril? ¿Es así como hay que considerarlos?

II. Decidámonos á tratarlos del modo debido, ciertamente sin preocuparnos ni inquietarnos demasiado, pero sí con un santo valor.

En los reveses y las penas, sea el recuerdo de estos bienes nuestro consuelo. En la dicha, modere este mismo recuerdo nuestro contento, pues tal vez aquel de quien triunfamos, es, en verdad, más rico que nosotros. En todas las circunstancias saquemos de este recuerdo ¡con que alentar nuestras aspiraciones y nuestro valor, para obrar abundantemente el bien.

COLOQUIO

Figurémonos oír á Jesucristo que nos dice como á la Samaritana: ¡Si conocieseis el don de Dios! (1) Confesemos nuestra ignorancia práctica y roguemos al Salvador, por medio de su Madre Santísima, que aparte

(1) Joan. IV, 10

las tinieblas de nuestro espíritu y destierre la molicie de nuestro corazón, á fin de que con gran eficacia podamos ofrecerle el propósito de aumentar santamente en nosotros las virtudes y dones de Dios. *Ave María.*

SÁBADO NOVENO.—Los dones preternaturales
de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—A la belleza espiritual de la gracia, que adornaba el alma de nuestros primeros padres, había Dios añadido algunos dones de un orden inferior, superiores con todo á las exigencias de nuestra naturaleza. Tales dones, magnífica vestidura de su persona, hermosura nueva y encanto delicioso esparcido por su existencia aun terrestre, son calificados de dones *preternaturales*. Eran: el verse libres de la muerte, la exención de todo sufrimiento; la integridad, es decir la inmunidad de la concupiscencia y de los movimientos desordenados de las pasiones. A estos tres dones añadáse, según el sentir de los teólogos, una admirable ciencia infusa, que importaba un conocimiento extraordinario, aun de las cosas de este mundo. La parte de tales dones que á María le cupo nos sugerirá utilísimas consideraciones. María y el *sufrimiento*; María y la *mortalidad*, María y los dones de *integridad* y *ciencia*: esta será la materia de nuestros tres puntos.

MEDITACIÓN

«*Deaurabis eam auro mundissimo intus et foris*»
(Exod. XXV, 11).

La dorarás con oro purísimo por dentro y por fuera.

1.^{ER} PRELUDIO. Veamos en la casa de la Santísima Virgen al ángel San Gabriel que la saluda llena de gracia.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer más y más á nuestra Madre y de aprender de ella á poner prácticamente la virtud por encima de los deleites.

I. La Santísima Virgen y el dolor.—I. Si los dones preternaturales eran fruto propio del estado de inocencia; si sólo el pecado que nos los hizo perder podía justificar su privación; claro está que María, soberanamente exenta del pecado original, comenzaría de nuevo acá abajo la dichosa vida del paraíso. Mas ninguna necesidad rigurosa exigía que la más inocente de las criaturas fuese exenta de las miserias de nuestra presente condición. Hay que dejar á Dios la libre decisión, en los soberanos consejos de su sabiduría. ¿Qué es lo que hizo? Entre las prerrogativas de Adán, unas, sin añadir nada á su perfección moral, hacían su vida más deliciosa; otras realizaban su valor moral, realizando un ideal de más perfecta justicia y aumentando las facilidades para el bien. Ni á la humanidad de Cristo ni á la Madre de Dios fueron concedidos sobre la tierra los dones de puro gozo; mas los que eran como un complemento de la perfección, les fueron dados con la gracia original. Conoció Cristo el sufrimiento y fué el Rey de los mártires; conociólo también María, y la invocamos como reina de los mismos mártires.

II. ¡Cuán diferentes son los consejos de la sabiduría divina de los juicios de los hombres! Estos apreciarían y buscarían ante todo las exenciones de la pena y la felicidad presente, que fueron negadas á María; mientras darían de barato los dones que fueron la he-

rencia de María porque debían serlo, pues constituyen el perfeccionamiento de la justicia y el medio casi indispensable para llevar una vida perfectamente pura.

Sin embargo ¿quién tiene razón? ¿Cuánto no debe exceder la estima de lo honesto á la de lo agradable? ¿Qué deja en pos de sí una satisfacción pasajera, cuando eternos frutos pueden brotar en el dolor?

Procuremos llegar á donde tantos santos se felicitan de haber llegado; esforcémonos por vivir sin buscar las satisfacciones presentes, dirigiendo todos nuestros afectos á los bienes que han de venir.

II. María y la muerte.—I. La muerte, dice el apóstol, es el estipendio del pecado (1). Por este título María no debía morir; y muchos han creído y creen aún, que la unión tan armónica entre el alma y el cuerpo de María no fué efectivamente disuelta por la muerte. La mayor parte, con todo, deducen de la muerte de Cristo, la muerte de su Madre, y ésta es la persuasión universal del pueblo cristiano.

Pero esta muerte no fué como la nuestra. María pudo morir, porque un ser compuesto no tiene en sí principio alguno de inmortalidad; murió, en efecto, porque en esta humillación la Madre no debía separarse de su Hijo. Nuestra muerte es una pena, una expiación; la muerte de María no tiene ningún carácter de tal. Nosotros morimos como sujetos á la muerte; María no está sometida á este imperio, sino que su muerte es una sublime participación de los destinos de su Hijo, un rasgo que perfecciona la semejanza entre el Hijo y la Madre; la muerte se presenta á nosotros espantosa,

(1) Rom. VI, 23.

precedida de penosas enfermedades; á María se le presenta sin enfermedad, sin dolor, tranquila, suave, efecto del amor, y amable á causa de Cristo.

II. . Aceptemos con resignación la muerte, que María no rehusó, pues esta aceptación es meritoria; y procuremos imitar en algo á la Santísima Virgen, amado, á ejemplo suyo, las penas, los dolores, las humillaciones, como rasgos de semejanza con nuestro dulce Salvador. Grande es el amor de Cristo cuando presta atractivos á las cosas más ingratas: éste es asimismo uno de sus más hermosos triunfos. ¿Pensamos en ello en nuestras contrariedades y tristezas?

III. María y los dones de integridad y de ciencia.—I. I. Ninguna tentación interior, ninguna insubordinación de las pasiones, podía empecer á María en su ímpetu hacia el bien. María no conoció las rebeldías de la concupiscencia, ni las semicomplacencias de la voluntad en el desorden moral.

2. ¿Cuál fué la ciencia de María? Difícil es precisar este punto. Nada hay que pruebe en María una ciencia infusa de las verdades humanas y profanas; su ciencia de las cosas divinas fué, en verdad, susceptible de progreso, ya que, según el testimonio del Evangelista, hubo en la vida de Jesús misterios que ella guardaba en su corazón sin comprenderlos todavía (1). Por otra parte, parece que ante María el camino del bien debió de abrirse inundado de luces. Ella era el trono de la Sabiduría eterna: ¿podía, pues, alguna obscuridad detener su marcha? Ciertamente, las razones de los más altos deberes y el arte y modo de cumplirlos se le representaban con la más viva claridad. A la plenitud de

(1) Luc. V, 2, 50.

la ciencia práctica del bien, añadamos magníficas perspectivas del mundo sobrenatural y todo cuanto una Madre de Dios debía saber. Hasta aquí llega nuestra investigación.

II. 1. Sometámonos humildemente á la lucha y á la necesidad de esforzarnos, de que María fué preservada. Procuremos acercarnos, por la oración y la actividad personal, á la armoniosa unidad interior que en ella reinaba. A este fin entendamos bien dónde empieza el desorden de nuestras pasiones. Las pasiones son, por sí mismas, fuerzas verdaderamente aprovechables; pero nos molestan y nos contrarían, porque no aguardan el imperio del apetito superior, y con su impetuosidad pasan de la justa medida. La buena táctica consiste, pues, en no dejarse llevar de sus irreflexivos arrebatos, y en dominar sus impulsos cuando traspasan los límites de la razón; y para ello hay que acostumbrarlas á la obediencia. ¿Cómo? Reaccionando contra ellas. Esta es una de las utilidades de la mortificación. ¡Cuán superior es el hombre que guía sus pasiones, á aquel que se deja esclavizar de ellas!

2. La única ciencia directamente importante es la ciencia práctica del bien. Para progresar en ella, tomemos con serenidad nuestras decisiones y oigamos de buena gana á los que nos dicen la verdad, aun cuando la verdad nos humille.

COLOQUIO

Esta meditación encierra lecciones para nuestra *vida* y para nuestra *muerte*.

a) Inclínemos humildemente la cabeza ante Dios que nos impone la pena y la prueba de la disolución de nuestro ser, y con verdadero sentimiento de amor,

después de invocar á María, digamos á Dios la oración indulgenciada por Su Santidad Pío X (1).

Domine Deus meus, jam nunc quodcumque mortis genus prout tibi placuerit, cum omnibus suis angoribus, poenis ac doloribus, de munu tua aequo ac libenti animo accipio.

Señor Dios mío, desde ahora acepto de vuestra mano, con ánimo resignado y buena voluntad, cualquier género de muerte que os plazca enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.

b) Ofrezcamos á María una vida de orden y de prudencia práctica. No deseemos la dicha actual, sino la virtud.

Salomón suplicó al Señor le enseñase el arte de gobernar á su pueblo, con lo cual agradó á Dios. Pidamos nosotros el de gobernar nuestras pasiones. *Ave María.*

SÁBADO DÉCIMO.—Las gracias «gratis dadas» á la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Después de dar una mirada general á las gracias «gratis dadas», admiraremos las que fueron concedidas á la *Santísima Virgen*, después de lo cual discurriremos sobre *las que pueden tocarnos en suerte.*

MEDITACIÓN

«*Astitit regina a dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*» (Ps. XLIV, 10).

(1) Indulgencia plenaria á la hora de la muerte para todos los que, después de confesar y comulgar, hayan rezado, á lo menos una vez en su vida, este acto con verdadero sentimiento de amor para con Dios.

Colocóse la reina á tu derecha con vestido bordado de oro, y engalanada con adornos varios.

1.^{ER} PRELUDIO. En la casa de Nazaret, el ángel, arrebatado por la grandeza de María, la proclama llena de gracia.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de recibir humildemente y santamente utilizar, á ejemplo de María, las divinas larguezas.

I. Las gracias gratis dadas en general.—I. 1. Los dones de Dios son todos efecto de una gratuita liberalidad; pero los de orden sobrenatural toman, de su dignidad misma, un nuevo carácter de generosidad, puesto que exceden la necesidad y exigencia de toda naturaleza criada.

Sin embargo, ciertos beneficios de este orden, como la gracia santificante, las virtudes infusas y los auxilios de gracias actuales, tienden directamente á nuestra santificación y están por consiguiente á la disposición de todos, ya que Dios sinceramente quiere la salvación de todos los hombres (1). Si los primeros dones son gratuitos, el aumento de los mismos puede merecerse; mientras que otros dones, al contrario, no tienden tanto al provecho espiritual del que con ellos se ve favorecido, cuanto á la utilidad general de la Iglesia. No siendo consiguientes á ningún mérito, ni confiriéndolo directamente, y estando reservados á algunos pocos, son por un nuevo título gratuitos: por esta causa reciben, en teología, el nombre de *gracias gratis dadas* (2).

2. Podemos aún dividir éstas en dos clases. Per-

(1) 1.^a Tim. II, 4.

(2) Se las designa también con el nombre griego que emplea San Pablo, *charismata* (1.^a Cor. XII, 7-12).

tenecen á la primera los ministerios de que está uno encargado; las obligaciones que debe llenar, con los poderes á tal fin requeridos; los talentos naturales y aun los socorros sobrenaturales, dispensados á los que tienen algún encargo para el bien general de la sociedad: por ejemplo, la jurisdicción, la infalibilidad, el sacerdocio. Á la segunda clase, entendida más estrictamente, se refieren los favores que, ni siquiera reclaman una común necesidad de orden social, sino que responden á una economía extraordinaria, y no tienen más fórmula que ésta: El Espíritu sopla donde le place.

Estas gracias son de *conocimiento*, como la profecía, el discernimiento de espíritus; de *lenguaje*, como el don de lenguas, la particular unción para explicar las cosas de la fe é insinuar sus santas persuasiones; ó bien de *acción*, como la gracia de hacer milagros y curaciones.

3. Tales beneficios confirman la fe y son ocasión de grandes bienes. ¡Qué movimiento de piedad no han provocado las revelaciones hechas á la BEATA MARGARITA MARÍA, ó las apariciones de Lourdes!

Sin ser meritorias por sí mismas, constituyen con todo un ornamento del alma, y el buen uso que de ellas se haga, es digno de alabanza y de recompensa.

Los santos, sin embargo, por espíritu de humildad, rehuían los honores acá abajo y temían recibir las gracias gratis dadas.

II. Muy otro es el espíritu del siglo, que fomenta las ambiciones y llena la historia de luchas, de rivalidades, de intrigas y de odios. ¡Cuánto más provechoso es para el mundo el espíritu cristiano que, dejadas aparte celosas competencias, aproxima unos á otros á los hombres y da su lugar á los que más lo merecen.

Procuremos adoptar este espíritu; y si la voz de los superiores, la necesidad de las circunstancias, ven en nuestra elevación una garantía del bien general, no nos detenga entonces ningún temor estrecho y pusilánime. Desdeñemos, con todo, los caminos y tortuosidades ambiciosas, contentándonos de buena gana con el papel de inferiores. Este partido, el más prudente para nosotros mismos, es también el más ventajoso para el bien universal, al cual ya se perjudica con sólo procurar con desasosiego el poder y los cargos de más brillo.

II. Las gracias gratis dadas á la Santísima Virgen.—I. En los designios de Dios, la mayor de las criaturas no debía jamás apartarse, en la tierra, de la modestia y obscuridad que convenían á su sexo y condición. En el curso de su vida terrestre no advertimos ni predicación pública, ni ministerio sagrado, ni milagros esplendentes, ni ruidosas acciones.

Mas, por una parte, la misma divina maternidad es el más sublime de todos los ministerios, de todas las funciones que puede el hombre llenar; y por otra parte María tenía en su vocación y en sus destinos, un título á todas las prerrogativas, á todos los espirituales ornamentos. He ahí por qué los teólogos atribuyen á María todos los dones dispensados gratuitamente, salvo el contener su uso y ejercicio dentro del justo cuadro en que se desarrollaba su vida (1).

Esta opinión viene confirmada por los relatos mismos de la Escritura. ¡Qué inspiración profética, qué ilustración no llenaba con sus luces á María cuando, antes que toda humana criatura, se entera del miste-

(1) Véase SUÁREZ, in 3. part., q. XXVII, d. 20.

rio de la Encarnación y lo celebra en su *Magnificat!* ¡Qué discernimiento de espíritus en todas las circunstancias de su vida! ¿Faltóla por ventura el poder de los milagros, cuando la vemos obtener el primero de los milagros de Jesús? ¿No es de ella de quien aprendió San Lucas el Evangelio de la infancia del Salvador, y en quien, después de la muerte y ascensión de Cristo, buscaron los apóstoles y discípulos luz y edificación? ¿Y ahora, desde lo alto del cielo, no es María, nuestra grande taumaturga, al mismo tiempo que la más elevada iluminadora, la más prudente consejera de los hombres?

II. Admiramos la abundancia de los divinos dones en María; pero al verla tan modesta, tan reservada en el uso y manifestación de todo aquello con que Dios la favoreció, y tan atenta á llenar simplemente el cargo que le incumbe, rechazamos todo pretexto para librar-nos de los humildes deberes de nuestra profesión.

III. Las gracias gratis dadas á nosotros mismos.

—1. Nuestros talentos y nuestros éxitos pueden ser comparados con las gracias gratis dadas, lo mismo que los cargos honrosos que se nos confían. Ninguna razón hay de complacernos por ellos en nosotros mismos.

2. Seamos prudentes y circunspectos, sin ser escépticos, en el examen y prueba de los favores singulares. En lugar de tender á lo extraordinario, pongamos nuestra atención en la práctica de las virtudes impuestas á todos.

3. Una humilde sencillez nos valdrá los oportunos auxilios para elevarnos á la altura de nuestra misión. No temamos las responsabilidades que tengamos que asumir, y facilite nuestra obediencia el favor divino que á los superiores se concede.

COLOQUIO

Presentémonos á Dios por María para ofrecer á Jesucristo nuestros propósitos de sacrificio. Indiquemos nuestras preferencias por el sacrificio obscuro, que nos expone menos á nosotros mismos y es, con frecuencia, más glorioso á Dios.

SÁBADO UNDÉCIMO.—Las gracias actuales de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—De las gracias y dones habituales pasemos á las influencias transitorias, pero incesantes, por las cuales Dios nos aparta del mal y sobrenaturaliza los impulsos de nuestra actividad.

El primer punto nos recordará la *noción de las gracias actuales* en sus dos principales formas; el segundo estará consagrado á las *gracias medicinales de la Santísima Virgen*; el tercero á las *gracias saludables*.

MEDITACIÓN

«*Sine me nihil potestis facere*» (Joan. XV, 5).

Sin mí nada podéis hacer.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos la casa de Nazaret. El ángel del Señor saluda á María, llena de gracia.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer mejor la dignidad de nuestra celestial Madre y de crecer en humildad y gratitud para con Dios.

I. Las gracias actuales en general.—I. 1. Ha-

biendo Dios resuelto divinizar á su criatura inteligente, aun á la que se había envilecido por el pecado, empieza por dotarla de una nueva naturaleza, la gracia santificante; luego, por las virtudes sobrenaturales, comunica á sus facultades una potencia de acción, que excede los límites de toda natural actividad. Los dones del Espíritu Santo ponen en ella propensiones celestiales y preciosas aptitudes para seguir las mociones de lo alto. He aquí, pues, á esta criatura dispuesta á llevar una vida moral sobrenatural, y á ilustrarse con actos dignos de una infinita bienaventuranza.

2. ¿Basta ya? ¿Está ya todo concluído? ¿Esta nada que somos nosotros en comparación de una dicha sobrenatural, está ya enteramente llena?

No, faltan aún dos cosas.

a) La vida sobrenatural se desarrolla en un hombre naturalmente flaco y enfermo, que corre peligro de sucumbir; esas riquezas son poseídas por un débil é imprudente, que corre peligro de dejarse robar en el camino. Es, pues, preciso un socorro para fortalecer interiormente la vida; una previsión, una asistencia para ahorrar las fuerzas del hombre y no exponerlas á malos encuentros que facilísimamente le serían fatales. Este socorro es la gracia *medicinal*, beneficio complejo, atención multiforme de la Providencia. Por ella son removidas las ocasiones demasiado peligrosas, y la prueba jamás excede á nuestras fuerzas; obran sobre nosotros influencias saludables; palabras buenas, persuasivos ejemplos, advertencias interiores de consuelo ó de remordimiento, nos alientan al bien y nos apartan del mal; una acción divina calma el ímpetu de las pasiones, alumbrá la inteligencia y fortalece la voluntad.

b) Consideremos nuestra actividad moral. Nues-

tros actos reflejos van precedidos de otros indeliberados, en los cuales tienen sus raíces, lo mismo que en la libre elección de nuestra voluntad. Para obrar cualquier acto, hay que pensarlo primero; y debe una resolución ser propuesta antes que sea aprobada. ¿Por ventura toda proposición de nuestra inteligencia no se hace por el impulso de algún movimiento de nuestra voluntad? Inútil sería para nuestro intento, proseguir y profundizar esta investigación; bástanos recordar que los conocimientos y los impulsos no libres, sin necesitar-nos ú obligarnos, son necesarios para el ejercicio de nuestra libre actividad.

Preguntamos pues: ¿De qué orden son esos pensamientos irreflexivos, estos espontáneos quererres que preceden, á lo menos en sus primeros movimientos (1), el uso de nuestras virtudes sobrenaturales?

Provista ya de todos sus aprestos, nuestra nave está pronta para zarpar hacia el puerto de la vida eterna. Mas ¿cuál será el impulso que la mueva? ¿Una fuerza natural va á imperar á fuerzas superiores que se pongan en movimiento? ¿Podrá gloriarse la naturaleza de haber determinado la acción de la gracia, y de ser así principio de todos nuestros méritos? ¿Veráse perturbada la armoniosa proporción de los medios con el fin, por la inferioridad de los principios? No, la bondad de Dios nada hace á medias. He aquí que, de un modo misterioso, deslízase Él mismo en nuestra actividad inicial. La idea inicial, el primer rayo que alumbra nuestra inteligencia, el primer impulso de nuestra voluntad hacia todo lo bueno, débense juntamente á nues-

(1) En efecto, nuestros actos libres se encadenan los unos con los otros: el segundo es provocado por el primero; el tercero, por el segundo; el acto indeliberado no es necesario, sino al principio de la serie.

tras facultades y á un concurso *sobrenatural* que Dios nos presta y que no nos abandona en toda la duración de nuestro acto. Dios previene así todas nuestras acciones meritorias, del mismo modo que su brazo nos ayuda á llevarlas á cabo: y así pensamos, queremos, obramos el bien, llevados por las alas de su gracia.

II. Estas consideraciones pueden excitar en nosotros: *a)* Un sentimiento de *humildad*, pues que nos hacen entender mejor la doble nada que somos en el orden natural y en el orden sobrenatural.

b) Una viva *gratitud* por todo cuanto Dios se digna obrar en nosotros.

c) Un gran cuidado de no arruinar la obra de Dios en nuestras almas.

II. Las gracias medicinales en la Madre de Dios.

—I. Dios hizo más por la Santísima Virgen que atenuar ó corregir una disposición morbosa heredada de los primeros padres; y más bien que el remedio, le concedió la salud. Por una acción absolutamente preventiva, quitó de ella el principio mismo de interior debilidad; y aun es poco decir que lo quitó: reguló de tal manera las pasiones y los apetitos de esta criatura privilegiada ya desde el primer instante de su vida, que las fuerzas inferiores presentáronse á ella como tropas dócilmente alineadas para obedecer, no para mandar ó precipitar la acción. María, robusta y santa, pudo afrontar sin peligro dificultades y pruebas, aprestándose á triunfar en cada una de ellas.

II. 1. En cuanto á nosotros, confesemos nuestra debilidad y nuestra impotencia; reconozcamos que si la providencia divina no hubiese tenido cuidado en apartar las ocasiones, hubiéramos sido capaces de las más atroces iniquidades.

2. No nos acobardemos, sin embargo, que Dios puede y quiere hacernos salir incólumes de los más peligrosos pasos, si nos ponemos en ellos forzados verdaderamente por las circunstancias ó atraídos por el interés de su gloria. Ved los mártires: estábales prohibido correr temerariamente á la muerte; pero arrastrados ante el juez, ni siquiera debían preocuparse de lo que iban á contestar á sus pérfidas preguntas. El Espíritu divino los iluminaba (1), del mismo modo que los sostenía en los tormentos.

3. No nos será difícil recordar, en nuestra vida, las ocasiones peligrosas de que fuimos librados y las bienhechoras influencias de que hemos sido objeto. He aquí los especiales beneficios de la gracia.

4. Nosotros mismos podemos proporcionar á otros esta gracia de Dios, si les edificamos con nuestras palabras y ejemplos.

III. Las gracias saludables de la Madre de Dios.

—1. Hemos de concebir las gracias saludables de la Madre de Dios, como reiteradas invitaciones que el Rey de reyes dirige á la más favorecida de las criaturas para excitaria á remontarse hasta cerca de su trono. «Hija de Jerusalén, reconoce cuanto yo he puesto en ti de gracia y de hermosura; estas riquezas, esta nobleza, estos adornos, están destinados á un mundo mejor que el que huellas con tus pies. Ven, sube á la cumbre en donde Yo mismo me encuentro. Pero la distancia es inmensa. ¿Fáltante las alas? Helas aquí. Mi gracia es la que te levanta y te lleva. Emprende el vuelo; nada temas.»

Y María se lanza, en efecto, pudiendo con verdad

(1) Matth. X, 19.

decirse de ella, que irá de virtud en virtud hasta contemplar el rostro de Dios en Sión (1).

II. 1. Entreguémonos á la santa emoción que nos inspiran los sublimes llamamientos dirigidos á nuestra Madre.

2. Sin comparar nuestros privilegios con los de la Virgen Santísima, podemos reconocer que nuestra alma está provista de riquezas, cuyo destino no es de este mundo; hemos sido criados para algo mejor que esta tierra.

Nada haya, pues, de vil, nada de bajo en nuestros deseos y designios, antes aspiremos á lo grande. Si otros se resignan á arrastrarse, no retarde esta medianía nuestro vuelo, sino que más bien ha de inspirarnos esto una suave y paciente compasión para con los que se cierran tan magníficos horizontes.

COLOQUIO

Tengamos con María, y luego con Jesús, un coloquio de confianza y de humildad. De confianza: «Todo lo puedo en el que me conforta»; de humildad: «¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?» Entonces brotará de nuestro corazón una plegaria; invocaremos tres veces al Señor para que al menos nos diga: «Bástate con mi gracia» (2).

SÁBADO DUODÉCIMO.—Las gracias sacramentales de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—A la santificación por las obras añádese, en la vida cristiana, la santificación por los sacramentos. También bajo esta forma derra-

(1) Ps. LXXXIII, 8.

(2) Phil. IV, 13; Rom. VII, 24; 2.ª Cor. XII, 9, 9.

móse la gracia sobre la Madre de Dios. En el primer punto veremos *la naturaleza de las gracias sacramentales*; en el segundo, *su abundancia en María*; en el tercero los *medios de aprovecharnos más de los sacramentos*.

MEDITACIÓN

«*Visita nos in salutari tuo*» (Ps. CV, 4).

Visítanos para darnos tu salud.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos el Cenáculo en el momento en que bajó el Espíritu Santo sobre María y los apóstoles.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de imitar á María en la ferviente recepción de los sacramentos.

I. Las gracias sacramentales.—I. Hemos visto cómo se digna Dios insinuarse en nuestra actividad, para proporcionarnos la satisfacción de producir frutos de salud. El quiere, en su liberalidad, hacernos gozar además de las influencias directas del orden sobrenatural, en que no intervienen como causas, sino Él mismo, Cristo, y el instrumento por el cual se digna obrar (1). Esta influencia la ejerce Dios como causa principal; fué merecida por Cristo, y se confiere misteriosamente por un rito de institución divina, ejecutado por un ministro legítimo, deputado por el mismo Dios. Tal es la gracia sacramental, que recibimos sin contribuir efectivamente á ella. Ved al niño recién nacido, mientras sobre él se derrama el agua del bautismo. ¿Qué sabe él? ¿Qué hace? Nada. Y hele aquí regenerado, enriquecido, santificado. La misma virtud obra

(1) He aquí por qué esta gracia se llama *ex opere operato*; porque es causada por una operación que recibimos, no por ninguna acción nuestra.

en los demás sacramentos, aun en aquellos que recibimos siendo adultos. Entonces, sin embargo, Dios subordina sus efectos á nuestro consentimiento, y proporciona su intensidad á las disposiciones que en nosotros halla.

La gracia sacramental, por su doble influencia, danos por una parte la gracia santificante ó la aumenta en nosotros; y por otra parte remedia la flaqueza de nuestra condición presente, fortaleciendo nuestras facultades, intentando resultados varios en relación con el fin propio de cada sacramento.

II. He aquí de cuántas maneras viene Dios en nuestro auxilio para hacernos fuertes y santos. Hase visto á hombres de buena fe, enredados en los lazos de la herejía, santificarse por el buen uso que hacían de un resto de alimento sano que llegaba hasta ellos. ¡Y nosotros tan ricamente servidos, nos quedamos espiritualmente débiles y flacos! ¿No será del caso decir: *Perditio tua Israel?* Es ciertamente por tu culpa, Israel, si enfermas y pereces (1). Hagamos justicia á la liberalidad de Dios, humillémonos por nuestra espiritual mediocridad, y pidamos perdón.

II. Las gracias sacramentales en María. — I. También María, durante su vida, gozó de una santificación que en ella se obraba. La divina Maternidad fué para ella más que un sacramento, ya que ninguna virtud sacramental puede compararse con los magníficos efectos que en su alma produjo el Verbo divino, que venía á pedirle un cuerpo. Después, aunque María no debiese ser purificada de culpa alguna, conviéndose generalmente en admitir que recibió el bautismo, á fin de lle-

(1) Oseae XIII, 9.

var en su alma el carácter del cristiano y entrar oficialmente en la Iglesia de su Hijo. La venida del Espíritu Santo fué para ella una extraordinaria recepción del sacramento de la confirmación. Pero insistamos principalmente en la mística y cotidiana renovación que en su alma causaba la Eucaristía, introduciendo otra vez en su corazón la humanidad, que ella había dado á luz. ¡Oh, quién podrá concebir las maravillas de su unión con su divino Hijo en este sacramento de fe y de amor! Y de un modo general, consideremos la virtud indefinida de los sacramentos, pensemos en la perfección de las disposiciones de María, y fácilmente deduciremos la prodigiosa altura á que estos solos medios debieron elevar á nuestra Madre.

II. Felicitémosla y tomémosla por modelo en nuestras comuniones y, si nos sucede estar fríos y desolados, ofrezcamos al Señor el corazón de su Madre, recordándole las excelentes comuniones que hacía y uniendo á ellas las nuestras con el deseo.

III. **El buen uso de los sacramentos.** — ¡Cuán importante es llegarse á los sacramentos con un santo fervor! Habiéndonos penetrado de esta verdad, busquemos el medio de mejorar nuestras disposiciones.

1. De un modo *negativo* en primer lugar, excluyendo la *rutina*. Aseguremos una cuidadosa preparación á cada uno de los sacramentos que recibamos. No olvidemos que, aunque hay otros medios de aumentar la gracia santificante, sin embargo, los sacramentos son los canales especialmente destinados á proporcionárnosla con abundancia. Además, ellos contienen una gracia particular en relación con nuestras necesidades, restituyéndonos así, en parte, aquella facilidad y fuerza de que gozaríamos sin el pecado original. Pensemos

también en la sangre de Cristo que nos los mereció, y que corre allí, representada por su virtud.

2. Los sacramentos son protestas de fe y de esperanza en Cristo. Desenvolvamos en nosotros estos sentimientos á fin de darles toda su verdad y consiguientemente, toda su eficacia.

COLOQUIO

Recordemos á los discípulos de Emaús, á los cuales la conversación con Cristo llenaba de secreto ardor. ¡Jesús viene con tanta frecuencia á nosotros para comunicarnos el fervor de la caridad! Pidámosle por su Madre que nos consuma de amor á él. *Monstra de esse Matrem*: Muestra, oh María, que eres nuestra Madre.

SÁBADO TRECE.—La impecabilidad de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Nuestros pecados, la impecabilidad de María, nuestra lucha contra el pecado, tales serán los puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Nihil inquinatum in eam incurrit*» (Sap. VII, 25).
Nada manchado se encuentra en ella.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Virgen en su casita de Nazaret, contestando al ángel: «He aquí la esclava del Señor».

2.^O PRELUDIO. Pidamos, además de la gracia de concebir una alta estima de nuestra Madre, la de trabajar con el ardor de que todos los santos nos dan ejemplo, en alejar de nosotros el pecado.

1. Nuestros pecados. — I. ¡Cuán saludable es convencernos bien de que somos pecadores!

1. Supongamos que ahora nuestra vida se desliza sin cometer pecado mortal. Pero y el pasado, el irrevocable pasado ¿qué nos recuerda? Sus manchas hubiesen sido indelebles, á no ser por la gracia del Señor.

2. Aun ahora ¡qué de desórdenes y extravíos! Por encima de nosotros está *Dios*. ¿Le tributamos los debidos homenajes? ¡Cuántas iras sordas, cuántas impaciencias á la menor contrariedad! A nuestro lado hállase el *prójimo* con sus éxitos, sus reveses, sus necesidades, sus flaquezas. ¡Cuáles no son nuestros celosos pensamientos; qué tendencia á denigrar no experimentamos en nosotros; qué gozo tan maligno; cuán indiferente egoísmo! ¡Cuán severamente juzgamos á los demás! Por lo que atañe á *nosotros mismos*: ¡cuán fácilmente nos vencen nuestras viles pasiones, nuestros sensuales y golosos apetitos; cuán necia vanidad nos entretiene en una exagerada complacencia de nosotros mismos! ¡Cuán fácilmente nos doblegamos ante la dificultad; cuán cobardes somos para declararnos del partido de Jesucristo! ¡Cuántas mentirillas ocultas en nuestro lenguaje; cuán suspectas segundas intenciones en nuestros intentos! Prosigamos esta enumeración, recorriendo, ya nuestras *facultades*, para conocer el abuso que de ellas hemos hecho, ya los *preceptos*, para oponerles nuestras faltas, ya las *virtudes*, para notar su ausencia, ya nuestras *jornadas*, nuestras *ocupaciones*, nuestras *relaciones*, para llegar á la humilde confesión de SAN AGUSTÍN, y preguntémos con lágrimas: «¿Dónde pues, ó cuándo, Señor, he estado sin culpa?» (1).

(1) *Confesiones* I, I, c. 7 (M. P. L. t. 32, col. 388).

II. Esta conclusión no debe descorazonarnos; porque podemos y debemos añadir á ella al mismo tiempo esta verdad: que, tales cuales somos, Dios nos sufre y nos ama. Esto ha de dar como fruto en nosotros la persuasión, la más útil de todas, de que nuestra vida espiritual no tiene más fundamento que la *miserericordia paternal* de Dios. Entonces comprenderemos mejor el *Beati misericordes* (1), bienaventurados los misericordiosos.

II. La impecabilidad de la Madre de Dios.—

1. Haciéndose eco de una tradición moralmente unánime, enseña el concilio de Trento (2), que María fué exenta de todo pecado actual, que no hubo jamás en ella el menor movimiento de la voluntad contrario á algún precepto divino.

2. Más aún; esta pureza no era simplemente un hecho; sino que la exigían las íntimas y sublimes relaciones de María con Dios. Si nada manchado entra en el cielo, mucho menos aún podía manchar alguna profanar el tabernáculo vivo, el cielo por excelencia, reservado al Verbo divino (3).

3. Esta inmunidad de toda mancha es, con respecto á todos los hijos de Adán, un privilegio único, una bendición que sólo María recibió. Fueron los apóstoles confirmados en gracia, asegurados de la divina amistad, tenían el don de la *perseverancia perfecta*. Pero María, con exclusión de todos los demás hombres, obtuvo una *perfecta confirmación* en el bien que excluía todo pecado venial. Por este don llevaba

(1) Matth. V, 7.

(2) Sess. VI, can. 23.

(3) Es decir, como hemos visto, que Dios no podía escoger un orden del mundo en que la Madre de Dios tuviese pecado.

nuestra Madre acá abajo la vida que llevaremos todos en la gloria del cielo. Mas, allí la impecabilidad provendrá de la vista de Dios, mientras que en María fué fruto de la abundancia de la gracia (1). Merced á esta abundancia, y á la razón más alta de su impecabilidad, María no sólo igualaba á los ángeles, pero aun los sobrepujaba. Aún más: ya que ninguna unión con Dios puede concebirse más íntima que la de su Madre, tampoco puede concebirse, en una pura criatura, oposición más radical al pecado. María, pues, llegó al más alto grado posible de pureza.

4. La impecabilidad de María, comparada con la de Cristo, se distingue de ella por su causa próxima. Cristo tenía en sí mismo, en la unión de su naturaleza humana con la persona divina, la más absoluta imposibilidad de faltar á su deber. Al contrario, la voluntad de María, tomada aisladamente, estaba sujeta á faltar. Si no faltó, debiólo por una parte á su gloriosa exención de la concupiscencia y tentación interior, como á las gracias actuales extraordinarias; pero fué, por otra parte, efecto de la atención con que procuró María corresponder libremente á la gracia de Dios. María preservada del fuego de la concupiscencia, exenta de todo primer movimiento contrario á la ley, podía no pecar; era además por una gracia extraordinaria, invitada á no faltar y consentía libremente en ser Madre de Dios. La impecabilidad de María, infinitamente menos elevada que la de su Hijo, permítenos aplicarle el elogio de los libros santos: «Pudo transgredir la ley y no lo hizo».

Limitémonos, en este punto, á comprender bien la elevada dignidad de María.

III. Nuestra lucha contra el pecado.—I. Los san-

(1) V. Div. THOM. in. III. dist. 13, q. 1, art. 2, q. 3, sol 3, ad 2.

tos recorrieron los más variados caminos; pero todos trabajaron por extirpar de su corazón el pecado. Pensémoslo bien: Dios no necesita de ninguno de nuestros servicios, y nosotros ignoramos nuestra futura suerte. Sembramos penosamente, sin saber si existiremos para recoger la cosecha. Los frutos de nuestros trabajos pueden perecer en flor. Nuestros más bellos designios pueden no corresponder al plan divino; pero es una tarea ciertamente útil y muy del agrado de Dios la de afanarse en disminuir, en suprimir nuestros pecados. ¿Hemos empleado, en este trabajo, los cuidados debidos? Hagámoslo en adelante.

II. Táctica que debemos seguir: a) Roguemos, á fin de alcanzar grandes gracias de Dios. b) Sujetemos nuestras pasiones, dominemos nuestros primeros movimientos. Por estos dos medios participaremos, en alguna manera, de la gracia de preservación de María. c) Por la meditación atenta de cada uno de nuestros deberes, penetremos bien nuestro espíritu de su razón de ser. d) Busquemos la raíz de nuestras principales faltas y ataquémoslas con el examen particular. e) En nuestras relaciones con Dios, en nuestros ejercicios de piedad, tengamos una fe ilustrada, que nos haga preferir la cualidad al número, que nos haga reconocer mayor valor en un *Padrenuestro* rezado despacio y con atención, que en muchos rezados precipitadamente en el mismo tiempo.

COLOQUIO

Dirijamos una plegaria ferviente á María, para obtener un humilde y santo valor en la lucha contra el pecado. Bendigámosla por las maternales atenciones que ha tenido á fin de preservarnos de muchos pecados.

«*Ave maris stella... Vitam praesta puram.*» Haced que nuestra vida sea pura.

SÁBADO CATORCE.—La libertad de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Ordénase esta meditación á obtener el gran resultado de poner claramente á nuestra vista, nuestra propia responsabilidad en el orden espiritual; á hacernos comprender cómo, aun en este mismo terreno, se verifica el proverbio: «Ayúdate y te ayudaré», y á arrancarnos de una indolencia fatal á nuestro adelantamiento. Veamos sucesivamente, la *razón de ser providencial de la libertad* y el *respeto* con que Dios la deja obrar; *los frutos* de la libertad en *María*, y *el uso que, á ejemplo suyo, debemos hacer* de dicha facultad.

MEDITACIÓN

«*Gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi*» (1.^a Cor. XV, 10).

Su gracia no estuvo ociosa en mí, sino que trabajé más que todos ellos.

1.^{er} PRELUDIO. En la morada de María, oigamos á la humilde Virgen contestar al ángel de Dios: «Hágase en mí según tu palabra.»

2.^o PRELUDIO. Solicitemos con vivas instancias poder seguir el ejemplo de nuestra Madre, cooperando á los beneficios del Señor con generosa fidelidad.

I. La razón providencial de ser de la libertad en nosotros.—I. ¿Por qué nos da Dios la libertad? ¿Hasta qué punto la respeta?

1. *Razón de ser* de nuestra libertad.—Entende-

mos la libertad tal cual existe en nosotros, aun con la facultad de obrar el mal. De que la opción por lo malo repugne á la infinita santidad de Dios y ni siquiera pueda concebirse en una voluntad que es regla de todas las cosas, podría malamente concluirse, que la facultad de obrar mal no es una perfección relativa de nuestra voluntad, sino que, al contrario, constituye un defecto. No hay que olvidar, en efecto, que ciertas cualidades verdaderas de la criatura, pero que están sujetas á su imperfección esencial, no pueden hallarse en el ser infinito. Muy precioso es para nosotros el tener ojos en el cuerpo, y con todo, estos mismos ojos, serían en un puro espíritu, y mucho más en Dios, señal de inferioridad natural. La libertad de Dios es la de una voluntad, en que la bondad de nuestras acciones halla su medida; la nuestra es la de una voluntad sometida á una regla superior.

La posibilidad de faltar resulta de nuestra condición: da gloria á Dios y nos presta servicio á nosotros mismos. a) *Da gloria á Dios*. Por ella ve Dios venir y terminarse en Él, no solamente los seres fatalmente arrastrados hacia su centro, sino aun las inteligencias que, al llegarse á Él libremente, se determinan á rendir homenaje á su bondad. Por ella también, tiene Dios ocasión de manifestar su misericordia, y la divina Sabiduría juguetea en el universo. Voluntarias actividades se agitan y se revuelven en diversos sentidos, sin poder estorbar el orden del mundo ni impedir la ejecución del supremo plan de Dios. b) *Sírvenos á nosotros mismos*. Nos atribuye el especial honor de haber podido faltar y no haberlo hecho; de haber salido victoriosos de la prueba. El peligro mismo corrido, la dificultad vencida ¿no aumentan por ventura la dicha y la honra del éxito? «Dichoso el hombre, dice el

Eclesiástico (1) que ha podido quebrantar la ley y no la ha quebrantado.»

2. *Respeto de Dios por esta libertad.* Dios consagra á esta libertad un respeto cuyas manifestaciones nos sorprenden y confunden, y aun pueden escandalizar el orgullo del impío. Aunque Él ayuda al hombre á obrar bien, permítele que dañe y obre mal. Dios permite á la blasfemia que salga de la boca; al sacrilegio, que sea perpetrado; á la humana necedad, que inutilice los más útiles designios; á la malicia humana que destruya las más bellas empresas, que pierda la fe é impida su propagación. Misteriosa tolerancia, que hará brillar tanto más la Sabiduría divina, cuando veamos que todos y cada uno de estos elementos, contribuyen al bien de los escogidos y á la glorificación del Todopoderoso.

II. Pero la adoración silenciosa debe ser coronada con una conclusión práctica. Consideremos este campo fértil y estos depósitos repletos de fecunda semilla. Oh hombre, tú no has hecho el campo ni la semilla, y cargas, sin embargo, con la responsabilidad de la cosecha. La tierra no se abrirá por sí misma para recibir la semilla, y ésta no irá por sí misma á arrojarse en el surco. No puedes descargar sobre la divina Providencia el cuidado del cultivo. Lo mismo sucede con los frutos de salvación que deben brotar en nuestra alma y en el mundo. Hemos de esperarlos todo de Dios; pero debemos pedir su auxilio y obrar al mismo tiempo: trabajar en nosotros mismos, afrontando las dificultades y formando nuestro carácter moral y sobrenatural; trabajar en los otros ó por fuera, para combatir el mal y asegurar el bien. De poco

(1) Eccli. XXXI, 10.

sirve lamentarse y suspirar por milagros. ¿Qué haces de tu inteligencia y de tu brazo? La espiritualidad, entendida de otro modo, es afectación llena de ilusiones y de engaños.

Examinémonos seriamente á nosotros mismos y examinemos también nuestra actitud. Fijémonos bien en que la bendición de Dios consiste en hacernos gozar del trabajo de nuestras manos (1); la santidad y la salvación son fruto de nuestro trabajo.

II. Los frutos de la libertad en María.—I. 1. ¿Hasta qué punto respetó Dios la libertad de María? No sólo sus actos de virtud fueron practicados libremente; pero, lo que es más, la suerte del género humano fué entregada á su discreción. El ángel no la violentó, sino que María fué Madre de Dios porque quiso serlo.

2. Mas ¡cuáles no fueron los frutos de la libertad en aquellas benditas manos! En cuanto al mundo: de ella hemos recibido todos á Jesús mismo; en cuanto á sí misma, llegó al apogeo del mérito y de la gloria. Ciertamente que todos los principios vinieron de Dios. «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (2); «el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas»; pero esta gracia no fué recibida en vano, yo he cooperado con ella; he perseguido todos los nobles fines que me han sido propuestos; he aceptado todas las invitaciones de Dios; he subido á todas las alturas á que fuí convidada; las gracias de Dios, multiplicadas en mis manos por mi generosa correspondencia á ellas, me han elevado por ascensiones rápidas y sublimes hasta la cumbre de la gloria.

(1) Ps. CXXVII, 2.

(2) 1.^a Cor. XV, 10.

II. El don de la libertad brilla en María con todo su esplendor. Al felicitar por ello á nuestra Madre, hallaremos de qué admirar y bendecir á la divina Sabiduría por sus designios sobre nosotros.

III. Uso que debemos de hacer de nuestra libertad.—I. El buen uso de nuestra libertad consiste en corresponder activamente á la doble gracia de Dios.

1. A la gracia *medicinal*, por las precauciones de la prudencia. ¡Cuántas veces nosotros, frágiles y débiles como somos, nos arrojamos temerariamente en el peligro, mientras que María tan protegida en lo interior de sí misma, busca el abrigo del templo, vive en el retiro, se arma con todas las precauciones que convienen á su sexo y condición!

2. A la gracia *sobrenatural*, por la diligencia con que procuremos perfeccionarnos y cumplir la misión apostólica que, en grados diversos, nos ha caído á todos en suerte.

Nuestros defectos en este punto pueden ser: una cobarde *disimulación*, que afecta ignorancia y busca excusarse con una ficticia impotencia; un *egoísmo* perezoso, que sacrifica el bien al descanso y á la falsa paz de la inercia y de la indiferencia; una *desconfianza* mezquina, que no osa lanzarse á nada.

II. He aquí por qué no adelantamos; y por qué se obran muchos males á nuestro alrededor. ¡Manos á la obra, pues, sin presunción; pero con generosidad!

COLOQUIO

Santamente prosternados ante Dios, en presencia de la Santísima Virgen, pidamos perdón de nuestra espiritual ociosidad, aceptemos noblemente la respon-

sabilidad de nuestra libertad; decidámonos á obrar para nosotros mismos y para los demás. *Ave maris stella... Iter para tutum*: «Salve estrella del mar... Prepáranos un camino seguro.»

SÁBADO QUINCE.—El ángel custodio de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—La asistencia de un ángel custodio, que es una nueva y hermosa forma de la gracia de Dios, no está en manera alguna relacionada con el pecado original; no supone en el hombre imperfección alguna positiva, ni nada que sea indigno de la Madre Inmaculada de un Dios Salvador. María, pues, tuvo su ángel custodio. Las relaciones entre la Virgen Santísima con este ángel, las cuales, supuesto el silencio del Evangelio, podemos deducirlas piadosamente de los principios generales de la teología, nos proporcionan, á nuestro parecer, materia para una fructuosa meditación en honor de nuestra Madre y de los ángeles de Dios.

Una *mirada general* sobre el ministerio del ángel custodio y el plan de la Providencia, ocupará el primer punto, mientras que el segundo y tercero tendrán por objeto la *conducta del ángel para con María y la de María con el ángel*.

MEDITACIÓN

«*Angelis suis mandavit de te*» (Matth. IV, 6).

A los ángeles encargó tu custodia.

1.^{ER} PRELUDIO. Al comunicar á María los designios de Dios que á ella se referían, y al invitarla á consentir con ellos, ejercía el arcángel Gabriel para con la Virgen una de las acostumbradas funciones de los

ángeles custodios. Podemos, pues, reconocer en él á un representante del ángel custodio de María.

Natural será, en este supuesto, reconstituir en el primer preludeo la escena de la Encarnación, y figurarnos á María recibiendo, en su humilde morada, al mensajero de este gran misterio.

2.º PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia preciosa de concebir para con nuestro ángel custodio un aprecio lleno de gratitud, y de mantener con él relaciones de santa y saludable amistad.

I. El plan de la divina Providencia.—I. 1. La más noble de nuestras influencias, es evidentemente la que ejercemos sobre otras criaturas racionales. Pues qué ¿valdría la pena de trabajar en la materia, si nadie pudiese admirar ó utilizar el efecto producido? Las obras que á nadie sirven, son obras enteramente inútiles. Pues bien, entre las influencias que podemos ejercer sobre otros, la mejor de todas es la acción del orden sobrenatural y divino.

¿Pero no hay peligro de que la ventaja de uno se convierta en detrimento de otro? El honor de influir sobre otra persona ¿no redundo en detrimento de la misma, privándola de otra gloria, ó sea la de hallarse bajo la influencia inmediata de Dios?

Admiremos la sabiduría y bondad divinas, que han sabido conciliarlo todo para supremo bien nuestro.

2. Veamos, en primer lugar, lo que pasa *entre los hombres*. Todos los que quieren, pueden trabajar en la viña del Señor, llenando la misión gloriosa de contribuir á la grande obra de Jesucristo, la salvación de las almas. ¿Qué pecador se ha convertido, qué justo se ha santificado sin deber nada á otro hombre, á la fuerza de una buena palabra, ó á la elocuencia arrebatadora de

un ejemplo edificante? Los mismos sacramentos, canales abiertos expresamente para contener y derramar sobre nosotros la gracia de Cristo, no difunden sus aguas saludables sobre nuestras almas sino á la voz del legitimo ministro, que es también un hombre.

Dios, sin embargo, se reserva la parte principal de esta obra. Pablo puede plantar, es decir, anunciar exteriormente la doctrina saludable; Apolo puede esparcir el dichoso rocío de sus predicaciones; pero á sólo Dios toca dar el crecimiento (1). La palabra exterior que penetra por los oídos, se convierte en pensamiento y feliz inspiración del bien; este pensamiento y esta inspiración, elevados por un misterioso concurso divino, constituyen, con el libre consentimiento del sujeto, el digno principio de una acción que ha de merecer el cielo. Y en los sacramentos, mientras Pedro bautiza, más bautiza todavía Cristo: en otros términos, Pedro no es más que un instrumento de que se sirve Dios para obrar en el alma sobrenaturalmente.

3. De un modo semejante debemos concebir *la acción de los ángeles sobre los hombres*. Las mismas jerarquías celestiales están sobrepuestas las unas á las otras. Esta es la doctrina de Santo Tomás: los espíritus de un orden superior comunican sus luces á los de orden menos elevado y á los hombres.

La armonía de esta última asociación de todos los seres racionales, no la conoceremos enteramente hasta la eternidad.

Una tradición judía enseñaba la intervención de los ángeles en las teofanías del Antiguo Testamento. Si atendemos á ella, la ley judía fué dictada á Moisés por Dios mismo, y sin embargo San Pablo nos enseña

(1) 1.^a Cor. III, 7.

expresamente que Dios la comunicó por el ministerio de los ángeles (1).

Los ángeles, pues, intervienen en los beneficios exteriores y generales de Dios, y al mismo tiempo también en las gracias interiores y particulares. Tienen ellos su modo propio de sugerir santos pensamientos y puros afectos, de conducirnos al bien y apartarnos del mal.

II. *Conclusiones.* Este sublime ministerio á que somos llamados, se presta á excelentes aplicaciones:

1. ¿Habíamos pensado jamás en que todos hemos nacido apóstoles? ¿Nos preocupamos bastante del bien que podemos realizar durante toda nuestra vida? Si nos acaece ejercer un ministerio sagrado, ¿tenemos plena conciencia del grande honor que de ello nos resulta? ¡Con cuánto cuidado, con cuánto gozo cumpliríamos, bajo el imperio de esta persuasión, tan elevadas funciones!

2. Los ángeles no sólo nos contemplan, sino que nos ofrecen también su apoyo. Sean nuestras invocaciones testimonio de la gratitud y presteza con que aceptamos su concurso. Obrando en su presencia y con su auxilio, haríamos mayores bienes, sería más pura nuestra intención y evitaríamos los peligros que pueden mezclarse aún con las más santas ocupaciones. ¿Por ventura el mismo Señor no evoca el pensamiento de los ángeles para inspirarnos horror al escándalo? (2) Recordemos los frutos que el BEATO PEDRO FABRO recogía de su ferviente devoción á los ángeles, y las maravillas de salvación que obró en las almas.

(1) Galat. III, 19.

(2) Matth. XVIII, 10.

II. El ángel custodio en presencia de María.

—I. No podemos sino muy imperfectamente levantar el velo que cubre la vida íntima y la acción de los ángeles; pero á buen seguro que no les desagradarán las investigaciones de una sencilla piedad, mayormente cuando sólo el rastrearlo ha de resultar muy provechoso para nuestras almas. Fijos en esta doble persuasión, nos preguntamos aquí: ¿qué sentimientos experimentaba el ángel custodio de María, y cuáles eran su actitud y su conducta?

1. Los *sentimientos*. El ángel custodio de María experimentaba indecible gozo á la vista de las obras, constantemente perfectas, de la Santísima Virgen. Mezclábase con este gozo un profundo respeto, provocado al principio por las gracias extraordinarias derramadas en el alma de esta Virgen privilegiada, y llevado después á su colmo cuando el ángel conoció la elección por la cual era María encumbrada á la dignidad de Madre de Dios.

2. El programa de su *conducta* tenía dos como grandes partes: el ángel presentaba á Dios los homenajes de María añadiendo á ellos sus humildes, pero fervientes súplicas; y ponía sumo cuidado en seguir á la Virgen en todos sus pasos, en cubrirla con su protección, en apartar de ella toda causa de daño.

II. 1. La acción de nuestro ángel custodio se desenvuelve toda en favor nuestro, con relación á Dios, á nosotros mismos y á las demás criaturas.

Él ofrece nuestras súplicas á Dios, supliendo sus múltiples imperfecciones.

Como benévolo testigo, más noble que los reyes y príncipes de la tierra, concibe verdadero gozo por cada uno de nuestros esfuerzos, por cada una de nuestras obras meritorias, incitándonos Él mismo á todo bien.

El nos defiende de nuestros enemigos visibles é invisibles y nos preserva de toda suerte de males.

2. Una fe más viva, que verdaderamente nos hiciese ver un ángel á nuestro lado, transformaría toda nuestra vida. Desaparecerían los temores humanos, nada nos costaría ser fervorosos; en la oración y en la acción el recuerdo de tan precioso auxiliar nos alentaría con invencible seguridad; seríamos á la vez más esforzados y más protegidos.

III. María ante su ángel custodio. I. María á su vez, podemos afirmarlo sin dudar, experimentaba un sincero respeto para con su ángel. ¡Con qué *deferencia* trataría á su ángel custodio aquella, á quien hemos visto tan humildemente servicial con su prima! Este respeto iba acompañado de una suave gratitud. Nada hay que decir de su perfecta docilidad en seguir cualquier llamamiento que se le dirigiera en nombre de Dios.

II. Semejantes deberes nos incumben para con nuestro ángel, y no podemos ignorar lo que de nosotros reclaman el respeto y la gratitud. Mas ¿cómo mostrarnos dóciles en seguir á un guía que no conocemos? ¿Cómo prestar oído á un consejero cuya voz no oímos?

Basta desterrar las aficiones desordenadas y poner gran cuidado en que nuestra intención sea perfectamente recta. Los designios que tienen por único norte nuestra santa religión, éstos son los que aconseja nuestro ángel custodio. Podemos bien comprender, por la paz serena que acompaña al deseo de seguirlos y por cierta confianza que en el fondo de la voluntad sentimos, que nuestro ángel aprobará semejante conducta, sí ya no es él mismo quien la ha inspirado.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio con María, con su ángel y con el nuestro, procuremos renovar nuestra devoción con los santos ángeles, devoción que nos hará progresar á nosotros mismos y nos asegurará con el prójimo una tan saludable influencia. *Ave Maria.*

SECCIÓN SEGUNDA

Las virtudes de la Madre de Dios

SÁBADO DIEZ Y SEIS.—Progresos espirituales de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Antes de considerar las principales virtudes de la Santísima Virgen, parécnos será tan interesante como provechoso, abarcar con una mirada el conjunto de su espiritual aprovechamiento. María podía progresar, como hemos ya visto, y en efecto progresó continuamente toda su vida; no hay que dudarlo. ¿Cuáles son las leyes, las ocasiones, los instrumentos de este progreso? ¡Cuán práctica y cuán hermosa es esta cuestión para nosotros! Veremos, pues, sucesivamente las *grandes etapas* de la santificación de María y los *medios* de que se sirvió para recorrerlas gloriosamente.

MEDITACIÓN

«*Quae est ista quae progreditur sicut aurora consurgens?* (Cant. VI, 9).

¿*Quién es ésta que avanza como la naciente aurora?*

1.^{ER} PRELUDIO. Consideremos también á la Virgen en la casa de Nazaret, principal teatro de su santificación.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de juntar á una creciente admiración por la Madre de Dios, una perfecta correspondencia á las gracias que á nosotros mismos se nos ofrecen.

I. Las grandes etapas de la santificación de la Madre de Dios.—I. En la rápida y continua marcha de la Virgen hacia una santidad cada día más acabada, la tradición eclesiástica nos permite distinguir ciertas épocas ó momentos, señalados por algún extraordinario adelantamiento espiritual.

1. Desde muy antiguo (1) hase dividido, bajo este aspecto, la vida de la Virgen en dos grandes períodos, uno anterior, y posterior el otro á la maternidad divina. La primera santificación constituyó un período preparatorio y de disposición. Recordando un símil de uso muy frecuente en la literatura sagrada, María era entonces la blanca lana que se prepara á enrojecerse con la sangre del Cordero. Su gracia está modelada, durante todo este tiempo, sobre el molde común de nuestra gracia, que es la de *hijos adoptivos*;

(1) Véase la piadosísima carta del pseudo-Jerónimo á Paula y á Eustoquio n. 7 (siglo VIII) Migne, P. L., t. 30, col. 129.

distinguiéndose solamente de la nuestra por su extraordinaria abundancia. La segunda santificación coincide con el momento de su maternidad. La lana, íntimamente unida con la fuente de la gracia, toma sus vivos colores de aquélla. María llega á la perfección de *Madre de Dios*, perfección que resulta de su especial unión con el Verbo, asemejándose de esta manera al tipo humano más perfecto, ó sea Jesucristo; el cual, además de la santidad infinita de la naturaleza divina, posee una santidad propia, constituida por la indisoluble unión de su naturaleza humana con su Persona.

2. María, rica con esta doble santificación, marcha de progreso en progreso hasta llegar al remate de su acabado perfeccionamiento en la gloria, donde entra en posesión de su fin.

Su camino está escalonado de sucesos santificantes: grandes pruebas, cuyo tipo es la cruz, y grandes consuelos, cuyo tipo es Pentecostés.

II. La gran distancia que de María nos separa, no impide las aplicaciones anagógicas. Entre el primero y el último instante de nuestra vida cristiana, hállanse colocados diversos términos de etapas intermediarias. Desde el bautismo pasamos á la recepción de la Eucaristía. A partir de este momento, las frecuentes visitas de Cristo, prolongadas en los admirables efectos de la caridad, á la que vienen á fomentar y desarrollar, constituyen una presencia moralmente continua, destinada á dar como una nueva forma á nuestra santificación. Luego viene la elección de un estado de vida. Aun el que escogen la mayor parte, el matrimonio, comienza para el cristiano con un sacramento, y ofrece medios especiales de santificación. Pues ¿qué diremos de la entrada en la vida religiosa, ó de la consagración del sacerdocio?

Épocas de santificación son también ciertas grandes *pruebas*, ruinas de proyectos humanos sobre los cuales se levanta más hermoso y más puro el edificio espiritual, y ciertas grandes *consolaciones* que, aceptadas con humildad y afecto filial, santamente nos animan á mayor confianza y valor.

Al par que bendecimos á Dios por las múltiples atenciones de su Providencia ¿no tenemos que lamentar, por ventura, el poco provecho que de ellas hemos sacado? No nos acobardemos, sin embargo; pero hágannos los daños pasados santamente avaros para lo porvenir.

II. Medios de santificación de la Madre de Dios.

—I. 1. Notemos, ante todo, que María se santificó en todo lugar y en toda ocasión; en el templo, en Nazaret, en Belén, en Caná, junto á la cruz, en el Cenáculo; en los acontecimientos dichosos y en los grandes infortunios.

¡Qué error, pues, ya señalado en la *Imitación de Cristo* (1), aguardar para santificarnos otra atmósfera, otro círculo de personas, de acontecimientos ó de cosas! Los santos han vivido en todos los climas y en las más variadas circunstancias. ¡Cuánto más útil es persuadirse de que no hay lugar ni acontecimiento que no sean, por algún respecto, santificantes, y tomar todas las cosas precisamente por este lado!

2. Los medios de santificación de que se sirvió la Virgen Santísima, redúcense todos al buen uso de los sacramentos y á la práctica de las buenas obras que Dios deseaba de ella, las cuales, sobre todo, consistían en el fiel cumplimiento de todos los deberes legales:

(1) L. I, c. 9, y l. III, c. 27.

cosa que María guardó fielmente, no eximiéndose de ninguna prescripción de la antigua ley. Venían luego todas las buenas acciones que una perfecta voluntad de bien obrar le dictaba bajo la influencia de la gracia y la dirección del Espíritu Santo.

II. Todo plan serio de santificación debe calcarse sobre el de María. Hay que recibir bien los sacramentos; hay que multiplicar nuestras acciones meritorias. ¡Cuántos cristianos declararíanse decididos á seguir las inspiraciones divinas si tuviesen medio de reconocerlas! Mas no tienen razón en aguardar no sé qué voz milagrosa que venga de parte de Dios á hablarles al oído ó al corazón. Para las cosas de perfección hállanse en un error semejante al del mal rico; no estarían lejos de desear que algún bienaventurado habitante del paraíso les hiciera, en forma sensible, una visita personal para comunicarles los deseos del Altísimo. ¿Olvidáis, les podría echar en cara el Señor, que mi Evangelio y mi Iglesia os manifiestan ya sobradamente mis querereres? No hay inspiraciones ciertas sino éstas:

1. La inspiración de obedecer á toda ley justa, á todo mandamiento legítimo. ¿Á qué mira esta obediencia sino á Dios? Y Él la quiere entera, pronta, alegre. Obedecer de mala gana y como con repugnancia, es duplicar la pena y disminuir el mérito.

2. La inspiración de ejecutar toda buena obra que razonablemente parezca estar á nuestro alcance. El principio de cada una de ellas se halla en una gracia preveniente que ilumina el entendimiento y excita la voluntad, y esto es la inspiración.

3. La inspiración de poner en toda buena obra un diligente cuidado, evitando el inquietarse escrupulosamente por minucias. ¿Quién puede dudar de que tal sea el beneplácito divino?

Raros son tal vez los movimientos extraordinarios de lo alto; pero si Dios se digna reservarnos alguno de ellos, nuestra docilidad á las gracias cotidianas nos hará prontos para secundar sus más especiales favores. Por este camino de entera fidelidad nuestro adelantamiento será rápido y seguro.

COLOQUIO

Recordemos, en espíritu, la historia de nuestra santificación. Al lado de acontecimientos felices, por los cuales bendeciremos á Dios, ¡cuántos otros hay, señalados con errores prácticos, resultado de nuestra poca confianza y generosidad! Ofrezcamos á María y á Jesús un nuevo plan, cuyo ofrecimiento se dignarán aceptar, y apresurar su realización. *Ave María.*

SÁBADO DIEZ Y SIETE.—**La fe de la Madre de Dios.—La libertad meritoria de esta misma fe**

Plan de la meditación.—En esta época atormentada y enervada por la duda, ¿podríamos aprender en la escuela de la Santísima Virgen más útil lección que la de una fe varonil, ilustrada, práctica? Confiados en el apoyo y en el ejemplo de nuestra Madre Inmaculada, trabajemos con especial ardor por obtener de la divina liberalidad, este don inestimable de una fe, que sea el descanso de nuestra vida, su luz, y el principio director de nuestra actividad. Consagraremos esta meditación á *la voluntad de creer*: es decir, al acto libre, hecho con la gracia de Dios, que decide la adhesión de la inteligencia. Consideraremos primero *la fe libre de María*, después *el secreto de esta fe*, finalmente *los corolarios prácticos*, que se deducen de esta libertad y de este secreto.

MEDITACIÓN

«*Beata quae credidisti*» (Luc. I, 45).

Dichosa tú, que creíste.

1.^{ER} PRELUDIO. Reompongamos brevemente la escena de la Anunciación de María. Un ángel bajado del cielo propone de parte de Dios á la Virgen Santísima, ser Madre de Dios. Turbada María por un instante, por el encomiástico lenguaje del ángel, objeta la humana imposibilidad en que se halla de ser madre, sin faltar á su voto de virginidad. El ángel le declara un plan que todo lo concilia, y apela para su realización á la Omnipotencia divina: «Tu misma prima Isabel, dice, acaba de ser objeto de una bendición que manifiesta una Bondad omnipotente.» Esto basta á María: cree las palabras divinas que el ángel le transmite y, bajo la fe de estas palabras, acepta el ser Madre de Dios.

2.^º PRELUDIO. Imaginémonos detalladamente la morada, el aposentillo en que pasa esta escena.

3.^{ER} PRELUDIO. Pidamos con instancia conocer más y más la naturaleza de la fe, y confirmarnos en las disposiciones que fortalecen y desarrollan esta virtud en nuestras almas.

1. La fe libre y meritoria de María. — I. La Escritura sagrada y los Santos Padres nos atestiguan la excelencia de la fe de María. En el Evangelio, mueve el Espíritu Santo á Isabel para que felicite á María por su fe; y los Padres de la Iglesia se complacen en reconocer, en la fe de María, el principio de su maternidad y de su grandeza. Es entre ellos axiomático que, «*Fide concepit, fide peperit*: por la fe concibió al

Verbo, y por la fe le dió á luz» (1). Esta fe de María versó evidentemente sobre todas las verdades contenidas en el depósito de la antigua revelación. Mas, estudiémosla en el sublime aumento que recibió, desde el instante en que María aceptó creer en su propia maternidad. Repasemos en nuestro espíritu esta escena. ¿Vemos algo en ella que violente la adhesión? Al contrario, se desprende la impresión de que María, al creer, fué prudentemente dócil; pero que habría, del mismo modo, podido no creer. Presentábase la proposición á la credibilidad iluminada por tantos lados, que justificaban el asentimiento; pero tenía otros lados oscuros, que permitían rechazarla. La concordancia del discurso del ángel con las antiguas profecías, la santidad de su aspecto, la elevación de sus miras enteramente puras y enderezadas á glorificar á Dios, la revelación de otro prodigio fácil de averiguar: tales eran los lados luminosos en que fijó María su atención. Podía con todo fácilmente exagerarse á sí misma lo raro de la embajada, lo inverosímil de que la elección recayese sobre ella, la imposibilidad aparente de la anunciada maravilla, para permanecer en la duda ó pedir determinadas señales antes de sujetar su entendimiento. No obró ella así; antes, contenta con las luces suficientes que le habían sido proporcionadas, mandó á su razón adherirse con incommovible firmeza á la palabra de Dios, y así, en lugar de penosa perplejidad, tuvo la felicidad y el mérito de creer.

II. ¡Cuán á propósito viene el recordar que la fe es libre; que pertenece al número de las adhesiones (tan frecuentes en la vida del hombre), que se verifican por el imperio de la voluntad! Prevenidos y

(1) SAN AGUSTÍN, *Enchiridion* (M., P. L., t. 40, col. 249); SAN BERNARDO tercer sermón para Navidad (M., P. L., t. 183, col. 121).

ayudados de la gracia, creemos porque queremos creer.

1. La libertad del acto de fe es necesaria para que pueda ser meritorio. Si creyésemos determinados por una evidencia, á que la mente no pudiese sustraerse ¿qué gloria daríamos á Dios y qué hallaría El que recompensar en nosotros? La luz de nuestro espíritu sería como la de los astros del firmamento: admirable resplandor, pero necesario y sin mérito.

2. Esta libertad explica las tentaciones contra la fe. Aun las irrecusables evidencias pueden ser combatidas por el singular poder que poseemos, de falsear el instrumento de nuestros conocimientos y condenar nuestro espíritu al suicidio. ¿No ha habido desdichados que han llegado á dudar aun de su propia existencia? Mas, cuando la aquiescencia de la mente es voluntaria, nuestra inteligencia es atraída, de sí misma, á buscar la evidencia de lo que admite: de ahí un trabajo, una semi-ansiedad, conciliables con la fe; pero que la hacen menos palpable y nos quitan la impresión de un pleno descanso. Y, por influencia de diversas causas, puede la voluntad verse solicitada á modificar su imperio, ó á lo menos á dejar de imponer á la inteligencia un asentimiento firme, para hacerse cómplice responsable de una inquietud, hasta entonces inocente.

3. Esta libertad nos enseña la conducta que debemos observar. Debemos ir á la fe, guiados por Dios, y no aguardar pasivamente que ella venga á nosotros.

Nuestra voluntad debe positivamente atraer las miradas de la inteligencia sobre los motivos de credibilidad con que se nos presenta la religión, y mandar luego una justa sumisión: debemos procurar robustecer las disposiciones favorables á la fe.

Si nuestra fe parece languidecer ó sufrir ciertos eclip-

ses ¿no es, por ventura, por nuestra negligencia ó pereza? ¿Hemos prestado á Dios bastante el concurso de oración y de acción, que exige para favorecernos con la abundancia de sus gracias?

II. El secreto de la fe en la Madre de Dios.—

I. ¿De dónde le venía á la Madre de Dios su facilidad en creer? Siendo una *Virgen perfectamente pura*, no oía en sí ninguna voz discordante, no sentía ningún afecto inferior, que opusiera á los deberes de la fe algún interés de sensualidad ó de amor propio; como criatura *perfectamente sumisa*, no fomentaba ninguna pretensión orgullosa contraria al derecho soberano, que Dios tiene, de imponer la revelación y de escoger el modo de ella y sus pruebas; estando *su inteligencia en perfecto equilibrio*, sabía que por encima de ella estaba un Dios, no sólo incapaz de errar ó de engañar, sino también deseoso de comunicar á sus criaturas la verdad necesaria. ¿Cómo, pues, permitiría que el error se encubriese con las apariencias de la verdad, y que las sinceras investigaciones no viniesen á parar sino en las angustias de la duda? De ahí que, con simplicidad infantil, acercábase ella á Dios y abandonábase á Él por una fe, cuya firmeza se medía con la divina infalibilidad.

II. Estas disposiciones nos muestran cuán razonable es creer. No se nos pide un asentimiento irreflexivo, sino que atendamos á la voz que, en las horas de calma y en el silencio de las pasiones, hace oír en nosotros la misma razón; la cual, por una parte, nos descubre un Dios todopoderoso que vela por su criatura, un Dios cuya soberanía y veracidad son infinitas; y por otra parte una religión enteramente santa, sublime en su doctrina y en sus preceptos y rodeada de magní-

ficas garantías; un Fundador, cuya sabiduría y virtud desafían la calumnia; las maravillas obradas por El ó en su nombre; la historia y duración de esta religión; su incomparable superioridad sobre las otras, y la imposibilidad manifiesta de reemplazarla por ningún sistema filosófico: todo esto habla muy alto en su favor. ¿Y qué otra cosa es tener á esta religión como revelada por Dios é imponer á nuestra inteligencia la adhesión que ella prescribe, sino reconocer el dominio de Dios y rendir homenaje á su veracidad? El hombre que cree, no hace sino odedecer á dos verdades ciertas: el dominio absoluto de Dios y su infinita veracidad: de aquí parte, y por la entera fe en esta veracidad y la plena sumisión á su autoridad, alcanza todas las verdades que Dios se digna dar á conocer. Creer es aceptar plenamente, por la autoridad de Dios revelador, todas las verdades que El se digna manifestar; es aceptarlas por el imperio de una voluntad, que rinde homenaje á la soberanía de Dios y confía en su veracidad.

Demos gracias al Señor por el don de la fe; gustemos de grabar en nuestra mente las brillantes confirmaciones de la religión católica, y procuremos fortalecer las disposiciones que nos permitan acercarnos á Dios, con una confianza enteramente filial.

III. Corolarios prácticos.—Las precedentes consideraciones nos conducen á estas consecuencias prácticas, sumamente importantes para la dicha y seguridad de nuestra vida.

1. Hay que evitar la excesiva sutilidad de espíritu y la costumbre de insistir con excesivo exclusivismo en las objeciones. Empéñase uno, con esto, en un laberinto de interminables perplejidades, en que se

pierde toda firmeza, llegando á hacerse incapaz de entender lo verdadero.

2. Hay que fijar con frecuencia nuestra mente en las ventajas y lados luminosos de la fe, más que en ciertas dificultades, que Dios permite, para dejar pretexto á la incredulidad y hacer más completo el homenaje que el creyente rinde á la infinita verdad.

3. Importa mucho apartar las ideas misantrópicas y las perspectivas sombrías: todo cuanto abate el valor tiende á dañar la fe, y los funestos resultados del pesimismo demuestran suficientemente su falsedad.

4. Tengamos cuidado en fortalecer el imperio de la voluntad dentro de nosotros mismos.

5. Cultivemos la humildad y la confianza en Dios.

6. Roguemos frecuentemente para obtener la gracia de una abundante fe.

COLOQUIO

En vista del gran número de los que yacen aún en las tinieblas, demos las más vivas gracias á Dios por el don de la fe. Supliquémosle, por la Virgen bondadosa, no permita que esta luz deje de iluminar nuestro camino. Roguemos por la conservación de la fe en los países católicos, multiplicando después los actos de sencillo abandono en Dios. Refugiémonos junto á El, como se refugia un niño junto á su padre. Ofrezcamos finalmente el propósito de renovar con frecuencia el acto de fe, y de no omitirlo nunca en nuestras oraciones de la mañana. *Credo. Ave María.*

**SÁBADO DIEZ Y OCHO.—La fe de la Madre de Dios.
Las gloriosas humillaciones de esta fe**

Plan de la meditación.—Si la fe es libre, conviene inclinarnos á creer. Este es el fin de la presente meditación: hacernos comprender mejor la honra y el mérito de creer, y descubrir en las mismas humillaciones de nuestra fe, motivos de estar santamente celosos y aun orgullosos de ella. He aquí cuál será el orden de este ejercicio: la humillación de la fe, *gloriosa para Dios*, primer punto; la misma humillación, *gloriosa para el hombre*, segundo punto; el *justo orgullo de creer*, tercer punto.

MEDITACIÓN

«*Ecce ancilla Domini*» (Luc. I, 38).

He aquí la esclava del Señor.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos el santuario de Nazaret, en que María nos declara el secreto de su fe y de su vida entera, al contestar al ángel: «He aquí la esclava del Señor.»

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de concebir una profunda estima de la fe, á fin de aficionarnos más y más á ella y desarrollarla en nosotros, siguiendo los llamamientos de Dios y los ejemplos de la Santísima Virgen.

I. La humillación, gloriosa para Dios.—I. La fe de María puede compararse á un árbol gigantesco, cuya copa se eleva hasta las nubes, porque sus raíces se sumergen hasta los abismos de la tierra. Para comprenderla, habría que alcanzar la profundidad del sen-

timiento que la hizo exclamar: «He aquí la esclava del Señor.» Probemos de entender algo, analizando la sumisión contenida en un acto de fe plenamente deliberado. La perfección de esta sumisión nos dará la idea más exacta de la fe de María.

1. La fe nos inicia en un mundo nuevo, sobrenatural, con respecto del cual no éramos nada.

Al consentir en esta iniciación, confesamos esa nada que somos y aceptamos confiadamente el nuevo destino, á que la sabiduría y bondad de Dios se dignan llamarnos.

2. El hombre que cree, aparta lejos de sí las presuntuosas tendencias de los fariseos que, cerrando los ojos á las maravillas que el Salvador sembraba en su camino, subordinaban su asentimiento á tal ó cual señal por ellos escogida. El fiel, por el contrario, contento con las pruebas puestas á su alcance, dice á Dios: «Señor, á vuestra sabiduría dejo el hacer brillar sobre vuestra palabra esas luces que discierne un corazón humilde y puro, y permitir las obscuridades que extravían á la humana soberbia.»

3. El cristiano, por la firmeza de la fe, humilla su razón ante el misterio, hasta aceptar, bajo la palabra divina, aparentes contradicciones, y esto con una decisión más incommovible que la de sus propias evidencias. Ni cuestiones curiosas, ni seductoras objeciones llegan á sacar á su inteligencia del descanso que halla en Dios; está pronto á admitirlo todo, antes que dudar de la infinita veracidad y paternal Providencia del Creador.

II. Dios, al invitarnos á creer, nos ofrece un medio de glorificarle excelentemente. Démosle por ello gracias de todo corazón y mostremos una santa diligencia en corresponder á esta gracia. ¿Qué cosa hay

más justa que humillar nuestra razón ante la divina Sabiduría, y confesar nuestra nada ante el Criador? Ratifiquemos, pues, con plena conciencia, las humillaciones contenidas en nuestros actos pasados, y hagamos que sean igualmente profundas en lo porvenir.

3. Esta gloria que el hombre, humillándose, procura á Dios, confirma á su vez nuestra fe. La verdad, y no el error, glorifica directamente á Dios. Nuestra fe católica se muestra verdadera aun por eso solo, que nos acerca más á Dios y nos santifica más que cualquier otra religión; si llega á Dios, es porque viene de El.

II. La humillación, gloriosa para el hombre.—I.
A la voluntaria humillación del hombre, se complace Dios en corresponder con magnífica exaltación. La sumisión de María preludia su gloriosa maternidad. ¡A qué alturas no nos levanta Dios, cuando nosotros, creyendo, nos abajamos!

Algunas reflexiones sobre el papel y la razón de ser de la fe nos descubrirán la honra que Dios nos hace, al pedirnos que fiemos de su palabra.

1. a) En rigor, hubiera Dios podido no revelarnos cosa alguna de sí mismo ni de los magníficos destinos que nos reserva su bondad. Mas entonces, hubiéramos ignorado el polo hacia el cual está orientada nuestra existencia, el valor de nuestros esfuerzos y la esplendidez de la futura recompensa. Sin deseo, sin esperanza del cielo, sin amor filial para con quien nos lo prepara, nos habríamos portado como esclavos temerosos de un Dios, que quería ser nuestro Padre. ¡Cuánto más digno es de un ser dotado de inteligencia caminar conscientemente hacia el fin de su vida!

b) En lugar de darnos á creer las verdades con

que se digna enriquecer nuestro patrimonio, podfa Dios proporcionarnos los elementos de una rigurosa demostración, lo cual hubiese sido fundar nuestra actividad sobrenatural sobre una convicción, semejante á las que dirigen nuestros actos en el orden temporal y presente.

¿Por qué, pues, la revelación? Porque quiere Dios que sepamos la vida superior que nos regala, y el término sublime á que ella debe conducirnos.

¿Por qué la fe? Porque este conocimiento que nos conduce á El, lo quiere Dios apoyado sobre El, sobre El únicamente, sobre su autoridad; porque quiere ser El mismo la verdad que ilumine nuestra sobrenatural actividad, como se digna ser la bienaventuranza que la corona. Es nuestro amigo, y la amistad provoca confianzas. Es nuestro padre, y el niño incapaz de ver y de juzgar por sí mismo, empieza por fiarse de sus padres. Hay en nosotros fuerzas divinas, y por la fe se ejercen sobre un objeto divino.

2. Este es el papel esencial y principal que desempeña la fe y la revelación. Nos proporcionan, además, el auxilio de que necesita la humanidad, en su condición actual, para poseer con suficiente certeza un conjunto bastante completo de verdades morales y superiores al orden natural.

3. La fe es, pues, un inefable encuentro de Dios, que baja del cielo, con el hombre, que humillándose á Dios, acepta subir al cielo; es una unión de nuestra mente con la verdad suprema é infalible; es una luz que nos libra de los más perjudiciales errores.

Ninguno de nuestros conocimientos alcanza tan elevado objeto; ninguno hay más cierto; ninguno tiene un fundamento tan digno; ninguno pone en juego fuerzas tan sublimes, las de nuestras facultades superio-

res y aun las de Dios mismo, que interviene, con especial concurso, á cada acto de fe.

En las percepciones sensibles fundamos una actividad, que nos es común con los animales; la vida racional, más excelente, se apoya sobre los juicios del entendimiento. Gracias á la fe, la vida superior á toda la naturaleza se funda en la palabra de Dios, verdad infinita. La fe es quien nos abre este camino. A los que no recibieron el bautismo en su infancia, las primeras gracias les son dadas para conducirles al acto de fe, y por él, á la esperanza y luego á la caridad. Y esta aurora de una vida divina, es también su último crepúsculo. La triste noche de la muerte espiritual no cierra enteramente sobre el hombre, sino con la ruina de la fe. Mientras ésta subsiste, la forma divina no se ha perdido enteramente. En el fango del pecado distingue Dios todavía una chispa latente de fuego sagrado, pronta á avivarse cuando una voluntad humilde la expone al sol de la gracia: así en el barro del pozo en que, antes de partirse para la cautividad de Babilonia, habían los sacerdotes escondido el fuego del altar, brotó, bajo la influencia del sol, una viva llama que devoró la pira y los manjares ofrecidos en sacrificio (1).

Todos los actos de fe se operan mediante las fuerzas sobreañadidas por Dios á nuestra naturaleza. Más aún, ninguno de ellos se lleva á cabo sin nueva y especial intervención de Dios.

II. ¡Cuánta gratitud debemos á Dios, y en cuánta estima hemos de tener el beneficio de la fe! ¡Ah! ¡cuán triste sería perder la fe! No imitemos, pues, la temeridad de tantos cristianos que la exponen á todos los

(1) 2.º Macab. I, 19-22.

peligros. Defendamos la fe en nosotros mismos; defendámosla en nuestros hijos y en cuantos de nosotros dependen. A este efecto, favorezcamos por todos los medios la educación é instrucción cristianas, y arranquemos de manos de los pobres y de los pequeñuelos las publicaciones que siembran la duda y la corrupción.

III. El justo orgullo de la fe.—Debemos tener á honra el creer. Esta conclusión evidentemente se deduce de las consideraciones precedentes. Mas ¿qué supone este santo orgullo?

1. Santamente *dichosos* en creer, debemos profesar entera adhesión á los dogmas de la fe sin ceder á un absurdo respeto humano, que nos rebaja á nuestros propios ojos, lo mismo que á los de todo hombre sensato.

2. Santamente *celosos* de nuestra fe y de su honra, hemos de usar de un prudente discernimiento, para distinguir la palabra divina de cualquiera afirmación humana, y reservar para sólo la primera el asentimiento supremo de la fe. Ciertamente, así como Dios no podría concurrir á una falsedad, los puntos no revelados por El no pueden ser objeto sino de actos de fe aparentes. Pero hay aún demasiadas de estas apariencias. Y las retractaciones que nos obligan á *volver sobre* nuestras adhesiones que creíamos supremas, nos desconciertan á nosotros mismos y son capaces de escandalizarnos. He ahí porqué, sin pasar á una excesiva desconfianza, no hay que admitir ligèramente las intervenciones extraordinarias de Dios en los negocios de este mundo. Muchos sentimientos interiores, muchas palabras y presentimientos, muchos sucesos en nosotros ó fuera de nosotros, se presentan como inspiraciones, revelaciones ó maravillas divinas. No

las aceptemos como tales, sino con detenido examen, ni exageremos la certeza de la conclusión á que nos conduzca su examen diligente. No convirtamos la probabilidad en evidencia, ni la evidencia humana en certeza divina.

No olvidemos tampoco que la Iglesia no propone á nuestra fe los hechos portentosos, no contenidos en el depósito de la revelación. La Iglesia no cubre con el manto de su infalibilidad las piadosas creencias, aunque las permita y aun las aliente. Si dan origen á alguna fiesta, habrá que distinguir entre el objeto del culto, fundado sobre una razón teológica permanente, y la ocasión, tal vez transitoria, que ha determinado tal ó cual manifestación de piedad.

Esta sabia prudencia nos hará evitar los errores, sin favorecer á un semiescepticismo inconciliable con la sencillez de una fe viva. Nos permitirá además admitir los hechos nuevos del mundo sobrenatural fundados en pruebas humanas, y nos librárá de todo escándalo, de todo disgusto, si relatos acreditados, aun de largo tiempo, parecen luego destituídos de base histórica seria.

COLOQUIO

En este coloquio, santamente arrebatados por el honor de creer, podemos reflexionar sobre las palabras de la Iglesia: «Señor, serviros es reinar.» Después de haber aceptado con profunda gratitud el engrandecernos por nuestra sumisión al Criador, pidámosle por María y su hijo querido, proteja nuestra fe y desenvuelva en nosotros las disposiciones de humildad y prudencia que nos aseguran la dicha de una fe ilustrada y sincera. *Ave María.*

SÁBADO DIEZ Y NUEVE.—**La fe de la Madre de Dios**
Las pruebas de esta fe

Plan de la meditación.—Suele Dios someter la fe de sus escogidos á una triple prueba: *no ven; no comprenden; creen ver lo contrario.* Consideremos estas pruebas en María, para hacer de ellas objeto de útiles aplicaciones á nosotros mismos.

MEDITACIÓN

«*Beati qui non viderunt, et crediderunt*» (Joan. XX, 29).

Bienaventurados los que, sin ver, creyeron.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémosnos el pobre establo de Belén. Veamos allí á la Virgen en adoración á los pies de su Hijito.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de entender más claramente la razón de ser de las pruebas de la fe, á fin de aprovecharnos mejor de ellas y superarlas con mayor triunfo.

I. La prueba de lo invisible.—I. Nada anunciaba en el Niño Jesús la magnífica misión que debía cumplir. El Hombre Dios, hecho en todo semejante á nosotros (1), ocultaba su esplendor, tomando toda la realidad de la infancia, de la debilidad, de la más humilde profesión. ¡Qué vista tan desconcertante para el pueblo judío que soñaba con un Mesías! María, sin ver, creía.

II. Asimismo, en todas las épocas, el fiel ve los

(1) Hebr. II, 17.

bienes exteriores que atraen sus miradas, y no ve los bienes eternos que la fe le hace esperar.

Experimenta las sollicitaciones de los sentidos hacia sus objetos y sus invitaciones á los placeres aun prohibidos, y no siente las inmensas delicias que le piden el sacrificio de ellos.

Ve la masa de los hombres correr ávidos hacia las riquezas, las honras, los placeres, y su mirada no sigue las numerosas falanges, que triunfan en el cielo.

Oye las críticas, las reprobaciones, los insultos, las burlas de los hombres, y no oye la voz de Dios ó de sus ángeles, que alientan y felicitan.

Asiste cada día al espectáculo de blasfemias y pecados, que se glorían de quedar impunes; conoce la Iglesia negada y perseguida, y no contempla la Jerusalén, que se regocija en una victoria sin fin.

¿Cómo soportamos nosotros estas pruebas de la fe? Acostumbrémonos á no juzgar por los sentidos. Por la repetición de actos nos fortaleceremos.

II. La prueba de lo incomprensible.—I. Una piadosa consideración nos hace suponer ciertas confianzas, explicando con claridad á la Santísima Virgen, toda la economía de la vida y muerte del Salvador. ¿No nos extravía, tal vez, nuestra humana prudencia en esta suposición? ¿No es más verosímil que los profundos consejos de Dios hayan dejado á su Madre todos los triunfos de la fe? Por lo menos el Evangelio nos dice que, la Virgen Santísima no comprendió ciertas palabras que el Niño Jesús le dirigió cuando fué hallado en el templo (1). ¿Qué uso hizo ella de estas palabras? Santamente persuadida de su divina virtud,

(1) Luc. II, 50.

guardólas en su corazón, como en precioso estuche, digno de contener las perlas de más subido valor.

II. Esta es la segunda prueba de la fe: el misterio, la obscuridad para la inteligencia. ¡Cuán fácil sería triunfar de los sentidos, si nuestra inteligencia gozase de una plena satisfacción; si la evidencia demostrase la necesidad de lo que hemos de creer! Pero penosas obscuridades aumentan la dificultad. Obscuridades sobre las perfecciones divinas, sobre el plan divino, sobre la economía de la Encarnación, sobre la tolerancia y la extensión del mal moral, sobre el número mismo de los que carecen de fe.

Sepamos, como María, guardar preciosa y humildemente las palabras de Dios que no comprendemos. Tengamos en Dios bastante confianza para creer que no nos arrepentiremos jamás de haber sometido humildemente nuestra inteligencia y aguardado las claridades de la visión eterna.

III. La prueba de las apariencias contrarias.—I. Lejos de asistir á los preparativos de un reino glorioso y universal, María contemplaba cómo todo se disponía para la derrota. Jesús parece vencido siempre y en todas partes: vencido en su vida oculta, que salva huyendo del puñal de los asesinos; vencido en su vida pública, durante la cual pocos creen en El, y aun sus mismos parientes rehusan seguirle; vencido sobre todo en su muerte. Y, sin embargo, la fe de María no titubeó.

II. La fe manifiesta toda su fuerza dirigiéndose al puerto contra viento y marea. Es preciso que, ni contrarios acontecimientos ni los más difíciles misterios la hagan dudar ni temblar. Este será su más hermoso título de gloria.

Comprendamos bien el valor de este homenaje tributado á la veracidad de nuestro Padre celestial. ¡Cuán lógico es llegar hasta este punto! ¿Podríamos decir al rezar el credo: «Creo, Dios mío, creo *sobre todas las cosas*», si bastasen algunas apariencias contrarias, algunas objeciones no resueltas, para substituir la fe por la perplejidad y la duda voluntarias? ¿No es Dios digno de una confianza más absoluta? ¿Es justo ceder á unas obscuridades que, á lo más, prueban la debilidad de nuestra razón, pero no conmueven de ninguna manera los fundamentos positivos y reales de nuestra fe? ¡Cuántas dificultades, que parecían invencibles, se han disipado como por sí mismas.

COLOQUIO

Presentados á Jesús por María, tengamos el gusto de renovarle nuestro acto de fe y decirle transportados, que saboreamos la hermosura de esta entera adhesión, que cree en El sin ver y sin comprender; que cree, á pesar de todos los contrarios pretextos, poniendo su palabra y su bondad por encima de los sentidos y de la razón. Supliquémosle nos conceda luz y gracia para ofrecerle, siempre y cada día mejor, semejante homenaje. *Ave María.*

**SÁBADO VEINTE.—La fe de la Madre de Dios.
Triunfos de esta fe**

Plan de la meditación.—De las pruebas de la fe, pasamos á sus victorias. La fe nos proporciona un triple triunfo: en la *gracia* que nos obtiene, la *superioridad* que nos da sobre el tiempo presente y la *visión beatífica*, cuya *preparación* es. Estos serán los puntos de esta meditación.

MEDITACIÓN

«*Per fidem vicerunt regna, adepti sunt repromisiones*» (Hebr. XI, 33).

Por la fe vencieron los reinos, alcanzaron las promesas.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos la casa de Zacarías y el lugar en que pasó la entrevista entre María y su prima Santa Isabel. Isabel proclama á María bienaventurada, por haber creído en el cumplimiento de las palabras de Dios.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente una íntima convicción de la grandeza inapreciable que la fe proporciona á nuestra existencia.

I. La fe principio de una gracia triunfal.—I. 1. Dios, antes de conceder gracias particulares, suele exigir algún *acto grande de fe*. En el Antiguo Testamento Abraham debió creer que, el hijo que iba á sacrificar, sería el heredero de las promesas. Durante toda su vida mortal, pide Jesucristo la fe para obrar sus grandes milagros. La falta de fe pone obstáculo á los prodigios; la intensidad de la fe triunfa de las dificultades. ¿Derogarése esta ley en la historia de las exaltaciones de la Santísima Virgen? De ningún modo. Cuando Dios va á conferirle la suprema dignidad de Madre suya, en el momento de poner ante sus ojos una perspectiva mucho más magnífica y gloriosa que la que descubrió el primer patriarca, las conquistas de su innumerable posteridad; antes de revelarle una bendición de que, por ella, iba á aprovecharse la humanidad entera; propone á su fe cosas inauditas; será madre permaneciendo Virgen, y el hijo que ella, pobre doncellita, dará á

luz, será el glorioso Heredero en quien vienen á cumplirse todas las promesas. Quiere Dios que María sea absolutamente la primera en reemplazar la fe del Redentor prometido por la del Redentor concebido y nacido de ella. Según la expresión de los Santos Padres, el parto espiritual por la fe, precederá en María al parto corporal del Salvador del mundo.

2. Dios exige, además, una fe *perseverante*, á pesar de las apariencias contrarias. Abraham hubo de continuar creyendo en su vocación y en la de Isaac, aun al sacar el cuchillo para inmolar á aquel hijo de predilección. ¡Cuánto más brillante no fué la perseverancia de María! Su fe en la gloriosa realeza de su Hijo atravesó intacta los años tan oscuros de la infancia y de la adolescencia de Jesús, las contradicciones de la vida pública del Salvador y, sobre todo, los sufrimientos, las humillaciones infinitas de la pasión y aun de la muerte en cruz.

II. Somos, á nuestra vez, invitados por Dios á traducir en actos nuestra fe, somos especialmente hoy solicitados á creer en Jesús, Verbo encarnado y Salvador del mundo, y hemos de perseverar en esta fe, á pesar de las negaciones que los incrédulos pronuncian, en nombre de una pretendida ciencia, y aun á pesar de los mentís aparentes de la historia humillada de la Iglesia. Ante nosotros se extiende también una tierra de promisión más hermosa que la que fué mostrada á Abraham, la cual no conquistaremos sino al precio de una fe firme y constante.

II. La fe, principio de superioridad.—I. 1. Hermoso es ser superior á los males de esta vida; pero más lo es, tal vez, mostrarse superior á la buena fortuna, y entrambas superioridades asegura la fe. San

Pablo describe y canta estas victorias de la fe en el capítulo once de su carta á los Hebreos. «Por la fe, dice, Abraham abandonóse ciegamente á la dirección de Dios; Sara creyó que sería madre á pesar de su edad avanzada; Abraham confió en que su hijo inmolado heredaría las promesas; la fe hizo pasar á los verdaderos Israelitas como extranjeros por esta tierra, con la esperanza de una patria mejor; la fe hizo preferir á Moisés participar de los sufrimientos de su pueblo, á gozar de las delicias de la corte real de Egipto; por la fe fueron aceptadas todas las privaciones y penalidades del tiempo presente.» En una palabra: reconoce el Apóstol, en la fe, un perpetuo triunfo sobre el atractivo de los bienes presentes, sobre los temores de los presentes males y sobre las presentes apariencias. Ella nos hace despreciar los bienes y los males de esta vida ante la perspectiva de los bienes futuros, y sostiene el valor y la esperanza, cuando ya todo parece perdido.

2. Veamos esta espléndida superioridad en nuestra Madre. Desde antes del nacimiento del Mesías, la fe la induce á colocar el honor de la virginidad por encima de todos los goces de la maternidad y de la familia; ella la hace capaz de soportar todos los sacrificios y aun el martirio interior reservado á la Madre de Dios; ella sostiene su valor en medio de las pruebas de toda su vida.

II. Y para nosotros ¿es la fe un principio de victorias? Todos los días se nos ofrecen ocasiones, pequeñas ó grandes, de actos meritorios de desprendimiento; sin abnegación no podríamos ni recogernos, ni orar, ni sacrificarnos, ni ser caritativos y generosos, ni llenar todo el plan de una vida perfectamente cristiana. ¿No hay, además, ligeras penalidades y, sobre todo, frecuentes humillaciones personales que sufrir ó humillaciones públi-

cas de que participar, como católicos, sacerdotes ó religiosos? En todos estos encuentros, podrían decaer nuestros brazos por pereza ó cobardía, si no viniese una fe viva á confirmarnos.

III. La fe, preparación de la visión eterna.—I. La fe, luz de la vida presente, prepara la visión de los cielos.

1. *Como luz de la vida presente* ¡qué resplandor no proyecta sobre los acontecimientos de nuestra vida! La fe nos declara lo que somos y lo que debemos hacer. Ella nos da la clave del gran problema planteado por los males, lo mismo que por los bienes de esta vida. Ella nos ilustra sobre nuestro presente y nuestro porvenir. Ella suple de hecho la impotencia moral en que se halla la sola razón, para descubrir con suficiente certeza y plenitud toda la cadena de los deberes que nos ata con Dios y con nuestro fin. Para convencernos de ello, basta prestar un momento de atención al estado de alma de los que han abandonado la fe. Aprovechándose durante algún tiempo del hábito de las ideas cristianas, han podido alimentar la ilusión de construir por sí mismos un edificio moral razonable, que copiaban de nuestra religión. Mas, poco á poco, estos vestigios fueron debilitándose, y á la hora presente ¿qué convicción permanece entera en su espíritu, qué deber está en pie á sus ojos, qué respuesta pueden dar al angustioso problema del destino humano? Todo en ellos es controversia, duda, obscuridad.

2. *Prepara la visión del cielo.* Requiérense ciertamente otras condiciones, mas la de la fe es indispensable. «La fe, dice SAN AGUSTÍN (1), os hace

(1) *Sermón 48* c. 1, n. 1 (M., P. L., t. 38, col. 254). Sobre las relaciones entre la fe y la inteligencia, vid. SAN AGUSTÍN, *Libr. un. XVII. Quaestionum in S. Matthaicum*, hacia el fin (M. P. L.)

creer lo que no veis, y os merece ver lo que creéis.» Y por este respecto, proclamaba á María más dichosa de haber concebido á Cristo por la fe, en su corazón, que por haberle llevado en su seno (1). Al contemplar á María en la cumbre de la celestial felicidad, podemos decirle, como Isabel: ¡Oh, qué bienaventurada eres porque has creído!

II. Ojalá que estas consideraciones, junto con la gracia de Dios, nos dispongan para creer con una fe más viva y más ardiente. Agradecemos vivamente al Señor el habernos conservado la fe.

COLOQUIO

Felicitemos á María por su fe, y pidámosle nos haga participantes de ella y ser del número de los fervorosos cristianos, que ponen su gloria en ofrecer á su Salvador y su Dios una fe tanto más entera, cuanto es más contradicha y negada. *Ave María.*

SÁBADO VEINTIUNO.—La fe de la Madre de Dios Práctica cotidiana de esta fe

Plan de la meditación. —En la vida fervorosa, la fe suple á la visión, y dicta la conducta que impondría necesariamente la verdad vista en sí misma. Estudie-
mos el ejemplo de esta vida, que María nos ofrece, en *sus relaciones*, en las *prácticas públicas del culto* y en *los cotidianos acontecimientos*.

MEDITACIÓN

«*In fide vivo Filii Dei*» (Galat. II, 20).

Vivo en la fe del Hijo de Dios.

(1) *De la santa virginidad*, l. 1, c. 3 (M., P. L., t. 40, col. 397).

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos la ciudad de Nazaret donde se deslizó, en gran parte, la vida de la Santísima Virgen.

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de aplicar los principios de nuestra fe á la vida cotidiana, á fin de vivir vida de fe, á ejemplo de María y de los santos.

I. La práctica de la fe en las relaciones.—I. La Santísima Virgen se nos manifiesta sumisa á Augusto en cuanto á los actos de la vida civil, y á San José por lo que respecta á la vida íntima. Vésela igualmente mostrarse, sin estudio ni afectación, buena y obsequiosa con sus iguales, especialmente en Hebrón, al visitar á su prima, y en Caná, cuando impetra el primer milagro de Jesús. Investida de una superioridad voluntariamente aceptada por el Niño Dios, sigue, sin duda ninguna, en la misma simplicidad para regir la infancia y la adolescencia de Jesús. Cuando desde lo alto de la Cruz escogió Cristo á San Juan para reemplazarle junto á ella, supo María, en medio de su propio martirio, aceptar sin queja esta substitución.

II. Una fe viva y práctica nos hará reconocer á Dios, su majestad, su sabiduría y su bondad, en las relaciones de inferioridad, igualdad ó superioridad que resultan de nuestra situación ó de las circunstancias. Llenos de sumisión á sus planes, pondremos nuestra dicha en conformarnos con ellos, sin quejarnos de los caracteres con quienes debemos tratar, sin enorgulcernos de nuestros adelantos, sin contristarnos por los fracasos que echan por tierra muchas de nuestras empresas. De este modo, todo nos será provechoso y nos acercaremos al ideal que el Señor nos hace desear en su oración: «Padre nuestro... hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.»

II. La práctica de la fe en los actos del culto público.—I. Cumplió María exactamente con todas las ceremonias legales, sin tratar de dispensarse de ellas, aun cuando tenían un lado humillante y penoso. Había visto á Jesús someterse á la circuncisión, y sometiéndose ella á la purificación legal.

II. Si nuestra mirada profundizase en Dios; si nuestro oído atendiese á su voz que nos convida á tributarle el homenaje prescrito ó recomendado por la autoridad legítima, ¿cómo nos apresuraríamos á cumplirla! La fe nos hace oír esta voz en las órdenes de la legítima autoridad.

No nos hagamos superiores á las sencillas prácticas fomentadas por la Iglesia ó por nuestros superiores; hay algo de orgullo en librarse de ellas. Más aún, conformémonos puntualmente con las prescripciones litúrgicas que, á las veces, se descuidan como accesorias, y reputémonos dichosos de poder, aun en las cosas pequeñas, hacer brillar nuestra perfecta docilidad y la prontitud de nuestra obediencia. Procuremos también acomodarnos al espíritu de la Iglesia en la división de los tiempos del año y en la observancia de las fiestas. Sea la cuaresma, para nosotros, tiempo de penitencia, y los días de Pascua motivo de santa alegría. Instruyámonos en la significación de las fiestas y ceremonias para mejor adaptar á ellas nuestra vida.

III. La práctica de la fe en los cotidianos acontecimientos.—I. Dios nos habla por los acontecimientos, como por los oráculos que nos da á leer ó á oír. En ambos casos, su palabra nace de una incomprendible ciencia; va encaminada á nuestro bien y merece ser acogida con igual respeto y amor.

Esta consideración de fe acompañaba á María en

los grandes y en los pequeños incidentes de su existencia: en Belén como en Egipto, en el Calvario como en el Cenáculo. ¡Cuánta fuerza sacaba de ahí, cuánto valor y cuánto consuelo!

II. 1. Esforcémonos en abandonarnos igualmente en brazos de la Providencia. Dejemos ya de oponer miras humanas á sus celestiales designios, y aun cuando nuestros proyectos vayan guiados por una intención enteramente sobrenatural, dejemos á Dios secundarlas ó permitir *queden frustradas*, según su beneplácito.

2. Los sucesos que se desarrollan, ya en la vida privada, ya en la escena más ruidosa del mundo, aunque alguna vez manifiestan claramente la intervención de la Providencia, preséntanse otras veces envueltos en profundos y desconcertantes misterios. Sigamos, sin embargo, adorando la Sabiduría divina sin dejarnos turbar, y guardemos cuidadosamente, en nuestro corazón, el recuerdo del buen ó mal éxito, que fué para nosotros un rayo de luz. ¿No es por ventura la fiel confianza en Dios, la que conduce á los santos á la perfección?

COLOQUIO

Ofrezcámonos á vivir en adelante, á la vista de María, una vida de fe, que nos haga decir con el Apóstol: «La vida que al presente llevo, está dirigida enteramente por la fe del Hijo de Dios» (1). *Ave María.*

(1) Galat., II, 20.

SÁBADO VEINTIDÓS.—La esperanza de la Madre de Dios
Naturaleza y objeto de esta esperanza

Plan de la meditación.—No será de escasa utilidad hoy día, recordar, no solamente la dicha, sino también el deber de la esperanza. Nuestra época, tan atrevida en sus dudas, es excesivamente tímida en sus esperanzas. O por mejor decir, el estar tan vacilante en la fe, es causa de que lo esté también en la esperanza. En cuanto á nosotros, procuremos refugiarnos para siempre, siguiendo el ejemplo de María, en la inexpugnable ciudadela de la esperanza en Dios. La primera meditación de esta virtud versará, sobre la *naturaleza y objeto de la esperanza en general*, luego sobre el *objeto de las esperanzas de María*, finalmente sobre el *objeto de nuestra esperanza*.

MEDITACIÓN

«*Non erit impossibile apud Deum omne verbum*»
(Luc. I, 37).

Ninguna palabra hay irrealizable para Dios.

1.^{er} PRELUDIO. Veamos la casa de Nazaret. El ángel San Gabriel está en presencia de María. Esta acepta el ser Madre de Dios.

2.^o PRELUDIO. Supliquemos ardientemente á Dios que, movidos profundamente por el mérito de la esperanza, cooperemos á la gracia, con la práctica de tan preciosa virtud.

I. Naturaleza y objeto de la esperanza en general.—I. 1. Dios ha hecho al hombre promesas de infinita liberalidad, en que brilla, desde la caída original,

una magnífica misericordia; estas promesas las conocemos por la fe. La esperanza, apoyada en la fidelidad de Dios, nos hace esperar firmemente de El, por los méritos de Jesucristo, la vida eterna y todos los medios requeridos para conducirnos á ella.

El *motivo* de la esperanza es un atributo divino; la inviolable fidelidad de Dios á sus promesas.

El *objeto* principal de la espera; aquel al cual todo se refiere, es también Dios, cuya posesión constituye la felicidad esencial de la eternidad. He aquí por qué la esperanza es virtud teologal: porque Dios es su causa inmediata y su objeto.

La *firmeza* de la *esperanza* es absoluta de parte de Dios. Nosotros podemos dejar de poner las condiciones; pero Dios no faltará á su palabra.

Para explicar el lazo que une á la esperanza con la fe, podríamos decir que, por la esperanza, aguardamos de Dios todo lo que la fe nos dice haber El prometido. Y efectivamente todas las promesas de Dios son relativas á la vida eterna ó á los medios, ya generales, ya particulares, de obtenerla.

2. Pero el objeto de la esperanza es tan grande, que naturalmente resulta inaccesible. Tan imposible es obtener ese bien, ó sea Dios poseído en si mismo, que, lejos de poder llegar á El por nuestras propias fuerzas, ni siquiera concebimos el modo secreto con que la Omnipotencia divina nos elevará tan alto. Y aquí es donde aparece el mérito de la esperanza.

a) La esperanza es un espléndido homenaje tributado al poder, á la bondad, á la lealtad del Criador; homenaje llevado hasta tal punto, que cuenta con lo imposible, en el sentido arriba expuesto. Esperando, le digo á Dios: «La imposibilidad aparente no me arredra, Dios mío, porque vuestro poder se extiende hasta

más allá de lo que yo puedo conocer como posible; tampoco me arredra mi indignidad, pues vuestra misericordiosa bondad se digna olvidarla, para hacerme dichoso: Vos podéis, Vos queréis entregaros á mí; Vos lo haréis, porque vuestra palabra no puede faltar. Mi divisa es la del ángel: Nada hay imposible á Dios.»

b) La esperanza es también un espléndido homenaje tributado á los méritos de Cristo y al valor de su Redención, pues por esos méritos y por esa redención lo esperamos todo. El alma del que espera se muestra, por este lado, humilde, ya que renuncia á fundar su felicidad sobre sí misma.

3. Por el contrario, desesperar es sustraerse al esfuerzo impuesto por Dios ó proclamar inútil y vano tal esfuerzo. *Sustraerse al esfuerzo.* ¡Qué injuria inferida á Dios, á quien se desdeña como á bien demasiado vil para ser adquirido á costa de alguna pena! *Proclamar inútil tal esfuerzo.* ¡Qué injuria inferida al poder y á la fidelidad divina! ¿No equivale esto á afirmar que no puede Dios levantarnos hasta sí, ó que nos engaña al prometerlo? ¡Cuán grande es el pecado de quien deja de esperar!

II. Comprendamos, pues, el mérito y el deber de la esperanza, y demos gracias á Dios que convierte el más dulce sentimiento en consoladora necesidad ¡Oh mandamiento del más amable de los Padres!

II. El objeto de las esperanzas de la Madre de Dios.—I. Tuvo María que esperar, como nosotros, los bienes de la vida futura; pero, al lado de estas comunes esperanzas, las esperanzas propias de la Virgen implicaban tres imposibilidades, sobre las cuales quisiéramos llamar la atención.

1. Para comprender la primera hay que recordar

el profundo sentimiento de su bajeza personal que siempre acompañaba á María. Ella, que nada es verdaderamente á sus propios ojos, se encuentra escogida para ser cuanto de más grande hay en el mundo; para recibir una dignidad cuya inmensidad ella más que nadie conocía. ¿Quién, pues, ponderará la fuerza de una esperanza capaz de traspasar la distancia que la humilde doncellita veía entre ella y la maternidad divina? Tal fué la esperanza de María. «Dios, canta ella, ha mirado á la bajeza de su esclava (1).»

2. Siendo virgen, ve que se le promete una maternidad que respetará su virginal pureza. Nueva imposibilidad de que triunfa la esperanza: «Ninguna palabra hay irrealizable para Dios» (2).

3. Por obscura y pequeña que se halle, debe ella esperar, no un lugar cualquiera en el cielo, sino el que conviene á su dignidad, el primero entre todos; debe pues, y así lo quiere Dios, ejercitar con el socorro divino, una virtud bastante eminente para elevarla sobre los serafines. Esta tarea imposible, la asume María con igual confianza.

II. Tratemos de comprender bien, por una atenta consideración, la elevada esperanza de la humilde Virgen para admirarla é imitarla.

III. El objeto de nuestras esperanzas.—También nosotros debemos alcanzar y realizar imposibles.

1. Imposibilidad del *deber*. Cualesquiera que sean, por una parte las obligaciones de nuestro estado, y por otra, nuestra debilidad y las dificultades engendradas por una larga indolencia, debemos esperar firmemente el cumplimiento de nuestro *deber*, contar

(1) Luc. I, 48.

(2) Luc. I, 37.

con los auxilios necesarios y no dudar de la gracia.

No debemos volver atrás ante la sublimidad de nuestra vocación. Confiar plenamente, es esperar de Dios la santidad misma.

2. La imposibilidad de la *resurrección*. Recordemos las burlonas sonrisas que acogieron las palabras de San Pablo cuando ante el Areópago habló de la resurrección de los cuerpos (1). La secta judía de los Saduceos, llegó hasta negar este dogma. Y á la verdad, á cada ruina de una existencia humana, en presencia de un cadáver, se experimenta una impresión de imposibilidad. ¿Una vida inmortal llena de gloria vendrá jamás á reanimar esta masa inerte, caída con todo su peso, después de tenerse apenas en pie durante los cortos años de una vida lánguida?

A pesar de esto, hay que esperar la resurrección. ¡Oh, cómo insiste San Pablo sobre este objeto de la esperanza! (2)

3. La imposibilidad de la *gloria eterna*. ¿Qué tiene además de verosímil, que nosotros, tan apegados á la tierra por todos nuestros pensamientos y deseos, seamos un día hallados dignos de la gloria y bienaventuranza del mismo Dios?

De nuevo, debemos firmemente esperar este bien, y marchar valerosamente á su conquista. ¡Adelante, fiados en la palabra de Dios!

COLOQUIO

San Pablo nos dice: «No os contristéis como los que no tienen esperanza» (3). ¡No tener esperanza!

(1) Act. apost. XVII, 32.

(2) 1.^a Cor. XV, 12-32.

(3) 1.^a Thes. IV, 1.

¿Puede concebirse nada más doloroso? Esta es la suerte de los incrédulos, según este testimonio de San Pablo. ¡Compadezcámosles profundamente! Bendigamos al Señor por María de habernos dado y prescrito la esperanza, y concluyamos con un fervoroso acto de esta excelsa virtud. *Salve Regina!... Spes nostra, salve!* «¡Salud, oh Reina! .. ¡oh esperanza nuestra, salud!»

**SÁBADO VEINTITRÉS.—La esperanza de la Madre de Dios
Hermosura y utilidad de esta esperanza**

Plan de la meditación.—La hermosura, la utilidad de la esperanza, y los medios de fomentar en nosotros esta virtud formarán los tres puntos de la meditación presente.

MEDITACIÓN

Benedictus Deus et Pater Domini Nostri Jesu Christi qui, secundum misericordiam suam magnam, regeneravit nos in spem vivam» (1.^a Petr. I, 3).

Bendito sea Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo que, según su gran misericordia, nos ha regenerado con viva esperanza.

1.^{er} PRELUDIO. Imaginémonos el Calvario y á María de pie junto á la Cruz en la cual sufre su Hijo.

2.^o PRELUDIO. Roguemos á fin de comprender la hermosura y utilidad de la esperanza y de poner todo nuestro cuidado en cultivarla con la ayuda de Dios.

I. Hermosura de la esperanza.—Dirijamos una mirada sobre la humilde y sencilla mujer, María. Recordemos la grandeza de su misión, el heroísmo de

sus resoluciones, la extensión de sus sacrificios y de sus dolores. Esta misión no la arredró; el tiempo no conmovió sus resoluciones; la adversidad no quebrantó la fortaleza de su alma. De pie, cuando el ángel la llamó en nombre de Dios, lo estaba también cuando, junto á la cruz, oyó á su Hijo despedirse de ella. ¡Admirable belleza moral! ¿Cuál es su secreto? *La esperanza.*

La esperanza es, efectivamente el valor de nuestra alma, más fuerte que todas las dificultades.

II. Esta noción debería bastar para avalorarla á nuestros ojos. Por la esperanza, el alma se levanta; por la esperanza, el alma triunfa. Esperar es derribar al enemigo en lugar de verse batido y derrotado. Avergoncémonos de nuestra pasada cobardía, y aspiremos con toda nuestra alma á la virtud de los fuertes.

II. Utilidad de la esperanza.—En la vida de la Virgen Santísima nada hay pequeño, nada pusilánime, nada impuro. Obró María acciones grandes por su objeto, y la elevación del fin agrandó todas las demás. Este es el fruto magnífico de la esperanza. En efecto:

1. La esperanza *purifica*. El esperar verdaderos bienes futuros nos aparta de los falsos bienes presentes. ¿Quién puede pensar confiadamente en la felicidad del cielo y ceder al incentivo de una temporal y baja concupiscencia? La esperanza es el remedio contra el pecado.

2. La esperanza *impulsa á obrar*. Todo el trabajo de la siembra se explica por la esperanza de la recolección. La esperanza anima las grandes empresas y los vastos designios.

3. La esperanza *alienta*. Dando seguridad, quita esa desdichada pusilanimidad que semineutraliza la

acción de los hombres. La esperanza es la audacia de los buenos.

III.—Medios de adquirir y fomentar la esperanza.

—I. La esperanza es un don de Dios, al mismo tiempo que una virtud. Hay, pues, que pedirla á Dios y cooperar á la gracia que para ella nos dispone.

¿En qué consiste esta disposición?

1. Dejemos aparte una objeción bastante común y que se ofrece por sí misma. La esperanza, que no puede faltar por parte de Dios, puede verse frustrada por parte nuestra. Siempre tengo motivos para dudar de mí mismo. ¿No basta este justo temor para arruinar el magnífico edificio de mi futura esperanza?

Pues bien, ni aun esto debe debilitar mi esperanza, si comparo mi flaqueza con la Providencia divina. Dios que promete, conoce toda mi debilidad. ¿Y no sería prometer vanamente, si esta mi propia miseria crease un obstáculo verdaderamente serio al objeto esperado? Yo mismo, débil é inconstante, soy el llamado por Dios. Esto basta para que yo diga: este llamamiento tendrá su efecto, á menos de una voluntad orgullosa ó decididamente mala: en otra palabra, á no ser que yo me niegue á esperar. La esperanza, al modo de la fe, implica el abandonarse á esa Providencia divina que no engaña á nadie. «*Spes non confundit*, La esperanza no da lugar á confusión» (1).

Empleemos los medios positivos que Dios pone en nuestra mano. *a) El ejercicio de la fe.* La fe práctica, poniendo bien á la vista los bienes, los hace más deseables. *b) La pureza de las costumbres.* Desde el punto en que nuestra mirada se aparta de la tierra,

(1) Rom. V, 5.

diríjese al cielo: «*Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit*, Vuestro corazón estará donde tengáis vuestro tesoro» (1). *c) La práctica de las buenas obras*, nos hace tocar como con el dedo nuestro poder de bien obrar. *d) La meditación de los beneficios divinos y de los misterios de la religión*: Estos beneficios y estos misterios contienen la prenda de los bienes que esperamos. *e) Las luces celestiales* que nos obtendrá la oración sobre la virtud de la esperanza.

II. Muchas veces nos hemos lamentado de tener una esperanza muy mediana; pero ¿hemos hecho algo para robustecerla y avivarla? ¿No habemos por ventura aguardado perezosamente á que ella viniese á nosotros? Depongamos un error tan perjudicial.

COLOQUIO

En un coloquio, lleno de dulce esperanza, meditemos la palabra de la Escritura: *Spe gaudentes* (2). Alegrémonos con la esperanza: todas las otras alegrías son falsas, sólo ésta es verdadera. Refugiémonos en el seno paternal de nuestro Dios; depongamos en El toda nuestra solicitud demasiado inquieta (3). Pidamos gracia para hacerlo, por la intercesión de nuestra celestial Madre. *Ave María*.

SÁBADO VEINTICUATRO.—**La esperanza de la Madre de Dios: Pruebas de la esperanza**

Plan de la meditación.—Nada hay que así fomente la perseverancia como la previsión de las dificultades

(1) Luc. XII, 13.

(2) Rom. XII, 12.

(3) 1.^a Petr. V, 7.

juntamente con los medios de vencerlas. A este fin vamos á considerar las pruebas de la esperanza: después de estudiar *su razón de ser*, las veremos surcando *la vida de la Santísima Virgen* y luego *nuestra propia vida*.

MEDITACIÓN

«Induti lorica[m] fidei et caritatis, et galeam, spem salutis, quoniam non posuit nos Deus in iram, sed in acquisitionem salutis per Dominum Nost[rum] Jesum Christum (1.ª Thessal. V, 8, 9).

Tomemos por vestido la lorica de la fe y caridad y por casco la esperanza de salvación; porque no nos ha destinado Dios para la ira, sino para alcanzar la salvación por Nuestro Señor Jesucristo.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á María al pie de la cruz.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de poder santamente pasar las pruebas de la esperanza.

I. Razón de ser de las pruebas de la esperanza.

—I. Dios se complació en probar la esperanza de los que ama. La vida de Abraham, tal cual nos la narra la Sagrada Escritura, nos ofrece un notable ejemplo de esta conducta de Dios. Es prometida á este patriarca una innumerable descendencia, y está prometida en Isaac; y sin embargo, recibe Abraham la orden de sacrificar al heredero de las promesas. En el momento en que levanta el brazo para herir ¿no parece que va á arruinar por su propia mano, la esperanza que guarda en su corazón?

¡Cuántas veces, en las vidas de los santos, vemos sus más caros proyectos comprometidos por la contra-

dicción, hasta el punto de parecer sin esperanza! Vense también, á las veces, obligados á descargar el golpe fatal sobre la obra que pensaban ejecutar á gloria de Dios.

II. ¿Por qué semejantes pruebas? Dios nada permite que no pueda glorificarle y sernos útil. ¡Cuánto más hermosa es y más brillante la esperanza del hombre de quien pueda decirse: *Contra spem in spem credidit*, «¡Esperó contra toda esperanza!» (1) El fundamento de la verdadera esperanza es la fe. Ahora bien, cuando todo parece sonreír á nuestros proyectos, y preparar el deseado acontecimiento, ¿sabemos cuáles son nuestros apoyos, si estas favorables apariencias ó Dios? Ciertamente, las criaturas y su acción vienen de Dios y no subsisten sino por El; pero esta dependencia esencial de las criaturas se escapa con frecuencia á nuestra atención, y nos apoyamos en la nada, aun en los momentos en que afirmamos no fiarnos sino de Dios. Al contrario, cuando, humanamente hablando, todo se derrumba, entonces podemos comprobar la sinceridad de nuestra esperanza. Si ésta se mantiene firme ¡qué hermoso espectáculo para los ángeles y los hombres! Si somos conmovidos, averiguamos un defecto en nuestra confianza. Sin acobardarnos, intentemos un nuevo ensayo con más vigor. La derrota espiritual no será definitiva.

II. Pruebas de la esperanza durante la vida de la Santísima Virgen.—I. 1. La asidua lectura de la Biblia hacía familiares á María los anuncios proféticos del porvenir de Israel. ¡Cuán magníficos destinos estaban prometidos á aquel pueblo! ¡Mas, cómo contras-

(1) Rom. IV, 18.

taban con la realidad! Hasta el advenimiento del Mesías, el cetro no debía salir de Judá; y este reino, tributario ya de los romanos, estaba á punto de acabarse, cuando nada preparaba una gloriosa revancha. Todo anunciaba ruina y decadencia, allí donde todo parecía deber ser gloria y resurrección.

2. Su divino Hijo nacía como Salvador universal, y he aquí que encuentra la contradicción y la incredulidad, aun en su familia; y su carrera, esclarecida apenas por el resplandor de algunos triunfos momentáneos, termina por la derrota, en apariencia definitiva, de la cruz. No nos olvidemos de considerar aquí la pasión y la cruz del Salvador, no cuales aparecen hoy iluminadas con los esplendores del triunfo sobre la muerte, sino para comprender toda la profundidad de la esperanza de María. Reavivemos las horas y los días de angustia durante los cuales aflúan á la Madre de Dios noticias cada vez más desoladoras, con las pesimistas apreciaciones que provocaban la rabia de los sacerdotes, el temor de los apóstoles, el olvido del pueblo todo. ¡Ah, cómo parecen tener razón los que desesperan! Abraham no vió caer la cabeza de su amado hijo, mientras que, á la vista de María, el velo de la muerte se extendió plenamente sobre el cuerpo y el rostro de Jesús y aun, al parecer, sobre su misma misión. Añadamos aún que todo cuanto el afecto hace sentir de pena, aumenta la propensión á la desconfianza.

II. Midamos la esperanza de la Virgen, con la magnitud de un desastre comprendido así, y nos parecerá magnífica, digna de toda admiración. Felicitemos, pues, á María y demos gracias á Dios.

III. Pruebas de la esperanza en nuestra vida.—

Estas pruebas son *de orden público* y *de orden particular*.

I. 1. Pruebas de *orden público*. Representamos una causa destinada á triunfar y, sin embargo, ¿cuáles son los presagios de lo futuro que se desprenden de las circunstancias actuales? La atmósfera ambiente es anticristiana; la audacia y la fuerza están al servicio de la irreligión (1); diríase que la timidez y la vacilación caracterizan á los partidarios de Cristo y defensores de la Iglesia. Háblase de múltiples defecciones aun de entre las filas del clero: la apostasía oficial es un hecho consumado. ¡Y cuántos se imaginan oír sonar el toque de agonía de nuestra fe! Nuestro aspecto no es de conquistadores, sino de vencidos que pierden terreno y retroceden.

2. Pruebas *particulares*. ¡Cuántas razones parece haber para descorazonarnos! Mientras que la esperanza versa sobre bienes lejanos é invisibles, voces contrarias se levantan en nosotros, y nos presentan goces palpables y actuales; y su poder de seducción hállase aumentado por el ejemplo de una multitud de hombres que se dejan arrastrar. A esta prueba de la sensualidad y del ejemplo de otros, hay que añadir frecuentes desastres interiores, infidelidades, aun tal vez pecados, que nos conducen á dejar caer nuestros brazos por el cansancio y la desconfianza. ¿Nos será acaso posible la virtud cristiana? ¿Qué diremos de la perfección? ¿Quiénes somos nosotros para tender y llegar á ella?

II. Dios, sin embargo, nos manda esperar la virtud y aun la perfección, y si esperamos, llegaremos á la meta. Repitamos aquella su formal promesa: *Spes non*

(1): «Lo que sobre todo falta á la sociedad moderna es la energía del bien», MONTALEMBERT, *Oeuvres polémiques*, t. 2, p. 226.

confundit, «La esperanza no confunde» (1), con que nos anuncia el día en que los justos volverán á levantar la cabeza; en que los impíos serán entregados á una irremediable y pública confusión. Estemos ciertos de este porvenir.

COLOQUIO

Ya que nos va en ello nuestros más caros intereses, supliquemos á María al pie de la cruz, nos comunique algo de su invencible esperanza. *Salve Regina, Spes nostra, salve*: «¡Salve, oh Reina; esperanza nuestra, salve!»

SÁBADO VEINTICINCO. — La esperanza de la Madre de Dios: Tres tentaciones contrarias á la esperanza

Plan de la meditación.—El confirmar la esperanza es un resultado tan importante para toda nuestra vida, que nos ha parecido á propósito considerar más de cerca tres géneros de particulares dificultades, que con más frecuencia detienen al hombre en el camino real de la esperanza cristiana. Cada una de ellas merecería ser tomada aparte, y ésta es la causa por que, al ordenar esta meditación, dividiremos cada punto en tres partes que podrían constituir puntos de meditaciones distintas. Consideraremos sucesivamente la tentación de la *desolación*; la de la *sensualidad*, y la que nace del *sentimiento de nuestra propia miseria*.

(1) Rom. V, 5.

MEDITACIÓN

«*In quo exultabitis, modicum nunc si oportet contristari in variis tentationibus*» (1.^a Petr. I, 6).

La esperanza ha de llenaros de gozo, si en el breve espacio de la vida presente os han de afligir varias tentaciones.

1.^{ER} PRELUDIO. Trasladémonos con el pensamiento á la morada de María, quien teniendo junto á sí á San Juan, pasó las tristes horas que transcurrieron desde la muerte de Jesús á su resurrección.

PRELUDIO 2.^O Pidamos constantemente la grande gracia de tener una esperanza más fuerte que todas las pruebas del tiempo presente.

I. Tentación de la desolación.—I. La prueba en sí misma. No es raro, tanto en el mundo como en el claustro, hallar el gusto y el sentimiento de la piedad como embotados y perdidos. Dios, las cosas del cielo nada dicen ya al alma. Quiere uno orar y no logra sino balbucir con los labios ciertas fórmulas que parecen como una mentira en la boca que las pronuncia; abandonándose las oraciones vocales, hállase el espíritu como presa de un vago adormecimiento que le priva de su actividad. Aun después de comulgar y en los días festivos, cuando se esperaba alguna emoción bienhechora, quédase uno frío y seco; la fuente del sentimiento parece agotada. ¡Qué diferencia de los hermosos días pasados! Entonces Dios se presentaba por sí mismo, mientras que ahora se le busca en vano; entonces hablaba dulcemente al corazón, ahora nuestras preguntas quedan sin respuesta; entonces creíase experimentar su presencia, ahora se siente una impre-

sión de abandono; entonces sonreía la primavera, ahora estamos en crudo invierno.

Después de darnos cuenta de este estado, tratemos de explicárnoslo. Puede provenir de varias causas.

1. En primer lugar, de falta de táctica. Mientras que todo progresa y todo cambia en nosotros y á nuestro alrededor, ¿no siguen nuestros ejercicios de piedad calcados sobre nuestros primeros ensayos? Hablamos y obramos de otro modo que como lo hacíamos en nuestra niñez, en nuestra adolescencia, en nuestra juventud; pero oramos siempre del mismo modo, siguiendo un método que ha llegado á ser rutinario. El plan es uniforme, la ejecución no ha variado. Contento con los pasados esfuerzos, espera uno vivir con este corto capital, sin nuevo trabajo por aumentarlo. La meditación de las mismas escenas mueve á las mismas reflexiones. Antes podían éstas ser agradables por su novedad; mas despojadas de este atractivo, hállanse al presente como desecadas y sin jugo. La costumbre todo lo gasta: el dolor, el placer y aun la satisfacción.

2. La aridez depende, á las veces, de falta de generosidad. Antes era uno recogido, y ahora se entrega al mundo exterior; mortificábase, y ahora admite comodidades; buscaba á Dios, mientras que ahora se busca á sí mismo. No lo olvidemos: el sacrificio es la sal de la vida espiritual. Obrad mucho por Dios, y casi siempre conversaréis fácilmente con El.

3. La tercera causa de la sequedad es la negligencia misma en disponerse á los ejercicios espirituales; la incuria de la preparación. Retrocedese ante la dificultad.

4. Este estado de apatía, que puede ser consecuencia natural de una vida demasiado uniforme, constituye, además, una prueba providencialmente dispen-

sada para nuestro mayor bien. Si vemos que, con la edad, sentimos ya menos las influencias de las humanas causas de la emoción ¡cuánto más fácilmente puede languidecer el ardor sensible para con lo que está sobre la esfera natural de nuestra actividad! Pero cuando el socorro sensible se nos retira, queda el lugar enteramente libre para el fundamento verdadero de todo: una fe que obra sin ver y sin sentir; virtud ciertamente más difícil y trabajosa, pero también más pura y más meritoria. Bajo la tierra helada que la recubre, ve Dios germinar la semilla, y prepararse el tallo que va á brotar lozano de debajo de la tierra. Así su ojo sigue con atención esta labor latente que transforma un alma y la prepara, bajo la fría obscuridad de una fe desolada, á las deliciosas claridades, á las ardientes emociones de la etérral visión.

Prácticamente hay que pasar aquí á examinar seriamente las causas de nuestras desolaciones, para quitar cuanto pueda haber en ellas de voluntario. En efecto, la consolación es un auxilio del que no debemos privarnos á nosotros mismos. Aunque hay que aceptar con resignación y confianza las desolaciones permitidas por Dios, no hay que buscarlas ni introducirlas en nosotros más que los otros géneros de tentaciones.

II. *Esta prueba en María.*—1. Nada se nos ha revelado sobre los interiores consuelos de la Santísima Virgen. Sabemos, sin embargo, que la desolación no pudo ser en ella más que prueba de su virtud. Ciertas situaciones de su vida ofrecen como el tipo exterior acabado de una completa desolación. Pensemos en los tres días transcurridos desde la pérdida de Jesús hasta el momento en que fué hallado en el templo; pensemos en los años que pasó María sin Jesús y como si fuese

ignorada de El, todo el tiempo que sobrevivió á la Ascensión

Procuremos penetrar la inmensidad de los sacrificios que hizo ella en estas circunstancias. Mas ¿cómo lograrlo? Sería menester, cuando menos, un corazón de madre, para sentir el gozo que semejante corazón experimenta, con la compañía de un hijo únicamente amado, y oponer luego á él la desgarradora pena de una larga separación. ¡Cuánto mayor fué esta pena en el corazón de María, alejado de Jesús!

2. Mas, durante todo el tiempo de estas pruebas, el alma de María, siempre grande y robusta, no titubeó, su acción no disminuyó, ni se entibió su ardor. Admiremos tanta fortaleza.

III. *La prueba de la desolación en nuestra vida.*—Esta prueba es una época preciosa en nuestra vida, puesto que nos proporciona ocasión de muchos méritos:

Mérito de *humildad*, si aceptamos la prueba sin irritación y sin secreta amargura.

Mérito de *paciencia*, si continuamos obrando bien, sin dejarnos vencer por el choque de las repugnancias ni cansar por lo largo del tiempo.

Mérito propio de la *esperanza*. Violentos asaltos vienen á veces á combatir al hombre en el preciso momento en que no siente las santas energías que Dios en él depositó; y es propio de la desolación proyectar sobre lo futuro los más sombríos colores y hacer entrever luchas sin tregua é insuperables dificultades. Pero, sin tomarme siquiera la pena de disipar estos fantasmas, usaré yo el lenguaje de la esperanza. Cualquiera que sea el furor del vendabal, por grandes que puedan ser el número, la fuerza y la malicia de mis adversarios, no cesaré de decir: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum* (1), «Aunque

se levanten ejércitos contra mí, no temerá mi corazón.» Antes tengo confianza de poder añadir un día: *Arrancasteis, Señor, mi alma de los abismos de la muerte y del infierno* (2).

Aun antes de la desolación y para prevenir nuestra flaqueza, velemos cuidadosamente en no fundar nada sobre el frágil apoyo de un gusto ó consolación necesariamente pasajera.

II. La tentación de sensualidad.—I. Muy diferente aspecto que la desolación tiene la prueba de la sensualidad. La desolación preséntase triste, conternada, sin tomar interés en cosa alguna, sin plan positivo. La sensualidad es alegre, sonriente y propone pérfidamente un objeto seductor. Aquélla decía: no ames nada; ésta sugiere apasionados afectos, pero es hacia algún bien presente y sensible. ¡Cuán dañosos son estos atractivos, que distraen de la vista de lo futuro! Ved á vuestro alrededor los estragos causados por esos funestos encantos. ¡Cuántos hombres moralmente perdidos, por haberse dejado seducir por ellos! Y aun entre los que se portan bien ¡cuántas satisfacciones actuales procuradas á costa de los goces futuros de la gloria!

II. María no tuvo que sufrir los asaltos de la sensualidad dentro de sí misma; pero, en su admirable virginidad, nos da ejemplo de una perfecta superioridad sobre los sentidos.

Felicitémosla por la elevación de sus miras, y persuadámonos de la realidad de su dicha.

III. La tentación de la sensualidad acecha siempre á nuestra puerta el momento de arrastrarnos. Armémonos, pues, contra ella *a)* con la oración, *b)* con la

(1) Ps. XXVI, 3.

(2) Ps. XXIX, 4.

meditación: penetremos la vanidad de la satisfacción que se nos ofrece y la *próxima* realidad de nuestras magníficas esperanzas; *c)* con la sincera aceptación del sacrificio, ciertamente *real* que á sabiendas ofrecemos, según los deberes de nuestro estado; *d)* con el hábito de abnegarnos y sacrificarnos en cosas pequeñas, que nos familiaricen con la victoria.

III. El sentimiento de nuestra miseria.—Una falsa humildad nos expone á recibir fatales golpes. La consideración, tan útil por otra parte, de nuestra propia miseria, puede también abatirnos y descorazonarnos. La desproporción entre lo que somos y lo que Dios nos manda esperar, no debe conducirnos á una conclusión deprimente. Cuando esta tentación nos asalte, acordémonos del poder infinito de Dios y de los méritos de Jesucristo y, siguiendo el ejemplo de SAN IGNACIO, rechacemos resueltamente todo pensamiento que nos impida tener una plena confianza en Dios.

Examinemos cuidadosamente si ha hecho presa en nosotros alguna tentación de este género. Repitamos con frecuencia la oración de SAN IGNACIO: «Dadme, Señor, la humildad; pero una humildad que me permita amaros» (1).

II. María, aunque exenta de positivas miserias personales, veía tan claramente su nada, que hubiera podido esta vista inspirarle los más desoladores pensamientos, si la fuerza de su esperanza no les hubiera entredicho completamente que se acercasen.

III. ¿Cuál será para nosotros el remedio, preservativo ó curativo, contra semejante tentación? La ora-

(1) FRANCIOSI, *El espíritu de San Ignacio*, V, sobre la humildad.

ción, la continua oración. Luego la convicción, cada vez más profunda, de esta doble verdad: Dios que me hizo la promesa no ignora mi miseria; el fundamento de mi confianza está en El y no en mí. Especial gloria es de Dios hacer tanto por lo que vale tan poco.

COLOQUIO

Roguemos ardientemente á María, á fin de que nuestra esperanza venza todos los obstáculos y no vaya jamás á zozobrar. *Salve Regina! Spes nostra salve!* ¡Salve, oh Reina! ¡Esperanza nuestra, salve!

SÁBADO VEINTISEIS.— **La esperanza de la Madre de Dios: Frutos de esta esperanza**

Plan de la meditación.—La esperanza llena la presente vida de *confianza* y nos asegura, para lo porvenir, el *bien esperado*. Estos dos grandes frutos acabarán, con la gracia de Dios, de áfianzarnos en una invencible esperanza. Los consideraremos, uno en pos de otro, en los dos primeros puntos; el tercero nos mostrará estos frutos *recogidos por la Virgen*.

MEDITACIÓN

«*Spes non confundit*» (Rom. V, 5).

La esperanza no nos engaña.

1.^{er} PRELUDIO. Veamos la sala del convite en las bodas de Caná.

2.^o PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de lograr, por la misericordia de Dios y la intercesión de nuestra Madre, los magníficos frutos de la esperanza cristiana.

I. El fruto de la confianza.—I. *Valor de la confianza.* 1. Imaginemos un enfermo vencido por el dolor y la enfermedad. Viene un médico de grande reputación y, después de examinarlo, declara que el mal es curable y descubre al paciente la perspectiva, aunque lejana, de la convalecencia y la salud. Inmediatamente óbrase en el desdichado una interior revolución: recobra el valor, con la convicción de que la lucha contra la enfermedad no será inútil; la luz que en lontananza vislumbra, ha cambiado el aspecto de las cosas; el mismo mal, el actual dolor se le hacen tolerables, y aun se concilian con una secreta alegría, que la esperanza del restablecimiento hace nacer. Esta transformación es obra de la *confianza*; y la confianza en Dios es hija primogénita de la esperanza. Es, en efecto, la tranquila certidumbre de una crecida esperanza (1).

2. Este enfermo es la humanidad, es cada hombre en particular, enfermo por el deseo, las pasiones, la voluntad, tanto como por la flaqueza del cuerpo. Jesús es el médico que anuncia el fin de sus males. ¡Dichoso el que se deja persuadir! Transfórmase inmediatamente su vida y aun él mismo; adquiere la voluntad de luchar y de vencer; hácese capaz de soportar las penas; permanece tranquilo y seguro ante la amenaza y el peligro.

La confianza hace gozar de una paz más deliciosa que todo sentimiento (2), é impele á los más heroicos actos de virtud. Recordemos el lazo que une la confianza con la santidad. ¿Cómo desplegar sin confianza una generosa actividad, y cómo llegar á esa abnegación continua y absoluta que supone la santidad? Por otra parte, son tan magníficos los bienes prometidos por la

(1) Véase SANTO TOMÁS 2.^a 2.^{as}, q. CXXVIII, art. 1, ad. 6.

(2) Philip. IV, 7.

fe; eclipsan de tal modo todas las cosas presentes que, cuando una viva confianza nos las pone como ante los ojos, nada se nos hace costoso para asegurar su posesión definitiva, en el grado que esperan los santos.

II. ¡Oh! Dejémosnos llevar de los preciosos encantos de una dulce confianza, y abandonemos decididamente un pesimismo tan estéril como sombrío. Es más noble y generoso sonreír á la vida y á todos sus deberes, que revolvernos contra los hombres y las cosas.

Procuremos igualmente inspirar confianza á los demás. Dar confianza es multiplicar el número de los hombres dichosos.

Al mismo tiempo, retengamos esta verdad: La virtud, á los principios es penosa, mientras que su progreso y desarrollo son causa de bienestar. ¡Cuánto se engañan los que pretenden ser santos á medias! Quedan como enredados en las malezas, sin llegar al campo raso: en el combate espiritual, sostienen la lucha sin pegar nunca aquellos golpes decisivos que ponen en fuga al enemigo.

II. **El fruto eterno.**—I. La esperanza tiene por objeto propio las riquezas infinitas. ¿Qué mejor fruto podría llevar? Si la esperanza me da á mi Dios y su bienaventuranza ¿puedo yo desear ó soñar algo más? ¿No estaré yo entonces en el colmo de todos mis deseos?

Pues bien, la esperanza realiza su objeto. Claramente lo dice el Apóstol: «La esperanza no engaña; porque en la caridad que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones, tenemos las arras de la felicidad que Dios nos tiene preparada» (1). «Porque

(1) *Spes autem non confundit, quia caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis* (Ro.m. V, 5).

ha esperado en mí, dice también la Escritura, le libraré» (1). Esperar es, en cierto modo, empeñar santamente la divina lealtad; la cual no puede hacernos traición.

II. Grabemos bien en nuestra alma los inmensos daños que causa toda desesperación y el eterno tesoro prometido á quien quiera esperarlo. ¡Qué partido más inútil y más funesto que la cobardía!

III. Frutos de la esperanza en María. — ¡Qué *confianza* no produjo en María la esperanza, y cómo la puso en posesión de los *bienes esperados*!

I. *La confianza.* La confianza de María brilla en las adversidades, entre las cuales permaneció su corazón tranquilo y firme.

1. Confió en que su virginidad no sufriría detrimento alguno por su unión con San José. Análoga confianza debe acompañarnos en los peligros *necesarios* corridos por el *servicio* de Dios. Así, nada sufrirá el recogimiento, de parte de un verdadero apostolado. Mas, no confundamos las ocasiones peligrosas, que impone la necesidad, con las que afrontamos voluntariamente; los peligros aceptados para servicio de Dios, con aquellos á que nos conduce nuestra pasión ó nuestra debilidad.

2. Tiene María confianza, en que Dios esclarecerá la duda tan penosa que atormenta el espíritu de San José y aquella terrible ansiedad causada por el hecho de no acertarse á explicar la maternidad de su casta esposa. Alguna equivocación puede hacer que se ciernan sobre nosotros inmerecidas sospechas, que los mismos santos no lograron evitar en su vida: tengamos

(1) Ps. XC, 14.

confianza de que Dios sabrá hacer que todo ello redunde en gloria para sí y en provecho para nosotros.

3. María, cuando su huida á Egipto, nos da un ejemplo de confianza que imitar en las persecuciones declaradas, de que la Iglesia ó nosotros mismos podemos ser blanco.

4. María, en las bodas de Caná, tiene confianza, á pesar de la repulsa que parece oponer Jesús á su petición de un milagro. La confianza halla su más importante y continua aplicación en la plegaria asidua y perseverante.

II. *El objeto esperado.*—Basta contemplar á tan gloriosa Reina junto al trono de su divino Hijo. ¿No posee aquí, por ventura, cuanto esperaba su alma en el Calvario?

Estemos pues, á nuestra vez, de pie en el Calvario de nuestras pruebas y dificultades, para obtenerlo todo por nuestra misma esperanza.

COLOQUIO

Reflexionando de nuevo sobre la naturaleza de la esperanza, sus pruebas, sus contrarias tentaciones, sus consuelos y sus frutos; felicitemos y demos gracias á María, de ser para nosotros un modelo perfecto y grande inspiradora de la esperanza. Y, para corresponder á sus bondades, pidamos perdón de haber dudado ó de haber, á lo menos, esperado tan poco; reconocamos cuanto amor propio y cuanto orgullo había en nuestras faltas de esperanza, y ofrezcamos á María y por ella, á Jesús, una vida fundada en una completa confianza en Dios. *Salve Regina! Spes nostra, salve!* «¡Salve, oh Reina! ¡Esperanza nuestra, salve!»

SÁBADO VEINTISIETE.—*La caridad de la Madre de Dios: Excelencia de la caridad*

Plan de la meditación.—Al par que crece nuestra piadosa admiración para con la Madre del amor hermoso, conviene también que lleguemos á alcanzar un santo afecto á la misma caridad. Esta reina de las virtudes nos hace amar á Dios por sí mismo, y al prójimo por Dios. En los diferentes ejercicios que vamos á consagrar á la caridad, la consideraremos sucesivamente como amor de Dios y como amor de los hombres. Esta meditación va destinada á poner de relieve la excelencia del amor de Dios. Adoptamos esta sencilla disposición: *La caridad de la Madre de Dios: la excelencia de la caridad, la obligación que nos impone de huir cuidadosamente del pecado y aprovecharnos de los sacramentos.*

MEDITACIÓN

«Nuntietis ei quia amore langueo» (Cant. V, 8).
Decidle que languidezco de amor.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos á María bajo la figura de una reina arrebatadora de belleza, colocada en la gloria del cielo junto á su Hijo amadísimo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con todo el ardor de que somos capaces, la gracia de comprender el precio y la excelencia de la caridad.

I. La caridad de la Madre de Dios.—1. 1. Desorientados por especiosas objeciones, pudieron algunos teólogos, en lo pasado, poner en duda la Inmaculada Concepción de María. Su perpetua virginidad ha ha-

llado contradictores entre los herejes; pero nadie que haya pretendido honrar á Jesucristo, ha puesto en duda la caridad de la Madre del Redentor. Que la santificación no haya coincidido estrictamente con el primer momento de su existencia; que la misma virginal integridad haya perecido en la maternidad, en rigor, puede la mente concebirlo; pero que el oro de la caridad no haya revestido magníficamente el alma de la Madre de Dios, es imposible de imaginar siquiera.

2. ¡Y hasta qué punto! Hasta el punto de superar la caridad de todos los santos y espíritus bienaventurados. Esto es lo que asimismo proclaman á una voz todos los doctores católicos de Oriente y Occidente.

II. Cuando, pues, nuestra mirada se fija en la humilde y modesta Virgen de Nazaret, de Belén y de la huída á Egipto, en cualquier escena, ya dulce y apacible, ya conmovedora y agitada en que la contemple, engañaríanos si no nos la mostrase interiormente abrasada de un divino fuego, cuyos ardores se aumentan cada día hasta el fin de esta vida mortal, cuando ya no pueda el cuerpo retener al alma, ó mejor hasta que sea él mismo, de un golpe, transportado con ella á lo más alto de los cielos (1). Detengámonos asombrados á la vista del sagrado fuego que consume á nuestra Madre. Tributémosle homenajes y felicitaciones.

II. Excelencia de la caridad.—Esta unanimidad de sufragios nos muestra la excelencia de la más hermosa entre las virtudes. Probemos de decir algo en su alabanza.

I. La caridad es amistad entre Dios y el hombre,

(1) Nos expresamos así, porque ciertos escritores ponen en duda el hecho mismo de la muerte de Maria.

y esta palabra lo dice todo. Hase notado que Dios puede ser temido é invocado en otras religiones; pero sólo la religión fundada por Dios mismo ha formulado el mandamiento de amarle, y sólo Cristo ha inculcado este precepto del amor. ¿Significa esto que la humana inteligencia no pueda descubrir amabilidades en Dios, y que nuestro corazón no pueda sentirse conmovido por los múltiples y espléndidos beneficios de la Providencia? De ninguna manera. A todo hombre bien nacido, arráncale las divinas bondades acentos de viva gratitud. Mas, para osar unirnos con Dios por amor, y concebir este sentimiento de amistad que nos hace vivir en Dios y que Dios viva en nosotros, es preciso echar un puente sobre el espantoso abismo que nos separa de Él. Este puente sólo Dios puede echarlo; sólo Dios halla, en los consejos de su sabiduría, el medio de hacernos llegar hasta Él, para que de nuestro corazón pueda brotar, sincero y digno, este grito sublime: «Dios mío, os amo sobre todas las cosas, porque sois infinitamente bueno.» Este grito es el acto de caridad.

1. La caridad es el complemento de todas las virtudes sobrenaturales, las cuales no existen sino por ella, y sin la caridad no tendrían razón de ser. ¿Para qué la fe? ¿Para qué la esperanza? Para conducirnos á la caridad.

2. La caridad es un sentimiento que nos es común con Dios mismo; sentimiento que caracteriza á la voluntad divina: «Dios es caridad» (1). ¡Cuán noble debe ser este amor que se halla también formalmente en Dios!

3. La caridad subsiste siempre. Amamos sobre la tierra; amaremos en el cielo. Dejaremos de creer cuando veamos; dejaremos de esperar cuando posea-

(1) 1.^a Joan. IV, 16.

mos; pero nunca dejaremos de amar. Por la caridad empezamos acá abajo nuestra vida eterna.

4. Si por la caridad se define al mismo Dios, también la caridad da al hombre todo su valor á los ojos de Dios. Vano es el rango y la fortuna, vanos los éxitos y los talentos: Dios pasa más allá. Pero no es vana la caridad. Hombre, ¿cómo amas? Tu lugar en el cielo de esto depende.

5. Tal pareció la caridad á algunas nobles inteligencias, que osaron identificarla con el mismo Espíritu Santo (1); como si un tan sublime sentimiento no pudiese ser cosa creada.

II. Después de haber meditado sobre las grandezas de la caridad, penetrémonos bien de esta verdad: que Dios es quien nos invita á amarle. ¿Dónde encontrar acciones de gracias bastante vivas?

III. Dos corolarios prácticos.—Maravillados de tal tesoro nos sentimos imperiosamente inducidos á sacar estos dos corolarios prácticos:

1. Un pecado mortal destruye la caridad, arruina esta obra magnífica de la bondad de Dios. ¿Puede ser nunca bastantemente odiado?

Este pecado se comete por *interés*, por *pasión* ó por *orgullo*. Pero ¿qué interés hay comparable con el de la caridad? ¿Cómo se compra tan caro el satisfacer una pasión, hasta sacrificar por ella la caridad? ¡A costa de cuánto envilecimiento es el hombre orgulloso!

(1) A lo menos en este sentido, que á diferencia de la fe y de la esperanza, el acto de caridad no puede pertenecer á ninguna virtud ni aun infusa: sino que sería producido directamente y sin el concurso de ninguna virtud creada, por el Espíritu Santo, que habita en el alma de los justos. «Diligendi actum per se tantum sine alicujus virtutis medio operatur, i. e. diligere.» PEDRO LOMBARDO (el Maestro de las sentencias) I, 1, dist. 17, § 18.

2. Podemos conocer la caridad por el cuidado que pusiéremos en recibir los sacramentos, sobre todo el del amor. ¡Cuán poco trabajo, para tan grande recompensa! Examinemos de qué modo recibimos los sacramentos, reformémonos á fin de atraer más abundantemente sobre nosotros las aguas de estas divinas fuentes de vida. ¿Quién dudaría en emplear cualquier medio á trueque de acrecentar su fortuna terrena.

COLOQUIO

Vivas acciones de gracias, mezcladas con un filial arrepentimiento y propósitos enérgicos: he aquí lo que debemos presentar á Dios por mano de María y de su Hijo, Jesús. *Padre nuestro y Ave María.*

SÁBADO VEINTIOCHO.—La caridad de la Madre de Dios.—La piedra de toque de la caridad

Plan de la meditación.—El amor, cuyo término es el Padre que tenemos en los cielos, se nos muestra tan bello, que parece deber cautivar nuestro corazón. ¡Es tan fácil persuadirnos de que amamos á Dios! Pero, para prevenir cualquiera ilusión funesta, nos indica el Señor un medio de verificar la realidad de este amor. Dóciles á sus enseñanzas, dediquemos el presente ejercicio á esta comprobación. Consideraremos, en el primer punto, la *señal exigida por Jesucristo*; veremosla luego *brillar en María*; y en el tercer punto comprobaremos su *conmoverador llamamiento en el Padre nuestro.*

MEDITACIÓN

«*Qui habet mandata mea, et servat ea, ille est qui diligit me*» (Joan. XIV, 21).

El que tiene mis mandamientos y los guarda, éste es el que me ama.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos al Señor rodeado de sus discípulos y diciéndoles las palabras del texto.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con las más vivas instancias la gracia de amar verdaderamente á Dios.

I. La señal del verdadero amor.—1. El pensamiento de la Majestad divina y de todas sus bondades, y la magnificencia de algunas de sus obras, son capaces de excitar en nuestra alma un sentimiento de asombro y de emoción, muy confundible con el amor. El Señor, sin reprobar este impulso, nos pone en guardia contra semejante ilusión. La verdadera prueba del amor la busca El en la conducta. La conformidad de *nuestras obras* con la ley: he aquí, según El mismo, el indicio cierto del amor.

2. ¡Cuánta verdad hay en esta lección! Ciertamente el amor reside en la voluntad: es un sentimiento. Pero este sentimiento nos conduce á querer el bien de los que amamos; y la intensidad de este deseo mide la realidad misma del amor. ¿Cómo juzgamos de los afectos humanos? No tanto por las palabras y por las lágrimas, cuanto por las acciones de verdadera benevolencia, sobre todo por las que importan esfuerzo y sacrificio. Débil es el amor que hace poco y no se molesta mucho; grande y magnífico el que se olvida y se inmola.

Nosotros no podemos procurar á Dios ningún bien que añada cosa alguna á su perfección y felicidad; sólo su gloria externa puede ser el objeto de nuestras ansias y esfuerzos. Y esta gloria resulta del cumplimiento de su voluntad. ¿Cuál sería la glorificación ideal de este tierno Padre? Pues no otra sino obtener de sus

criaturas libres la perfecta obediencia, que necesariamente le prestan las causas fatalmente determinadas.

La observancia, pues, de los mandamientos es la mejor prueba de nuestro amor.

3. Esta primera razón, ya más que suficiente, se refuerza con otra aún más radical. Nosotros no amamos á Dios por nuestras propias fuerzas, sino bajo el impulso de la gracia divina y por la virtud infusa de la caridad. Ahora bien, una transgresión grave, al paso que extingue nuestra caridad, nos quita aun el medio de amar á Dios. Ni podemos lisonjearnos ó consolar-nos pensando que les amamos á lo menos algo; no, no amamos ya nada enteramente.

El amor, además, establece cierta unidad entre los que se aman. ¿Y donde nos uniremos con Dios sino en el cumplimiento de su voluntad?

4. Esta señal del amor tiene sus grados. ¿Quieres observar todas sus órdenes aun ligeras y procurarle esta gloria? Pues amas más que si te contentases con huir de los pecados mortales. Pero aquél alcanza la palma del amor, que va á buscar, en el seno de Dios, ciertos designios más delicados y recónditos que El no nos impone, para adoptarlos como constante regla de conducta.

II. Hay quienes protestan de su amor á Dios en el momento mismo en que cometen el pecado. ¡Cuán enorme es su ceguedad! Aun sin ir tan lejos ¿no nos hemos engañado á veces nosotros mismos? Entendamos, á lo menos para en adelante, dónde está la realidad del amor.

II. La señal de este amor en la Madre de Dios.

—I. La Reina y Madre del amor hermoso es un admirable modelo de esta verdadera caridad. En ella no

hubo culpa mortal ni venial, sino una voluntad que en todas las cosas buscaba complacer á Dios: *Ecce ancilla Domini*, «He aquí la esclava del Señor», éste es el resumen de toda su vida. Trátase de ser Madre de Dios, *Ecce ancilla*. Trátase de sacrificar á su Hijo en la cruz, *Ecce ancilla*. Trátase, después de la resurrección, de aguardar durante largos años la hora de reunirse á su Salvador y su Dios, *Ecce ancilla*.

II. Esforcémonos en penetrar la perfección de esta obediencia á Dios, y la dificultad que había en practicarla.

III. **El acto de amor del Padre nuestro.**—I. El Señor pone en nuestros labios la sublime oración del *Padre nuestro*, que cada día rezamos. ¿Sabíamos que contiene un excelente acto de amor? *Fiat voluntas tua*, «Hágase tu voluntad»: tal es el deseo del verdadero amor.

II. Insistamos en semejante deseo cuando recemos esta oración, y no neguemos á Dios el amor que nos pide. La voluntad es lo que hay de más grande y más santo. El espectáculo más hermoso del mundo es la unión de voluntades entre la criatura y el Criador. ¿Dudaríamos en dar á Dios esta prueba de afecto? ¿Cómo no dársela lo más enteramente posible? ¿Cómo no amar cualquiera ley, pensando que es voluntad divina, y que el cumplirla es procurar á Dios el único bien que de nuestra parte le es aceptable?

COLOQUIO

Lamentando nuestras defecciones, digamos de todo corazón á Dios y repitámosle, ayudados de nuestra

Madre: «Dios mío, hágase tu voluntad». *Padre nuestro. Ave María.*

SÁBADO VEINTINUEVE.—La caridad de la Madre de Dios para con los hombres.—Dimensiones de esta caridad

Plan de la meditación.—Esta meditación se presenta como vengadora de una caridad, cuya hermosura y grandeza denigra ó desconoce la calumnia ó la ignorancia. Este fin le da un carácter especial; pero responde á una necesidad de nuestro tiempo: la de resistir á la corriente naturalista, que extravía á los hombres, hasta hacerles preferir muchas veces las obras de la naturaleza á las de la gracia. ¿No se oye, por ventura, ensalzar los afectos humanos y sensibles con perjuicio del amor de caridad? A fin de concebir una alta idea de la caridad, en cuanto se termina en los hombres, admiraremos, en el primer punto, sus vastas proporciones, para verlas luego realizadas en María y finalmente realizables en nosotros mismos.

MEDITACIÓN

«*Scire supereminentem scientiae caritatem Christi ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*» (Ephes. III, 19.)

Saber la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para recibir la plenitud de los dones de Dios.

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos al Señor rodeado de sus apóstoles, en el momento en que les recuerda el mandamiento de la caridad.

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de entusiasmar-nos santamente ante la grandeza magnífica de la ca-

ridad, para desdeñar, en comparación de ella, todo sentimiento puramente humano.

Las dimensiones de la caridad, amor de los res.—I. 1. ¡Lejos de nosotros para siempre esa idea de la caridad, que le engendra detractores y tantos enemigos! Con demasiada frecuencia se la ve como un amor de encargo, en cuyo nombre se hace uno fríamente y casi á la fuerza, si bien con utilidad, ciertas tareas, útiles por otra parte y marcadamente prescritas, en favor de unos hombres en los cuales, en el fondo, queda uno indiferente. Este modo truécase la caridad en un amor sin vida, sin juventud, sin alientos, sin vida, quedando el amor pasional los colores, los encantos y las iniciativas. ¿Y no protestan aún bastante contra la falsificación de la más bella de las virtudes y, no sólo sin vacilar, de la más pura y más ardiente, sino también, las lágrimas de Jesús, ejemplar divino de la caridad, y en pos de El, las alegrías, los triunfos y los entusiasmos de los santos?

Digamos más bien los líricos acentos del más grande autor de la caridad, San Pablo. ¡Con qué emoción (1) la necesidad, la virtud y la perpetuidad de la caridad! Y lo que en otra parte (2) nos dice, al estar transportado, de la caridad de Cristo y al ver la obra de esa caridad, la Redención, no dudamos en repetirlo de la caridad con que el Salvador abraza á sus discípulos; la cual es también un sentimiento inmenso, cuyas grandiosas dimensiones en altura, anchura, profundidad y longitud, aspiramos á comprender mejor.

(1) 1.^a Cor. 13.

(2) Ephes. III, 18.

¡La *altura* de la caridad! Subid, subid hasta lo más alto de los cielos, hasta el corazón mismo de Dios: de allí es de donde, como de su manantial, desciende; allá es á donde se remonta como á su término: sentimiento del cual nosotros participamos comunicado por Dios, viviendo en El, de El y por El.

¡La *anchura* de la caridad! Dios, como Padre, abraza amorosamente á todas las criaturas racionales, salvo las que, por culpa suya, han incurrido en su definitiva maldición.

La caridad tiene igual extensión. En todas las criaturas racionales halla su razón de ser, ya que todas se refieren á Dios y son criadas para poseerle. En su caluroso abrazo, abarca á los hombres presentes, extiéndose á los pasados, que no conoció, y á los futuros, que aun no puede adivinar; las inteligencias del cielo, las almas del purgatorio y los hombres de este mundo; los amigos y los enemigos. Es un amor que se desborda, rompiendo todos los diques, y traspasa todas las fronteras levantadas por la naturaleza ó por el arte.

¡La *profundidad* de la caridad! Ella quiere para todos el mejor de los bienes y procura que sea lo más intenso posible, y lo compraría á cualquier precio y de cualquier modo. «Deseo, escribía San Pablo, ser anatema por mis hermanos» (1).

¡La *longitud* de la caridad! En Dios, que es eterna, sin principio ni fin, más larga que todos los tiempos: *caritate perpetua dilexi te*, «te he amado con amor eterno». La caridad dura toda la vida del hombre, y dura para todos, á pesar de la frialdad y la ingratitud, y se prolonga por los siglos de los siglos.

II. Entreguémonos á la admiración que este es-

(1) Rom. IX, 3.

pectáculo forzosamente nos inspira. Amar á nuestro prójimo con amor de caridad, ¡qué resolución tan sublime!, ¡qué objetivo se nos propone para su realización! Nada más grande, nada más levantado; no es posible concebir un empleo mejor de nuestra vida.

II. Dimensiones de esta caridad en María.—I. La caridad de María, tomada de Dios y referida á El como toda verdadera caridad, pero tomada más abundantemente y devuelta más cargada de frutos, extiéndese á todos los hombres, como á otros tantos hijos espiritualmente engendrados, y á todos los bienaventurados espíritus, sobre los cuales María reina como graciosa y amable Soberana. Caridad profunda, hasta hacer á María Reina de todos los mártires, ofreciendo por los hombres más que á sí misma, á su Hijo y á su Dios. Caridad de indefinida longitud, cuya trama no pudieron romper los verdugos, como ni tampoco los pecadores, que siempre, si quieren, hallan en ella un refugio. Testigo son de ello tantas espléndidas conversiones, debidas manifiestamente á la intervención de esta buena Madre.

II. En nuestras angustias y penas, no olvidemos que María nos ama, en el cielo, con un amor maternal que no puede desfallecer. Pero debemos disponernos para sentir los bienhechores efectos de esta caridad por medio de una humilde confianza.

III. Dimensiones de nuestra caridad.—I. Examinemos nuestro amor á los hombres y los límites estrechos en que tal vez lo hemos encerrado.

En su *altura*, ¿hemos abandonado acaso el principio y motivos divinos por razones secundarias y accesorias?

En su *longitud*, ¡qué de fronteras circunscriben tal vez nuestro amor: fronteras de patria, de lenguaje, de natural simpatía, de carácter ó de humor!

En su *profundidad*, ¡cuán mezquinos son nuestros dones, cuán avara nuestra parsimonia en disponer de nuestros bienes y de nosotros mismos! ¡Cuán barato hemos pretendido amar!

En su *longitud*, ¡cuán pronto, tal vez, quedó nuestro amor cansado de su aparente inutilidad, desconcertado por el aislamiento y derribado por la ingratitude!

No son éstos los caracteres de la verdadera caridad.

II. ¿Cuál puede y debe ser nuestro amor á los hombres?

El principio de nuestros actos es la inteligencia y la voluntad.

Es, pues, preciso purificarlos de todo obstáculo que pudiera oponerse á la caridad. Por consiguiente: *a)* Hay que desterrar de la inteligencia todo pensamiento severo, pesimista, orgulloso, celoso; y reemplazarlo por pensamientos indulgentes y humildes, hasta poner á los demás sobre nosotros mismos; *b)* Hay que desterrar de la voluntad todo sentimiento amargo, desesperado, para reemplazar el odio y la aversión por una confiada dulzura; *c)* Hay que desterrar de la conversación toda palabra que pueda herir á los hombres, apartarlos unos de otros, dividirlos: tengamos cuidado con las imprudencias; *d)* Hay que desterrar de nuestras acciones cuanto repugne, disguste, contraríe; hay que ser serviciales y diligentes, cediendo á los demás el primer lugar.

¡Qué plan!; mas también, ¡qué resultado en perspectiva! Emprendamos su ejecución punto por punto. Pero entendamos que no vamos á ser comprendidos ni

imitados por muchos hombres. Cierto es que no llegaríamos al término si, en lugar de tomar ejemplo de Jesús y María,uviésemos cuenta con lo que se piensa, se dice, ó se practica sobre la tierra.

COLOQUIO

Trabemos fervorosa conversación con la Reina del Amor hermoso, para que ella levante nuestros corazones á tanta sublimidad. *Ave María.*

**SÁBADO TREINTA.—La caridad de la Madre de Dios:
La caridad triunfadora del egoísmo**

Plan de la meditación.—Estudiemos el egoísmo para mejor vencerle y derribarle á ejemplo de María. Tres puntos: *Naturaleza y forma del egoísmo; Victoria de la Santísima Virgen sobre el egoísmo; Victoria que hemos de conseguir sobre él nosotros mismos.*

MEDITACIÓN

«*Omnes quae sua sunt quaerunt, non quae sunt Jesu Christi*» (Philip. II, 21).

Todos buscan sus intereses, no los de Jesucristo.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos al Señor en aquella hora, tan dolorosamente interesante, que siguió á la última cena. He aquí que promulga su mandamiento nuevo, el de amarnos en él mismo, con amor fraternal.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de extirpar de nuestra vida el egoísmo, imitando á Jesús y á María.

I. Naturaleza y forma del egoísmo.—I. 1. Debemos amarnos á nosotros mismos y no podemos ser egoístas. ¿Cómo estas dos proposiciones no son contrarias entre sí? ¿Qué amor nos obliga Dios á tener para con nosotros mismos? ¿Qué amor de nosotros mismos se reprueba con el nombre de egoísmo?

¿No lo notamos? El vicioso amor de sí mismo se manifiesta por cierta oposición que le pone en pugna con Dios y con los demás hombres. Según su grado, molesta ó contraría á la caridad, que une al hombre con Dios y á los hombres entre sí.

Venimos de Dios, y para Dios somos así nosotros mismos como todas nuestras cualidades. Debemos, pues, á Dios esa correspondencia de afecto que un hijo debe á su padre, del cual recibió la vida y cuya semejanza ostenta. Dios nos hizo nacer en el seno de la gran familia humana: debemos, pues, reconocer, además, y fomentar semejante fraternidad. El egoísta en el hogar doméstico, es el hijo que no reserva, en su corazón, lugar para su padre y sus hermanos; el egoísta en la casa de Dios ó en la familia humana, es el que se ama á sí mismo, separadamente de Dios y de los hombres; el que busca sus conveniencias y sus gustos, sin inquietarse por los otros.

Esta separación de Dios, esta exclusión de los demás, pueden ser más ó menos completas, según la intensidad del egoísmo. Mas ¿no se comprende que al lado de un egoísmo radical, absoluto, necesariamente impopular, que limitara todo su efecto á sí mismo, puede hallarse otro egoísmo más moderado y menos aparente, el cual no es otra cosa sino el amor exclusivo á un corto número? Egoísmo real, sin embargo, porque se encierra en límites más estrechos que los de la amabilidad. Tal es frecuentemente el amor que, con

el nombre de amor de familia ó de los amigos, opónese con frecuencia á la caridad. Mirémoslo más de cerca.

2. a) La caridad no desconoce ninguna de las *legítimas emociones* del hombre. Aunque puede conciliarse con un carácter seco y frío, y no infunde en los hombres de este temperamento una sensibilidad más viva, saca, sin embargo, de las pasiones puestas á su servicio, un auxiliar precioso y una perfección accidental. La apariencia menos jovial y menos calurosa de la caridad no radica en esta virtud, sino en aquel en quien reside. Mas el amor dictado por un motivo distinto de la caridad, contiene siempre cierto egoísmo: deséase el placer, por otra parte honesto, de una conversación interesante, como entre compañeros de un mismo humor; la dulzura de una comunicación hecha con abandono; la satisfacción ó el consuelo de verse objeto de elección ó preferencia. La caridad, por el contrario, sin hallar qué reprender en esta comunicación, conversación ó preferencia, no se detiene en nada de todo esto á fin de amar *gratuitamente* con toda su alma.

b) La caridad no desconoce los *lazos de proximidad*, porque observa el orden en nuestras relaciones legítimas; pero ama á cada uno tanto cuanto exigen las razones que tiene para amarle. Su extensión demárcanlo los muchos ó pocos motivos que solicitan su afecto. Así observa el incomunicable lazo que une á los hijos con los padres, al esposo con la esposa, dedicando especial benevolencia á los padres, á los hijos, al esposo, á la esposa. Atiende á la movable escala de las necesidades, y está pronta á inclinarse hacia otras nacientes indigencias. Une á los hombres, y por su medio los corazones de éstos laten al unísono, y siempre está dispuesta á acoger á un nuevo hermano animado de los mismos sentimientos.

La caridad comprende, pues, virtualmente todos los otros amores, pero rompe sus artificiales diques. Admite el sentimiento, pero sabe ser señora de él para olvidarse de sí, según la medida en que este olvido aprovecha al amor ó deja en libertad para amar; admite, pues, el sentimiento, pero sin egoísta exclusión; la materia y el brazo podrán faltar en el ejercicio de la caridad, pero el corazón, jamás.

II. Procuremos penetrarnos bien de estas ideas exactas, para no dejarnos seducir por ciertos amores menos nobles.

II. Exclusión del egoísmo en María.—I. María amó á su hijo más allá de cuanto puede fingir la imaginación. ¡Misterio de amor, pero al mismo tiempo misterio de generosidad! ¡Ved cómo supo su caridad apartar toda exclusión!

Ella ama, mas ¿por quién? Por Dios, bien persuadida de que, si tiene este Hijo es sólo porque Dios lo quiere.

Ni guardó á aquel Hijo para sí sola. Durante toda la vida pública del Salvador, privóse ella de su conversación, y ofrecióle por todos con tal ardor, que por ello mereció ser la Reina de los apóstoles.

II. ¡Cuánto deberíamos profundizar en esa caridad de nuestra Madre! Uniríanse entonces á nuestras felicitaciones, acciones de gracias y propósitos de generosidad.

III. Nuestra victoria sobre el egoísmo.—Estudie-mos con mucho cuidado las formas posibles de nuestro egoísmo:

1. En nuestros *afectos*, la amistad particular celosa de la competencia.
2. En nuestras *simpatías*, el amor limitado á un

país, á un Instituto, á una provincia, á una localidad.

3. En nuestras *obras* y en el *uso de nuestros bienes* ¿repartimos de buena gana nuestros recursos, el fruto de nuestros talentos?

4. En nuestra *manera de obrar el bien*, descartando ciertos modos posibles, por vanidad, por pereza, por amor propio lastimado.

II. Esforcémonos en comprender la gran ley de la caridad. «Cualquiera que haya recibido de la divina Bondad mayor abundancia, sea de bienes exteriores del cuerpo, sea de bienes del alma, los ha recibido con el objeto de que sirvan á su propia perfección, y juntamente, como ministro de la Providencia, para alivio de los demás (1).

COLOQUIO

En este coloquio, admiremos al Corazón de Jesús y la amplitud de sus sentimientos. Luego, pasando al corazón de nuestra Madre, gocémonos de ver en ella una perfecta imitadora de su Hijo. ¡Y nuestro corazón permanece aún tan estrecho! ¡Oh, Corazón de Jesús, por el corazón de vuestra Madre, haced mi corazón semejante al vuestro! *Ave María*.

SÁBADO TREINTA Y UNO.—La caridad de la Madre de Dios.—La caridad y las otras virtudes

Plan de la meditación.— El paralelo entre la caridad y las otras virtudes, completará nuestras consideraciones precedentes, y al acrecentar nuestra estima por la reina de las virtudes, nos manifestará la exce-

(1) Encíclica *Rerum novarum* sobre la condición de los obreros, 17 de Mayo de 1891.

lencia de todas las de María. Veremos sucesivamente cómo *la caridad corona todas las virtudes*; cómo *la inspira* y cómo *María, por consiguiente, las poseyó todas en grado eminente*.

MEDITACIÓN

«Nunc autem manent fides, spes, caritas, tria haec, major autem horum est caritas» (1.^a Cor. XIII, 13).

Ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad, grandes virtudes las tres; pero la mayor de ellas es la caridad.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos á la Santísima Virgen presentándose dulce y buena á su prima Isabel.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de que crezcan en nosotros estas virtudes, que la caridad corona é inspira.

I. La caridad corona de las virtudes.—I. 1. La excelencia de la caridad no consiste en una simple primacía de honor y de categoría. La caridad, complemento necesario de todas las virtudes, es como el remate que cubre todo el edificio y sin el cual, abierto á los vientos y á la lluvia, sería inhabitable.

¡Con qué términos tan expresivos inculca San Pablo esta necesidad! ¡Con qué imágenes trata de grabarla en nuestro espíritu! «Vana es la elocuencia de los hombres y aun la de los ángeles; vana toda ciencia y aun la profecía; vana la fe aunque fuese capaz de trasladar las montañas; vano el renunciar todos los bienes en los pobres; vano el martirio de un cuerpo

(1) 1.^a Cor. XIII, 13.

entregado á las llamas: si no tengo caridad, con todo esto, no soy nada; todo esto no me sirve de nada (1).

2. Después de haber pesado la fuerza de cada una de estas expresiones, tratemos de explicárnoslas. ¿De dónde viene esta indispensable necesidad de la caridad? De que somos hechos para Dios. Todo es, por consiguiente, inútil cuanto no va á parar á El. Ahora bien, en el orden actual del mundo, no hay más que un camino para llegar hasta Dios, el camino de la caridad. Desde que nos hizo la magnífica oferta de su amistad, ya no acepta El otros homenajes, otros presentes, ni otras ofrendas, que homenajes, presentes y ofrendas de amigos. Si la caridad está ausente, las santas energías de las demás virtudes no pueden conducirnos á Dios. Por la cumbre de la caridad, toca el hombre á la Bondad infinita.

Es cierto que aun el pecador es capaz de buenas obras, sobre las cuales Dios, por su misericordia que sobrepaja á la justicia, se digna dirigir una mirada compasiva; pero estas obras no pueden servir sino para implorar de Dios la restitución misma de la caridad, sin la cual no hay mérito alguno para la vida eterna. A la hora de la muerte se verá comprobada esta completa esterilidad, que el Apóstol pone de relieve en su carta á los fieles de Corinto.

II. ¡Qué compasión deberían inspirarnos la jactancia, las estrepitosas risas, las vanas pretensiones de los pecadores! Su alma está muerta, ¡Dios quiera que no lo esté jamás la nuestra!

II. La caridad inspiradora de las virtudes.—I.

1. Si Dios no se complace sino en la obra que perfecciona la caridad, todo acto generoso y bueno puede ser, no solamente referido á El, sino también cum-

plido por su amor. ¿No mira por ventura como hecho á El mismo el servicio prestado al menor de los suyos? (1)

La caridad puede así convertirse en inspiradora de todo pensamiento honesto, de toda palabra correcta, de toda acción laudable; puede cubrir con su oro puro todas las ofrendas que destinamos á Dios.

El Señor mismo confirma esta doctrina al reducir todos los mandamientos al amor de Dios y del prójimo. Si todo es algún modo de amar á Dios, todo puede hacerse por amor de Dios.

2. Muy útil es, por otra parte, que el recuerdo de la caridad acompañe el ejercicio mismo de las virtudes, y que la intención de la caridad las ennoblezca: así serán todas verdaderas y de buenos quilates. ¿No hay acaso una falsa bondad, que se hace cómplice del mal, y que no es más que flaqueza y cobardía? ¿Y no hay también un celo exagerado y mal entendido, que no puede llevar ningún fruto? El Apóstol parece fijar su vista en estos excesos cuando celebra el proceder propio de la caridad, «paciente, benigna, alejada de la envidia, de la presunción y de la vana complacencia, desprovista de ambición y miras interesadas; que nada encona, ni nada interpreta mal; que no se alegra de lo malo, sino que participa del gozo de la verdad» (2).

¿Cómo no pensar aquí en ciertos celadores de las buenas causas, llenos de hiel y de amargura, que exageran las culpas, y empujan hasta el extremo de la desesperación á los que aún podían convertirse? ¿Es la causa de Dios la que así les excita? ¿No se dejan llevar en el fondo de algún rencor, no alimentan alguna ambición, no acarician algún interés? No son éstos los

(1) Matth. XXV, 4-6.

(2) 1.^a Cor. XIII, 4-6.

Macabeos que Dios escoge para salvación de su pueblo. Se exponen á dañar, aun cuando defiendan la verdad.

II. 1. Procuremos que, en nuestras acciones, dominen motivos del amor.

2. Vigilemos para que nuestro celo sea siempre dictado por una muy pura intención y constantemente acompañado de una bondad prudente y sufrida.

III. **María y las otras virtudes.**—I. Las relaciones de la caridad con las demás virtudes nos permiten deducir, sin ningún género de duda, de la caridad de la Virgen, todas sus virtudes. La vida de María nos es en su mayor parte desconocida, y aun podía el Evangelista pasar en silencio los pocos rasgos de fe, de constancia, de piedad que de ella nos cuenta, pues bastábanos saber que el alma de María ardía en santo amor, para reconocer luego, que reflejaba la belleza de todas las virtudes.

II. Después de reflexionar atentamente en la verdad de esta inducción, saquemos la consecuencia práctica de que el medio más corto, y más suave al mismo tiempo, para adquirir todas las virtudes, es acostumbrarnos á obrar con espíritu de amor, y á fundarlo todo en la ley de la caridad, según la palabra de SAN AGUSTÍN: «El amor quita la pena ó nos hace amarla»; *Ubi amatur non laboratur, aut et labor amatur* (1).

COLOQUIO

Hagamos el coloquio á los pies de la Reina de los cielos. Contemplémosla adornada de magnífica vesti-

(1) *De bono viduitatis* c. 21 (M., P. L., t. 40, col. 448). La misma idea se halla expresada en su sermón 70, c. 3 (M., P. L., t. 38, col. 444). SAN BERNARDO dice igualmente: «Ubi autem amor, labor non est, sed sapor», Donde hay amor no hay trabajo sino gusto. *Sermón 85 in Cantica* n. 8. (M., P. L., t. 183, col. 1193).

dura, cubierta de pedrería y de los más variados ornamentos, símbolos de sus virtudes. Pidamos que nuestra caridad participe de la suya tan excelente. *Regina caeli laetare!* «¡Reina del cielo, alégrate!»

SÁBADO TREINTA Y DOS.—La humildad de la Madre de Dios.—Hermosura de esta humildad

Plan de la meditación. — Esta meditación está destinada á darnos á conocer mejor la hermosura y la grandeza de la verdadera humildad, virtud cristiana y fundamento de la vida espiritual. Veremos sucesivamente la *naturaleza y los caracteres de la humildad, la admirable humildad de la Madre de Dios, y los medios que tenemos de imitar á María.*

MEDITACIÓN

«*Discite a me, quia mitis sum et humilis corde*»
(Matth. XI, 29).

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á María en la humilde casita de Nazaret, en el momento en que acepta el ser Madre de Dios.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de penetrarnos de estima y admiración por tan hermosa virtud, á fin de parecernos más á nuestra admirable Madre celestial.

I. Naturaleza y caracteres de la humildad.—I.

1. La humildad, virtud de la voluntad libre, modera, según los designios de la Providencia, el deseo de nuestra propia exaltación. Esta breve definición nos muestra ya cuán preciosa sea esta virtud.

Reside en el apetito superior, que no puede hallar su regla sino en Dios, y se inspira en una perfecta sumisión al mismo Dios y á los planes de su Providencia. Si somos humildes, aceptamos los talentos y las circunstancias como cosas venidas de la mano de Dios, y ocupamos contentos el lugar que de ahí resulta para nosotros.

Nada grande repugna á la humildad. Pero, según fuere más ó menos perfecta, desprecia ó á lo menos templa la sed de grandezas humanas, rehusando trabajar para su propia elevación contra la voluntad de Dios, por medios sospechosos ó con ansiosa inquietud.

2. ¿No es esto *justo*? ¿Cómo negar á la voluntad divina el derecho de regir, como soberana, todas las cosas, y de señalarnos nuestro lugar en la jerarquía de los seres?

¿No es esto *noble*? El humilde es *magnánimo*. Magnánimo subordinando su propia elevación al bien universal; magnánimo dominando la pasión más poderosa que en nosotros existe; magnánimo reconociendo sin rodeos el talento y el mérito de los demás. Magnánimo siempre por sus procedimientos, esenciales á la humildad, lo es también mucho más por las grandes cosas que sabe emprender y realizar. Desprecia los medios pequeños de éxito; el deber le halla incorruptible; ningún miedo, hijo del amor propio, le hace retroceder ante un partido generoso ó elevado. Jamás preferirá las acciones ruidosas á las útiles y buenas.

¿No es esto *cristiano*? Este rasgo debe concluir de ganar los corazones á la humildad. Es una virtud cristiana. Especulativamente la razón aprueba la humildad; prácticamente no sería capaz de hacerla arraigar en nuestra conducta. Para ser capaz de practicarla, hay que haberse acercado á Dios, como puede hacerlo

un cristiano; hay que reconocer, como él, en la voluntad divina una voluntad paternal. El ejemplo mismo de un Hombre-Dios no es excesivo para inducir al sacrificio de una tan vehemente propensión, cual es la que nos empuja hacia el brillo y los honores.

II. Para seguir, durante toda nuestra vida, la gloriosa enseña de tan hermosa virtud, esforcémonos en gustar sus atractivos.

II. Admirable humildad de la Madre de Dios.—I. La Virgen es humilde siempre y en todas partes. Eslo antes y después de su maternidad. Es humilde ante Isabel, ante José y en toda su vida privada; lo es en la vida pública del Salvador, eclipsándose de buena gana mientras El predica el reino de Dios. Sólo se reserva el derecho de reaparecer para compartir con El la suprema deshonra de la cruz. Y esta humildad persevera aún después que Jesús entró en la gloria.

Mas, contemplemos el magnífico espectáculo de esta humildad en el misterio de la Anunciación. Antes de la angélica embajada, no la agita preocupación alguna de propia grandeza; ni siquiera sospecha poder verse objeto de la elección de Dios. La venida del celestial mensajero no produce en ella el menor movimiento de vanidad. Sobrecogida de asombro por la inaudita proposición que se le ha hecho, no es arrastrada por ninguna pasión á paso alguno irreflexivo; sino que la acepta por someterse á Dios: cuando se la alaba y felicita, da gloria á Dios. Humildad es ésta tanto más admirable, cuanto que se trata de una dignidad más eminente, para la que se le exige una resolución repentina y sin demora, y cuanto que el elogio viene de lo alto.

II. ¿Nos maravillaremos, después de esto, de que la humildad de la Virgen Santísima haya arrebatado á

los Santos Padres, y que hayan éstos reconocido, en su inmenso abatimiento propio, la preparación para su glorificación suprema? Tratemos de participar de su entusiasmo por nuestra Madre.

III. La adquisición de la humildad.—I. La plena posesión de un tesoro, como la verdadera humildad, supone continuos y prolongados esfuerzos, llevados á cabo bajo la influencia de la gracia. Pero nada debe parecernos costoso por adquirirla.

Por otra parte, podemos sacar partido de todo; nuestra misma miseria y nuestros tropiezos nos prestan preciosos recursos. En efecto, trátase de persuadirnos íntimamente de la hermosura y necesidad de la humildad. ¿De dónde sacar esta persuasión? La consideración de la misma virtud, de sus caracteres, del papel que desempeña, será sin duda muy útil; pero el argumento resulta sin réplica, si lo confirmamos con el recuerdo de lo poco que somos y, sobre todo, de las faltas que hemos cometido. Aquí es donde se muestra, si es lícito decirlo así, la virtud santificante que reconocía SAN IGNACIO en los errores pasados (1). Su memoria nos hará poco exigentes, y muy dóciles al gobierno de Dios. ¡Cuán dulce nos parecerá el yugo del Señor; cuán ligeras las penas de esta vida, si pensamos en los tormentos, que las pruebas presentes substituyen, y en la irreparable desdicha de que nos libra la divina ley! (2)

II. Veamos sinceramente si nos hemos aprovechado de las facilidades que teníamos para llegar á ser humildes. ¡Cuánto deberíamos avergonzarnos si

(1) DE FRANCIOSI, *L'esprit de St. Ignace*, XIX.

(2) Vide SAN BERNARDO, 4.^o Sermón sobre el Salmo: *Qui habitat*, n. 4 (M., P. L., t. 183, col. 192).

hallásemos que á nuestras múltiples prevaricaciones, añadimos todavía un humor melancólico é inacabables quejas!

COLOQUIO

Pidamos perdón de lo incorregiblemente obstinados que permanecemos en nuestra vanidad ó soberbia. Y, llenos de admiración por la humilde Madre de Dios, supliquémosla acepte nuestro propósito de hacernos verdaderamente humildes, y que se digne enseñarnos el secreto de una virtud tan hermosa y tan fecunda.
Ave María.

SÁBADO TREINTA Y TRES.—La humildad de la Madre de Dios.—Admirables efectos de esta humildad

Plan de la meditación.—Contemplaremos, en esta meditación, tres admirables resultados á que conduce la humildad: *nos funda en la verdad, en la gracia y virtud, en la paz y la dicha.*

MEDITACIÓN

«*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*» (Jac. IV, 8).

Dios resiste á los soberbios, pero á los humildes da gracia.

1.^{ER} PRELUDIO. Consideremos á la Santísima Virgen ante Isabel, su prima, á la cual saluda ella primero. A las magníficas alabanzas de Isabel, responde María exclamando: «Glorifica mi alma al Señor... Dignóse mirar á la humildad de su esclava, etc.»

2.^º PRELUDIO Pidamos la gracia de comprender

bien los frutos de la humildad, para admirarlos en nuestra Madre y trabajar por adquirirlos nosotros mismos.

I. La humildad y la verdad.—I. 1. Seamos sinceros con nosotros mismos. ¿Nuestras relaciones con los prójimos están exentas de fraudes y de engaños? ¿Al poner sencillamente los ojos en nuestra conducta, no tenemos que avergonzarnos como bajo una acusación de mentira? Hemos dejado decir, en elogio nuestro, lo que era falso; hemos aceptado cumplimientos inmerecidos; hemos opuesto excusas y quejas á justos reproches; hemos alterado la verdad para hacer más interesantes nuestros relatos, ó hacernos atribuir una influencia, un papel más considerable, quizás para denigrar á nuestros rivales. ¿Por qué dejamos *destruir* una virtud tan noble como la veracidad? Por jactancia, por vanidad, por orgullo.

2. El don de ser franco y completamente veraz, es propio del humilde. La humildad excluye de la inteligencia el error sobre nosotros mismos, sobre nuestros talentos y nuestro mérito; de la voluntad, alejando la excesiva complacencia en nosotros mismos: pone en nuestros labios palabras leales, desnudas de todo disfraz; destierra de nuestros actos las pretensiones y la ostentación.

3. Ved cómo María nada oculta de cuanto puede ser obstáculo á su elevación. Confiesa ante el ángel aquel voto de virginidad, que parece incompatible con la proposición que se le hace. Esta conducta es imposible, si se busca la propia elevación, si no se subordinan todos los deseos al plan de la Providencia.

II. ¡Cuán precioso es este fruto de la sinceridad! ¡Qué hermoso es ser siempre verídico! No puede uno rehusar su estimación á la perfecta rectitud y lealtad;

al contrario, sobre el que se adorna con méritos ajenos caen el ridículo y el desprecio. Y no olvidemos que de nada le servirá al soberbio y al vanidoso el haber acertado á ocultarse acá abajo con apariencias contrarias; que su falso juego, patente siempre ante Dios y sus escogidos, será descubierto en el juicio final á los ojos del universo entero.

La humildad, de tal manera está en la verdad de nuestra situación, que el orgulloso es detestado, el vanidoso cae en ridículo, y la popularidad vincúlase invenciblemente al hombre que junta, al mérito, la humildad y la modestia.

II. La humildad y la gracia con las virtudes. —

I. 1. *Dios da su gracia á los humildes.* ¿Por qué? Porque el humilde le tributará esa gloria, que es el fin de toda obra de Dios, mientras que el orgulloso abusaría de las divinas gracias.

2. Sin humildad, parece toda virtud, ya que el alma de la virtud es la intención recta, y el soberbio no la tiene sino torcida. La virtud no se ejercita sin el auxilio divino; la fuerza de lo alto deja de elevar un acto viciado en su principio (1), y así substráese el divino socorro á quien deja de ser humilde.

3. Al contrario, la humildad allana el camino de toda virtud. El humilde, favorecido con más abundante gracia, profesa una sumisión á Dios que facilita sumamente la fe; haciéndose superior á los temores de un mal resultado, y lejos, sin embargo, de una temeraria presunción, despliega una actividad llena de fortaleza; es desinteresado, sin apasionarse por el cuidado de los

(1) Le suponemos enteramente viciado, porque algo de vanidad se mezcla fácilmente con miras honestas, sin deformar el acto todo entero.

hombres; á la docilidad que él muestra á Dios, corresponde una docilidad cada vez mayor de las pasiones al imperio de la razón; el humilde es casto como sin esfuerzo, y ¿cómo siendo superior á las intrigas y celosas rivalidades, no ha de cumplir el gran mandamiento de amar á los hombres? ¿No es, por otra parte, todo acto bueno una forma de la sumisión á Dios que busca la humildad?

II. Admiremos, en María, estos efectos de la humildad. *La gracia de la maternidad* síguese á su humilde aquiescencia á la palabra divina. Así lo enseñan los Santos Padres: jamás hubiese escogido Dios una mujer menos humilde que María. ¡Cuán verdadera *fortaleza* hay en la tranquilidad con que delibera sobre el gran designio, para el cual le pide el ángel su consentimiento! Sólo una extraordinaria humildad podía, en aquel momento, preservarla de toda agitación. La humildad protege su pudor, dictale una conducta llena de *suave reserva*; á haber sido menos humilde, á las primeras indicaciones del ángel hubiese dicho interiormente adiós á su *perfecta castidad*. Y toda la *cari- dad* que demuestra á su prima, se explica igualmente por su profunda humildad.

III. La humildad y la paz junto con la dicha.—

I. Mientras nuestra vista puede seguir á María en su vida íntima, vémosla ejecutar simplemente todas las cosas, dichosa, contenta de su estado, de su amado Hijo, de cuantos la rodean. Todas sus pruebas vienen endulzadas por un sentimiento de calma y de paz.

II. La humildad suprime evidentemente, durante el esfuerzo, la inquieta agitación, y el decaimiento después del mal éxito. ¿Por qué ha de andar inquieto y abatido el que no ha obrado sino por Dios y acepta

gustoso todas las disposiciones de la Providencia? La paz reina en el alma de los humildes, como un goce anticipado de aquella paz deliciosa que se disfruta en el cielo. Allí mismo, en la desigualdad de la gloria y de la recompensa ¿cuál es el secreto del inefable contento de todos? La caridad, hecha posible por una perfecta humildad; la amorosa sumisión que los elegidos tienen á Dios, su Padre.

III. Enajenados por los encantos de esta virtud, ávidos de paz y tranquilidad, entreguémonos á la práctica asidua de la humildad. No escuchemos ya las pérfidas voces contrarias.

COLOQUIO

Consideremos, en el coloquio, que el Señor dió la humildad como señal distintiva de su carácter. «Tomadme como maestro, porque soy manso y humilde de corazón» (1). ¡Cuán supremo honor concede á esta virtud! La humildad es también nota característica de María. ¿Por qué no lo ha de ser nuestra? Conversemos en este sentido con Jesús y María, y pidamos con instancia el inestimable favor de una profunda humildad. *Ave María.*

SÁBADO TREINTA Y CUATRO.—La prudencia de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Para adquirir una noción exacta de esta virtud, cuya influencia rige toda nuestra vida espiritual, consideraremos simplemente *la verdadera naturaleza de la prudencia, la intención,*

(1) Matth. XI, 29. Cfr. Philip. II, 5-9.

que es su alma, y *sus admirables efectos*. Las consideraciones de cada punto irán confirmadas con el ejemplo de la Madre de Dios.

MEDITACIÓN

«Principium sapientiae timor Domini, et scientia sanctorum prudentia» (Prov. IX, 10).

El temor de Dios es principio de la sabiduría y la ciencia de los santos es la prudencia.

1.^{ER} PRELUDIO. La entrevista con el ángel San Gabriel, en que resplandece la asombrosa humildad de Marfa, hace resaltar asimismo la perfección de su prudencia. Representémonos, pues, el aposento donde pasa el misterio de la Anunciación.

2.^O PRELUDIO. Pidamos á Dios se digne comunicarnos abundantemente una virtud tan necesaria como la prudencia.

1. Verdadera noción de la prudencia. — I. 1. Condecórase frecuentemente con el nombre de prudencia, el talento práctico de llegar á un fin bueno, indiferente y aun malo. Pasa por prudente el hombre que sabe cuidar de su salud, sus intereses, su popularidad. En este sentido no es sino cierta habilidad: un arte, que pueden poseer así los malos como los buenos. ¿No dijo por ventura el Señor, que en el manejo de sus negocios, los hijos de este siglo aventajan en prudencia á los hijos de la luz? (1)

2. Para describir en pocas palabras la virtud de la prudencia, la definimos: una virtud del entendimiento que, bajo la influencia de una voluntad recta,

(1) Luc. XVI, 8.

nos hace buscar constantemente, y preferir y adoptar en la práctica, el partido de la virtud. Supone, pues, buena disposición en la voluntad. Bajo el impulso de ésta, el espíritu delibera sobre las acciones que hay que ejecutar ú omitir; determina á obrar bien, é impera la buena acción ó la omisión meritoria. Como se ve, la virtud de la prudencia es la aliada de la buena intención, á la cual guía en la elección de todo bien. La prudencia, que no es más que una habilidad, puede servirle de muy útil instrumento.

3. ¡Cuánto se aprecia esta habilidad! ¿Y qué es, sin embargo, comparada con la virtud? Aquélla prolonga por unos días una vida perecedera, ésta hace vivir eternamente; aquélla da algunas bocanadas de incienso, que luego se disipa; enseña á gobernar súbditos, que luego se confunden con su rey en un mismo polvo: la virtud hace gozar de eternos honores, comunica una dicha sin fin á las pasiones que ha sujetado á sí, y prepara una definitiva preponderancia para el día en que los hombres salgan del sepulcro.

¡Cómo se burla Dios de los consejos humanos! ¡Cuántos de esos hábiles, tan entendidos en los negocios temporales, están en camino de fracasar en los negocios eternos, expuestos á exclamar un día, bajo el golpe de la más amarga de las desilusiones: «Mirad á aquellos que hacíamos blanco de nuestras burlas y poníamos como ejemplo de necia simplicidad. Su vida parecíanos locura y su muerte deshonorada. ¡Insensatos de nosotros! Ellos son ahora contados entre los hijos de Dios y su herencia es con los santos. ¡Ah, nos hemos engañado! (1) ¡Consoladora esperanza para los que participan del don precioso de los escogidos! Use-

(1) Sap. V, 3-5:

mos bien, sin embargo, de la prudencia natural: este buen uso forma parte de nuestros deberes.

II. Consideremos el ejemplo de la Santísima Virgen. Ni en su voto de virginidad, ni en la objeción que al ángel propuso, ni en el sacrificio de su Hijo, ni en el perdón que otorgó á los verdugos, escuchó la voz del mundo y de la carne; mas, haciéndose superior á todos sus consejos, siguió valerosamente los que le dictaba el amor divino.

Notemos la hermosura de esta prudencia. ¿No es el remate de una serie de victorias sobre los enemigos domésticos, á los cuales sucumben la mayor parte de los hombres?

III. Reflexionando sobre nosotros mismos, pensemos cuán fácilmente admitimos algún principio inspirador de nuestros actos, distinto del de la virtud. ¿Qué es nuestra *oración* cuando algunos negocios nos asaltan? ¿Qué viene á ser nuestra *caridad* en presencia de alguna leve afrenta? ¿En qué se trueca nuestro *celo* cuando hemos sufrido alguna contradicción ó algún fracaso?

Humillémonos y tomemos saludables resoluciones.

II. La intención, que es el alma de la prudencia.—I. Por la gracia de Dios, muchos que debemos tal vez desesperar de obtener nunca la prudencia humana y temporal, podemos muy bien llegar á una prudencia consumada. En vano es que deseemos la salud, la fortuna, la popularidad; si nos faltan elementos para ello, la buena intención no los suplirá, como no llenará tampoco las lagunas de nuestra inteligencia y de nuestro juicio.

Mas, por admirable disposición de la Providencia, la prudencia sobrenatural, de tal modo está vinculada

á la buena intención, que ésta asegura á aquélla. No hay impotencia intelectual que valga. El error, que compromete los efectos exteriores, no podrá empañar la belleza moral de un acto inspirado en una intención recta.

Esta reflexión al alcance de todos, mas, profundamente verdadera, es muy apta para calmar los celos y prevenir las quejas. ¡Cuántas almas sencillas estarán por encima de muchos tenidos por hábiles acá abajo!

II. La buena intención no es solamente garantía de la prudencia, sino que acrecienta su precio, á medida que ella es mejor. Recorramos las cualidades requeridas.

1. La intención debe ser *firme*, para no ser conmovida por las voces contrarias de dentro ó de fuera. Sin esta firmeza, la prudencia no podría ser constante.

2. La intención debe ser *pura*. Si se mezcla con miras bajas, vicia igualmente la elección de la cual es principio. Se engañará uno ó será precipitado; la acción revelará este engaño, de que se es á la vez actor y víctima.

3. Cuanto más elevada es la intención, más segura es la prudencia. Hermosa es la intención de obrar el bien; más hermosa la de hacer lo mejor; absolutamente hermosa la de obrar lo perfecto.

Esto nos enseña cuánto nos importa adquirir una voluntad *fuerte* y ser enteramente sinceros con nosotros mismos. Esta fortaleza y sinceridad, no sólo nos darán constancia y pureza, sino que levantarán nuestra intención, pues á nadie gusta decidirse por lo que claramente conoce como menos bueno; y nos inspirarán, también más valor para apuntar alto; la falta de valor explica lo rara que es la verdadera santidad.

III. 1. La intención de la Santísima Virgen está contenida en su *Ecce ancilla Domini*, y *Humilitatem ancillae suae* (1). Aquí leemos la intención de servir á Dios en todas las cosas y regirse constantemente por la voluntad divina. Esta es la más alta de las intenciones. Nada hay bueno, sino en cuanto lo quiere ó aprueba Dios. Buscar, pues, la voluntad de Dios por sí misma, es lo más sublime; es la intención que más estrechamente une á la criatura con el Criador.

2. A ejemplo de María, entreguémonos á ser esclavos de la voluntad divina y á amarla como hijos del mismo Dios, con quien está identificada.

III. Admirables efectos de la prudencia.—I. 1.

No se nos puede ocultar el general y magnífico oficio de la prudencia. En todos los órdenes de cosas, ella nos determina á escoger lo que es moralmente bueno; y cuando esta virtud llega á su colmo, su más delicioso fruto es inducirnos á abrazar siempre lo mejor. Su tendencia es, pues, hacer al hombre tan santo como Dios quiere que sea.

2. Meditemos el valor de esta bondad. ¿Qué cosa hay más rara que una realidad confundándose con el ideal? ¿Cuán mal responde la estatua á la idea del artista! ¿Cuán mal traduce la pluma el ideal del escritor! ¿Y qué ideal más grande que el de nuestra santidad, tal cual se halla en la mente divina? Acercarse á este ideal ¿no es cuanto puede haber de más apreciable? No ahorremos ningún sacrificio para adquirir la prudencia.

II. En María, obtiene esta prudencia su efecto completo. Sólo ella, entre los hombres, realizó el ideal de su santidad. Colocada por la primera gracia divina

(1) He aquí la esclava del Señor. La humildad de su esclava.

sobre las más altas cumbres, levantó allí el edificio espiritual de su perfección, tan grande y tan hermoso, como Dios mismo lo había planeado. Entre la invitación divina y la correspondencia de sus actos, no dejó María el menor resquicio. He aquí ya la primera plenitud de gracia, que consiste en la ausencia de toda imperfección. ¡Cuán incomparable Madre nos ha dado Dios!

Ofrezcamos á María nuestras felicitaciones. Concebamos de ella una estima cada día mayor. Y no *temamos* nosotros mismos corresponder á la gracia de lo alto. ¿Temor de ser solicitados por Dios? ¿Temor de vivir como santos? ¡Lejos de nosotros semejante cobardía! ¡Lejos también de nosotros las miserables y dañosas disimulaciones!

COLOQUIO

A los pies de María, y con su auxilio, comencemos este coloquio por una deliberación. Recordemos todas las consideraciones hechas sobre la prudencia, su naturaleza, sus condiciones, sus efectos. ¿No hay motivo para tomar una decisión capital en nuestra vida: la de aplicarnos á ser santos cuanto Dios lo quiera?

¿Qué nos ha faltado para ello?

¿Por qué causa?

Fijemos nuestro plan. Roguemos á María lo bendiga. *Virgo prudentissima, ora pro nobis*, «Virgen prudentísima, ruega por nosotros».

SÁBADO TREINTA Y CINCO.—La religión de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—¡Ojalá que esta meditación nos inspire un santo afán por defender los derechos de

Dios, un vivo anhelo de reivindicar estos derechos! Examinaremos en tres puntos sucesivos, *la virtud de la religión, sus acentos, sus actos.*

MEDITACIÓN

«Reddite ergo quae sunt Caesaris, Caesari, et quae sunt Dei, Deo» (Matth. XXII, 21).

Dad pues al César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Consideremos á María, orando en el templo de Jerusalén.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con fervor á Dios estar santamente penetrados de cuanto le debemos, y santamente deseosos de tributarle honor y gloria.

I. La virtud de la religión.—I. La religión es el sentimiento de los derechos de Dios sobre nosotros, y la propensión á satisfacerlos. Esta sed de llenar exactamente nuestros deberes para con Dios, hace de la religión una especie de justicia; la eminencia de los derechos de Dios, hacen de ella la más noble de las justicias y, después de las virtudes teologales, la primera entre las virtudes de la voluntad. Ella inclina á esta potencia á pagar á Dios lo que á Dios pertenece, según la hermosa palabra del Señor, citada en el encabezamiento de este ejercicio.

Mas ¡ay! ¡cuán desconocida es hoy esta virtud! Alábanse los hombres de ser honrados en sus relaciones con los demás; predícase la justicia, hasta querer eliminar la caridad; pero se olvida y aun abiertamente se desprecia la justicia para con Dios. En más de un país es ya cosa resuelta el no rogar á Dios en adelante de un modo oficial, y negarle todo público homenaje;

evítase aún el pronunciar su nombre: se llega hasta hacer ostentación de positivo ateísmo.

II. ¡Cuán íntimamente penetrada estaba María de los derechos de Dios, y cuán ávida de satisfacer á todos! Mas ¿cómo leer, en el fondo de su alma, el ardor de sus sentimientos? No podemos juzgar de ellos sino por ciertas expansiones: su profesión de estarle enteramente sumisa, en el *Ecce ancilla Domini*, y su entusiasmo en el *Magnificat*.

III. Deseosos de imitar á nuestra Madre, concibamos un vivo sentimiento de los derechos de Dios.

Luego, al ver la triste apostasía de los gobiernos, sintamos interiormente algo de aquel celo, que hacía intolerable al padre de los Macabeos (1) el espectáculo de un israelita yendo á ofrecer incienso á un ídolo. Tomemos santamente por nuestra cuenta la causa de Dios. Defendámosla hasta para con El mismo, manifestándole nuestro deseo ardiente de ver más respetados sus derechos. «Si se ama á Nuestro Señor Jesucristo de todo corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, no se sufre el verle injuriado ó despreciado (2).

Neguémonos á honrar y reconocer esa justicia mutilada, que viola los títulos más imprescriptibles. Protestemos contra esa parcial honradez, contagiada con un orgulloso olvido de la esencial dependencia de la criatura.

II. Los acentos de la religión.—I. El afecto por los derechos de Dios, tradúcese como naturalmente por la adoración, la gratitud, la confianza y la súplica. Se

(1) 1.^o Machab. II, 23, etc.

(2) S. BERNARDO, *Sermón 44 in Cant.* n. 8 (M., P. L., tomo 183, col. 998).

adora á una Majestad infinita, y no se adora más que á Ella; se dan gracias á un supremo Bienhechor; confíase en una Providencia paternal; se ruega á una infinita Liberalidad, á la cual se pide nos ayude y enriquezca; y puesto que hemos pecado, se implora gracia y misericordia. Hállanse estas expresiones en las plegarias perfectas, cuales son las que la Iglesia pone en boca de sus sacerdotes. En ellas, el alma se allega á Dios por un homenaje de entera sumisión; alábale por una gracia ó beneficio; formula sus deseos; apoya su confianza en el recuerdo de otra bondad ó de otra persona favorecida, y este recuerdo parece justificar un nuevo favor. Por otra parte, en sus oraciones, la Iglesia lo espera todo por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo: y ¡cuántas veces no nos hace implorar perdón y misericordia!

Por lo demás, estas expresiones mutuamente se llaman una á otra, como también los sentimientos de que son eco. Adorar, dar gracias, recordar beneficios recibidos, es excitar la confianza, es impedir la impaciencia, la murmuración, el decaimiento de ánimo, que entibia y casi anula nuestra oración. Y una plegaria así formulada, nos alcanza favores que, á su vez, acrecientan la confianza y provocan nuevas adoraciones y nuevos hacimientos de gracias.

II. ¿Podemos dudar de que todos estos sentimientos se hallaban en la oración de María? El Evangelio nos muestra á Jesús, subiendo á los montes y pasando la noche en oración, redoblando sus súplicas, mientras que un sudor de sangre regaba el suelo del huerto de las olivas. ¿Y no es por ventura María la más perfecta imitadora de Jesús? ¿No fué la voz de María la que trajo al mundo el Redentor? ¿y no fué hecho á petición suya el milagro de trocarse el agua en vino? ¿No con-

tribuyó mucho su oración á la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles? (1)

III. Es más fácil indignarse contra los impíos, que cumplir nosotros mismos los deberes de la verdadera piedad. Entendamos, á lo menos, que entre estos deberes se halla el de orar *bien*. ¡Cuántas cosas dice esta palabra, y cuántos errores y faltas, tal vez, nos recuerda! El error principal consiste en cierta precipitación, ganosa más bien de decir muchas oraciones, que no de rezar pocas pero pausadamente. Las faltas más frecuentes son debidas á la disipación y al desorden. Hay negligencia en recogerse un instante antes de orar; en fijar la atención en Dios, á quien nos acercamos, y en considerar atentamente la suma trascendencia del acto que acometemos, gracias á lo cual las oraciones se rezan en circunstancias de lugar y tiempo, que obstan á la atención (2). Corrijamos semejantes errores, lamentemos estas negligencias, sin olvidar, por lo demás, que las distracciones involuntarias no deben acobardarnos; pues no impiden que nuestras plegarias se eleven hasta un Dios, que lee los deseos de nuestros corazones y tiene sobre todo en cuenta la buena intención.

Obliguémonos á ofrecer cada día alguna oración especial; y en todas las súplicas en que nos dirigimos á Dios, agradezcamos, supliquemos, pidamos misericordia.

(1) Enciclica *Divinum ilud*, al fin.

(2) Hablamos de las oraciones que permiten y aun exigen las obligaciones de nuestro estado, y que se rezan en los momentos destinados á los deberes religiosos. Muy distinto es el caso de las oraciones de supererogación, que uno procura rezar, aun en medio de sus ocupaciones. A pesar de las imperfecciones, estas no van viciadas con ninguna irreverencia, porque entonces es tiempo de trabajo y no de oración, y Dios reconoce allí un deseo de levantar á El nuestro corazón, no una negligencia en honrarle en el tiempo requerido.

III. Actos de la virtud de la religión.—I. La religión inspira varios actos. Además del homenaje verbal de la adoración, de la alabanza y de la oración, toma la forma de consagración, de voto, de juramento; santifica los días festivos y, sobre todo, sacrifica. El sacrificio manifiesta, por sí mismo, todos los derechos de Dios y toda la sumisión ó reconocimiento del hombre. Es el compendio de la religión.

II. Jesucristo, en el Calvario, es el gran sacrificador. Pero después de Él, está María, ratificando como Madre la ofrenda del gran sacerdote, que es Hijo suyo. Además, siguiendo las huellas del Señor, confórmase exactamente con todas las prescripciones de la ley tocantes al culto de Dios, añadiendo á ellas el homenaje espontáneo de todos sus días.

III. Nuestra religión debe comprender, asimismo, la participación en la ofrenda del sacrificio de la ley nueva, la observancia de todas las prescripciones positivas y la añadidura de actos espontáneos y facultativos.

1. El *sacrificio de la cruz* sigue ofreciéndose en la Iglesia; es la santa misa. Lo ofrece el mismo Gran Sacerdote, Jesucristo; pero con la intervención de un ministro delegado, el celebrante, y en nombre de todo el pueblo cristiano. Conociendo esta parte que en el sacrificio tenemos, unámonos expresamente al sacerdote, para confirmar la oblación de Jesucristo á su Padre. Gustemos de repetir á Dios que, incapaces de ofrecerle nada digno de Él, nos gozamos en poder presentarle la infinita humillación de su Hijo único, como acción de gracias y como adoración, con espíritu de propiciación y de intercesión confiada.

2. Para compensar esta disminución de respeto, que no podemos menos de experimentar con dolor, pon-

gamos todo el cuidado posible en *obedecer bien á la Iglesia*, en todos sus mandamientos, especialmente en los que tocan al culto de Dios; y no procuremos substraernos á ellos, ni admitamos fácilmente para nosotros mismos, excusas ó dispensas de la santa misa ó del rezo. Conformémonos religiosamente con las indicaciones, aun accesorias, tocantes al tiempo y modo de cumplir las acciones presentes. Este era el espíritu de los santos, que, por esta escrupulosa fidelidad, manifestaban su perfecta humildad y su deseo de servir á Dios. Se complacían en molestarse por Dios. Esforcémonos en fomentar estas disposiciones á nuestro alrededor, sobre todo mediante la educación de la infancia y juventud.

3. Los *actos libres de devoción*, según las diversas formas sugeridas por las circunstancias, deben completar la práctica de la virtud de la religión. Son aquellas espirituales inmolaciones, que todo cristiano está llamado á ofrecer, según el apóstol San Pedro (1); las cuales, tanto más se acercan á la hermosura del sacrificio, cuanto es su causa más santa, y afectan á una parte más principal de nuestra vida ó de nosotros mismos. Inmolaciones á la piedad filial; inmolaciones á la fidelidad conyugal; inmolaciones á la perfecta pureza: todo esto puede ofrecer al Señor la religión. Pero principalmente ofrecerá las inmolaciones más directamente relacionadas con la causa de Dios y, la principal de todas, la consagración de la vida entera á Dios mediante la profesión religiosa.

No nos neguemos á ninguno de estos sacrificios, que Dios nos pida. Y no privemos á nuestros hijos del honor y la dicha de ofrecerlos; dispongamos á la

(1) 1.^a Petr. II, 5.

generosidad á aquellos á quienes se extiende nuestra influencia.

COLOQUIO

Recordemos, en el coloquio, el triste espectáculo del público desconocimiento de los derechos de Dios. Proclamemos estos derechos y protestemos de nuestro deseo decidido de satisfacerlos. Supliquemos después, á nuestra Madre, cuyas alabanzas y sacrificios ofreceremos á Dios, que nos enseñe á orar y á sacrificarnos.
Ave María.

SÁBADO TREINTA Y SEIS. — *La justicia de la Madre de Dios*

Plan de la meditación.—En este ejercicio, nos proponemos el designio de ajustarnos á una conducta recta y leal, fundada en una completa justicia y entera verdad. La meditación tendrá tres puntos: *La justicia y su perfección; la perfección de la justicia en María; esta perfección en nosotros mismos.*

MEDITACIÓN

«*Qui timent Dominum invenient judicium justum, et justitias quasi lumen accendent*» (Eccli. XXXII, 20).

Los que temen al Señor hallarán un justo juicio, y sus justicias brillarán como luces encendidas.

1.^{ER} PRELUDIO. Consideremos la modesta casa santificada por la Sagrada Familia. Allí María, á la sombra del hogar doméstico, ejercita cada día las más eminentes virtudes.

2.º PRELUDO. Pidamos instantemente la gracia de tener hambre y sed de justicia, á ejemplo de Jesús y de María.

I. La justicia cumplida.—I. Es la justicia, propiamente hablando, una virtud cardinal que nos induce á respetar el derecho ajeno. Grande y levantada virtud, que es firme asiento del orden social. ¡Pero cuánto más hermosa es todavía, cuando la tomamos en toda su amplitud, con las virtudes ó perfecciones que le forman cortejo, como á reina suya! Entonces, aparta del manejo de nuestros negocios temporales todo procedimiento ambiguo, todo medio sospechoso. La equidad forma su corona, la verdad reina en sus discursos, compónese su conducta de franqueza, rectitud y delicadeza.

II. Esforcémonos en comprender todo el esplendor de virtud tan soberana, las preocupaciones de que nos libra, la satisfacción que al alma proporciona.

¡Cuán agradable es al Señor semejante virtud! Es una nueva forma de aquella simplicidad tan recomendada por el divino Maestro á sus discípulos, que detesta los artificios y cuyo lenguaje, eco del pensamiento, tiene por fórmula: «es» ó «no es» (1).

Al mismo tiempo es un motivo de edificación.

¡Cuánto deben procurar dar ejemplo de justicia no común las personas que profesan la piedad! Si no quieren dar pie á que sea criticada la misma religión, deben guardar la más exquisita lealtad y un desinterés por encima de toda sospecha. So pena de escandalizar, deben prohibirse á sí mismos, no sólo los fraudes propiamente dichos y los engaños, sino también ciertas prác-

(1) Matth. V, 37.

ticas sospechosas, tal vez tolerables en rigor; pero que suponen una sed de lucro, una codicia inconciliable con las aspiraciones celestiales.

Todos estos motivos nos obligan á reflexionar con cuidado si tenemos algo que reprocharnos; si con cualquier pretexto, mirando por nuestros propios intereses ó por otros más sagrados que estén á nuestro cargo, hemos comprometido en algo nuestra conciencia, ó usado de procedimientos poco correctos. Ni la Iglesia, ni Dios deben ser servidos por medios semejantes.

II. Perfecta justicia de María.—I. El profundo sentimiento de la justicia que reinaba en el alma de María, adivínase en todos sus pasos. Puédesse constantemente admirar en ellos una actitud sencilla y digna, alejada de todo engaño y disimulación, pronta á dar á todos lo que les tocaba.

Esta perfección puede, además, inferirse de su justicia para con Dios, de sus otras virtudes y de sus generales disposiciones. Una más eminente justicia, el culto que profesaba por los derechos de Dios Creador, autor de las personas y las cosas, facilitaba y esforzaba el respeto hacia los derechos de los hombres. En la voluntad de Dios, que ella se obligaba á cumplir, leía el supremo título que consagra el derecho de las criaturas. Humilde, despegada de las cosas exteriores y de sí misma, llena de inalterable confianza en Dios, era demasiado superior á los intereses humanos para dejarse tentar por procedimientos poco delicados.

II. ¿Queremos perfeccionar nuestra justicia? Practiquemos el desapego para conservar en nosotros la entera libertad del corazón, y pongamos con abandono completo, en manos de Dios, nuestro presente y nuestro porvenir. Las circunstancias traen situaciones tan

delicadas, que ponen en duro aprieto la suerte de toda una familia, á la cual sólo el recurso á la Providencia libra de pérfidas sugerencias.

III. Nuestra justicia. - I. «Señor, pregunta el Salmista: ¿Quién podrá habitar en vuestro tabernáculo y gozar del reposo en vuestra santa montaña? Aquel, responde, que vive sin mancha y practica la justicia (1).» Y luego pasa á enumerar los fraudes, é iniquidades de que se abstiene el justo.

Lección divina, que no podemos desatender. Podrá parecer poco á propósito insistir tanto en la justicia, hablando con cristianos que aspiran á la perfección. ¿No será esto suponer en ellos preocupaciones, cuya sola sospecha es ya injuriosa? Mas conozcamos mejor el corazón humano, la fascinación de los bienes exteriores, la multiplicidad de excusas, la influencia del desorden y del tropel de los negocios. Es realmente una gloria no ceder jamás á poco honrosas sollicitaciones. ¿Son muchos los hombres que gozan de perfecta serenidad de espíritu, y que viven sin temor de su última hora?

II. No nos desdeñemos, por consiguiente, de unir á las miras más elevadas, consideraciones más humildes, pero no por eso menos prácticas.

Hagamos un muy leal examen sobre nuestra conducta, para apartar de ella todo cuanto pueda parecer fraude ó hipocresía.

1. ¿Cuál es nuestra justicia? ¿Cuál nuestra equidad? ¿Cuál nuestro desinterés?

2. ¿Cuál es nuestra veracidad? ¿Cómo juzgamos á los demás y cómo hablamos de ellos? No olvidemos que la justicia se debe á todos, y que puede faltar-

(1) Ps. XIV, 1, 2.

se á ella aun en el modo de atacar á los adversarios de una buena causa.

Cueste lo que cueste, nos conviene una perfecta corrección en nuestra vida. Suprimamos todos nuestros defectos, sin dejar ni uno solo.

COLOQUIO

Ofrezcamos á nuestra Madre, y luego, por ella, á Jesús, un firme propósito de rectitud y lealtad. Nos felicitaremos eternamente de deber á nuestra devoción para con María, el mérito y la honra de haber vivido al abrigo de todo reproche de injusticia. *Ave María.*

SÁBADO TREINTA Y SIETE.—La templanza de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Después de una *mirada general* dirigida, en el primer punto, á la templanza ampliamente entendida, consagraremos el segundo y el tercero á la justa moderación práctica, que *excluye la inflexibilidad* y asegura la *afabilidad de carácter.*

MEDITACIÓN

«*Quasi Libanus odorem suavitatis habete*» (Ecles. XXXIX, 18).

Exhalad un perfume como de incienso.

1.^{ER} PRELUDIO. Veamos la sala donde están reunidos los convidados de las bodas de Caná, entre los cuales se halla la Virgen Santísima.

2.^º PRELUDIO. Pidamos la importante gracia de comprender bien y de bien practicar la virtud de la templanza.

I. Ojeada general sobre la templanza.—I. La virtud cardinal de la templanza encierra en sus justos límites el apetito sensible y le impide inclinarse ó entregarse con exceso á los objetos que le son más apetecibles. Sería hacer injuria á la Santísima Virgen felicitarla por su completa victoria sobre las concupiscencias inferiores. Sus pasiones, lejos de contrariar á la razón, estaban habituadas á atender á sus órdenes é indicaciones. Subamos más arriba y admiremos cómo la belleza propia de la templanza, ó sea, el equilibrio, brilla en toda la conversación de la Madre de Dios. Siguiendo los magníficos consejos del sabio, «crecía como los rosales plantados á la orilla de las aguas y esparcía suavísimo perfume; cubríase de odoríferas flores como el lirio, producía graciosas ramas y, entonando cánticos, bendecía á Dios en todas sus obras» (1). Los atractivos del Hombre Dios se hallaban reproducidos, en grado sumo, en su Santa Madre.

II. Los encantos de tan perfecta virtud, no pueden menos de llamarnos la atención sobre nuestros juicios y nuestros actos.

1. Los hombres, aun los virtuosos, deben á sus propias imperfecciones maneras torpes, mezquinas, desmañadas, exageradas, que desacreditan la virtud y dan pretexto á la calumnia ó, á lo menos, á la crítica. Consciente ó inconscientemente, somos muy rígidos censores de la virtud. Suponed dos hombres: el uno, relajado, cae en multitud de extravíos; el otro, deseoso de perfección, peca por algún exterior exceso: otorgaremos indulgencia al primero, sin dificultad alguna, mientras que las maneras del segundo nos disgustan y fácilmente llegan á hacérsenos insoportables.

(1) Eccli. XXXIX, 17-19.

Esta diferencia de actitud ¿no oculta tal vez algo de envidia? El uno está caído: fácil es ser generoso con él; el otro está en pie y manifiesta un valor, cuya falta tal vez sentimos en nosotros: camina á la victoria, cuando nosotros no experimentamos sino derrotas. El primero debe hacerse perdonar sólo de Dios; el segundo debe alcanzar de los hombres perdón, por las ventajas que les lleva.

Confesemos sin embargo, por lo que á nosotros toca, nuestra injusticia, y sepamos reconocer el verdadero mérito.

2. Mas, si debemos enderezar nuestros juicios sobre los demás, velemos por nosotros mismos, para no comprometer, con nuestra torpeza, la noble causa de la virtud. A este efecto poseían los santos varios secretos: criticaban poco á los demás, pero eran jueces rigurosos de sí mismos;—no buscaban ser vistos ni admirados;—dentro de los límites permitidos mostrábase complacientes y serviciales. Las víctimas del respeto humano buscan simpatías, aun á costa del deber; los maldicientes y murmuradores las buscan á expensas del prójimo; los santos no las querfan, sino á expensas de sí mismos. ¿No nos convendría tener el valor de adoptar este último partido?

II. Exclusión de la inflexibilidad.—I. Al lado de espíritus volubles y voluntades irresolutas y flexibles, hállanse asimismo caracteres demasiado absolutos. Atribuyen éstos á ciertas reglas de conducta, que se han impuesto, una perpetua inmutabilidad, que no conviene más que á los supremos principios, y de la cual carecen aun las leyes positivas. No hay consideración que les haga admitir excepción en sus principios prácticos. ¡Ay de aquel que con ellos choca: más le val-

dria chocar contra una peña! Esta inflexibilidad hace al hombre duro, tenaz, inaccesible, intratable. ¿Y qué encierra en el fondo? Una confianza sin límites en su propio juicio, un grande apego á sus comodidades; porque este rigor ahorra muchas molestias, y especialmente el engorro de tener cuenta con la variedad de casos y apreciarlos. En resumen, es orgullo y sensualidad.

II. No fué así María: su voto de virginidad le es más caro que la misma vida, y sin embargo, á la proposición de ser madre, no responde con una de aquellas categóricas y precipitadas negativas, que hacen á uno sordo á toda razón; sino que alega claramente su dificultad, reservándose el pesar la respuesta y hallar tal vez en ella alguna explicación.

III. Semejante moderación hace evitar medidas intempestivas, cuyos efectos son con harta frecuencia perjudiciales, é inspira una caridad verdaderamente útil al prójimo.

Cuidemos, pues, mucho de que la debida inflexibilidad de los principios no degenerere en altanera ó egoísta inflexibilidad de la persona.

III. La afabilidad.—I. Todo cuanto sabemos de la vida de la Santísima Virgen, nos la muestra afable y buena. Ni su unión íntima con Dios, ni su desapego de todo, la impedían conversar sencillamente con sus prójimos y sus amigos; ir á ofrecerles sus servicios y sus felicitaciones; acudir aun á sus fiestas y mostrarse en ellas delicadamente atenta. Supo juntar en su vida la mayor austeridad con una constante amabilidad, la corrección más rigurosa, con una soltura llena de encantos.

II. El hombre afable no es ni adulator ni melancó-

lico: aunque libre del deseo immoderado de agradar, evita con cautela todo humor tétrico é inoportuna contradicción; practica una forma excelente de la templanza, lleva la señal distintiva de una acabada virtud. La virtud, en efecto, no rige tan sólo nuestras relaciones directas con Dios, sino también nuestras relaciones mutuas. Y entra en las intenciones del Criador y Padre común nuestro, que las rija de manera que las facilite, y cree la intimidad en la gran familia humana. Es, pues, sociable por su naturaleza y por su fin.

Grande arte es, ciertamente, esa razonable condescendencia, que se adapta á todo medio ambiente, en cuanto tiene de honesto y aceptable, sin debilidad ni cobardía, sin concesiones exageradas y sin buscarse á sí mismo. Arte que no se adquiere, sin estar bien decidido á una universal abnegación, sin que una vigilancia constante, fomentada por la meditación y el examen, nos descubra inmediatamente los lazos ó los nuevos ataques de la naturaleza.

Pero ¡qué arte tan precioso! Proporciona al bien sus más grandes conquistas, y es más apostólico que la misma predicación.

COLOQUIO

Roguemos á María que nos enseñe esta perfecta templanza que se entrega enteramente á Dios, y se presta á los hombres para su bien y su consuelo. *Tota pulchra es Maria.*

SÁBADO TREINTA Y OCHO.—La virginidad de la Madre de Dios

Plan de la meditación. —La castidad realza la templanza; la virginidad es su perfección. En la virgi-

nidad de María contemplaremos, en primer lugar, *su perfección esencial*, luego *el privilegio que le fué otorgado por Dios*, y *la única inviolabilidad que valió á María el título de Virgen de las vírgenes*.

MEDITACIÓN

«*Ecce Virgo concipiet*» (Isai. VII, 14).

He aquí que una virgen concebirá.

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos la casita de Nazaret; María responde al ángel San Gabriel: «¿Cómo puedo ser madre siendo virgen?»

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de comprender mejor las sublimes prerrogativas de María y de concebir una más perfecta estima de la virginidad.

I. La virginidad esencial de la Madre de Dios.

—I. La virginidad supone un hecho y una intención: el hecho de la integridad corporal, que no ha desflorado ninguna baja satisfacción, y la intención, la resolución de privarse para siempre de esta clase de satisfacciones: resolución que toma ordinariamente la forma de voto. No se es virgen sino por Dios. Y este propósito gana en valor moral, según el principio que lo inspira y el espacio de tiempo á que se extiende.

La ligereza de nuestros contemporáneos, les ha conducido, á las veces, á dictámenes poco favorables sobre esta virginidad que, desde los primeros siglos de la Iglesia, oponían los apologistas, con noble orgullo, á la corrupción pagana. Á los ojos de muchos, el oficio de esposa y de madre parece preferible al estado de la virgen, á la cual reprochan el desconocimiento de las penas y sacrificios de la maternidad.

No intenta la Iglesia poner en duda la hermosura y

grandeza del matrimonio cristiano, cuyo origen divino defendió contra los herejes y aun hoy reivindica, proponiendo á los esposos el ejemplo de su propia unión con Cristo, y protegiendo la perfecta inviolabilidad de sus vínculos. Mas, á pesar de esto ¿quién no ve con cuánta razón ensalza el estado de virginidad por encima del estado conyugal?

1. La elección de la virginidad nace de un principio más elevado: del afán de imperar sobre las pasiones, de sacrificarlas y triunfar sobre ellas; mientras que al matrimonio conduce una idea de satisfacción.

2. El matrimonio, al reclamar un sacrificio necesario, limitado al pequeño círculo de la familia, limita otra abnegación espontánea, cuya esfera es más extensa. La persona virgen es libre para entregarse á cualquier obra hermosa y grande, que puedan reclamar las necesidades de la humanidad.

3. El espectáculo de un triunfo completo sobre las más fuertes propensiones, es socialmente más útil, que el del uso honesto del placer: es más raro y de más aliento. A los envilecedores desórdenes de un mundo corrompido, opone la virgen el contraste de sus elevadas renunciaciones. La vista del heroísmo hace aceptar más fácilmente el estricto deber.

II. Pero, en María, aun el pretexto falta á la objeción; es Madre al mismo tiempo que virgen y la virginal belleza, asociada al papel que ella desempeña junto á José y á Jesús, brilla con más admirable esplendor.

1. Desde hace siglos, celebra la Iglesia la *integridad* de María en el tan conocido elogio en que la proclama virgen antes del parto, en el parto y después del parto. *Virgo ante partum, in partu et post partum*. Integridad tanto más notable, cuanto la hallamos más unida á las circunstancias que la destruyen.

2. El *voto* de virginidad que María hizo, movida sin duda por el ardor de una caridad sin igual, resplandece tanto más, cuanto que fué pronunciado antes de la predicación del Salvador, y que, ofrecido en edad muy temprana, abraza toda la vida de la Madre de Dios sobre la tierra.

III. Según nuestra condición, podemos aquí ó confirmar nuestro voto de virginidad, ó al menos entender toda la hermosura de esta santa entrega. Y tenemos todos ocasión de grabar en nuestro espíritu este tan saludable principio: que la dignidad y el valor de nuestras acciones dependen de la generosidad de nuestras miras.

Nótese esta incontestable gradación: pequeñas y mezquinas en cuanto son debidas á un móvil de interés personal, las acciones se agrandan y enaltecen á medida que se ensancha la esfera de su utilidad, para llegar á su apogeo cuando el móvil llega á ser el bien universal, es decir, Dios.

II. La virginidad privilegiada de María.—I. María, por un glorioso privilegio, pudo juntar á la virginidad de la voluntad, la de los apetitos sensibles, preservados de toda impresión contraria. Magnífica inmunidad de la concupiscencia, que aseguraba á la Virgen una espléndida armonía de todas sus facultades.

II. Nosotros, aun no gozando de esta ventaja, mereceremos acercarnos á ella por medio de un exquisito cuidado de la pureza que profesamos. Todo lo grande y todo lo bello puede ser objeto de un respeto mínimo obligatorio y de un culto voluntario. El culto á la justicia la transforma en equidad; el culto á la abnegación de las cosas exteriores se embellece, en SAN FRANCISCO, con la poesía de los desposorios con la po-

breza; ciertos héroes de la caridad parecen haberse desposado con la miseria del prójimo. Así, con mayor razón, puédesse adoptar una doble actitud para con la castidad: resignarse, como á más no poder, á los sacrificios necesarios, exponiéndose á luchas, dificultades y peligros, ó dedicarle un afecto positivo que importa la modestia, la reserva compatible con los deberes del propio estado y todo un conjunto de atenciones delicadas, gozando así por adelantado la seguridad y dicha de los ángeles. Esta segunda actitud es triunfal; la otra es tan difícil de sostener, que pára ordinariamente en derrota.

III. María, Virgen de las vírgenes.— I. La expresión, Virgen de las vírgenes, indica una virginidad eminente. Para merecerla hubo María de señalarse entre todas las vírgenes á fin de atraer sobre sí la admiración entusiasta de las más perfectas (1). Así como la virginidad es una perfección de la castidad, así la virginidad de la virginidad es una perfección de la misma virginidad, perfección de la cual debe resultar un *ideal de atractivos*, y en el orden moral un *poder comunicativo*.

La sagrada Escritura coloca, por otra parte, la virginidad de María en una clase especial. El nombre de Virgen aparece en ella como propio de María (2). Ella es *la Virgen*, formando por sí sola un orden aparte. ¿Cómo se explica esto? Podemos dar de ello una triple explicación.

1. En María, la necesidad de la virginidad no tiene su principio en la entrega de una criatura, que vincula á la castidad perfecta su fidelidad y su religión; sino

(1) *Magnificentior multum virginitas in Maria propter gratiae excellentiam*. La excelencia de la gracia, dió á María una virginidad mucho más magnífica. Epist. del Pseudo Jerónimo á Paula y Eustaquio n.º 3 (M., P. L., t. 30, col. 125).

(2) Isai. VII, 14; Matth. I, 23; Luc. I, 27.

en la elección de un Dios, que escoge á María como esposa suya, y por esto mismo la consagra, la guarda para sí solo. Toda consagración reserva para Dios los vasos santos y los templos, y prohíbe su uso profano. ¿Qué diremos de una consagración emanada del mismo Dios? *El Altísimo ha santificado su tabernáculo* (1). La virginidad de María descende, pues, del cielo, adonde la virginidad ordinaria aspira subir; y de pronto vese anegada en aquel sol de justicia, por uno de cuyos rayos suspira la otra, y tanto como la maternidad, constituye un carácter indispensable de la personalidad de María. María está, en cierto modo, como identificada con su virginidad.

2. La gloriosa Maternidad de María no está simplemente asociada á su virginidad, sino que se deduce de ella como consecuencia necesaria. Cristo no podía descender de Adán de modo que pareciese someter su humanidad á la ley del pecado; por consiguiente, no podía nacer sino de una virgen, y María fué consagrada virgen, para poder, entre todas las mujeres, ser Madre de Dios.

3. El origen de esta virginidad, y su razón de ser, llevan consigo una especial inviolabilidad. Dios mismo debía asegurársela y protegerla.

La virginidad de María es, pues, *única* en su *origen*, en su *razón de ser* y en su *inviolabilidad*, y alcanza en ella una *perfección ideal*.

Su *potencia comunicativa* está atestiguada por todas las edades. María, desde las catacumbas, es propuesta por modelo á las vírgenes; complácese en bendecirlas y en multiplicar su número.

He ahí cómo María es Virgen de vírgenes.

(1) Ps. XLV, 5.

II. Después de ofrecer á María una y muchas veces la expresión de nuestro pasmo, reflexionemos sobre el deber especial de pureza que nos impone nuestro carácter de cristianos. Somos miembros de Cristo, somos patrimonio del Espíritu Santo; dejarnos corromper, es consentir en una profanación y participar en una injusticia. Este razonamiento no es nuestro, sino del Apóstol San Pablo (1).

El voto de virginidad del sacerdote está vinculado á su ordenación sacerdotal, y el religioso ve el suyo unido á su profesión.

Así es como, sin llegar á la perfección sublime de María, podemos reproducir algunos de sus rasgos; aparte de que ya, como á Madre nuestra, le debemos especiales obligaciones de santidad.

Gloriémonos de ellas, y seámosles fieles.

COLOQUIO

En el coloquio con la Reina de las vírgenes, juntaremos, con nuestras felicitaciones, un generoso propósito de consagrar á la pureza un culto de tierno efecto, esperando de la intercesión de nuestra buena Madre los efectos de esta santa voluntad. *Tota pulchra es, Maria*. Ella nos presentará á Jesús, cuya espléndida corona forman las vírgenes: *Jesu corona virginum*, «Jesús corona de las vírgenes».

SÁBADO TREINTA Y NUEVE.—**La fortaleza de la Madre de Dios**

Plan de la meditación.—¡Cuán á propósito es, en este siglo de moral debilidad, insistir sobre lo precioso

(1) 1.^a Cor. VI, 15, etc.

de la fortaleza, y demostrar que tan magnífica cualidad puede ser un ornamento de nuestra alma! La *virtud de la fortaleza y su hermosura* serán objeto del primer punto; en el segundo admiraremos á la *Reina de los mártires*; y estudiaremos en el tercero *los medios de hacernos fuertes*.

MEDITACIÓN

«*Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus*» (Prov. XXXI, 10).

¿Quién hallará á una mujer fuerte? Su precio es como el de las preciosidades traídas de los más remotos países.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos el calvario y á María de pie, junto á la cruz en que expira Jesús.

2.^O PRELUDIO. Pidamos ardientemente, por medio de María, la gracia de una grande fortaleza moral.

I. La fortaleza y su hermosura.—I. La fortaleza es una virtud cardinal que nos hace moralmente superiores á las dificultades. Imperando al temor así como á la audacia, pronta á sufrir y á obrar, á sostener el choque del enemigo lo mismo que á tomar la ofensiva, sigue esta virtud, sin abatimiento ni temeridad, la línea recta del más elevado deber. Los peligros en que corre riesgo la vida, hácenla brillar con todo su esplendor, y por esta razón es la gloria de los mártires.

Esta virtud revístese, en el hombre, de especial hermosura, porque el hombre es naturalmente débil y físicamente incapaz de dominar muchas fuerzas contrarias. En él es verdaderamente la victoria del vencido, el triunfo en el seno del desastre.

II. Concibamos una grande admiración para con

el hombre dotado de fortaleza moral. El deseo de esta virtud nos dispondrá á recibirla y desarrollarla en nosotros.

II. La Reina de los mártires. - I. ¡Oh! Fijemos bien nuestros ojos en María, en el inaudito espectáculo que ofrece su constancia en medio de la pasión de Cristo. Recordemos ante todo quién es: Virgen educada en el retiro, lejos de los hombres y del estrépito, admirable en su modestia, viviendo santamente retirada. Ya, desde hace algún tiempo, los hombres no osan declararse por el Salvador (1). Hemos aquí llegados á las solemnidades de la Pascua. La muchedumbre es inmensa, la escena llena de espanto y de terror. Acercarse á Jesús, en estos momentos, es correr un extremo peligro; ésta es, al menos, la impresión que se experimenta. Y de todos modos, está María tan conjunta á su Hijo, que se halla envuelta en la misma sentencia que condena á Jesucristo á muerte de cruz. Juzgad ahora de su heroísmo, al verla, en estos sombríos y dolorosos momentos, cumplir todos los deberes de la más amante de las madres, y dominar el temor, la audacia y las más vehementes pasiones, con un imperio que las contiene y maneja á su voluntad. ¡Cómo sabe sufrir y cómo sabe obrar!

Noblemente agresiva, atraviesa las filas, hiende la muchedumbre, sube hasta el Calvario, y va á postrarse al pie mismo de la cruz. Noblemente magnánima, no tiemblan sus rodillas, ni prorrumpe en clamores ni reproches. Noblemente sufrida, no siente para con sus perseguidores ni cólera ni odio, antes obrando con hidalguía ofrece por ellos su vida y la de su Hijo.

(1) Joan. VII, 13; IX, 22.

Noblemente intrépida, acepta de Dios el cáliz, todo el cáliz de la pasión; y aun no contenta con esto, únese á Dios para inmolar á su Hijo. Noblemente paciente, permanece durante tres horas de pie y silenciosa en el Calvario, donde no cesa de ofrecer su sacrificio. Noblemente resignada, acepta verse huérfana de su Hijo y aun de sus mortales despojos, y cual si esto fuera poco, todavía ayuda ella misma á amortajarlo.

II. ¡Oh Madre de Dios y madre nuestra! ¡Cuán grande y cuán bella parecéis, á poco que nos paremos á considerar vuestros dolores! *Reina de los mártires, rogad por nosotros.*

III. **Medios de alcanzar la fortaleza.**—1. La hermosura de la fortaleza, el ejemplo de nuestra Madre, nos inspiran una santa ambición de ser fuertes también nosotros y de dar á la virtud infusa de la fortaleza, la facilidad de un hábito adquirido. Todos podemos alcanzarlo. ¿Cuáles son los medios para ello?

1. La oración ardiente y perseverante.

2. La atenta consideración de la pasión de Cristo y de los dolores de María.

3. La educación de la voluntad, la cual hay que ejercitar en acometer cosas duras, y habituarla á perseverar aun en las cosas pequeñas. ¡Cuán preciosos son, bajo este respeto, los humildes sacrificios de cada día y la espontánea renunciación de ciertos goces!

4. De un modo especial, la victoria sobre la *dificultad presente*. Todos luchamos con alguna dificultad, interior ó exterior; corporal, espiritual ó moral. Es decir, todos nos hallamos ante una tarea, que nos parece ingrata ó incómoda. ¿Cedemos, nos doblegamos moralmente, retrocedemos, abriendo así camino á nuevas derrotas? ¿Estamos decididos á vencer? La vic-

toria es segura y nos conducirá á más hermosos triunfos. Sí, esta lucha con la dificultad presente es un llamamiento de Dios á vencer un enemigo, á triunfar de un obstáculo. Y esta victoria, que Dios nos hace posible, nos dispondrá á más brillantes acciones para las cuales fáltanos aún el valor y la aptitud.

II. Trabajemos sin demora en esta firme dirección. En lugar de dejar caer los brazos é inclinar la cabeza, alcemos nuestra frente llenos de confianza en Dios. Lo que parece abatirnos está destinado á aguerrirnos. En este sentido explican los Santos Padres la palabra de Dios á S. Pablo (1): «La virtud se perfecciona en la flaqueza».

Velemos igualmente, si estamos encargados de la educación de la juventud, por fortalecer los caracteres y disponerlos á los sacrificios y á la lucha.

COLOQUIO

En piadosa conversación con nuestra Madre, después de compadecer sus sufrimientos, ofrezcámosle el propósito que ha de serle más agradable: el de sacar de sus dolores, con su auxilio, la fortaleza para nunca acobardarnos. *Stabat Mater dolorosa.*

SÁBADO CUARENTA.—Mansedumbre y paciencia de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Gran servicio prestaríamos á la sociedad, haciendo resaltar la nobleza y hermosura de la mansedumbre y de la paciencia. Admiraremos, pues, en el primer punto estas virtudes, como

(1) V. S. AGUSTÍN, STO. TOMÁS, citados por CORNELY en este lugar, 2.^a Cor. XII, 9.

virtudes de los fuertes, en el segundo como *virtudes de María*, y en el tercero veremos como *pueden ser también virtudes nuestras*.

MEDITACIÓN

«*Fructus autem Spiritus est caritas, gaudium, pax, patientia...*» (Galat. V, 22).

Fruto son del Espíritu la caridad, gozo, paz, paciencia...

1.^{ER} PRELUDIO. Pongamos ante nuestros ojos el espectáculo que ofrece María en el Calvario junto á la cruz.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de vernos cautivados por los atractivos de las dos hermosas virtudes de la paciencia y mansedumbre.

I. La mansedumbre y la paciencia, virtudes de los fuertes. -1. La *mansedumbre* reprime los arrebatos de la cólera, la *paciencia* impide los abatimientos de la tristeza. Virtudes son éstas hechas para ir á la par, prestarse mutuo apoyo y aun para comprobarse mutuamente. La impaciencia provoca la cólera: ésta cae, por reacción, en el abatimiento; y si no se es paciente, la mansedumbre corre peligro de no ser más que apatía y falta de valor. Estas virtudes residen en el hombre sano de corazón, afectuoso y valiente.

1. Son *indicio* de fortaleza, porque prueban superioridad sobre las pasiones y dificultades. Según el antiguo proverbio, el hombre *manso* no tiene pasión desordenada (1). El *paciente* está por encima de todo obstáculo. Si es á la vez manso y paciente, ejerce el

(1) *Mitis non patitur*. S. THOM. 1, 2, q. LIX, a. 2. ad 1, juxta ARISTOTELEM, Top. IV, 5 (125): πρῶτος ὁ ἀπαθής λέγεται.

hombre un verdadero imperio sobre sí mismo y sobre el mundo. Y este dominio es tanto más magnífico cuanto las causas de cólera ó de cobarde tristeza son más numerosas; manifiéstanse *dentro de nosotros*, así en las molestias del cuerpo y los defectos del espíritu, como en los vicios de carácter y flaquezas de la voluntad; y *fuera de nosotros*, en los hombres y su natural, en las cosas y sus combinaciones, en los casos fortuitos y en los que trae una intención calculada; finalmente, proporciónalas también el tiempo, que hace al hombre inconstante. El hombre manso y fuerte es un triunfador, que no cesa de vencer á sus enemigos.

2. Más aún: la mansedumbre y la paciencia son causa de fortaleza; aseguran al hombre, que de ellas está dotado, la plena posesión de todas sus facultades para deliberar, decidir y ejecutar. ¡Cuántos errores se cometen, qué de males se suscitan por los arrebatos de la cólera! ¡Y cuánta influencia nos proporcionan sobre los demás la mansedumbre y la paciencia! Este es un hecho de que da testimonio una experiencia cierta. Mas, ¿cómo explicarlo? Porque el hombre manso y paciente no lastima el amor propio del que quisiera convencer; no humilla á la persona para ganar la causa, porque, evitando el excitar al prójimo, le deja enteramente su juicio; porque la hermosura de su mansedumbre y de su paciencia es un espectáculo que atrae: á todos gusta conquistar el favor del hombre manso y paciente.

II. Añádase á esto, que ni la cólera ni el abatimiento son elementos de dicha, mientras que el hombre manso y sufrido, además del placer que causa toda noble determinación, goza también de sus presentes triunfos y un gusto anticipado de la futura recompensa. ¿Cómo, pues, no aficionarnos á estas hermosas virtudes y no decidirnos á adquirirlas?

II. La mansedumbre y la paciencia, virtudes de María.—1. 1. Para demostrar la excelencia de estas virtudes en María ¿no es, por ventura, suficiente recordar que la mansedumbre y la humildad forman el carácter propio de Jesucristo? ¿Cómo podrían faltar en la criatura más semejante á Jesús?

2. Seguid en espíritu todas las pruebas sufridas por María, desde el nacimiento de Jesús en un pesebre, hasta la cruz de su Hijo y su propia Asunción: huída, destierro, pérdida del Niño, soledad, dolores, compasión, desolación, larga espera del cielo. ¿En cuál de ellas estuvo María fuera de sí por la ira, ó fué inferior á sí misma por un cobarde abatimiento? Siempre tranquila y fuerte, siempre grande y digna: tal nos lo muestra el evangelio.

3. Esta paciente mansedumbre entra de tal modo en la figura de María, que ningún pintor ha descuidado este rasgo, y en todas las lenguas se la apellida Virgen dulcísima, y esta mansedumbre explica, humanamente, el secreto encanto que atrae los corazones á la devoción hacia la Madre de Dios.

II. Procuremos, escurdiñando con cuidado algún episodio de su vida, dejarnos impresionar por la paciencia y mansedumbre de la Santísima Virgen, á fin de consagrar á esta buena Madre una más completa y más personal admiración.

Por lo demás, María, desde lo alto del cielo, sigue mostrándonos esta misma amable longanimidad, y de ello damos nosotros mismos buen testimonio, recurriendo á ella sin cesar, aun después de constantes y repetidas defecciones.

¡Oh! démosle gracias por una cualidad que nos es tan preciosa y nos viene frecuentemente tan á propósito.

III. La adquisición de estas dos virtudes.—I.

Decididos ya, por el primero y segundo punto, á corresponder á la gracia, que nos urge á adquirir ó fomentar en nosotros estas dos virtudes de la mansedumbre y la paciencia, busquemos ahora el método apto para conseguirlo.

1. Ante todo, démonos cuenta de nuestro estado. ¿Cuál es nuestra mansedumbre? ¿Cuál nuestra paciencia? ¿Qué defectos tenemos que corregir?

2. No nos olvidemos de orar.

3. La mansedumbre es hija de la humildad, y la paciencia nace de la confianza en Dios. La tranquila mirada, que la Providencia nos hace fijar en lo porvenir, facilita para lo presente la longanimidad.

4. Estudiemos la hermosura y los felices efectos de estas virtudes, y además todas las razones que tenemos de moderar nuestras exigencias para con Dios y para con los hombres.

5. Acordémonos también de esta ley práctica: nosotros somos fuertes al primer despertar de las pasiones; pero débiles cuando se han desencadenado. ¡Cuánto más difícil es expulsarlas que impedirles la entrada! Ejercitémonos, pues, en dominar al principio nuestros movimientos pasionales, ya rechazándolos directamente, ya fijando en otro objeto nuestra atención.

6. Usemos del examen particular para fortalecer la voluntad y dominar á nuestros enemigos unos en pos de otros.

COLOQUIO

Hagamos este coloquio con la Virgen dulcísima para aprender de ella á imitar la humilde mansedumbre

y la constancia de su Hijo. *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!* ¡Oh Virgen clemente, oh Virgen piadosa, oh dulce Virgen María!

SECCIÓN TERCERA

Las glorias de María, Madre de Dios

SÁBADO CUARENTA Y UNO.—*Belleza moral de María, Madre de Dios*

Plan de la meditación.—Relaciónase esta meditación muy naturalmente con las de la precedente sección. Nos proponemos estudiar en ella la primera entre las glorias de María, ó sea, su encantadora belleza moral. Siendo nuestro deseo presentar una síntesis de ella, quisiéramos grabar su imagen, por medio de algunos *rasgos salientes*, en nuestra inteligencia y en nuestro corazón.

Una *perfecta pureza* da á la persona de María el esplendor de la unidad; resplandece en su rostro la *alegría* y, al mismo tiempo, el *dolor* lo señala con su sello varonil; y esta belleza es consagrada por una *indefectible posesión*.

Estas consideraciones dividen ya, por sí solas, nuestra meditación.

MEDITACIÓN

«*Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*» (Ps. LXXXIII, 3).

Mi corazón y mi carne se regocijaron en Dios vivo.

1.^{er} PRELUDIO. Figurémonos á María bajo el aspecto de la admirable mujer descrita en el Apocalipsis, vestida del sol, teniendo bajo sus pies la luna y coronada su frente con una diadema de doce estrellas.

2.^o PRELUDIO. Roguemos á Dios nos conceda una profunda admiración por nuestra celestial Madre, y una santa voluntad de perfeccionarnos á ejemplo suyo.

I. Esplendor de la pureza.—I. Dirijamos una mirada á la *pureza divina*. Considerarla como simple carencia de pecado, no es mirarla en sí misma; es no conocer nada de ella. La divina pureza es la completísima unidad del ser divino, por la cual todo en Dios es Dios. Por ella Dios se penetra á sí mismo por un conocimiento tan inmediato que se identifica con El mismo, y se ama tanto cuanto es amable, con un amor igualmente identificado consigo mismo. Además, Dios solo se determina á sí mismo á conocer todas las cosas y halla únicamente en sí toda la razón de amarlas: en otras palabras, la pureza de Dios es la simple identidad de su ser divino, de su ciencia, de su amor, sin dependencia ni receptividad, de modo que justifica este lenguaje: Dios no es sino Dios, no conoce sino á Dios, no ama sino á Dios, y al mismo tiempo es todo bien, lo conoce todo, y ama toda bondad.

Absoluta perfección y plenitud la de Dios, y tal que me arroja á sus plantas convencido de mi nada, ruborizado y lleno de gratitud por el amor que me profesa. Expresémosle nuestro reconocimiento.

Pureza de la Santísima Virgen.—Toda criatura necesariamente ha de permanecer á infinita distancia de esta admirable unidad divina. Puédese siempre

concebir un conocimiento menos mediato ó menos inadecuado de Dios, un amor más único y más completo, que el conocimiento y amor realizados fuera de Dios.

Con todo, la pureza positiva de las criaturas debe aproximarse á este divino ejemplar. Es, pues, en el orden moral, la unidad por la cual una criatura pertenece á Dios y tiende toda entera á El; es el atractivo integral de lo infinito sobre lo finito. Cuanto más pertenecemos á Dios, tanto más puros somos. Nuestra elevación al orden sobrenatural da así lugar á una pureza más excelente que cuantas podíamos alcanzar por las solas fuerzas naturales. Ved cómo brilla en su más alto grado esta pureza en la humanidad del Verbo. Abandonada á sí misma, nuestra naturaleza humana hubiera quedado inferior á los ángeles y, por ende, menos pura que ellos. Pero he aquí que la asume el Verbo de Dios, y queda toda enteramente entregada á Dios. Sus mismos actos son actos de una Persona divina. Su pureza es consumada.

María no cede en pureza más que á su divino Hijo. Por la gracia de la maternidad divina, su mismo cuerpo y las potencias de su vida vegetativa reciben directamente un empleo divino. Ninguna otra criatura pudo poner al servicio de Dios, no solamente sus actos, sino aun su naturaleza ó substancia misma. Añádase á esta primera prerrogativa, además de una más limpia vista de la inteligencia orientada plenamente hacia Dios, la perfecta sumisión de sus pasiones y propensiones, que secundaban al apetito superior; dése á este apetito, en sus ímpetus hacia Dios, toda la natural y sobrenatural intensidad, de que estaba dotada la voluntad de la Madre de Dios, y se tendrá una débil idea de la pureza de María.

II. *Nuestra purificación positiva.*—El problema de nuestra purificación consiste, pues:

1. *En disminuir las divisiones y particiones:* divisiones de gustos, divisiones de afectos, divisiones de intenciones; trabajo de renunciación de nosotros mismos y victorias sobre las pasiones; disminución de las influencias que no sean las de nuestras facultades superiores. Estas influencias son, unas exteriores á nosotros, como los acontecimientos, faustos ó adversos; y otras interiores, como los diversos movimientos á que estamos sujetos.

2. *En entregarnos totalmente á Dios:* es decir, refiriendo á El más directamente, más fuertemente, más enteramente así nuestro cuerpo, como nuestra alma, nuestras intenciones y nuestras actos.

¿A qué grado de pureza no se elevaron los santos? Bien pudo SAN BERNARDO escribir, que todo le causaba fastidio si no veía en ello impreso el nombre de Jesús (1). Y SAN FRANCISCO DE SALES exclamaba: «Si conociese que en mi corazón hay la menor fibra que no estuviese enteramente templada en el amor de Dios, al instante la arrancaríá. ¡Ah! arrancadme el corazón si no debo emplearlo todo entero en amar (2).

No temamos, con todo, que esta unidad de pensamiento y de amor nos convierta en duros y fríos. No se ama al prójimo sino identificándole consigo mismo ó con Dios, con el cual se está de antemano unido. ¿Será nuestro amor menos verdadero y menos intenso, porque se refleje en Dios más que en nosotros mismos? Consideremos, por lo demás, la ternura de Jesús y de los santos.

¿Hemos dado siquiera algunos pasos en este camino de la unidad y pureza positiva?

(1) Sermón 15.^o *In cantica* n. 6 (M., P. L., t. 183, col. 817).

(2) HAMONT. *Vida* 1, 7, c. 5, inil.

II. La expansión del gozo unida á la virilidad del dolor.—I. 1. La belleza moral sin gozo ni sufrimiento, sería como un cuerpo sin alma y sin vida. Sin gozo no parecería ni modelada en Dios, ni aprobada por El. ¿Y cómo se mostraría noble y varonil, sin sufrimiento? Dios es infinitamente santo, á la par que infinitamente dichoso, y la virtud viene de El é imita sus perfecciones. ¿Podría, pues, virtud alguna reflejar su santidad, sin reflejar su dicha? Mas, por otra parte, si todo en el deber fuese gustoso ¿qué promovería en una criatura falible la elevación de miras, cómo se manifestaría la fuerza que la santidad del Criador tiene de su misma infinidad? Después de la culpa original, es decir, habiendo en nosotros contrarias inclinaciones, es menester que la conducta virtuosa demuestre, por medio del sacrificio, que se inspira en una intención superior al gusto sensible ó al vil interés. Supuesta la existencia de hombres malos, deben servir para hacer brillar la justicia de los buenos; el sufrimiento es el crisol de donde sale probada la virtud humana; las contradicciones y persecuciones de los malos preparan los laureles á los mártires.

En el alma de Jesucristo se manifestaba, en su más alto grado, el misterioso enlace del sufrimiento con la felicidad. Aquella alma no dejó de tener ante los ojos la vista de Dios y la vista de la cruz; gozó constantemente de la visión beatífica, y sufrió constantemente la perspectiva cierta de los más atroces tormentos. Durante toda su vida mortal, saboreó el Salvador juntamente todos los gozos del cielo y todas las penas de la tierra. Y á la verdad éste es un nuevo título para probar que la belleza moral es una mezcla de consuelos y dolores, y que tal belleza no puede ser perfecta sin parecerse á la de Jesucristo.

2. He aquí por qué recibió María, más que nadie en este mundo, el sello del gozo y del dolor. Aunque exenta del pecado original y de la lucha interior, ha de ver su mérito y la hermosura de sus acciones realizados por costosos actos, y su vida, más que ninguna otra, debe conformarse con la de Jesucristo. Desde antiguo han admirado los santos, en la Madre de Dios, el supremo dolor unido al supremo consuelo (1). ¿Quién cómo ella poseyó á Jesús y gozó de El? ¿Y quién sufrió más por Jesús desde la profecía de Simeón? ¿Qué fe hubo más viva que la de María y más capaz de reemplazar acá abajo la visión? ¿Y quién como la Madre de Dios suspiró y gimió por el cielo? ¿Quién gustó como ella del beneficio de la redención, y quién lloró como ella la pérdida de las almas? Un mismo amor la hacía así apurar la copa de todas las delicias y el cáliz de todas las amarguras.

II. La alianza del sufrimiento con el consuelo hállase también en la vida de los santos. San Pablo nos dió su forma clásica al exclamar: «*Sicut abundant passiones Christi in nobis, ita per Christum abundat consolatio nostra..... Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra*» (2). En la misma proporción en que abundan los sufrimientos de Cristo en nosotros, abundan nuestros consuelos por Cristo..... Rebose de gozo en todas mis tribulaciones». Los santos, consolados por parte de Dios y del cielo, debieron sufrir por parte de la tierra y de los hombres.

No nos maraville, pues, tener que pasar por dolorosas pruebas. Al contrario, declarémonos como San Pablo, dispuestos á todo, á la abundancia como á la

(1) Véase por ejemplo el 3.^{er} sermón de S. VICENTE FERRER († 1419) en la Natividad de Nuestra Señora.

(2) 2.^a Cor. I, 5; VII, 4.

escasez (1). Mas, á fin de alcanzar este objeto, unámonos íntimamente con el principio de todo bien, Dios, por las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, y hagámonos superiores á las criaturas, cuya imperfección es principio de todo mal.

III. La consagración de la inmutabilidad.—I. La santidad de Dios importa la inmóvil posesión de todo bien. La belleza moral debe ser coronada por la estabilidad. María estuvo de tal modo revestida de la gracia de Dios, que tuvo en el bien una fijeza, formalmente tan grande como la de los ángeles y bienaventurados del cielo, y producida por una imperiosa necesidad. A un bienaventurado del cielo le repugnaría menos faltar, que á la Madre de Dios y esposa del Verbo. La pureza de María, inmediatamente inferior á la del Verbo, alcanza lo sumo de la pureza creada.

II. Comparemos con esta fijeza en el bien, nuestra inconstancia, y procuremos remediarla con la humildad, la confianza en Dios y los ejercicios que fortalecen la voluntad.

COLOQUIO

Fijemos nuestras miradas en María y maravillémonos de tanta hermosura. Retirémonos como encantados de esta santidad, después de haber sosegadamente pedido tener en ella alguna participación. «*Vitam praesta puram.* ¡Oh María, concédenos una vida pura!»

(1) Philip, IV, 12.

SÁBADO CUARENTA Y DOS.—*Incorruptibilidad gloriosa del cuerpo de María*

Plan de la meditación.—Pasando, después de algunas reflexiones generales, de la consideración de nuestra Madre á la de nosotros mismos, meditaremos primero sobre *la muerte y la corrupción*; después sobre *la preservación de que fué objeto el cuerpo de la Madre de Dios*; finalmente sobre *nuestra futura libertad de la corrupción*.

MEDITACIÓN

«*Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*»
(Ps. XV, 10).

No entregarás á la corrupción lo consagrado á ti (1).

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémonos ver á María en lo más alto del cielo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de crecer en admiración por María y de disponernos, por una vida enteramente santa, á la incorruptibilidad de la vida futura.

I. La muerte y la corrupción.—I. 1. La muerte, esta penosa división y disolución de nuestro ser, no está fatalmente destituida de mérito y de gloria. Como nos lo ha mostrado Jesucristo, la derrota puede contener el triunfo; la victoriosa puede ser vencida al mismo tiempo en que reporta el triunfo. Espléndida es la victoria del mártir, que sacrifica su vida á la vida

(1) Aplíquese literalmente este texto al cuerpo del Salvador y, por analogía, al de su Madre.

eterna; completa es la victoria del cristiano sobre toda la vida presente, cuando sin pena la abandona, lleno del espíritu de Cristo, á quien muriendo imita, corriendo á un porvenir que rebosa en promesas, y bendiciendo al Dios de amor cuyo decreto acepta; magníficamente fecunda es la victoria de quien se inmola por el prójimo, por la patria, por la Iglesia.

Todas estas glorias halláronse reunidas en la muerte de Jesucristo. Ninguna más voluntaria, más dolorosa, más noble, ni más útil. Quiso morir por amor á su Padre (1), y al morir, ofrécele un sacrificio perpetuo, sólo digno de Dios, á quien su tránsito procuró infinita gloria, mientras que para el mundo todo, era la libertad y la salvación.

2. Pero la muerte es seguida de la más completa destrucción del cuerpo; pura humillación históricamente vinculada al pecado, sin mérito y sin gloria.

II. Coloquémonos frente á frente de este primer término de nuestro destino.

1. *Moriremos.* No muramos sin gloria. Muramos haciéndonos superiores á la vida que dejamos, unidos á Jesucristo moribundo, fija la mirada en la vida en que entramos, edificantes aun en nuestra muerte. Estudiaban los gladiadores el modo de morir con gracia, á los ojos de un pueblo que acompañaba su agonía con aplausos; algunos filósofos supieron morir como sabios, con fría resignación, tocada de cierto orgullo: sea nuestra muerte humildemente cristiana.

2. *Nuestro cuerpo convertiráse en polvo.* Aceptemos un castigo que tenemos bien merecido, y cuya pena viene por otra parte endulzada por un pensamiento de fe, á saber, que si nuestro cuerpo terrestre y mise-

(1) Joan. XIV, 31.

nable perece, es sólo para resucitar glorioso y digno del cielo. «Sembrado como semilla entregada á la corrupción, informe y vil y privado de movimiento, después de una existencia animal resucitará incorruptible, glorioso, lleno de vigor y dotado de una vida espiritual» (1).

II. Muerte é incorruptibilidad de la Madre de Dios.—I. Sobre la muerte de María se cierne cierta duda que no nos toca desvanecer.

Mas si, como es más probable, María murió, su muerte fué la más bella, la más gloriosa después de la de Jesús. Murió, no sólo con amor, sino por amor. El fin de su terrenal existencia, precedido de un martirio meritorio y á todos nosotros provechoso, llevó el sello de una íntima semejanza con la muerte de Jesús, y fué tan dulce, que ha recibido el nombre especial de *Sueño*.

II. Aunque la muerte de María haya podido parecer incierta, ningún autor católico pone en duda que fué preservada de la corrupción. Todos sin titubear lo afirman y dan de ello, fundados en los Padres, cuatro razones (2).

1. *Razón legal.* La corrupción sigue á la muerte en cuanto ésta es pena del pecado. María, exenta de toda mancha, no debió pasar por la muerte como por una pena.

2. *Razón teológica.* La *Maternidad divina*, santificando la carne de María, imprimió en ella un sello de inmortalidad. ¿Cómo, pues, admitir de ningún modo, que un cuerpo, de tal manera santificado por la divinidad, sea reducido al estado de podredumbre? ¡Oh! no; lejos de tener que verse apartado de los ojos de los

(1) 1.^a Cor. XV, 42-44.

(2) Seguimos en esta división á PASSAGLIA, *De Immaculato Conceptu* n. 1473 ss.

hombres y de ser un espectáculo repugnante á los sentidos, debía alegrar los ojos de los ángeles y de los escogidos y brillar entre las innumerables maravillas del cielo.

Esta preservación forma también parte de la deuda de gratitud y honor que quiso el Verbo divino pagar á su Madre.

3. Razón *providencial* (sacada de la economía del plan divino). María, meditemos bien este punto, es constituida Madre de la gracia y de todos los frutos de la gracia. Pues bien ¿si ella los da á los demás, no gozará de ellos de un modo absolutamente privilegiado? Ahora bien, entre estos frutos cuéntase la futura incorruptibilidad de los cuerpos. ¿Cómo María, unida con el principio de toda incorruptibilidad, que bajó á su seno para comunicarse por ella á la humanidad, hubiera podido sufrir los daños de la corrupción?

¿No estaría esta corrupción en pugna manifiesta con el conjunto del plan divino?

4. Razón de *analogía*. a) María redimida de un modo más excelente que el resto de los hombres, debe también de un modo más excelente participar de la incorruptibilidad del cuerpo de Cristo. b) Dios que prescribió que el antiguo tabernáculo fuese construído de madera reputada incorruptible, siendo así que sólo fué figura de María, no hubiera velado por la preservación del tabernáculo vivo que destinaba á su Hijo? c) Conservó Dios milagrosamente la virginidad de María. El cuerpo intacto y puro no está sujeto á la ley de la corrupción.

II. Profundicemos bien en la certeza del privilegio de María. Desde que se fijó sobre este punto la atención de los Padres, proclamaron con **ANDRÉS CRETENSE** que si «el seno maternal fué conservado

intacto, la carne de la Virgen difunta no pudo perecer» (1). Ningún doctor ha osado ni aun dudar de esta inmunidad. «La piedad católica clamaría ante la idea de que la carne de María haya podido ser presa de los gusanos» (2). Este privilegio, más que una congruencia, es una necesidad de conveniencia; y, por cierto, más verdadero que el de la Asunción. Con tal de que los santos despojos permanezcan enteros, aguardando su glorioso despertar, su resurrección anticipada es menos esencial á la honra de María. Concíbese, en rigor, el retardo de algunos instantes. De algunos instantes, decimos, porque los siglos no son más que momentos delante de Dios y comparados con la eternidad.

III. Nuestra inmunidad de la corrupción. — I.

¿Por qué se convierte en polvo nuestro cuerpo?

1. Porque es un principio de pecado.

2. Porque sus deseos le mantienen demasiado lejos de Dios. Ninguna aspiración le lleva á la fuente de toda incorruptibilidad. Inclínase hacia la tierra y naturalmente cae y es absorbido.

3. Sobre todo, porque está inficionado de rastro de concupiscencias (3). En el hecho de condescender con placeres viles, hállase como la raíz y el principio de la asquerosa corrupción. Este paralelismo entre la corrupción y el placer, de tal modo lo com-

(1) Ὡς γὰρ τικτούσης ἢ νεκρῆς οὐ διεφθαρτο, οὕτω θανούσης ἢ σάρξ οὐ διολώλεν, *Sermón 2.º del sueño de la Virgen Santísima*. (M., P. G., t. 37, col. 1081).

(2) Pud... sacratissimum corpus escam vermibus traditum... sentire non valeo... *Tract. de Assumptione B. M. V.*, que fué atribuido á SAN AGUSTÍN, c. 6. (M., P. L., t. 40, col. 1146).

(3) Véanse sobre esto las hermosas consideraciones de BOSCHET, sermón 1.º sobre la Asunción, 2.º punto.

prende el sentido cristiano, que una antigua leyenda hacía pasar por incorruptible el cuerpo de San Juan, por ser el apóstol virgen.

II. Preparémonos, pues, á tomar de la corrupción una gloriosa revancha, mediante una vida enteramente exenta de pecado; volvámonos á Dios todo lo posible y, sobre todo, triunfemos de los malos apetitos.

COLOQUIO

Recordemos las conmovedoras palabras con que el Apóstol, después de anatematizar la ignominia de los hombres que no tienen pensamientos y afectos sino para la tierra, oponía á esta vileza el ideal cristiano: «En cuanto á nosotros, profesamos una vida celestial» (1). Allá está nuestro corazón, allá todos nuestros afectos. Después de excitarnos á un gran deseo de fomentar tan levantadas miras, pidamos á María que nos ayude á realizarlas. *Ave María.*

SÁBADO CUARENTA Y TRES.—La gloria esencial del alma de la Madre de Dios

Plan de la meditación.—Tomando desde ahora parte en la triunfante alegría de nuestra Madre, aprendamos de ella á alcanzar éxitos mejores que aquellos cuya incierta probabilidad desean los hombres en su mayor parte. En esta meditación, fijaremos nuestras miradas en la *bienaventuranza esencial* que el alma de María halla *en Dios*, primer punto; *por Jesucristo*, segundo punto.

(1) Philipp. III, 19-20.

MEDITACIÓN

«*Ersultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*»

(Luc. I, 47).

Alegróse mi espíritu en Dios, mi Salvador.

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos la gloria del cielo, en que María es la más próxima al trono de Dios.

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de gustar santamente de esta bienaventuranza esencial del alma de María, á fin de poner todo nuestro bien en Dios.

I. **Triunfo en Dios.**—¿Quién podrá decir lo que pasó por el alma de María, la más perfecta de todas las criaturas, cuando alzó el vuelo hacia Dios, para sumergirse y abismarse en el océano de la infinita felicidad? ¡Oh gozo pleno, siempre entero y siempre nuevo, gozo que siempre satisface sin jamás cansar; gozo demasíadamente grande para ser naturalmente posible á quien no sea Dios; gozo de Dios convertido, por un prodigio inefable, en gozo del hombre sobrenaturalizado y elevado! Este inagotable río de verdad y de amor derrama la abundancia de sus aguas en el corazón de María, ó mejor, el alma de María se anega deliciosamente sumergida en él. ¿No se ha dicho, por ventura, que todo escogido *entra en el gozo de su Señor?* (1)

Si este espectáculo nos arrebatara, contemplémoslo en silencio por algún tiempo, y luego, dichosos con la dicha de nuestra Madre, felicitémosla de todo corazón. «*Regina caeli laetare, alleluia!* ¡Reina del cielo alégrate!»

(1) Matth. XXV, 21.

II. También nosotros estamos llamados á triunfar en Dios. De El nos viene el ser, y á pesar de nuestra pequeñez, dignase su bondad convidarnos á un destino también sublime. Todo lo hemos recibido de Él, todo debemos esperar de El, y en efecto lo recibiremos todo, si no queremos pertenecer más que á El.

¡Con cuánta razón clamaban los santos: *Dios mío y mi todo!* (1) ¿Hemos profundizado el sencillo, pero verdadero sentido de estas palabras? Mi todo es Dios, porque es todo bien en mí, y todo bien alrededor de mí, y nada hay bueno sino en cuanto es participado de Él. Para ser perfectamente mi todo no le falta sino ser libremente escogido por mí. Escojámosle en efecto. ¿Por qué dudamos en pasar por encima de toda criatura, para subir á Él? Suyos somos, según la medida de nuestra caridad.

II. **Triunfo por Jesucristo.**—I. 1. ¡Qué dicha para una Madre ver de nuevo á su hijo! ¡Qué dicha verle en el colmo de la gloria y de la felicidad! ¡Qué dicha verle, invitada y compelida por Él mismo! ¡Qué dicha verle para ser por Él asociada á su felicidad y á su gloria! ¡Qué dicha!... Multipliquemos así cuanto queramos los dichosos aspectos de que puede estar revestido el reencuentro de la mejor de las madres con el mejor de los hijos, pues nuestra imaginación jamás llegará á la realidad, ni representará los gozos en que abunda la celestial entrevista de Jesús y María. Mas, á pesar de esta impotencia, apacentaráse nuestra devoción deliciosamente con lo que llegue á alcanzar.

2. Al ver María á Dios, ve también á su Hijo. Ve su divina naturaleza en la felicidad en que se abisma,

(1) Frase habitual de San Francisco de Asís.

y conoce también su naturaleza humana, cuya felicidad aumenta su bienaventuranza.

a) Abísmase en la felicidad de la naturaleza divina. Trueque sublime, celebrado por BOSSUET (1). María había admitido á su Hijo en su seno y en su pobre casita; Él la admite en su palacio y en el seno de su divinidad. El habíase abatido hasta ella; y ahora levántala á sí. Ella le había alimentado con su leche y luego con su pan; ahora es Él quien va á alimentarla en la mesa de las bodas, en que ocupa Ella el primer lugar entre los escogidos. ¡Oh cuán divinos manjares le sirve, y con qué divino licor la embriaga! He aquí esta bienaventuranza considerada bajo uno de sus aspectos.

b) Desplégase por otra parte ante sus ojos, como ante los demás santos, la gloria de la humanidad del Verbo. Pero, mejor que todos ellos, no ve Ella solamente en Jesucristo su cabeza y su mediador, sino también su propia obra. ¡Cuánto más íntima es su participación en la felicidad de Cristo!

II. 1. A pesar de la gran distancia que nos separa de la Madre de Dios, nos está prometida la misma recompensa esencial. El Señor de todo lo criado quiere también servirnos por sí mismo, en su reino, en cambio de los humildes servicios que se digna aceptar de nosotros (2).

2. ¡Qué dicha para nosotros, ser también de Dios por Jesucristo! Jesucristo es nuestra gloria y bienaventuranza.

3. En la vida presente podemos recibirle en la

(1) Sermón 1.º sobre la Asunción. Exordio.

(2) ¡Qué expresiones las del Evangelio: *Amen dico vobis quod praecinget se (Dominus), et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis*. Os digo de verdad que el Señor se ceñirá y los hará sentar á la mesa y los servirá! (Luc. XII, 37).

comuni6n, vivir de su vida por la gracia sobrenatural, y santificarnos como miembros suyos, haciéndole así perpetuarse en este mundo.

4. El cristiano es otro Cristo. Cada alma, salvada por nuestro celo, nos asegura por toda la eternidad algo del gozo que María experimenta en contemplar á su Hijo benditísimo, como obra suya personal.

COLOQUIO

En el coloquio con que termina la meditaci6n, felicitemos á María por su gloria, y tributemos por su medio á Dios vivas acciones de gracias por nuestros sublimes destinos. Roguémosle nos alcance la gracia de llevar una vida algo menos indigna de semejante vocaci6n. *Ave María.*

SÁBADO CUARENTA Y CUATRO.—La gloria completa de la Madre de Dios, según el alma y según el cuerpo

Plan de la meditaci6n.—Cantemos gozosos con la Iglesia: «María subió al cielo» (1). María toda entera; no su alma solamente. Vamos á tratar de este completo triunfo de María, que ninguno de los fieles pone en duda y que muchos esperan ver propuesto un día á la fe de todos. Siguiendo el orden general de esta parte investigaremos primero las *pruebas teológicas* de la Asunci6n, para hacer resaltar luego el *incomparable honor* de ella, y sacar en el tercer punto, para bien de nuestras almas, *consecuencias prácticas.*

(1) Antífona de Laudes del Oficio de la Inmaculada Concepci6n.

MEDITACIÓN

«*Et apertum est templum Dei in caelo, et visa est arca testamenti ejus in templo ejus*» (Apoc. XI, 19).

Y abrióse el templo de Dios en el cielo, y se vió en este templo el arca de su testamento.

1.^{ER} PRELUDIO. Veamos á María subiendo al cielo por virtud de su cuerpo glorioso. Los ángeles la introducen hasta el trono de Dios y de su Hijo Jesucristo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de comprender la dicha inestimable de María y de disponernos, por una santa vida, á participar de ella algún día.

1. Certeza de la completa bienaventuranza de María.—1. La gran *demonstración* de que María fué asunta al cielo en cuerpo y alma, se halla en la conformidad unánime y secular de la Iglesia y de los fieles en confesarlo y celebrarlo. Hace ya más de mil años que, del modo más explícito, el universo entero solemnemente reunido en festivas asambleas, tributa gloria á Dios, porque, no contento con haber dispensado al alma de María una gloria plenísima, quiso, por una resurrección anticipada, llamar también al cuerpo á los puros goces del paraíso. ¿Cómo podría resultar vana esta manifestación? ¿Cómo dudar de que el concepto de María, tal cual Dios lo ha legado á su Iglesia, incluya también su corporal Asunción?

2. Muchas *razones teológicas* vienen á reforzar esta primera demostración.

a) Desde el principio de las sagradas Escrituras, ya en el protoevangelio, hemos reconocido á María y á su Hijo Jesucristo, en la mujer y su prole, á quienes

una enemistad completamente victoriosa separa del demonio y del pecado. ¿Sería tan completa esta victoria, sin una pronta resurrección? Podría la muerte sin duda herir á María como hirió á Jesús; mas sin dominarla. Convenía que María, apenas caída en manos de la muerte, se viese libre de sus brazos y se manifestase exenta, en el momento mismo en que parecía sujeta á la servidumbre.

b) En el *apocalipsis* representa San Juan á la Iglesia de Cristo, bajo la figura de María (1). Y qué ¿hay qué pensar que buscó en una cosa muerta, una imagen con que pintar el brillo de la vida? ¿No ofrece acaso á sus ojos más que unos despojos inertes y fríos? ¿No proclama, por el contrario, viva y triunfante en el cielo á aquella, á quien nos muestra como vestida del sol y coronada de doce estrellas?

c) Hemos visto que la Madre de Dios fué ciertamente preservada de la corrupción del sepulcro. ¿Pero no hay un lazo de unión íntima y casi necesaria entre la incorruptibilidad y la anticipada resurrección? ¿No es éste el razonamiento de San Pedro en los *Hechos apostólicos*? «El sepulcro, dice, no podía guardar á Aquel de quien David había dicho: no sufrirás que tu santo se vea sujeto á la corrupción (2).

d) La tradición nos muestra á María como á segunda Eva colocada al lado del nuevo Adán. Mas, si María no estuviese en el cielo en cuerpo y alma, en vano sería buscar á esta Eva viva junto al nuevo Adán, lleno de vida y de gloria.

e) María parió y alimentó al Salvador, por medio de su cuerpo. ¿Podía, pues, este cuerpo estar mucho tiempo excluido de la gloria?

(1) Apoc. XII, 1.

(2) Act. II, 24-27.

f) Finalmente, como esposa del Verbo (1), debía hacer vida común con su celestial esposo; como modelo y ejemplar del cristiano, debía mostrar ya en su persona, cuanto podemos esperar en la eternidad.

II. En este punto bastará comprender bien las razones de este nuevo y magnífico privilegio, para ofrecer á nuestra Madre las felicitaciones más ilustradas y convencidas.

II. Honor incomparable de la Asunción.—I. 1. Poco es, para el cuerpo de María, revivir; es menester que se revista de una belleza y esplendor dignos de su inmortalidad, dignos de un alma divinizada en la bienaventuranza. ¡Ah! ¿cómo celebrar dignamente las maravillas de esta materia, que domina á la materia, que ignora su peso, que vence todas sus resistencias, que desafía todas sus hostiles fuerzas, para lanzarse rápida y sin obstáculo á través de los mundos, rodeada de inauditas, aunque siempre santas delicias, y resplandeciendo con maravillosa luz?

2. Después de contemplar esta gloria del cuerpo, veamos á María toda entera; en su hermosura y su descanso del cielo. En estos momentos, no hay peligro de que el regocijo altere la pureza de intención, ya que, derivado de Dios y querido por Dios, no puede dirigirse sino á Dios.

El alma no debe ya aguardar el complemento de su felicidad esencial, sino que, dichosa en sí misma, lo es también en todos los miembros del cuerpo que fué su instrumento.

3. Es también una honra compartir este privilegio con Jesucristo. Hay en el cielo dos humanidades com-

(1) Veremos después que María más exactamente se llama esposa del Verbo, que del Espíritu Santo.

pletas, dos corazones humanos, que se comprenden, que se aman, que santamente palpitan de gozo: el corazón de Jesús y el de María.

II. Admiraremos este complemento de la figura que se nos describe en la primera página de las sagradas Escrituras. Anúnciase allí á una mujer con su Hijo, y después de muchos siglos, la reconocemos primero bajo los rasgos de una humilde Virgen, que unos pobres pastorcillos encuentran con su Hijo en los brazos, á quien regalan los magos con sus presentes, á quien persigue la envidiosa crueldad del rey Herodes; y luego bajo el aspecto de una Madre afligida, desolada ante la cruz de que pendía su Hijo; mas ahora es la gloriosísima soberana, que el mismo Hijo asocia á su victoria.

Complazcámonos en insistir sobre esta gloria y esta dicha de María, y multipliquemos las felicitaciones.

Aprendamos igualmente, que las fases penosas y humildantes de la vida actual, preparan gloriosas compensaciones en la vida futura.

III. **Consecuencias prácticas.** — I. ¡Qué dicha tan grande fué para el cuerpo de María verse libertado de la tierra, que debía cubrirlo y absorberlo! Nuestro cuerpo, retenido por su peso, no puede materialmente escapar de la tierra que lo sustenta; pero podemos libertarlo de los terrenales deseos. ¡Ah! ¡esos deseos! Preséntanse primero, como el mismo cuerpo, con la gracia y frescura de la juventud; mas ¡ay de aquel que ciegamente los sigue! Muy pronto se convierten en degradante lodo, para desaparecer finalmente en un espantoso vacío. Por el contrario, combatidos y despreciados por superiores aspiraciones, estos mismos deseos dejan abierto un camino de nobleza y de honor, tan lleno de bienes, que desde ahora da ya

á gozar una cierta y real felicidad, en vez de un placer vano; y á más de esto ofrece la ventaja de que, en la última hora de la presente vida, no hay que abandonar una multitud de inútiles concupiscencias, ninguna de las cuales sobrevive al cuerpo.

II. Meditemos bien esta ley; ó el alma atrae al cuerpo á su propia dicha, ó el cuerpo arrastra al alma á su ruina. ¡Cuán fatal es el cuerpo para sí mismo y para el alma, si se siguen sus instintos! Las llamas del infierno llegan hasta el espíritu. El cuerpo vencido y ya dócilmente sujetado, sigue al alma en el camino, penoso á las veces, del deber; mas es para seguirla también en la perfecta dicha, y ver redundar en sí mismo la eterna bienaventuranza.

A nosotros toca ahora escoger de un modo decisivo. ¿Optamos por imitar á los pecadores, que se pierden y á los tibios que se exponen, ó bien á los santos que por un camino seguro conquistan un puesto de honor?

COLOQUIO

Gocémonos con María, y dirigiéndonos sucesivamente á esta buena Madre, luego á su hijo divino y finalmente al Eterno Padre, roguémosles instantemente que infundan y acrecienten en nuestra alma este feliz imperio sobre los sentidos, que nos garantice la dignidad en la vida presente y la dicha en la futura.

*Ne mens gravata crimine
Vitae sit exul munere
Dum nil perenne cogitat
Seseque culpis illigat.*

*Caeleste pulset ostium
Vitale tollat praemium
Vitemus omne noxium
Purgemus omne pessimum (1).*

(1) Himno del oficio del domingo, á Visperas.

«Que nuestra alma gravada por la culpa—No sea excluída del don de la vida—Mientras que nada eterno piensa—Y se enreda con pecados—Que llame á la puerta de la celestial morada—Que alcance el premio de vida eterna—Evitemos todo pecado—Purifiquémonos de la iniquidad.»

SÁBADO CUARENTA Y CINCO.—Triunfo de la Madre de Dios sobre el infierno y sobre el mundo

Plan de la meditación.— Después de las victorias esenciales, que aseguran á María la gloria eterna de alma y cuerpo, veamos de considerar otras victorias, que vienen á completar su triunfo. En esta meditación, veremos á María triunfar del *infierno*, de la *herejía* y del *corazón de los hombres*.

MEDITACIÓN

«Pulchra es amica mea, suavis et decorá sicut Jerusalem, terribilis ut castrorum acies ordinata.»
(Cant. VI, 3).

Hermosa eres, amiga mía, suave y linda como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginémosnos á la Virgen Santísima con el triunfal aspecto con que se la pinta Inmaculada. El infernal dragón retuércese á sus pies con impotentes convulsiones.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de imitar á la Virgen en sus victorias, y prepararle también gloriosos triunfos en nosotros mismos.

I. Triunfo sobre el infierno.—I. Hemos ya meditado el gran triunfo inicial que reportó María en su

Concepción Inmaculada. Este primer triunfo fué el comienzo de más brillantes victorias interiores y exteriores.

1. *Victorias interiores.* El triunfo moral de María fué absolutamente completo. María se nos muestra impenetrable, no sólo al pecado, sino aun á la tentación. Ni por un instante logró el demonio empañar la belleza de su alma, ni siquiera llegó á intentar ningún interior asalto. Tal es el triunfo moral de nuestra Madre.

2. *Victorias exteriores.* ¡Cuán completamente abatido quedó el demonio! Es astuto, es físicamente fuerte, es orgulloso; pero sus astucias salieron vanas; ignoró la maternidad divina de María y el plan de la redención. Condújole esta ignorancia á aquella torpe persecución de Jesucristo, que debía terminar en la completa ruina del infierno (1). La fuerza del demonio volviósese también contra él mismo, y su aparente éxito, fué su derrota: María, vencida con su Hijo en el Gólgota, triunfó con este mismo Hijo. Este rescata al género humano; y María es para con él medianera de la gracia. El demonio, humillado en cada alma que se le escapa, verá definitivamente confundido su orgullo en el juicio final; y allí María aparecerá junto á su Hijo, rica como Él con todos los despojos del infierno. En suma, nada pudo el demonio contra ella, y le espera todavía, para el momento del juicio final, la confusión de oír proclamar á la faz del Universo su tremendo descalabro.

II. Estamos llamados á reportar análogo triunfo bajo la égida de María. El demonio es el autor de todo mal moral, y puede serlo también del físico.

(1) Véase sobre este punto la hermosísima glosa de SAN LEÓN MAGNO, sermón XI, sobre la Pasión c. 3. (M., P. L., t. 54, col 351).

Nuestra victoria sobre el mal moral debe consistir en arrojarlo de nuestros corazones, negándole todo asentimiento; nuestro triunfo sobre el mal físico debe consistir en servirnos de este mal, á fin de purificarnos y adquirir méritos para la gloria eterna.

¡Imprimamos profundamente en nuestro espíritu tan importantes máximas! Las instigaciones al mal ó á lo menos bueno; las excitaciones al placer, á la cólera, á la envidia, al rencor; todo cuanto estimula la pereza y la negligencia son otros tantos lazos más ó menos disimulados que nos tiende nuestro enemigo. Sólo entonces llega el hombre á alcanzar perfecta victoria, cuando dueño de sí mismo, independiente y libre de contrarios ejemplos, no escucha á sus pasiones ni al demonio, sino sigue siempre libremente los dictámenes de una razón no esclava de ningún indigno yugo. «Obedecer, dice San Pablo, es servir» (1). Obedecer á sugerencias menos buenas es aceptar su esclavitud.

Por otra parte, convertir todos los males y pruebas de esta vida en espiritual ventaja nuestra, es, á ejemplo de Cristo y de su Madre, hacer brotar la victoria del seno mismo de la derrota.

Examinemos nuestra conducta y nuestros progresos, y formemos saludables resoluciones de victoria y libertad.

II. Triunfo sobre la herejía.—I. 1. El mundo se divide en fieles é infieles. Los infieles, extraños á la religión de Jesucristo, no tanto debe decirse que atacan á María, cuanto que la ignoran y desconocen. Entre los falsos discípulos de Cristo, ó sea entre los herejes, es donde ha hallado María enemigos que la han

(1) Rom. VI, 16

presentado batalla. Veamos el triunfo alcanzado por María.

2. Inútilmente ha agotado el espíritu de la mentira y del error todos los recursos imaginables para vencer á María en el mundo. Negó su principal dignidad de Madre de Dios, para experimentar, en el concilio de Efeso, una aplastante derrota. Calumnió luego vanamente su virginidad perpetua, y la Iglesia canta en el universo entero la triple consumación de la virginidad de María, antes del parto, en el parto y después del parto. Aprovechándose hábilmente de especiosos pretextos, logró el gran adversario de María extraviar á doctores y santos para hacer creer que, á lo menos por un instante, había sufrido María su yugo; pero el dogma de la Inmaculada Concepción vino á destruir toda la trama de sus falaces argumentos. Bajo la máscara de un falso celo, hizo alegar el honor mismo de Jesucristo, para regatear honores á su Madre, y protestantes y jansenistas dirigieron por este lado sus esfuerzos. Trabajo inútil. María brilla en el firmamento de la Iglesia, envuelta en su manto de Inmaculada, juntando la majestad de Madre de Dios con la gracia y frescura de Virgen de las vírgenes, y rodeada del prestigio de su crédito universal.

II. Gocémonos en proclamar estos títulos de la Virgen, y en alcanzar sobre la herejía el triunfo que consiste en no participar en nada de su espíritu. Sea nuestra piedad ilustrada; pero al mismo tiempo sencilla y filial.

III. Triunfo sobre los corazones de los hombres.

—I. La más hermosa gloria externa de María es, á nuestro parecer, el triunfo que alcanza en los corazones y sobre los corazones de los hombres.

1. *Triunfo en el corazón de los hombres*, por los honores que recibe y las pruebas de amor que se le dan.

a) ¡Cuán universales honores externos se le tributan! ¿Quién contará los templos levantados á honra de María, sus santuarios, los libros escritos para vindicar sus prerrogativas ó inculcar su devoción, los discursos pronunciados para celebrar sus alabanzas? Lejos de menguar, estos honores van creciendo con las edades. El humilde fresco de las catacumbas, en donde María es propuesta como ejemplo á las vírgenes, se ha convertido en la estatua soberbia de la Inmaculada, que, sobre su triunfal columna (1), domina, juntamente con la cruz, la ciudad eterna.

b) Más magnífica aún que este brillo exterior es, para María, la indecible ternura que le atestiguaron los santos. ¡Qué aureola tan brillante forman á su alrededor las más luminosas lumbreras de la Iglesia: un San Eirén, el gran doctor de la Iglesia siríaca; un San Ambrosio y un San Agustín, los grandes doctores de la Iglesia latina; los Justinos, los Ireneos, los Epifanios, los Cirilos: en una palabra las más puras glorias de la Iglesia griega. ¡Cómo la amaban San Bernardo, San Anselmo y después de ellos todos los más ilustres representantes de la ciencia teológica de la edad media y de la moderna! ¡Cómo la amaba San Alonso y los santos jóvenes, tales como San Luis, San Estanislao, San Juan Berchmans y tantos otros, que no parecían respirar sino por María! Este simple rasgo de Santa Teresa lo dice todo: privada de madre siendo muy joven todavía, suplica á la Reina de los cielos que la

(1) *La columna dell'Inmacolata* levantada por Pío IX en 1854 después de la proclamación del dogma. Hállase en la prolongación de la plaza de España.

adopte por hija (1). Verdaderamente los santos han honrado y amado á María como á Madre.

2. ¡Y qué triunfos *sobre los corazones* de los hombres por la conversión y santificación de tantas almas! ¡Cuántos pecadores endurecidos hanse rendido á la gracia, al solo nombre de María! ¡Cuántos, después de resistir á todas las instancias, han cedido á un *Ave María rezada* ante ellos ó con ellos! ¿Qué digo? ¿No ha bastado la simple aplicación de una medalla (2) para que un pecador haya obtenido la omnipotente intercepción de la Madre de misericordia?

Y ¿no han afirmado los santos que María es la patrona de su santidad, y que la devoción á María es el camino más breve para la perfección?

II. Recurramos á María, según nuestras necesidades, ya para revivir espiritualmente, ya para perfeccionarnos.

COLOQUIO

Consistirá este coloquio en vivas felicitaciones dirigidas á María, suplicándola nos haga triunfar del mundo y del infierno y rogándola que acepte el filial homenaje de nuestro corazón. *Ave María*.

SÁBADO CUARENTA Y SEIS.—La gloria de la
maternidad espiritual

Plan de la meditación.—¡Qué asunto tan grandioso y dulce á la par nos ofrece esta meditación! Bien vale la pena de pedir con fervor á Dios que nos otorgue la gracia de que esta contemplación nos sea particu-

(1) *Vida escrita por ella misma*, c. I.

(2) Acordémonos de la medalla milagrosa.

larmente fructuosa. Desde el siglo IV hallamos atribuido á María el dulce nombre de *Madre de los vivientes*, y *Madre de los miembros de Jesucristo* (1). ¿Y qué cristiano hay, en nuestros días, que no guste de la que Lutero mismo llamaba gran dicha y singular consuelo, de tener á María por verdadera Madre suya? (2) Reservándonos el considerar más despacio, en la meditación siguiente, los dulces efectos de especial protección é intercesión, que de esta maternidad se derivan; trataremos al presente de profundizar en su hermosura, y comprender cuánto le cuadra á la Virgen este título y qué papel nos asigna para con ella. Veremos, pues, sucesivamente *la naturaleza y esplendor de la maternidad espiritual de María; las pruebas, la explicación teológica y las conveniencias* de esta maternidad; y finalmente *nuestros deberes como hijos de María*.

MEDITACIÓN

«*Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui?*» (Isai. XLIX, 15).

¿*Puede por ventura olvidarse una mujer de su hijo para no compadecerse del fruto de sus entrañas?*»

1.^{ER} PRELUDIO. Veamos el calvario. Jesús muere allí por todos, y María, uniéndose á este sacrificio, acaba de ser constituida Madre nuestra.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con las más vivas instancias la gracia de comprender mejor la espiritual ma-

(1) SAN EPIFANIO, *Haer.* 78, n 18, (M., P. L., t. 42, col. 727); SAN AGUSTÍN, *De sancta virginitate.* 6 (M., P. L., t. 40, 3, 9; Vindobon. t. 41, p. 239)

(2) B. CANISIO, *De Maria Virg. Deipara*, IV, 26. V. TERRIEN op. cit. t. 3, p. 75, nota.

ternidad de María y de concebir un verdadero amor filial para con la que tan verdaderamente es nuestra Madre.

I. Naturaleza y esplendor de esta maternidad.—

I. 1. *Naturaleza de esta maternidad.* La maternidad espiritual de María es un divino privilegio, concedido á la vez á María y á los hombres, por el cual la Madre de Dios es constituida Madre del género humano.

a) María, Madre de Aquel que nos mereció y trajo tanta gracia, ejerce ya, como tal, inmediata influencia sobre la misma gracia ó vida sobrenatural de todos los hombres: influencia que merece tanto más ser reconocida, cuanto que María no fué instrumento ciego en las manos de Dios, sino que formalmente consintió en dar al mundo el Salvador (1). Y aun dos veces le dió; primero en el misterio de la Encarnación, al aceptar ser Madre de Aquel que simbolizaba, en su nombre de Jesús, su obra redentora; después, en el misterio de la cruz, en que ratificó su inmolación por la salud del género humano. ¿Darnos así á Jesús, no equivale á dar dos veces la vida al mundo, engendrarnos espiritualmente y constituirse en Madre nuestra?

b) Merece también el dulce nombre de Madre, por el afecto especial hacia nosotros que le inspira la caridad. Cuánto más se ama á Dios y á Jesucristo, tanto más se ama á los hombres. Ved el amor de San Pablo á sus hermanos.

c) ¿Cómo dudar, además, de que nuestra adopción

(1) Nótese la diferencia que, por este respecto, separa á María como Madre de Cristo, de los padres de la Virgen; éstos ignoraban y, por consiguiente, no podían ratificar los destinos de su hija y del Hijo de ésta, Jesús.

por Jesucristo baste para que María nos adopte también por hijos?

d) Pero estas consideraciones tan bellas y tan conmovedoras, no nos dan sino una idea muy imperfecta de la maternidad espiritual de María. Llevemos más allá nuestras exigencias y pidamos á esta buena Madre que cumpla, en sentido espiritual, todas las condiciones que en sí contiene el verdadero concepto de maternidad. ¿Qué significa ser Madre? Es dar su propia substancia para formar á su semejanza otro ser, al cual se comunica la vida, y que llevará el dulce nombre de hijo. María será, pues, verdaderamente y según toda la fuerza de la expresión, espiritual madre de los hombres, si saca de sí misma esa vida superior para comunicárnosla y hacernos semejantes á sí.

2. *Esplendor de esta maternidad.* Si es en sí honroso y glorioso el ser madre, ¡cuánto supera la maternidad de María á toda otra maternidad humana!

a) La vida que María nos comunica es infinitamente superior á toda vida natural. — *b)* La intervención de María es más noble, porque es plenamente consciente y voluntaria. Los padres ignoran el efecto de su acción: María conoció y quiso el de su maternidad. — *c)* Su ministerio natural es más extenso y duradero. En el orden físico, el niño cesa muy pronto de recurrir á la madre; una vez destetado, vive separadamente de ella y sin su concurso; pero espiritualmente nuestra dependencia no se acaba nunca, siendo preciso que nuestra Madre nos alimente siempre. La maternidad espiritual importa constantes y no interrumpidos beneficios. — *d)* Mas, lo que eleva á su colmo la gloria de María, es que su maternidad espiritual la asocia á la obra de la redención y le vale el título de *Corredentora* del mundo. Y á la verdad, restituírnos la vida de

la gracia, equivale á rescatarnos de la servidumbre del pecado. Es cierto que el concurso de la Virgen es secundario y subordinado á la acción principal de Jesucristo; pero, con todo, ningún honor es comparable á éste, porque la redención es, en sí misma, la mayor de las obras que pueden ejecutarse.

II. 1. Ha colocado Dios en nuestro camino hombres, cuya acción nos fuese espiritualmente provechosa. Los padres cristianos tienen frecuentemente la dicha de engendrar, como dos veces, á sus hijos; son instrumentos escogidos por Dios para concurrir al nacimiento temporal y á la regeneración espiritual de aquellos que continuarán acá abajo su nombre y su misión. A la acción de los padres añádese la acción del sacerdote, del maestro, de cualquiera que influya benéfica-mente sobre el estado de nuestra alma. Estos son nuestros amigos verdaderos y grandes bienhechores. Recordemos nuestro deber de gratitud.

2. Sacerdotes, ministros de los sacramentos, gocémonos y gloriémonos de participar de esta espiritual maternidad. Este pensamiento nos alentará en nuestros trabajos y preservará de muchos peligros, inspirándonos hacia las personas, con quienes tratamos, un sentimiento de piedad análogo al de los padres, el cual engendra un respeto que aparta aun las mismas tentaciones.

3. Aunque no seamos sino simples fieles, todavía está en nuestra mano el que, mediante nuestras oraciones, consejos y buenos ejemplos, participemos de la gloriosa maternidad de María. Según el hermoso pensamiento de SAN AGUSTÍN, las vírgenes de Cristo son también madres de Cristo, en la fe que obra por la caridad (1).

(1) *De sancta virginitate*, 7 (M., P. L., t. 40, col. 399; Vindobon. t. 41, p. 240).

II. La prueba, la explicación teológica y las conveniencias de esta maternidad.—I. 1. *Prueba.* Esta espiritual maternidad debe evidentemente demostrarse por la tradición y la creencia de la Iglesia, y estos argumentos pueden conducirnos á una conclusión cierta ó solamente probable. Los santos de los primeros siglos nos presentan á María como á segunda Eva, Madre de los vivientes, Madre de una vida mejor que la comunicada por la esposa del primer Adán. En María ven el tipo de la Iglesia, en la cual y por la cual recibimos todos la gracia de Cristo. Los testimonios multiplicanse con los siglos. A partir del XII y XIII ¿quién, que haya ilustrado á la Iglesia por su ciencia y su piedad, ha dejado de proclamar la maternidad espiritual de María? Y en nuestros días, una de las primeras lecciones de toda madre cristiana á sus hijos es enseñarles que tienen otra madre allá en el cielo.

2. *Explicación teológica.* a) Trasladémonos al Calvario, en donde se ofrece un sacrificio de infinito valor, del cual Jesucristo es sacerdote y víctima, y nosotros todos el fruto. Los dolores y sufrimientos de Cristo son el penoso parto del género humano á la vida espiritual, conocido con el nombre de redención. Ahora bien, esta vida espiritual está calcada sobre la de Cristo. Jesús la saca de sí mismo para comunicárnosla; las oleadas de su sangre forman un río divino de vida sobrenatural, y así Jesucristo viene á ser verdaderamente nuestro Padre.

Notemos, sin embargo, que, aunque el sacrificio, acto supremo del culto público, requiere necesariamente un sacerdote, representante legítimo de la sociedad y acepto á Dios, para obrar en nombre de ella, recibe de la participación del pueblo un complemento accidental. Siendo ofrecido el sacrificio en nombre del pueblo,

parece más acabado y perfecto si éste concurre á él y se ofrece á sí mismo. El pueblo es aquí el género humano. Gracias á su naturaleza humana, puede Jesucristo ser nuestro sacerdote, al paso que, por su divinidad, tiene seguro acceso con Dios. ¿Quién, ó qué pura criatura humana va á representar al pueblo junto á ese sacerdote? Será María; María confundida con la víctima y tomando, en la inmólación, la parte que había antes aceptado Abraham en el sacrificio de su amado Isaac. María se confunde moralmente con la víctima, porque esta víctima es algo suyo; Élla le ha dado ese cuerpo sometido á los tormentos, y un indecible afecto interior la une íntimamente con su Hijo. Gracias á María, gracias á su afectuosa compasión, el género humano es verdaderamente herido en su cabeza, é inmólado con él, y Dios recibe el sacrificio del hombre-Dios y de los hombres.

Aunque María está en la víctima, no deja de estar en la acción que la inmola. ¿Para qué produjo ella esta víctima, para qué la alimentó, para qué la presentó en el templo? Para disponerla al sacrificio, cuya hora ha sonado ya. Ved, pues, á esta Madre, no sólo resignada á dejar obrar á Dios, sino activa, como en la Encarnación. Ved cómo María nos da la vida espiritual.

¿Y por qué camino llegará esta vida hasta nosotros? Mana de la cruz. ¿Quién está allí para recogerla? También, y siempre, María. En nombre del género humano ha participado del sacrificio; en su nombre y por él va á recibir la vida, que es fruto del sacrificio. Toda la virtud de la cruz pasa primero por el corazón de María, para de allí derramarse sobre el mundo. Y así nos comunica María una vida espiritual, que Ella ha tomado á la vez de Jesucristo y de sí misma. ¿No es, pues, verdaderamente nuestra Madre?

b) Podemos igualmente, con N. S. P. el Papa (1), añadir esta otra consideración: el Señor vino á este mundo para fundar en él su cuerpo místico, la Iglesia; esta Iglesia puede decirse concebida con Él en el seno de María; por consiguiente María, Madre de Jesús, es también Madre de la Iglesia, Madre de cuantos la componen.

¿De dónde, por otra parte, nace esta Iglesia? Del costado abierto de Jesucristo, bajo el símbolo del agua y de la sangre. De allí sale, merced á un sacrificio en que María toma parte. De allí sale, por obra también de esta Virgen y para ser inmediatamente recogida en un corazón, no otro que el de María (2). Repitámoslo, pues: venimos de ella en cuanto pertenecemos á la Iglesia.

3. *Conveniencias.*—Razones de armonía y de congruencia vienen á confirmar este razonamiento.

a) Plugo á Dios trazar el plan de nuestra regeneración conforme al de nuestra primera creación. Este designio coloca una segunda Eva al lado del segundo Adán, y parece requerir la intervención de los dos sexos en la obra de nuestra reparación, como en la creación.—b) La maternidad espiritual es una gloria que realiza á la maternidad divina y que Dios no pudo en cierto modo negar á su Madre.—c) Cristo representa y resume á toda la humanidad regenerada. Quiere ser el modelo de los hombres y que éstos sean otros Cristos. ¿No lo serán más perfectamente teniendo también á María por Madre?—d) Este honor de ser espiritualmente Madre de todos nosotros ¿no viene á ser una justa recompensa debida á María por sus méritos y por los dolores que por causa nuestra sobrellevó? En

(1) Encíclica *Ad diem illum*, 2 de Febrero de 1904.

(2) V. SCHREBEN, *Lehrbuch*, etc. 1. 5, n. 1811, 1825, 1826.

la vida espiritual, como en la natural, coloca Dios una madre amante al lado de un padre abnegado; no quedamos nunca huérfanos.

II. 1. Conviene adquirir una noción clara y precisa de esta maternidad. Gustemos de dirigir nuestra atención sobre este lazo tan íntimo que nos une á María, como en la tierra se goza uno en los gloriosos padres de quienes nació.

2. Saquemos de esta convicción una profunda gratitud con Dios y con María. ¡Cuán grande beneficio es, tratándose de nuestros intereses espirituales, poder contar también con el corazón de una Madre!

III. Nuestros deberes como hijos de María.—I. Si María es nuestra Madre, si de buena gana toma sobre sí las cargas de la maternidad, debemos nosotros en cambio, querer ser hijos suyos y arreglar nuestra conducta con lo que exige tan dulce título. La maternidad establece, entre el hijo y la madre, una amistad de un género particular. No habla el hijo á la Madre ni la ruega como hablaría á otra persona, aun la más bienhechora, ni como rogaría al amigo más benévolo. Del lazo especial que le une con su madre derivase un sentimiento particular, un lenguaje particular, un modo particular de pedir.

Nuestras relaciones con María deben llevar el sello de nuestra intimidad con ella. De esto tenían conciencia los santos devotos de María, y he aquí lo que explica su fervor, sus acentos, por decirlo así, apasionados; y he aquí también lo que nosotros, tal vez por demasiado tiempo, hemos ignorado.

II. Recobremos el tiempo perdido y, á la inteligencia de la maternidad de María, añadamos la de nuestros deberes. Luego, si disponemos nuestros corazos-

nes, los llenará la gracia ayudándonos á conducirnos como hijos verdaderos de María, lo cual será para nosotros como una nueva vida, una transformación de nuestras relaciones con la Madre de Dios.

COLOQUIO

Mejor instruidos sobre todo cuanto significaban las palabras de SAN ESTANISLAO, y acerca de todos los bienes y esperanzas que incluían, repitamos con él frecuentemente en el coloquio: *Mater Dei et Mater mea*; ¡Madre de Dios y Madre mía! Así subirá más fervorosa nuestra oración al cielo, y nosotros nos sentiremos más confortados, comprendiendo mejor cuán cierto es que, un hijo de María no puede perecer. *Ave Maris stella.*

*Jesus, tuam qui finiens
Matrem dedisti servulis*

*Precante Matre filiis
Largire caeli gaudia (1)*

«Oh Jesús, que á punto de expirar—Disteis vuestra Madre á los siervos—A los hijos, por intercesión de la Madre,—Dadles los gozos del cielo.»

SÁBADO CUARENTA Y SIETE.—Gloria de la Omnipotencia suplicante

Plan de la meditación.—Con la maternidad espiritual de María va enlazada la fuerza particular de una intercesión, que ha hecho tributar á la Santísima Virgen el hermoso título de *Omnipotencia suplicante*. Veamos sucesivamente el *valor especial* de la inter-

(1) Oficio de la manifestación de la Virgen Inmaculada (27 de Noviembre), citado por TERRIEN) *La Mère de Dieu et la Mère des hommes*, t. 3, p. 77.

cesión de María, su *universalidad*, y su *necesidad*.

MEDITACIÓN

«*Quid vis, Esther regina? Quae est petitio tua? Etiam si dimidiam partem regni petieris, dabitur tibi*» (Esther, V, 3).

¿Qué quieres, reina Ester? ¿Cuál es tu petición? Aunque pidieses la mitad del reino, se te daría.

1^{ER}. PRELUDIO. Consideremos, entre los esplendores del cielo, á María resplandeciente de gloria, intercediendo por nosotros. Si nuestra imaginación se ayuda de recuerdos sensibles, figurémonos estar orando á la Virgen en algún santuario, en donde todo nos habla de sus bondades.

2.^º PRELUDIO. Pidamos instantemente á Dios, cuya bondad tan liberalmente ha provisto á todas nuestras necesidades, se digne concedernos una más perfecta inteligencia de sus dones, para aprovecharnos de ellos más plenamente, á mayor gloria suya y honra de la que es, á la vez, su Madre y Madre nuestra.

I. Valor especial de la intercesión de María. —

I. 1. María posee en grado eminente la gracia santificante y la gloria. Si inferimos de esta excelencia una intercesión más eficaz que la de los otros santos, estamos en lo cierto, si bien no alegamos sino la menor razón del poder de la Madre de Dios.

2. Alegar el maternal derecho á mandar, es expresar metafóricamente el poder de María, sin descubrir su secreto ni dar la explicación de él. En efecto, aun en el orden humano, el hijo se emancipa al salir de la adolescencia, y la dignidad del Verbo encarnado

no es compatible sino con una obediencia enteramente voluntaria.

3. Busquemos en Jesucristo, en su soberana intercesión, la explicación del poder suplicante de su Madre. ¿No es acaso María la copia más acabada de su divino Hijo?

A la obra de la redención por Cristo está íntimamente vinculada su mediación. La una paga el rescate, la otra nos lo aplica y hace que nos aprovechemos de él. De la unión con la Persona del Verbo, resulta en Jesucristo una acción *teándrica* (1), que sólo puede pertenecer á un Dios hecho hombre. Esta actividad contiene una oración de infinito valor, como todo lo demás, y por consiguiente infinitamente digna de ser oída. Jesús, como Redentor de los hombres, hace, con su oración mediadora, que se derramen sobre ellos, que son sus hijos, las gracias cuyo manantial está en Él. Y como vinculó la redención á sus extremados sufrimientos y dolorosa muerte, quiere también que una oración penosa nos alcance los efectos de su mediación. El Apóstol nos conduce al huerto de las olivas y nos muestra á Jesús ofreciendo, con lágrimas y grandes clamores, súplicas infinitamente respetuosas, que hacen de Él nuestra gloriosa cabeza y nuestro eterno pontífice (2).

Apliquemos rasgo por rasgo todo esto á María, respetando, sin embargo, la distancia que separa siempre á la criatura, Madre de Dios, del Dios que se hizo hombre; al que es Cabeza del género humano, regenerado, y verdadero Padre nuestro, de la que Él se aso-

(1) *Teándrica*, es decir, *divino-humana*. En el lenguaje de los Padres llámase *teándrica* toda acción en que la humanidad y la divinidad de Cristo tienen juntas intervención ó influencia. Vide BILLOT, *De Verbo incarnato*, th. 30.

(2) Hebr. V, 7 ss.

cia para constituir la Madre nuestra; al gran Pontífice sacrificador, que tiene en sí mismo el principio de su poder, de aquella que, por los méritos y gracia de Él, es admitida á cooperar secundariamente á este sacrificio redentor. Hecha esta observación, podemos ya sin miedo proseguir el paralelo. Con el oficio de corredentora va íntimamente unida la particular mediación de María, Madre de Dios, esposa del Verbo, elevada por Él á inefables relaciones con la Santísima Trinidad toda entera; María pertenece á un orden superior y goza en él de un campo de acción, cuya dignidad está muy por encima de toda otra actividad puramente criada, y puede ejercerse, tanto en forma de oración, como de súplica. Como espiritual Madre de los hombres, su misión consiste en hacer llegar hasta ellos las gracias á cuya producción invitóla Dios á concurrir. ¿Y en dónde ejercerá este ministerio? En el Calvario, al pie de la cruz. Este es su Getsemaní. Aquí ofrece á su Hijo y da á luz á los hombres, y con lágrimas ruega por el género humano, acabando de atraer sobre nosotros las gracias del Redentor.

De este modo la súplica de la Madre de los hombres, aun siendo una oración ofrecida por Jesucristo y en Jesucristo, supera incomparablemente toda intercesión de los santos. Estos no ruegan, sino como amigos y siervos de Dios; ella pide, como gozando de mancomunidad de bienes espirituales con el Verbo, su esposo; y mientras que á los santos no podemos pedirles sino que rueguen por nosotros, en María reconocemos cierto derecho á disponer de las gracias, y por esto solicitamos de ella que tenga piedad de nosotros (1).

(1) *Peccatorum miserere*. Ten piedad de los pecadores, digamos con el *Alma Redemptoris*.

II. Dos direcciones podemos dar á las aplicaciones prácticas.

1. La especial dignidad que alcanzan las acciones y preces de la Madre de Dios, nos lleva á reflexionar también, sobre el particular valor de que están dotadas nuestras acciones, después que la gracia santificante nos ha elevado á la dignidad de hijos adoptivos de Dios. A esta nueva naturaleza corresponde una actividad superior y una fuerza especial de intercesión. ¡Qué diferencia entre las peticiones que elevamos á Dios como hijos suyos, y las que, en el orden puramente natural, le presentáramos como simples siervos! ¿No representa á Dios Padre, aquel padre del Evangelio que dice á su hijo amado y fiel: «Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo que es mío es también tuyo»? (2) ¡Qué confianza no nos inspiraría el recuerdo más actual de nuestra adopción!

2. Jesús y María hacen descender sobre nosotros las gracias por medio de una oración penosa, ofrecida con lágrimas y en el seno de la agonía. Esta consideración demostraba á los santos que debían también ellos, en sus oraciones por los hombres, unir la expiación voluntaria á la expresión de sus deseos. ¡Santa misión del dolor cristiano, bendecido por Cristo y que nos hace compartir con Él el honor de hacer bien y salvar las almas! ¿Tenemos nosotros el valor de reconocerlo y practicarlo? ¿Comprendemos que un apostolado sin sacrificio está condenado á la esterilidad?

II. Universalidad de la intercesión de María.—
La Medianera de gracia.—1. Podríamos, ante todo, recorrer con la mirada los dominios en que reina Ma-

(2) Luc. XV, 31.

ría por su intercesión. ¡Qué imperio tan extendido! *a)* En el tiempo, la influencia de María precede aun á su existencia misma. Dios previó la Medianera de gracia que quería asociar al Medianero de justicia, y todos los hombres, desde Adán, se han aprovechado de las oraciones de su grande bienhechora. *b)* En su duración, la protección de María empieza con cada uno de los hombres, le sigue hasta el fin de su vida en este mundo y no le abandona ni aun en el purgatorio. No solamente puede, como los demás santos, solicitar los socorros de los vivos por las almas de los difuntos (1), sino que su intercesión es directamente eficaz para consolarlas y aun librarlas. ¿No es por ventura ésta la persuasión del pueblo cristiano, alentado por la práctica de la Iglesia? *c)* En su poder, la intercesión de María no puede verse agotada por el número ni por la magnitud de las necesidades que socorre. ¡Cuán gloriosa nos parecería nuestra Madre en sus múltiples intervenciones, si continuásemos esta investigación!

2. Pero, más que un poder general para intervenir en favor de los hombres, tiene María una intercesión estrictamente universal. No es solamente la Omnipotencia suplicante, á la cual nada se niega; sino que, deseoso Dios de llevar al colmo los honores de su Madre, ha decretado que toda gracia pase por sus manos maternas, que todo beneficio, en el presente

(1) Es muy dudoso que las oraciones, separadas de toda satisfacción, alivien las penas del purgatorio. Los santos sacan provecho, sin embargo, de sus satisfacciones pasadas y solicitan la intervención de los vivos, en los cuales toda oración es también obra satisfactoria. Nosotros creemos que María puede igualmente disponer de las satisfacciones de los otros santos y aun solicitar de su Hijo la aplicación directa de las satisfacciones infinitas, acumuladas por El en el transcurso de su vida mortal. Véase sobre este alcance de la oración en general, SUÁREZ. *De poenitentia* d. 48, s. 5; BELARMINO, *De purgatorio*, l. 2, c. 15.

orden, sea concedido en vista de los méritos de Cristo y en vista de la intercesión de María, unida á aquellos méritos y tomando de ellos su valor. Como María es el lazo de unión entre la humanidad y el Verbo, es también la canal por donde pasan las gracias que descienden de Cristo sobre la humanidad. Hállase formulada esta aserción desde principios del siglo iv (1); tuvo gran resonancia en la Iglesia desde SAN BERNARDO, al cual, más cercano á nosotros, responde como eco glorioso SAN ALFONSO DE LIGORIO; leemosla sin restricción en los escritos de los tres Pontífices que en la cátedra de San Pedro hemos conocido (2). Y ¿no es natural consecuencia de las prerrogativas de María y de su misión, consecuencia que se echa de ver en todo cuanto la tradición y la Iglesia nos predicán de esta Madre incomparable? a) María nos ha engendrado á todos en espíritu; claro es que continuará alimentándonos, y que tendrá, en la distribución de las gracias, la parte que le ha asignado la Providencia en su producción. b) En el Calvario sufrió por todos, por todos oró, y mereció una influencia universal. Así como contribuyó al sacrificio de la cruz, así se une á Cristo glorioso para intervenir constantemente en favor nuestro. c) María es figura de la Iglesia. Ahora bien, nadie recibe gracia sin pertenecer á la Iglesia, á lo menos con el deseo, pues que toda gracia se saca del depósito confiado á esta esposa de Jesucristo, y ella solicita para

(1) Por medio de la lumbrera de la Iglesia Siriaca SAN EFRÉN. Véanse sus *Praecationes ad Virginem*. Opera graeco-latina, Romae, 1746, t. 3). Y no olvidemos que estos acentos pasaron á la liturgia oriental.

(2) Pío IX, *Ineffabilis* (promulgando el dogma de la Imm. Conc.) 8 de Diciembre de 1854; LEÓN XIII, C. *Octobri mense*, 22 de Septiembre de 1891; Su SANTIDAD Pío X, C. *Ad diem illum*, 2 de Febrero de 1904.

todos sus hijos, para todos los hombres que pueden llegar á serlo, la aplicación de los méritos de Cristo. María no está menos unida que la Iglesia á su divino esposo. ¿No recibió por ventura en sus brazos, al pie de la cruz, á esta misma Iglesia, y en su corazón el depósito de las gracias de Cristo? ¿No iguala, no supera su oración á la oración de toda la Iglesia? *d)* Finalmente, la intervención de María en la dispensación de las gracias, corona todas sus demás intervenciones en la economía de la redención. Negarla, es separar de algún modo, en el cielo, á esta Madre y este Hijo, que vemos tan unidos en la tierra, en los momentos principales en que se cumple nuestra redención. Confesarla es guardar para María el lugar que ocupó en el cenáculo, en la asamblea de los apóstoles y entre los primeros fieles: su oración contribuyó á hacer bajar sobre la Iglesia al Espíritu Santo, que personifica toda gracia.

II. 1. Consideremos gustosos el honor que á María resulta de esta universal intercesión. He aquí, pues, que en la Iglesia y, aun en el universo entero, toda grande acción aprobada por Dios, toda obra saludable, es al mismo tiempo una gloria de María. María triunfa en los confesores, en las vírgenes, en los mártires, en los apóstoles, en todos los santos, en las generaciones que la precedieron y en las que la siguen hasta el fin de los tiempos. Gocémonos por nuestra Madre. La plenitud de sus gracias es también una plenitud comunicativa. Todos reciben de ella, como todos reciben de Jesucristo.

2. Muchos hombres, deudores para con María, no conocen á su bienhechora. Nosotros la conocemos. Nuestro deber de gratitud es universal, como lo es el beneficio; y la culpable ó involuntaria ingratitud de la

mayor parte, debe también estimularnos á cumplirlo.

III. Necesidad de esta intercesión.—I. La intercesión estrictamente universal de María, adquiere un carácter de necesidad, que debe entenderse así:

1. Derívase enteramente de una disposición de Dios y de Cristo, conforme á la cual, la oración de María debe concurrir á la obtención de cualquier gracia. No la requiere ciertamente una exigencia de la justicia de Dios; pero es un efecto de su misericordia para con María y para con nosotros mismos. Esta oración, en efecto, desempeña un papel supletorio; suple nuestros defectos, llena nuestras lagunas, completa nuestra acción, y esto siempre en favor nuestro.

2. No exige que nosotros mismos imploremos cada vez la asistencia de María; pero hace que, al rogar á Dios, pidamos siempre de un modo tácito, á María, que apoye nuestra humilde petición, sin que podamos á sabiendas y voluntariamente excluir este auxilio, so pena de frustrar todos los efectos de nuestra plegaria.

3. Constituye á María, *Medianera de gracia y de intercesión*.

II. 1. Ante todo, debemos dar gracias á Dios por esta providencial atención, que le ha hecho añadir una Medianera de gracia al Medianero de justicia, aumentando juntamente nuestros títulos á ser oídos, y disponiéndonos á hacerlos valer mediante una más firme confianza.

2. Esta mediación, al presentarnos como indispensable el socorro de María, nos explica las valientes expresiones que emplea la Iglesia, siguiendo á los santos. Por esta meditación, María aparece verdaderamente como *dulzura, esperanza y salvación* nuestra,

después de Cristo y juntamente con Él. Y al proclamar grandes doctores de los pasados siglos, que en María se hallaba su única esperanza, su único refugio y su única defensa, no es que recurriesen á piadosas hipérbolos, sino que expresaban elocuentemente esta verdad: que, sin María, ninguna gracia podría llegar hasta ellos.

3. Antes de la venida de Cristo y de la Virgen, y aun ahora, en las regiones en que María no es conocida, la Madre de Dios es una grande bienhechora. Mas ¿no es para nosotros inmensa ventaja el conocerla y poderla invocar formalmente? ¡Cuán privilegiados somos! Los reiterados llamamientos que á nuestra Madre dirigimos, no pueden cansarla; invocarla es pedirle que cumpla su misión, que nos muestre su corazón de Madre. Más aún; disponiéndonos á recibir sus beneficios, permitimos á María que multiplique sus favores. Aunque, en efecto, su poder es sin límites, no quiere ella sustraerse á la sabia economía del plan divino en la distribución de las gracias.

COLOQUIO

Esta meditación, bien hecha, infunde en nuestra alma la santa persuasión, familiar á los grandes siervos de María, de que María es nuestra Madre y de que todo debemos esperar de ella. No nos resta si no sacar, como ellos, de esta consideración, acentos de admirativa alabanza, de oración tierna, de prolongada súplica. Oremos, oremos largamente; expongamos á la Virgen Santísima todas nuestras necesidades y acabemos diciéndole la *Salve Regina*, insistiendo mucho en estas palabras: *¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!*

SÁBADO CUARENTA Y OCHO.—La **Madre de Dios, figura de la Iglesia**

Plan de la meditación.—Ser modelo y figura de la Iglesia es resumir en sí todas sus glorias. Ahora bien, la idea de comparar á la Iglesia con María, como con su tipo ideal, no es una idea puramente humana, es de un autor inspirado, de SAN JUAN. Cuando quiso, en el Apocalipsis (1), describir la belleza y la misión sublime de la Iglesia, ninguna imagen le pareció más verdadera y más sorprendente, que la de la Madre del Salvador. Esbozaremos este paralelo, honroso á la vez para María y para la Iglesia, considerando sucesivamente á esta grande sociedad cristiana en su *belleza presente*, en sus *terrenales destinos* y en su *espiritual fecundidad*.

MEDITACIÓN

«*Signum magnum apparuit in caelo*» (Apoc. XII, 1).

Una gran señal apareció en el cielo.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Santísima Virgen, bajo la figura de una Reina gloriosísima, con la

(1) En el c. XII. Muchos intérpretes, aun protestantes, han entendido este capítulo literalmente de la Madre de Dios. No somos de esta opinión; mas no puede negarse que San Juan tomó de María los rasgos, con los cuales representa á la Iglesia, lo cual no es de maravillar. ¿No tiene el cuerpo místico de Cristo análogos destinos que los de su cuerpo verdadero, de su humanidad?

Además, los elogios dirigidos á la Iglesia convienen siempre excelentemente á la Santísima Virgen, figura de la Iglesia, cuya belleza resume en su persona. V. FONSECA S. J., *Das sonnenumglänzte und sternbekrönte Weib in der Apokalypse Kath. Zeitschrift von Innsbruck*, t. 28 (1904), p. 872 ss.

deslumbradora claridad del sol, coronada la cabeza con diadema de doce estrellas y teniendo la luna á sus pies.

2.º PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de crecer en amor por María y por la Iglesia.

I. Hermosura presente de la Iglesia.—I. 1. La Iglesia revélase magnífica á San Juan, en el sol de que está vestida, en las doce estrellas que brillan en su frente, y la luna que á sus pies se cierne. El sol es Jesucristo, verdadero sol de justicia, prefigurado ya bajo este símbolo en los antiguos salmos (1). La rica diadema de doce estrellas la constituyen los apóstoles, y la luna representa la inconstancia, la continua mutación, la movilidad del mundo, que la Iglesia domina con su eterna duración.

Jesucristo lo es todo para la Iglesia, que se ve iluminada por Él, vivificada por Él y como absorbida en el esplendor del Hombre Dios que la fundó. Los apóstoles que, semejantes á las estrellas, forman el cortejo del sol, constituyen la gloria de la Iglesia la cual, inmortal é indefectible, no conoce mudanza ni ocaso.

2. ¡Cuánto más admirable se nos muestra, con todo esto, María, identificada como está moralmente con el Verbo divino, participando de todas las gracias, de toda la historia, de todas las glorias de Jesucristo! En el Cenáculo la contemplamos rodeada de los apóstoles que, al predicar á Cristo, van á ser también los heraldos de su madre. Y su brillo irá creciendo sin cesar.

II. Después de haber fijado atentamente nuestra vista en esta doble imagen, veamos cuán útil nos ha de ser contemplar á la Iglesia, como abismada en Jesucristo. ¡Cuán encantadora se nos presenta entonces,

(1) Ps. XVIII, 6.

y cuán llena de luz y de calor! Las flaquezas de sus fieles y de sus ministros desaparecen en la deslumbradora claridad del sol que la alumbra y vivifica. Admirasela entonces sin reticencias, ámasela sin restricción. Si uno se siente impulsado á inclinar la cabeza sobre algún terrenal fango, un suave rayo viene en seguida á convidarlo á que contemple el cielo. Y esta vista no es una engañosa ilusión, sino que responde maravillosamente á la realidad. La Iglesia es Jesucristo. Y lo que no podría convenir á Jesucristo, no pertenece á la Iglesia sino por poco tiempo, á la manera que el oro y el diamante nada pierden de su valor, aun en medio de las materias más viles de que hay que separarlos.

II. Los destinos de la Iglesia en este mundo.—I. Los destinos de la Iglesia compéndialos San Juan en dos rasgos. Da á luz con dolor, en el mundo, hijos destinados á reinar, á quienes debe proteger contra la astucia y el odio del infernal dragón, y aparece en el cielo como un gran signo: sufre la persecución y cúbrese de gloria.

1. *Las persecuciones.*—El dragón infernal se pone como enemigo en frente de la Iglesia, trata de arrebatarle sus hijos, y sus esfuerzos alcanzan algún éxito parcial. Vese la Iglesia obligada á huir y á salvar á sus hijos en el desierto.

En esta simbólica descripción, ¿cómo no acordarse de la Virgen obligada á huir á Egipto ante los emisarios de Herodes? Desde el principio le fué dicho á la serpiente: «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su descendencia y la tuya. Tu morderás su talón y su descendencia te aplastará la cabeza.» Esta mujer es María, su generación es Jesucristo, y los fieles, sus espirituales hijos. Irritada al verse vencida por Cristo,

la serpiente antigua guerreá contra el resto de la raza, contra todos los que guardan los divinos mandamientos y tienen el testimonio de Jesucristo (1).

2. *La gloria.*—Pero al mismo tiempo, la Iglesia es, en el cielo, una gran señal, visible para todos los hombres capaces de elevados pensamientos. Señal de reunión, alrededor del cual se agrupan más y más, cuantos tienen verdaderamente sed de justicia y de verdad (2).

II. 1. Las persecuciones á que la Iglesia está expuesta y sus humillaciones no deben sorprendernos ni abatirnos; y lejos de disminuir nuestro amor para con ella, nos provocan á más vivo afecto y más absoluta entrega. El segundo combate tendrá el mismo desenlace que el primero que nos recuerda el Apocalipsis; el demonio será vencido y, esta vez, definitivamente precipitado en el infierno.

2. Trabajemos por medio de una fe ilustrada, con discursos prudentes, y sobre todo con el ejemplo de la Caridad, para que brille más y más la Iglesia á los ojos de ciertas inteligencias sinceras, que, sin ser todavía católicas, tienen el alma naturalmente cristiana.

III. **La virginal fecundidad de la Iglesia.**—I. El paralelo entre la Iglesia y María sugiérenos, en este punto, sublimes consideraciones.

1. Sale la Iglesia, encantadora por su pureza y abrasada en amor, del costado de Adán, del nuevo Adán dormido en la cruz; y sale para darle, en los nuevos

(1) Apoc. XII, 9, 17.

(2) «La Iglesia, dice el Concilio Vaticano, es como una señal levantada sobre las naciones: atrae á sí á los que no creen todavía, y confirma á sus hijos en la fe. Cap. 3, *De fide*.

bautizandos, hijos que luego alimentará con la Sagrada Eucaristía. El Espíritu Santo preside á esta fecundidad. Mas, al consagrar el pan eucarístico, la Iglesia produce al mismo Cristo. Hela aquí, pues, dos veces madre: madre del verdadero Cristo en cuanto se oculta bajo las especies sacramentales, y madre de los miembros de su cuerpo místico; madre de un Hijo que santifica, y madre de hijos negligentes en santificarse. Pero las manchas de estos hijos no podrán empañar la hermosura de la Iglesia. Pueden, sí, apartarse de la verdad y cometer excesos; mas, la Iglesia permanece virgen y sin mancha, pura en su fe, inalterable en su moral divina.

2. ¿No habíamos antes admirado la operación maravillosa del Espíritu Santo, que corona la virginal pureza de María con una admirable maternidad? María da primero á luz á Jesucristo, para luego renacer de Él como verdadera segunda Eva, y rodearle de innumerables hijos de los cuales será madre.

II. Nosotros somos, á la vez, hijos de la Iglesia y de María. ¡Bendigamos á Dios! Pero cuidemos de que nuestra vida sea siempre digna de estas dos puras y gloriosas madres que Dios nos ha dado.

COLOQUIO

Protestemos de nuestro amor á María y pidamos que nos obtenga amar á la Iglesia por causa suya. Si ciertos espectáculos nos afligen, si ciertas debilidades humanas parece que logran entibiar nuestro afecto, pensemos en María y, vista con tan dulces rasgos, la Iglesia nos parecerá toda amable. Digámoselo así á nuestra Madre celestial. *Avé María.*

SÁBADO CUARENTA Y NUEVE.—Glorioso lugar de la
Madre de Dios en la Sagrada Escritura

Plan de la meditación.—Las demostraciones y las controversias son excluidas del cuadro de esta obra, la cual refiere la doctrina recibida, mas no la prueba. Presentamos nuestros asertos, no como fruto de determinados razonamientos, sino como puntos de partida para enseñanzas y reflexiones prácticas. Al entrar en este grandioso asunto del lugar que ocupa María en la Escritura sagrada, nos limitaremos, pues, á hacer notar que, por una de esas fluctuaciones tan familiares al espíritu humano, se ha pasado, en la aplicación de los sagrados textos, de una excesiva audacia á una extremada reserva. Antes, todo servía de tema para sentidos místicos y ocultos; actualmente encerramos en límites demasíadamente estrechos la extensión del lenguaje inspirado. Ciertamente se engañaría miserablemente quien limitara las significaciones de la Escritura á las que son capaces de hallar en ella los incrédulos, ó á las que nosotros podemos obligarles á leer en sus páginas. Para la buena inteligencia de un libro, es de capital importancia conocer su naturaleza y su plan. Juzgando los incrédulos que los libros santos son una obra puramente humana, claro está que sus deducciones han de hallarse viciadas por este error fundamental. Así nosotros, por ejemplo, podemos contar los huesos de los animales fósiles, reconstituir con mayor ó menor precisión su estructura; pero nuestro conocimiento jamás llegará al de un contemporáneo que les vió vivos y rotozando por el prado. Bien puede decirse de los que son extraños á nuestra ley: «*Oculos habent,*

et non videbunt. Tienen ojos, mas no verán» (1). La sagrada Escritura se presenta ante nosotros viva, ya en Dios, verdad eterna que la inspira, ya en una tradición que podemos palpar. Conforme, pues, á esta regla hay que aplicarla á nuestro uso. En el primer punto veremos *cuán honroso es ocupar un puesto en los libros santos*; admiráremos, en el segundo, *el lugar que María ocupa en el Antiguo Testamento*, y en el tercero el que ocupa en el Nuevo.

MEDITACIÓN

«*De me... ille (Moyses) scripsit*» (Joan. V, 46).
De mí... escribió él (Moisés).

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos aún á la Santísima Virgen bajo los rasgos magníficos de una mujer resplandeciente de luz y despreciando majestuosamente todo lo frágil y perecedero.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de concebir una estima siempre creciente de la gloriosa Madre de Dios.

1. Gloria de ocupar un puesto en las sagradas Escrituras.—I. 1. Si se tiene á grande honra ser alabado por algún escritor de gran renombre; si los conquistadores y los personajes más ilustres han ambicionado los cantos de los poetas y los sufragios de los historiadores ¡qué gloria incomparablemente más hermosa es verse mencionado con estima por una pluma que guía el mismo Espíritu Santo! Tiene esta gloria grados diferentes, según los relatos en que anda uno mezclado y el lugar que ocupa en ellos; porque, intervenir en hechos divinos y sagrados es mucho más que desempeñar al-

(1) Ps. CXIII, 5.

gún papel en las partes accesorias, en que se narran humanos y profanos acontecimientos. Nada más honroso que ser objeto de algún profético anuncio, pues entonces Dios mismo parece intervenir doblemente para que se hable de alguien.

2. Nadie goza de esta gloria como Jesucristo. Él es el centro hacia el cual todo confluye, en los libros santos. «Las Escrituras, dijo Él mismo, dan testimonio de mí» (1).

La ley prepara á su pueblo, los profetas predicán y cantan su reino, los evangelistas le describen en el cumplimiento de su misión, los apóstoles inculcan su espíritu á la Iglesia: de todos los escritores sagrados, de cada uno de ellos y de cada página, puede decir Jesús, «habló de mí». Así Cristo domina los siglos, está colocado, como en medio de dos honoríficos cortejos, de los cuales el uno le precede, excitando la expectación de los hombres, y el otro le sigue dándole gracias.

3. Después de Jesús, el lugar de honor en las Escrituras sagradas ocúpalo María, la cual se encuentra allí, ya en el sentido literal, ya bajo el velo de las figuras. De Ella trata la tradición, no menos que la profecía; Ella está en el Génesis, en ese umbral soberbio de la historia á cuyo través se divisa la cuna del género humano y las tradiciones primitivas, y está también en la conclusión de la Sagrada Escritura, en aquel libro que termina con el fin del mundo (2). En cierto sentido puede decirse que está en todas partes, puesto que, por analogía, es aplicable á la Virgen todo cuanto se dice *de Cristo*, á causa de la unión íntima que la confunde con su celestial esposo; y aun todo cuanto

(1) Joan. V, 39.

(2) Ya hemos dicho arriba, pág. 256, nota, en qué sentido.

se dice de *la Iglesia*, á la cual María simboliza, y todo cuanto se dice del *alma cristiana*, de la cual es el ejemplar más acabado. Honor inestimable, y que nos demuestra las especiales atenciones que reserva Dios para su Madre y lo sumamente interesados que estamos nosotros y todo el género humano en acordarnos de la que es Madre nuestra.

II. 1. Todos, en algún grado, participamos de esta grande gloria de María. Las sagradas Letras hablan de nosotros en cuanto cristianos. Bajo este nombre estamos predichos y en nosotros se realizan las figuras. Cúmplese por modo espiritual, en nosotros, lo que exteriormente pasaba en la historia del pueblo de Dios (1). En la Escritura leemos nuestros futuros destinos, y está dictada para conducirnos á la perfección é instruirnos en todo lo bueno (2). Demos gracias á Dios por la honra que nos es concedida; bendigámosle por habernos providencialmente dejado un monumento escrito de su sabiduría y de su bondad, en el cual aprendemos á conocerle á El mismo.

2. ¿Con qué respeto tratamos la Escritura sagrada? ¿Con qué interés miramos estos inspirados libros? ¿Los leemos asiduamente? ¿Nos es, sobre todo, familiar el Nuevo Testamento? ¿Con qué fe, con qué confianza, con qué humildad los tomamos en las manos? Pidamos frecuentemente á Dios nos abra el sentido y la exacta interpretación de la Escritura. ¡Oh cuánto importa, particularmente en nuestros días, orar, pedir luz y socorro, á fin de velar santamente por el honor de Dios y de la Iglesia, sin mezclar pasión alguna humana en nuestra actitud, en nuestras palabras, en nuestros juicios!

(1) 1.^a Cor. X, 6, 11.

(2) 2.^a Tim. III, 16, 17.

II. Lugar glorioso que María ocupa en el antiguo Testamento.—I. 1. En ciertos pasajes, *sólo María* ocupa el pensamiento del autor inspirado. A juicio de teólogos esclarecidos y renombrados exegetas, María es la mujer de quien habla la Escritura Sagrada en el protoevangelio, y aquella virgen cuya maravillosa maternidad canta Isaias (1). ¡Oh, qué figura tan grandiosa! El génesis nos muestra á María sin pecado, victoriosa del demonio, y celebra el profeta su virginidad, su maternidad, su unión íntima con el Hijo de Dios.

2. Muchos asertos de la Sagrada Escritura nos permiten deducir *a fortiori* alguna excelencia de María. *a)* Los salmos ensalzan las moradas de Jehová: pues bien, cuanto dicen en su alabanza conviene eminentemente á María, templo preferido del Altísimo. Dichas moradas asiéntanse soberbiamente sobre las montañas, y espléndidas se levantan; Dios las cubre con su sombra protectora y se complace en escuchar en ellas los clamores y las súplicas. Pone el Altísimo su morada en el sol, figura de los cielos; escoge sobre la tierra á Jerusalén, el monte santo de Sión y su templo: pues ved aquí también otros tantos rasgos que nos describen á nuestra Madre, otras tantas representaciones de la espiritual morada que debía Dios escoger para sí, en su Iglesia, y sobre todo en María.

b) El Cantar de los Cantares es un epitalamio de los místicos desposorios que contrae Jesucristo con la Iglesia (2) y con el alma cristiana. ¿Quién es la esposa de estos Cantares? Es, de un modo especial, María. Ella es la paloma únicamente amada y á todas preferida, á la cual se prodigan tantas manifestaciones de ternura.

(1) Isai. VII. 14.

(2) Véase más abajo, sábado 52.

c) Otros textos que directamente se refieren al Hijo de Dios, tocan también á María por *comunicación*. La Iglesia misma atribuye á María todo cuanto está escrito de la Sabiduría eterna. No olvidemos que es más glorioso ser imagen de lo infinito, que modelo de una criatura.

d) Los personajes del Antiguo Testamento nos recuerdan con frecuencia á María, ya en sí mismos, ya en alguna de sus acciones; y lo mismo podemos afirmar de ciertos objetos. Citemos, siguiendo á SCHEEBEN (1) á Eva y el Paraíso, á Ester y Judit, el arca de Noé, la paloma y el ramo de olivo, la zarza ardiendo, el vellocino de Gedeón. Si tenemos en cuenta el carácter figurativo del Antiguo Testamento como nos lo atestigua San Pablo, (2) serános también permitido reconocer en él tipos propiamente dichos, destinados por el Espíritu Santo á representar las glorias de nuestra Madre.

II. 1. ¡Qué cuadro de María tan magnífico podría hacerse, con el auxilio de nuestros sagrados libros!

2. Si invocamos el uso y tradición de la Iglesia, ¡qué de argumentos hallamos en la Escritura, para confirmar las cualidades y prerrogativas de la Madre de Dios!

3. En ciertos pasajes, trátase de nosotros al mismo tiempo que de María. ¡Cuánto nos consuela y alienta esta comunidad de causa! También nosotros somos santuarios del Altísimo; las palabras inflamadas del Cantar de Cantares, se dirigen también á nuestras almas. ¡Cuán penetrados deberíamos estar de nuestra santidad y del amor que Dios nos profesa!

(3) *Handbuch der katholischen Dogmatik*, t. 3, n. 1550-1553.

(4) 1.^o Cor. X, 6, 11 ya citado.

II. Glorioso lugar de María en el Nuevo Testamento.—I. 1. Los Evangelios, sobre todo el de San Lucas, publican y repiten la suprema gloria de María; hasta ocho veces se la nombra *Madre de Jesús*, y atestiguan también, en el misterio de la Anunciación y en el de Pentecostés, la abundancia de gracias y privilegios de que está adornada.

2. Si, bajo otros respectos y por razones que hemos ya explicado (1), desempeña María en el Evangelio un papel menos brillante, esta misma obscuridad cede en gloria de nuestra Madre; hace resplandecer su virtud; realza á su Hijo, como Hijo de Dios, y llama nuestra atención hacia un magnífico complemento de su maternidad, esto es, hacia su unión espiritual y enteramente íntima con el Verbo divino.

3. Reaparece María al pie de la cruz y luego en el Cenáculo; es, en el Apocalipsis, gloriosa figura de la Iglesia (2); y el último de nuestros sagrados libros combínase así con el relato evangélico, para mostrarnos en María, Madre de Dios, á la Madre de los hombres.

II. Comparando nuestra situación con la de los judíos en la ley antigua, ensalzaba SAN PABLO el favor á nosotros concedido de contemplar á Cristo en sí mismo y no ya en tipos é imágenes imperfectas, y sacaba por conclusión que, iluminados por Él, nos transformemos en Él, yendo de claridad en claridad: «Para nosotros, dice, se han desgarrado los velos, y contemplamos la gloria del Señor, transformados en su misma imagen, avanzando de claridad en claridad bajo la acción del Espíritu Santo» (3). ¿No podríamos expresar-

(1) Tomo 1.º, pág. 407 y sig.

(2) Véase más arriba la nota de la página 256.

(3) 2.ª Cor. 3 s.

nos de un modo análogo con respecto á María? Tenemos igualmente la ventaja de conocerla, de vivir en una edad en que sus privilegios han sido patentizados por la autoridad de la Iglesia. Como hijos verdaderos de María, deberíamos progresar en el conocimiento de nuestra Madre y hacernos cada día más semejantes á Ella. ¿A qué responden nuestras ignorancias y nuestra tibieza?

COLOQUIO

Expresemos á María el respeto y devoción que estas consideraciones nos hayan inspirado. Gocémonos de poder, rezando por ejemplo el oficio parvo de la Inmaculada Concepción, darnos cuenta de las innumerables figuras que á María se refieren, y roguemos á la Madre de Dios sea para nosotros la Madre de misericordia y de bondad, que SAN JUAN, el discípulo amado del Señor, nos hace entrever en sus grandiosas profecías. *Ave maris stella.*

SÁBADO CINCUENTA.—Lugar glorioso que ocupa María en la historia

Plan de la meditación.—Procuraremos representarnos vivamente la gloria de María en la historia, contemplando sucesivamente el lugar á que la ensalzan *la tradición, la controversia, la persuasión del pueblo cristiano.*

MEDITACIÓN

«*Mulier timens Dominum ipsa laudabitur... Laudent eam in portis opera ejus.* (Prov. XXXI, 30).

*La mujer que teme al Señor será alabada...
Alábenla en los pórticos sus obras.*

1.^{ER} PRELUDIO. Fijemos aún nuestras miradas en la majestuosa y esplendente soberana, que SAN JUAN nos hace ver en María.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia aumento de aprecio y admiración para con la Madre de Dios.

I. Gloria de María en la tradición.—I. 1. Parece haber sido necesaria una época de preparación, para poner enteramente de relieve la persona divina de Jesucristo, en la unidad de naturaleza que posee con el Padre y el Espíritu Santo. Desde entonces, sin embargo, María se nos manifiesta como la antítesis de Eva y modelo de las vírgenes cristianas (1).

2. La proclamación de la maternidad divina en el concilio de Efeso, señala luego los principios de su gloria histórica, así como esta misma maternidad es el principio de todas sus excelencias. ¡Cómo concebir ó describir, desde este momento, la glorificación de nuestra Madre, si se piensa que ninguno hay entre los Padres ó Doctores de la Iglesia, ni entre los escritores eclesiásticos, ni entre los santos, que no haya reconocido, alabado, predicado y celebrado á María! ¡Y qué acentos los suyos! ¡Cuán afectuosas y cuán varias sus expresiones! ¡De cuántas maneras se muestra la convicción de que todo honor se debe á María, salvo el que es propio de Dios, y que ninguna alabanza humana ó angélica es capaz de igualar el mérito de esta Virgen! Desde entonces aparece verdaderamente

(1) Por ejemplo en SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, número 100 (M., P. G., t. 6, col. 719). En un fresco de fin del siglo I ó II, pintado en los muros de la catacumba de Santa Priscila, es figurada María al lado de una virgen, como para servirle de ejemplo.

revestida con la luz de su Hijo y glorificada con Él.

3. ¿De qué interior manantial dimanaban estos honores y estas alabanzas? Según parece, todo debe atribuirse á un triple sentimiento, profundamente arraigado en el corazón de los grandes representantes de la Iglesia. *a)* La estima incomparable que concebían del Hombre-Dios les tenía absortos de admiración delante de la privilegiada, de la predilecta, de la esposa del Verbo divino y Madre de su humanidad. Cuanto más amaban á Cristo, más alababan á su Madre. *b)* María, reina de los hombres y honra de la humanidad, les inspiraba esa santa arrogancia y noble orgullo que experimentan los súbditos, á causa de una soberana que á todos les representa. Siéntense halagados los pueblos por los honores que en el mundo se prestan á su soberana; y los santos y doctores se gozan en los homenajes que tributaban los ángeles á María. *c)* La causa por la cual María fué elegida Madre de Dios; su consentimiento en esta maternidad, lo mismo que en el sacrificio de la cruz; su misión para con todos nosotros, excitaban en ellos una indecible confianza y filial amor.

Admiraban á María, se gloriaban en ella, la amaban.

II. El serio estudio sobre María, debería producir en nosotros frutos análogos de devoción.

II. **María en la controversia.**—I. 1. Cuando el concilio de Efeso, una palabra servía á los católicos de enseña gloriosa de *unión*; la palabra griega que significa *Madre de Dios* (1). Esta palabra simbolizaba el triunfo de la verdad. Y desde entonces empezó

(1) Θεοτόκος.

á acreditarse la expresión comúnmente admitida en el siglo VII: «María triunfa de todas las herejías». Los ecos de esta palabra no se han extinguido todavía, sino que la Iglesia repite, á honra suya, el elogio tributado á Judit: «Por vos, oh María, redujo Dios á la nada á nuestros enemigos» (1); y nos hace asimismo repetir con frecuencia: «Vos sola, oh Virgen María, en todo el mundo, habéis dado el golpe mortal á todas las herejías» (2). Ya hemos visto más arriba (3), á la Virgen triunfante de la herejía. Estas felicitaciones de la Iglesia nos muestran una nueva victoria que María reporta del error.

La Virgen Santísima es una señal de ortodoxia. No es posible abandonar á Jesús, sin hacer injuria á su Madre; ni profesar para con ésta todo el respeto de que es digna, sin poseer plenamente la verdadera fe de Jesucristo: tan comunes son sus destinos, tan por igual interesan los dogmas á Jesús y á María. ¡Qué lazo tan estrecho vemos, aun hoy día, entre ambos dogmas, el de la Inmaculada Concepción y el de la Infallibilidad pontificia! El Papa que, sin ningún Concilio que inmediatamente le asesore, proclama el primero de estos dogmas, con su modo de proceder parece ya afirmar el segundo, que luego proclamará el Concilio vaticano. Diríase que María, ensalzada por Jesús y su Iglesia, vela con *reconocida* solicitud por la pureza de la fe en la Iglesia de Jesucristo.

De hecho, la mayor parte de los herejes abandonan el culto de María. Por abandonar á la Virgen, tiende el jansenismo la mano á la herejía protestante. Y aun en el seno de la Iglesia católica, la espiritual ti-

(1) Judith XIII, 22.

(2) Oficio de la Santísima Virgen, 1.ª antífona del nocturno 3.º.

(3) Sábado 45.º punto 2.º

bieza se muestra frecuentemente en la frialdad para con María.

II. Ya que esto es así, pongamos la pureza de nuestra fe bajo la égida de tan buena Madre y, en estos días turbados, pidamos á María un espíritu verdaderamente católico.

III. María y el pueblo cristiano.—I. 1. Dios protege las convicciones del pueblo y preserva su fe de todo error. Para bien de la Iglesia enseñada, garantizó el Señor la infalibilidad de la Iglesia enseñante.

¡Cuán magnífico es, pues, y cuán elocuente el espectáculo de los honores, que el pueblo cristiano tributa á María! Sin detenerse en laboriosas demostraciones, admiten los fieles todos los títulos de honor que hemos reivindicado para la Madre de Dios, y su persuasión misma es, á las veces, el más demostrativo de los argumentos. ¡Y de cuántas maneras trabajan por la glorificación de la Virgen, su Madre! En ella se emplean todas las artes: levanta la arquitectura catedrales á honra de María; la pintura y la escultura fijan bajo todas las formas su recuerdo en las mentes y los corazones; la literatura canta sus gozos, sus dolores y sus glorias; la teología crea la ciencia religiosa de María y forja armas para su defensa; la ascética impulsa á amarla y honrarla. Y ¿quién contará las prácticas de su devoción, así públicas como privadas? María ha recibido la consagración de simples niños y de grandes reinos. La devoción á María es, en el pueblo católico, herencia de lo pasado, que hasta el fin del mundo cada generación transmitirá á las generaciones por venir.

II. Nuestra vida pasa; nosotros pasamos también. ¿Habremos por ventura tributado á María todos los

testimonios de afecto y devoción, que nuestra posición y las circunstancias nos invitan, ó á lo menos, nos autorizan á tributarle? Hagámonos la pregunta y, según la respuesta, perfeccionemos y corriremos.

COLOQUIO

Felicitemos á María por su gloria, y pidámosle la gracia de contribuir en algo á hacerla honrar y amar.
Ave María.

SÁBADO CINCUENTA Y UNO. — **El triunfo de María por encima de los ángeles y de los santos**

Plan de la meditación.— Todos concebimos cuán glorioso es, para María, ser levantada por encima de todas las criaturas en el reino de los cielos. Tratemos sin embargo, por esta meditación, de adquirir de ello una idea más viva y recoger mayores frutos espirituales. Veremos sucesivamente la *gloria* de este triunfo; el *gozo* que causa á los ángeles y á los santos y el *efecto de este gozo*.

MEDITACIÓN

« *Vidi... quasi solem et lunam et stellas undecim adorare me* » (Genes. XXXVII, 9).

Vi... como si el sol y la luna y once estrellas me adorasen.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á María en el esplendor del cielo, junto al glorioso trono que ocupa el Hijo á la derecha del Padre.

2.^º PRELUDIO. Pidamos la grande gracia de sentir íntimamente toda la felicidad de este triunfo de

María, y sacar de él, junto con una mayor estima de nuestra Madre, santos deseos de perfección.

I. Gloria de este triunfo.—I. 1. María excede en gloria y bienaventuranza, no sólo á todos los santos; pero aun á todos los ángeles. ¡Cuánto honra esta verdad á nuestra Madre!

a) ¿Diremos que el cielo es una morada, un palacio? Sí, la más suntuosa de todas las moradas, ilustrada por la presencia de los más nobles habitantes. Pues bien, María es la señora de esta morada, la Reina de este palacio.

b) ¿Compararemos la multitud de los santos y de los ángeles con un pueblo? Pueblo innumerable, pueblo escogido, y tal que jamás pudo soñar ningún monarca verle sujetarse dócil á su cetro. Pues bien, de este pueblo María es la Soberana.

c) ¿Preferimos reconocer, en esa muchedumbre, á un ejército dispuesto en orden perfecto y en valerosa actitud; ejército triunfante, en que cada soldado alcanzó la más gloriosa victoria? Pues bien, María es su cabeza y tiene en su mano las más magníficas palmas triunfales.

2. ¡Qué gloria! No, es decir poco. ¿En qué príncipe, en qué emperador, en qué conquistador, se hallarán reunidos el valor, la nobleza, los méritos de todos estos súbditos ó soldados? Ahora bien, María posee toda la gloria y toda la virtud que cupo en suerte á todas las legiones de los celestiales espíritus y de los escogidos. En ella brillan aun aquellos dones especiales, concedidos á los apóstoles y á los doctores para el cumplimiento de su misión, y le han sido otorgados para el interior adorno de su alma.

II. 1. ¡Oh cuán gloriosa Reina del paraíso es esta

Madre, cuyo papel fué humanamente tan obscuro sobre la tierra! Felicitémosla.

2. Aplicando esta verdad á nosotros mismos: *a)* Aspiremos, mediante nuestro fervor y fidelidad á la gracia, á un alto lugar allá en el cielo, prescindiendo del brillante ú obscuro papel que, acá en la tierra, desempeñemos. ¡Qué noble objeto de conquista! *b)* Pensemos que esta gloria tan magnífica no es, sin embargo, más que accidental. María podría ser privada de ella sin dejar de ser perfectamente feliz. Nuestra propia dicha esencial hállese también en Dios, en solo Dios.

II. Gozo que esta gloria produce en los ángeles y en los santos.—I. 1. No es sólo María la que se goza: con ella se regocijan también los ángeles y los santos, sin que su dicha excite ninguna envidia.

¿De dónde proviene este gozo en los ángeles? ¿Cómo es tan viva su alegría, al ver ensalzada sobre ellos á una criatura que les es inferior por naturaleza? *a)* Aman á Dios y, en el orden puramente creado, la gloria de María es la más bella manifestación de la Bondad divina. *b)* Una entrañable caridad hace que se derrame en todos la dicha de cada uno. *c)* El bien de que gozan no se disminuye en nada por comunicarse á María con mayor abundancia. ¿Por ventura esta riqueza vendría á pertenecerles, si no hubiese caído en suerte á María? *d)* El bien que constituye su felicidad, es un bien absoluto, apreciable por sí mismo, y no, como las pobres satisfacciones de acá abajo, un bien relativo, una ventaja sobre otras criaturas.

2. Llamados como estamos todos á este bien infinito, comprendamos finalmente la bajeza de la envidia celosa, que no desea tanto obrar el bien ante Dios, cuanto prevalecer sobre los demás. Y si no ¿qué es

lo que con demasiada frecuencia sucede? Lleva uno una vida ordinaria, sin gran pena ni mayor ambición; pero he aquí que un alma favorecida de Dios manifiesta más altas virtudes, y entonces el otro se entristece, se irrita. ¡Qué vanidad, qué pequeñez de espíritu, qué aberración tan completa! No es esto buscar el bien verdadero, sino una cosa efímera, cual es la propia exaltación. ¿Qué tiene, pues de extraño que, persiguiendo tan miserable designio, disminuya el propio mérito delante de Dios? Esforcémonos por arrojar muy lejos de nosotros estos vergonzosos sentimientos, que se manifiestan en la severidad de nuestros juicios y en nuestra parsimonia en elogiar. Procuremos la verdadera santidad.

II. 1. ¿Por qué tal gozo en los santos? Dos motivos especiales les invitan á gozarse. *a)* María es su grande bienhechora. Su propia gloria y su felicidad son efecto de las oraciones de ella. *b)* Después, María es la honra de su pueblo. Por Jesús y por María alcanza la humanidad los primeros puestos en el reino de los cielos: «*Tu gloria Jerusalem, Tú eres la gloria de Jerusalén*».

2. María nos enseña y nos demuestra que, aunque inferiores en naturaleza, podemos superar á los ángeles en gracia. ¡Oh, cuán santa y cuán noble emulación se nos ofrece!

¿No tenemos que reconocer una especial influencia de María sobre la conversión, vocación y santificación propias? Procuremos, pues, desde ahora, gozarnos con nuestra Madre. Concibamos, al mismo tiempo, la pura y levantada ambición de rivalizar con los ángeles.

III. Efecto de este gozo en los ángeles y santos.

—I. Esta alegría que ángeles y santos experimentan

con respecto á la Virgen, aumenta accidentalmente su propio gozo. Permite á los ángeles gustar de la felicidad de ver, por los méritos de Cristo y la intercesión de su Madre, llenarse los vacíos que la rebelión de Lucifer dejó en sus falanges; la simpatía hace comunes, á los ángeles y á los santos, los gozos de Jesús y de María, y establece en el cielo una armonía deliciosa, cuya inefable dulzura saborean todos.

II. Aun acá abajo, el dejar aparte rivalidades y envidias, hace reinar la concordia; de ahí que los hombres santamente unidos, experimenten la impresión de una especie de comunidad de bienes, que proporciona á cada uno las ventajas de todos.

COLOQUIO

Supliquemos á María, aumente en nosotros la caridad, para que nuestro corazón esté enteramente abierto á los sentimientos, que nuestra celestial Madre aprueba, y cerrado á cuanto nos haría indignos de ella.
Ave María.

SÁBADO CINCUENTA Y DOS.—Gloriosas relaciones de la Madre de Dios con la Santísima Trinidad

Plan de la meditación.—Toda hermosura, toda grandeza se eclipsa ante la que el hombre posee en Dios. He aquí por qué, siguiendo una progresión ascendente, hemos reservado para el fin de nuestras meditaciones la consideración de la suprema gloria que la Madre de Dios posee, en virtud de sus magníficas relaciones con la Trinidad Santísima. Verdad es que tan grandioso asunto debería ocupar tres meditaciones distintas; mas, por falta de espacio, las reunimos en una

sola, de tal modo dispuesta, que cada uno de los puntos, consagrados á las relaciones de la Madre de Dios con una de las divinas Personas, suministra abundante materia á un ejercicio de contemplación. Serán, pues, las tres grandes divisiones de esta meditación: *María y Dios Padre; María y el Verbo; María y el Espíritu Santo.*

MEDITACIÓN

«*Sanctus, sanctus, sanctus, Dominus Deus omnipotens!*» (Apoc. IV, 8.)

¡*Santo, santo, santo es el Señor Dios omnipotente!*

1.^{ER} PRELUDIO. Tratemos de representarnos la gloria de los cielos; la sublimidad del trono, en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo reciben el incienso de las más profundas adoraciones de toda la corte celestial, y en medio del eterno hosanna, que á todos los transporta, veamos á los ángeles y los santos, encantados por el lugar de honor que ocupa la Madre de Jesucristo en el reino de la bienaventuranza.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer y de amar más y más á nuestra Madre y de ser conducidos por ella á una devoción más perfecta hacia el Dios tres veces santo, principio y fin de todas las cosas.

I. María y Dios Padre.—Cualquiera que sea la grandeza de María y su semejanza con su Hijo, que es al mismo tiempo Hijo único de Dios, no puede dejar de ser la Hija de Dios Padre. El Padre es principio de todas las cosas y María todo lo ha recibido de El. Veamos las tres gloriosas maneras cómo es María Hija de Dios Padre: por su *santidad*, por su *semejanza*

con el Hijo único de Dios y por su semejanza con el mismo Padre.

I. 1. Por una gracia insigne de Dios, tenemos todos con María una filiación común: la misma que provocó el memorable oráculo de San Juan: «*Dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus*, dió el poder de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre» (1). Pero María, más que cualquier otra criatura, goza del beneficio de esta adopción por su santidad eminente y por la perfección con que correspondió á las primeras gracias de Dios.

2. ¡Cuánto reconocimiento han de excitar en nosotros las palabras de San Juan! Esforcémonos por corresponder plenamente á las gracias de Dios, ya que, como nunca ponderaremos bastante, nuestra mayor dicha consiste en ser perfectamente, lo que Dios quiere que seamos.

II. 1. María unida á Dios hecho hombre por el más estrecho parentesco, conjunta á la Persona del Verbo divino, es la más perfecta reproducción del Hijo unigénito de Dios. Por esta unión tan íntima que tiene con este Hijo, participa de la misma filiación por un nuevo título, el cual la ensalza hasta una gloria magnífica y le asegura indecibles favores.

2. Nuestra santificación, considerada desde otro aspecto, consiste en imitar, en reproducir á Jesucristo. Mirarla y procurarla de esta suerte es una muy meritoria conducta, y aptísima, como la que más, para atraernos preciosas bendiciones.

III. 1. María constituye, después de la humanidad del Verbo, la obra más acabada de Dios, y por consiguiente, le da á conocer y le expresa mejor que el

(1) Joan. I. 12.

mundo entero y que todos los mundos criados juntamente. María llega hasta á imitar al Padre en su inefable paternidad, y está asociada á esta paternidad, desde que «un solo y mismo Hijo pertenece naturalmente á Dios Padre y á la Virgen» (1).

2. A medida que nos perfeccionamos, nos parecemos más á Dios y, por lo mismo, somos una más completa manifestación suya exterior. ¿Puede concebirse honor más grande?

II. María y el Verbo divino.—La maternidad de María fué semejante á la que se halla entre los hombres y, por consiguiente, el lazo creado entre María y Jesucristo no se escapa á nuestra inteligencia. Podemos también tener una idea exacta de la naturaleza humana, en todo semejante á la nuestra, que se unió á la Persona del Verbo. Pero esta unión hipostática; la infinita dignidad que de ella se sigue; todo lo que debe la humana naturaleza al Verbo de grandeza y santidad, es un misterio cuya profundidad inmensa no podemos sondear. Pues bien, de un modo análogo, la maternidad que nosotros conocemos, introduce á María en relaciones tales con el Verbo divino, que nosotros no podemos comprender; pero que, como toda consideración de lo infinito, son, para el alma que las contempla, consoladoras y saludables.

1. *María unida al Verbo.* 1. La unión que junta la naturaleza humana con el Verbo, es la más íntima que pueda concebirse: es una comunicación recíproca y total que llega hasta la unidad de Persona. Es eminentemente un matrimonio espiritual.

Pero esa naturaleza humana está formada en las

(1) Bula *Ineffabilis*, 8 de Dic. de 1854.

purísimas entrañas de María. Todo cuanto tiene, cuanto de material la constituye, fué primero de María antes que de Jesús. He aquí, pues, el más estrecho parentesco, el que une al hijo con su madre. ¿Cómo, pues, no fundaría con el Verbo ese otro parentesco que llamamos enlace?

Pero hay más: los hijos no escogen á sus padres; el Verbo sí, escogiése de toda la eternidad á aquella de quien y por quien quería recibir un cuerpo. ¡Qué predilección por la Virgen en quien recae esta elección, y qué unión con ella, digna de llevar el nombre que acá abajo recibe la unión de los esposos!

2. El Hombre Dios pertenece igualmente á la familia humana, ya que se ha desposado con nuestra naturaleza. La sangre que corre por sus miembros divinos é impulsa su corazón, es nuestra sangre. Luego también á nosotros nos alcanza cierto parentesco con Jesucristo, en cuanto hombre; y con nosotros dice también, por consiguiente, un enlace con el Verbo divino, del cual no gozan los ángeles. «¡Reconoce, oh hombre, tu dignidad!»

II. *María enriquecida por el Verbo.*—1. ¿Qué esposo tan rico y tan espléndido pudo jamás regalar con joyas más preciosas á aquella con quien se uniera? Por esta alianza:

a) Él se da *á sí mismo*, segunda Persona de la Santísima Trinidad, Hijo de Dios, principio, juntamente con el Padre, del Espíritu Santo. De consiguiente, el Padre del Verbo viene á ser Padre de María; el Espíritu Santo, el Espíritu de María. Y he aquí que, merced al Verbo, adquiere María inefables relaciones con la Trinidad Beatísima toda entera. Ella es hija privilegiada del Padre, como hemos contemplado, y templo del Espíritu Santo, cuya riqueza

y majestad augusta nos descubrirá el tercer punto.

b) Otórgale después *sus dones*: los dones del Verbo, es decir, su gracia, su sabiduría, su santidad.

María obtiene así, del Verbo, toda su grandeza. ¡Cuán grande no fué su gratitud!

2. Todo nos viene asimismo del Señor. ¿Comprendemos nuestro deber de gratitud? ¿Sentimos un tierno cariño hacia nuestro supremo bienhechor?

III. *El epitalamio*. 1. Faltaba, para perfeccionar esta gloria de María, que fuese cantada por Dios mismo. Y lo fué en efecto. El Cantar de los Cantares, ese himno divino á la unión de Cristo con la Iglesia, celebra por consiguiente asimismo la unión del Verbo con la que es figura y representación la más acabada de esta Iglesia. Aparece en él el Verbo como arrebatado por la belleza con que Él mismo adornó á su esposa; y ésta se muestra enteramente suya buscándole, complaciéndole, descansando únicamente en Él. Todas las alabanzas dirigidas á la esposa en los Cantares, todos los acentos que revelan la caridad que la anima ó que ella inspira, convienen admirablemente á la Santísima Virgen (1). Más verdaderamente que San Pablo (2), puede decir María: «Cristo es mi vida... Vivo yo, mas no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí.»

2. Si tenemos á mano los oficios de la Virgen, repasemos las múltiples aplicaciones, hechas por la Iglesia, del Cantar de los Cantares. La fuerza y la ternura de las expresiones son capaces de arrebatarnos santamente nuestra alma y transportarnos á las regiones

(1) Cfr. GIETMANN, S. J., *In Ecclesiam et Canticum*. De *mystica cantioi sententia*, página 542. Estas aplicaciones, sin ser literales, no constituyen una apropiación arbitraria, sino que pertenecen al sentido, que se llama *consiguiente*, de la sagrada Escritura, es decir, sacado del sentido literal como consecuencia. Vid. *ibidem*. p. 346.

(2) Philip. I, 21; Galat. II, 20.

celestiales, llenándonos de aspiraciones enteramente superiores y casi divinas. Porque, no hay que olvidarlo, estas expresiones convienen asimismo al alma fiel (1). ¡Y en qué términos tan conmovedores nos hablan los Evangelios y las cartas de los Apóstoles, del amor que Cristo nos profesa y de los desposorios del alma justa con su Dios!

3. Esta ternura de Dios, de que nos vemos objeto, gracias al Verbo, ¿no nos inspira un más claro conocimiento del deber que tenemos de pertenecerle enteramente y vivir para El?

III. María y el Espíritu Santo.—Veamos cómo María es justamente *esposa, templo y figura* del Espíritu Santo.

I. 1. *María esposa del Espíritu Santo.*—Tiene el Espíritu Santo su necesaria razón de ser en el inefable amor con que Dios se ama á sí mismo; y á causa de este origen, representa el amor que Dios manifiesta fuera de sí; y todas las alianzas á las cuales son invitadas las criaturas por este amor, le son atribuidas. En María resplandece una doble alianza con Dios.

a) *Alianza por la gracia santificante.* Las virtudes y los dones, poseídos en el grado más eminente en que los haya gozado ó haya de gozarlos jamás una pura criatura.

b) *Alianza por la maternidad.* El amor divino, que es el principio de la Encarnación del Verbo, pertenece, por apropiación, al Espíritu Santo. Por lo demás, todo, en esta misteriosa producción, hace olvidar la materia y los sentidos; todo en ella es santo: y éste es otro título por el cual la virtud del Altísimo, que cubre

(1) GIETMANN, op. cit., p. 346 y 543.

á María con su sombra (1), es el Espíritu de Dios. El Espíritu de Dios, dice la Escritura, se cernía sobre las aguas (2), y he aquí que se poblaron de peces; el Espíritu de Dios hizo volar los pájaros por el aire, y llenó la tierra de vida y animación. El Espíritu de Dios insufló el alma en el primer hombre. He aquí la tierra escogida de la Virgen de vírgenes, ¿quién le comunicará la más estupenda fecundidad? El Espíritu Santo. ¡Oh santo Amor de Dios, principio de toda vida y de toda salvación!

2. La alianza por la gracia, nos es común con María. ¡Qué nobleza ésta y cómo debe inspirarnos sentimientos levantados y una conducta siempre digna! ¡Cuánto, sobre todo, no debemos huir del pecado, que trae la ruptura entre Dios y su hijo adoptivo! ¡Cuánto nos urge la caridad de Cristo! (3) ¡Cuán necesario es que yo viva íntimamente unido con Dios!

II. 1. *María templo del Espíritu Santo.* — La gracia, las virtudes, los dones sobrenaturales son indicio de la presencia del Espíritu Santo en el alma, y aun en el cuerpo, de los justos. «¿Ignoráis, dice el Apóstol, que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que en vosotros mora?» (4) La excelencia de las gracias de María bastaba á hacer de ella un privilegiado templo del Espíritu Santo; mas, si el mismo divino Espíritu habita allí donde se hallan los dones de Cristo ¿cuánto más habitará donde se halle el Verbo mismo? ¡Cuán santificado templo será, por la presencia del mismo Espíritu, la Madre de Aquel, en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad! (5)

(1) Luc. I, 35.

(2) Genes. I, 2.

(3) 2.^a Cor. V, 14.

(4) 1.^a Cor. VI, 19.

(5) Coloss. II, 9.

2. Admiraremos aquí á María, como un templo mil veces más bello que el de Salomón. Al aproximarnos á ella, concibamos algo de aquel respetuoso temor que se siente, en presencia de las cosas especialmente señaladas con el sello de la santidad. Concibamos aún más que esto, porque ninguna cosa santa, ningún templo es tan digno de Dios como ella.

3. Piadosamente confusos al vernos objeto de un privilegio análogo, manifestemos nuestra gratitud, no viviendo ya según la carne, sino según el espíritu; es decir, no arreglando nuestra conducta según las influencias corporales, inferiores ó simplemente naturales, sino según la fe y las inspiraciones de lo alto.

III. *María figura del Espíritu Santo.*—1. El Espíritu Santo procede del Verbo por una inefable comunicación que le hace el mismo Verbo por amor; representa la vida de Dios y su dulzura, y es simbolizado por la paloma.

Así también María, amada del Verbo, ve á este mismo Verbo venir á Ella, darse á Ella. Nadie representa mejor la vida divina sobre la tierra, que Ella, de cuya vida vivió Dios. Nosotros la llamamos dulzura nuestra, y es figura de la esposa de los cantares, que lleva también el nombre de paloma.

2. Todos estos rasgos tienen igualmente su aplicación analógica en nosotros. El Verbo nos hace participantes de su sabiduría, nos estimula á oírle y á recibir sus enseñanzas (1), y nos invita á imitar la sencillez de la paloma (2), advirtiéndonos que los pacíficos serán llamados hijos de Dios (3).

(1) Matth. XI, 29.

(2) Matth. X, 16.

(3) Matth. V, 9.

COLOQUIO

Vayamos por María á Jesús, y por Jesús dirijámonos á la Santísima Trinidad toda entera. Después de prestar homenaje de profunda adoración, admiremos la estrecha intimidad á que María, Madre nuestra aunque pura criatura, fué admitida, y demos por ella gracias al Dios tres veces santo. Luego, reflexionando en nosotros mismos, digámonos que Dios nos quiere también muy grandes y muy estrechamente unidos á sí, y reconozcamos en ello la obligación de serle constantemente fieles y vivir una vida enteramente espiritual. ¡Bendiga Dios este sincero propósito! *Ave María. Gloria Patri.*

SÁBADO CINCUENTA Y TRES.—**Gloriosa eternidad del triunfo de la Madre de Dios**

Plan de la meditación.—Nada hay tan triste y humillante para el hombre, como pasar y ser, en sus obras y en sí mismo, vencido por el tiempo. Durar y dominar el tiempo es, pues, para él el colmo de la gloria. Reconozcamos este supremo honor en nuestra Madre. La hemos visto triunfar de todas las maneras y coronarse de todas las glorias; admiremos ahora la eternidad de todos esos triunfos. Consideremos sucesivamente *la eternidad de su obra, la eternidad de su dicha esencial, la eternidad de sus accidentales honores.*

MEDITACIÓN

«Conscidisti saccum meum, et circumdedisti me laetitia; ut cantet tibi gloria mea, et non compungar:

Domine Deus meus, in aeternum confitebor tibi»
(Ps. XXIX, 12, 13).

Rasgaste mi saco y me rodeaste de alegría, para que á Ti cante mi gloria: Señor, Dios mio, eternamente te confesaré.

1^{ER} PRELUDIO. Hay que penetrar aún con el pensamiento en el reino de los cielos y figurarnos, lo mejor posible, el magnífico trono definitivamente ocupado por la Reina de los ángeles y santos.

2.^º PRELUDIO. Supliquemos instantemente á la divina Bondad, que el eterno triunfo de la Madre de Dios nos aparte de todo lo perecedero, para poner en Jesús y María todos nuestros afectos. Que nuestro corazón esté, en adelante, en donde reina el Señor, y en donde está su Madre asociada á su gloria.

I. Eternidad de las obras de María.—I. María, como los demás hombres, vió pasar las horas, los días, los años; sucediéronse sus acciones reemplazándose y eliminándose mutuamente al parecer, como las obras de los demás hombres; mas, en realidad, todas permanecían, como subsiste la semilla en su fruto. A los ojos del mundo presente y visible, pasaban; pero permanecían para el mundo invisible y por venir. Y al llegar el glorioso instante de su Asunción, halló de nuevo en el cielo, en bienes eternos, todo cuanto en la tierra había obrado. Allí encontró á su Hijo de quien está escrito: «Gastaránse todos como vestidura, Tú los cambiarás como un manto y se mudarán, pero Tú permaneces siempre el mismo y tus años no conocen disminución» (1). Allí encontró sus pensamientos, sus palabras, sus acciones, sus penas, sus gozos, transformados en

(1) Hebr. I, 11, 12.

eternas recompensas. Ninguna criatura, en efecto, ejecutó más actos deliberados y con plena reflexión... ¡y he aquí que todos estos actos estaban llenos de méritos!

II. Mientras que todas los demás deseos, concepciones y obras se abisman en la nada, las que tienden á Dios permanecen, pues que Dios marca como con el sello de su eternidad, cuanto se hace por El.

Sepamos, pues, á ejemplo de María, arrancarnos de los brazos del tiempo; no suframos la influencia de la terrena atmósfera que nos rodea, ni la de los hombres que viven absorbidos por los deseos y preocupaciones efímeras. Viviendo para la eternidad vendremos á ser eternos, nosotros y nuestras obras. Sea nuestra intención recta; obremos con reflexión y hagamos todas nuestras obras para el cielo. Vivir así, es vivir sin echar de menos las horas que huyen; es prevenir toda decepción.

II. Eternidad de la felicidad esencial de María. —

1. 1. Felicidad eterna equivale á decir: bien que no cambia y que se posee de una manera también inmutable. No todos los bienes son susceptibles de una eterna posesión: para serlo no deben llegar jamás á saciarnos. El bien infinito es el único que no sacia jamás. Sólo él, pues, puede ser poseído para siempre y exige ser para siempre poseído. ¿Cómo gozar por algunos años solamente de un bien infinito? La certidumbre de tener que perderlo produciría ya una irremediable desesperación.

2. María posee para siempre el bien infinito, y lo posee en el grado más alto á que puede llegar una pura criatura. Figurémonos la tranquilidad de esta posesión: ¡lago inmenso de apacibles ondas, que nin-

gún soplo contrario viene ni aun á rizar! ¡Cuán inmutable es el asiento del Hijo á la derecha de su Padre! Y María se asienta á la derecha de ese Hijo. ¿Quién podrá turbar su dicha ó amenguarla, y empañar en algo su frescura? Nadie hay que piense siquiera en intentarlo: tan segura está María de gozar para siempre del infinito bien y de gozarle más completamente que los otros escogidos.

II. Los bienes presentes, no sólo son fugaces, sino que no pueden ser poseídos de una manera inmutable. Su posesión, por mucho tiempo prolongada, traería la saciedad y ésta sería seguida del fastidio. Procuremos, pues, si queremos ser grandes y lógicos en nuestros deseos, no codiciar lo que no puede durar para siempre.

III. **Eternidad de los honores secundarios que han cabido en suerte á María.**—I. 1. María, feliz en Dios, lo es secundariamente también en varias prerrogativas de su alma y de su cuerpo; lo es en los homenajes criados que se le ofrecen; lo es también en sus hijos, cuya salvación ha logrado. Sobre todas estas felicidades puede fijar María tranquilamente su vista, pues ninguna le será arrebatada. Lo por venir, en cuanto existe aún para ella, le prepara un complemento de gloria, sin decadencia alguna.

2. Opongamos, en efecto, á las obras y á la felicidad de María, las tentativas y el destino de sus enemigos. Los hay que han usado de la calumnia y de la injuria, de la cólera y de las burlas, de la abierta violencia y de la traición. Pero ¿qué han logrado? Sus obras son menos que torres de Babel; arruinadas y niveladas con el suelo, no pueden compararse sino á las construcciones que levantan los niños jugando á orillas del mar. Este avanza, pósase encima de ellas, y las olas,

al retirarse, dejan la arena perfectamente nivelada.

Esta destrucción de las enemigas empresas, esta ruina de los adversarios, forzados un día á confesar su derrota: he aquí lo que dará á María la plenitud de la victoria.

II. 1. La humanidad se divide en dos grandes grupos: uno que honra á María y le tributa, á lo menos, el implícito homenaje contenido en toda oración sincera que se eleva hacia Dios, y en todo acto bueno realizado con el auxilio de una gracia, que María ha implorado, y estos honores permanecen transformados y perfeccionados en el cielo; y otro grupo que se levanta contra María, y le declara la guerra. Las injurias y los ataques desaparecen en el olvido, y sus autores confiesan sus sinrazones con el arrepentimiento ó la desesperación.

Regocijémonos con María, y seamos siempre de los que hallan, en su devoción para con Ella, una garantía infalible de eterna dicha.

COLOQUIO

Supliquemos instantemente á María ser del número de los privilegiados, que, como ella, ven pasar la tierra y sus cosas, sin pasar ellos mismos, porque son hijos de la eternidad. Demos gloria á Dios por la gloria que corona á María, así como de la gracia que recibió al principio de su carrera. «Yo soy, dice Él, *Alfa* y *Ómega*, el primero y el último, el principio y el fin. Dichosos los que lavaron sus vestiduras en la sangre del cordero» (1) que nos dió María. *Te Deum laudamus. Magnificat. Ave María.*

(1) Apoc. XXII, 13, 14.

FESTIVIDADES DIVERSAS

Meditaciones sobre el Espíritu Santo y algunas
otras fiestas movibles

SECCIÓN PRIMERA

Meditaciones sobre el Espíritu Santo

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

I. En el vigésimo año de su reinado, León XIII, «viendo acercarse el término de su vida» (1), sintióse movido á recomendar la obra de su apostolado á aquel divino Espíritu, que envió el Señor á su Iglesia para acabar su obra redentora, y levantó un monumento doctrinal á la gloria del Espíritu Santo.

La Encíclica *Divinum illud*, publicada á 9 de Mayo de 1897, recomienda vivamente á los fieles que renueven el fervor de su devoción á la Santísima Trinidad y en especial á la tercera Persona de Ella; deplora la completa ignorancia ó el conocimiento demasíadamente vago, que obsta á la piedad de muchos cristianos, y recuerda á los ministros de la palabra de Dios, el deber que les incumbe de emplear su celo en esparcir por el pueblo nociones claras sobre el Espíritu Santo y publicar sus innumerables beneficios.

(1) Encicl. *Divinum illud*, al principio.

Esta exhortación, «salida del corazón paternal» (1) del Vicario de Jesucristo, dió origen al deseo que hoy realizamos, de componer una serie de meditaciones sobre el Espíritu Santo y el papel que en la economía de nuestra salvación y santificación desempeña.

El asunto es elevado é impone á las veces consideraciones abstractas; pero abrigamos la esperanza de que las palabras pontificias obtendrán de los fieles la necesaria aplicación para llegar, mediante algunas reflexiones algo más arduas y laboriosas, á la inteligencia, tan fructuosa y consoladora, de ese mundo sobrenatural, hacia el cual quiere el Dios de amor atraer todo nuestro corazón.

II. Nuestras meditaciones se dividen en dos grandes partes, separadas por el ejercicio propio del día de Pentecostés. En la serie que nos dispone á esta grande solemnidad procuraremos profundizar en la devoción al Espíritu Santo y la misión de la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para con Jesucristo, para con la Iglesia y para con los justos. La segunda serie, que llena la octava incompleta (2), coronada por la fiesta de la Santísima Trinidad, destinase á darnos cuenta de los dones y frutos del Espíritu Santo.

III. Antes que nosotros, un autor ascético que goza de justo renombre, el R. P. MESCHLER, S. J., ha escrito sobre el Espíritu Santo unas meditaciones, que el presbítero señor MAZOYER ha publicado en francés con el título de: *Le don de la Pentecôte*, París, 2 vol., 1895.

En lo concerniente al dogma del Espíritu Santo y á

(1) Encicl. *Divinum illud*, hacia el fin.

(2) Como el domingo después de Pentecostés está ocupado por la fiesta de la Santísima Trinidad, hase notado ya de largo tiempo esta anomalía, que carece de octava una de las mayores solemnidades del año. *Caret octavis* (Pentecostés no tiene octava), se dice en el c. *Capellanus*, 4, de *feriis* (l. 2, c. 9) de las Decretales.

su elaboración científica, la teología católica se inspira de un modo especial en SANTO TOMÁS, principalmente en su *Summa theologiae* y *Summa contra gentes*. Y estos últimos años hanse publicado, además de los tratados generales sobre Dios ó la Santísima Trinidad, muchas obras especiales destinadas á declarar la misión del Espíritu Santo en las almas de los justos. Entre estas señalaremos, por habernos sido especialmente útiles:

P. VILLADA, S. J., *Commentarius theologicus de effectibus formalibus gratiae habitualis*, Valladolid, 1899.

FROGET O. PR., *De l'habitation du Saint-Esprit dans les âmes justes*. Artículos publicados en la REVUE THOMISTE, 1896-1898, y después en volumen separado en París. La segunda edición data de 1901.

¡La gracia del Espíritu Santo llene nuestros corazones; y las maravillas de su poder renueven, en estos turbados tiempos, la faz de la tierra!

ARTÍCULO I

Novena (1) preparatoria á la fiesta de Pentecostés

DÍA PRIMERO.—Objeto y razón de ser de la devoción al Espíritu Santo

Plan de la meditación.—Apliquémonos, ante todo, á la primera tarea que impone el amor ó el deseo de

(1) En cualquier tiempo del año, la novena del Espíritu Santo practicada en público ó en privado, tiene concedidos 300 días de in-

amar: procuremos conocer mejor al Espíritu Santo y su devoción. Después de ver sucesivamente el *objeto sublime*, y luego la elevada *razón de ser* de esta devoción, examinaremos en el tercer punto qué *motivos* de cultivarla nos sugieren estas consideraciones.

MEDITACIÓN

«*Emittes spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae*» (Ps. CIII, 30).

Enviarás tu espíritu y serán creados (1), y renovarás la faz de la tierra.

1.^{ER} PRELUDIO. Tratemos de imaginarnos vivamente el inefable espectáculo que se desplegó ante los ojos de SAN JUAN, cuando vió, en el esplendor de los cielos, los más grandes santos del Antiguo y del Nuevo Testamento representados por los veinticuatro venerables ancianos, prosternarse con la más profunda veneración ante el trono de la Santísima Trinidad, mientras resonaba el himno de los celestiales espíritus: ¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso!

2.^º PRELUDIO. Pidamos la gracia de comprender bien toda la excelencia de la devoción al Espíritu Santo, para que pasemos nuestra vida en un santo fervor.

duligencia por cada día, y una indulgencia plenaria (con las ordinarias condiciones), ya durante la novena, ya en alguno de los ocho días que inmediatamente la siguen (Pío IX, 26 de Noviembre de 1876). La novena preparatoria á Pentecostés, que prescribió León XIII se hiciera cada año en todas las iglesias parroquiales y aun en las otras, si el Ordinario lo tiene á bien, da derecho á 7 años y 7 cuarentenas cada día y una plenaria (con las ordinarias condiciones), durante la novena ó el día de la fiesta, ó el de la octava. (Enc. *Divinum illud*).

(1) Los seres animados.

I. Término sublime de esta devoción (1). —I. La devoción al Espíritu Santo tiene por objeto, como su nombre lo indica, la tercera Persona de la Santísima Trinidad. Del mismo modo que los ángeles, han sido los hombres criados sobre la tierra para conocer y contemplar á las tres divinas Personas, que subsisten en una misma esencia ó naturaleza divina (2). Pero mientras aguardamos á que una visión beatífica disipe todas las tinieblas, ¡cuán insondable misterio os envuelve, oh Dios, á quien adoro y bendigo! ¿Quién explicará vuestro origen, oh Espíritu creador? Si debo renunciar á comprenderos, no renuncio á lo menos á amaros, y á este fin quiero recordar cuanto Vos os habéis dignado revelarnos de Vos mismo, y ofreceros el primer homenaje de un acto de fe consciente y deliberado.

La fe me enseña que *sois Dios, que procedéis del Padre y del Hijo, y que recibís el nombre de Espíritu Santo.*

a) *Sois Dios.* Como tercera Persona de la Trinidad una é indivisible, sois consubstancial con el Padre y con el Hijo, como poseyendo plenamente la misma naturaleza que les es común; poderoso y sabio con el mismo poder y la misma sabiduría, en todo igual, é idéntico en perfección, distinguiéndoos de ellos solamente por vuestro origen. Así lo creo.

b) *Procedéis del Padre y del Hijo.* Así como de toda la eternidad el Verbo divino es engendrado por Dios Padre, Vos tenéis, de toda la eternidad, vuestro origen del Padre y del Hijo como de un solo y mismo principio. Así lo creo. Por una razón oculta á nosotros,

(1) Las personas no familiarizadas con la teología, podrían contentarse con leer este punto, y meditar los dos siguientes.

(2) Encicl. *Divinum illud.*

la Inteligencia infinita, común ó las tres Personas, exige, por su perfección misma, que haya en Dios una segunda Persona, el Verbo divino; y el Amor infinito común á las tres Personas exige, por una razón igualmente misteriosa pero que también radica en su perfección, una tercera Persona en Dios, procedente como Amor. La naturaleza divina es comunicada al Hijo por una generación enteramente espiritual, sin que podamos nombrar ni imaginarnos el insondable camino por donde la naturaleza divina es comunicada al Espíritu Santo. No es por generación; pero el mundo creado no nos proporciona imagen alguna que pueda darnos idea de lo que es (1).

c) *Recibís el nombre de Espíritu Santo.* Expliquemos esta apelación:

Espíritu. Dios es espíritu; pero cuando os damos este nombre como propio, no queremos solamente designar la naturaleza substancialmente espiritual y santa, que os es comunicada por el Padre y el Hijo; queremos también significar, en cuanto lo permite la insuficiencia de nuestros conceptos y de nuestras expresiones (2), el modo inefable (3) con que, por razón del Amor con que Dios se ama á sí mismo, procedéis del Padre y del Hijo como de un solo principio, que la teología llama: «*Espirador*». De un modo divino, que supera nuestro entendimiento, brotáis Vos de la esencia infinita, común al Padre y al Hijo, como el soplo corporal se ex-

(1) DIV. ТНОМ, *Summa theol.* I. p., q. 27, a. 3, ad 4; q. 36, a. 2.

(2) Como el mundo visible nos muestra naturalezas comunicadas por vía de generación, nos proporciona términos más claros y más exactos para designar el modo de origen (procesión) de la segunda Persona, *Generación*, y la misma segunda Persona, *Hijo*, que para designar la tercera y su origen.

(3) Llamado *espiración* no *aspiración*, término que se lee con asombro en la traducción francesa de un libro sobre los dones del Espíritu Santo.

hala de nuestra boca (1). Vos sois el anhélito abrasado del Amor con que Dios se ama á sí mismo; la efusión misteriosa de este Amor dentro de sí mismo; la expresión interior, la vida del Amor infinito, emanando del Padre y del Hijo, sin salir de las profundidades del ser divino, conclusión suprema de la Trinidad Santísima.

Espíritu de Dios. Vos sois, á nuestros ojos, el soplo inspirador de toda la energía y de toda la vida en las criaturas (2): desde la humilde fuerza vital, que hace á la planta crecer y florecer, hasta esa vida absolutamente superior, á que nos invita el amor de Dios y cuyos actos todos son comenzados y sostenidos especialmente por Vos.

Espíritu Santo: este nombre leo completo en las sagradas Escrituras (3) y lo recojo de los labios de la Iglesia. ¡Qué bien os conviene este nombre! En efecto, este mismo amor divino por sí mismo, que es vuestra inefable razón de ser, hace también brillar la santidad de Dios. Manifiesta que Dios, principio de todas las cosas, halla en sí mismo su fin, su bien: ahora bien todo es santo en cuanto se refiere á Dios (4). Os llamamos también Santo, porque, siendo el primero y

(1) SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, sobre San Juan, I, 9. Καθάπερ ἐκ στόματος τοῦ ἀνθρώπινου πρόεισι τὸ πνεῦμα σωματικῶς, οὕτω καὶ ἐκ τῆς θείας οὐσίας θεοπρεπῶς προχέεται τὸ ἐξ αὐτοῦ (M., P. G., t. 74, col 257).

(2) El término hebreo *Ruah'* (soplo, viento) *respiración*. representa, en el Antiguo Testamento, la vida activa de los seres. Dios la posee en sí mismo y por sí mismo. Después de los demás seres, recíbelo el hombre como comunicada por el *Ruah'*, la respiración de Dios. Así el Espíritu de Dios aparece como principio de las obras exteriores de Dios, principio de la fuerza, de la vida, de la fecundidad. En el Nuevo Testamento conserva esta acepción; pero se nos revela claramente en él la Personalidad distinta de la tercera Persona de la Santísima Trinidad.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) D. THOM., *Summa theol.* I. p., q. 30, a. 1.

supremo Amor, conducís las almas á la santidad, en que, en último término, consiste en el amor de Dios (1).

Espíritu de Dios procedente por amor, lleváis también el nombre de *Amor*; como el Hijo, procedente por inteligencia, se llama *Verbo*. Y así como las obras exteriores de Dios, en cuanto son fruto de su sabiduría, constituyen una especie de verbo exterior, que representa al Verbo eterno, así también las efusiones exteriores del amor divino en todas las cosas, os son atribuídas como á Amor del Padre y del Hijo.

II. 1. Estas enseñanzas de la fe, que acabamos de balbucir, nos muestran con evidencia que el culto debido al Espíritu Santo es el supremo, y con el cual no podemos honrar sino á Dios.

2. Su alteza no debe acobardarnos; al contrario, debe infundirnos una santa esperanza. Yo mismo, que no entiendo más que vagamente estas nociones imperfectas y poco al alcance del humano entendimiento, comprenderé un día la inconcebible realidad que en ellas se insinúa. A la fría obscuridad de un impenetrable misterio, sucederá la claridad dichosa de la visión cara á cara. ¡Qué porvenir el mío!

3. Mientras aguardamos este inmenso gozo, prosternados ante la infinita Majestad que nos lo prepara, reconozcamos y amemos su Bondad, adorémosla con un sentimiento respetuoso y profundo, ya permaneciendo ante Ella silenciosos y recogidos, ya repitiendo una y otra vez el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*, que no cesa de resonar en el cielo (2).

II. Elevada razón de ser de la devoción al Espíritu Santo.—I. 1. La pregunta: *¿por qué hay que*

(1) Encíclica *Divinum illud*.

(2) Apoc. IV, 8.

dar culto al Espíritu Santo?, recibe esta breve y sublime respuesta: porque todos los beneficios del amor divino se atribuyen á la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que es también, en sí misma, el primero y supremo don de Dios.

Si nuestra mirada penetrase en el seno de la adorable Trinidad, veríamos la unidad de perfección común á las tres Personas; y las manifestaciones de los divinos atributos nos darían materia abundante para glorificar á la Trinidad toda entera. Pero en la imperfección actual de nuestro conocimiento, las relaciones de origen que distinguen á las tres Personas nos hacen atribuir á cada una de ellas perfecciones correspondientes y distintas, y las obras con que éstas se manifiestan. Todas son comunes necesariamente á la Trinidad Santísima: lo sabemos y confesamos; pero no todas nos representan igualmente las tres Personas que hay en Dios. Porque la Persona del Padre es principio de las otras dos, le atribuimos especialmente el poder y las obras con que éste admirablemente se manifiesta; la sabiduría y las maravillas con que resplandece, nos recuerdan al Hijo de Dios, cuya inefable razón de ser se halla en la perfección de la inteligencia divina. El Espíritu Santo procede por vía de amor. El es el amor del Padre y del Hijo, como el Hijo es el Verbo del Padre. De ahí que todas las obras que manifiestan el amor de Dios, todos los beneficios de este amor, nos representan al Espíritu Santo, y El es el primero y supremo don de Dios, porque el primer don del amor es el amor mismo (1), y Dios no podría darnos bien más excelente que su amor.

(1) D. THOM., *Summa theol.*, 1. p., q. 38, a. 2. En el *Veni Creator* invocamos al Espíritu Santo como don de Dios Altísimo: *Altissimi donum Dei*.

2. Podemos ya ahora anunciar, de un modo preciso, lo que es el culto del Espíritu Santo.

Este culto tiene por objeto *material* (1) al mismo Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad; y por objeto *formal* (2) el amor que Dios nos profesa, manifestado en todos los beneficios de este amor. Este amor, aun siendo común á las tres Personas divinas, es *apropiado* al Espíritu Santo.

El culto al Espíritu Santo honra á la persona divina que evoca en nuestra mente la idea de los beneficios del amor divino; es el culto del amor eterno de Dios, en la Persona, cuyo origen es este mismo amor.

3. Tantos homenajes, por consiguiente, merece el Espíritu Santo, cuantos son los beneficios del amor divino. ¿Quién negará, exclama San Basilio (3), que todo lo que la Bondad divina dispensa al hombre, ya por sí misma, ya por Nuestro Salvador, nos viene como una gracia del Espíritu Santo?

¿Pero quién podría contar los efectos de esta Bondad?

a) ¿Por ventura todas las obras de Dios no son *dones de su amor*?

Tomemos la creación. Investiguemos la razón de

(1) El objeto *material* de una devoción se halla buscando lo que honramos ó á quien honramos. Pero una cosa jamás es honrada por sí misma: el honor se termina siempre en una persona, á la cual la cosa pertenece. El objeto, por lo menos remoto, es, pues, siempre una persona, y la excelencia de esta persona determina el grado de los honores que pueden tributársele. Si esta persona es Dios, el culto puede ser siempre de adoración ó de latría.

(2) El objeto *formal* de una devoción se manifiesta en los motivos sobre que se funda, es decir, en las excelencias por las cuales honramos á la persona misma.

Sobre el objeto de la devoción al S. C. de Jesús y la comparación de esta devoción con la del Espíritu Santo, véase nuestra *Consécration au Sacré-Coeur*, 3.^a edición, cuya traducción española está á punto de salir (Subirana, 1912).

(3) *Del Espíritu Santo*, c. 16, n. 39. (M., P. G., t. 32, col. 140).

ser de cuanto existe fuera de Dios. ¿Qué necesidad, qué utilidad, qué esperanza de goce pudo influir sobre la creadora voluntad de Dios? No hallamos ninguna. Pasemos y repasemos en nuestro espíritu todas las razones posibles; no hallaremos la explicación de la existencia de este mundo, sino en una Bondad enteramente gratuita, en el amor de Dios. El Espíritu Santo es Creador. No sin razón, pues, su himno comienza con estas palabras: *Veni, Creator Spiritus*. Ven, Espíritu Creador.

b) Hay, sin embargo, ciertas obras que, con especial elocuencia, pregonan el amor de Dios para con nosotros.

¿En cuál resplandece más el amor que en la más notable de todas, la Encarnación del Verbo? Pues este gran testimonio de la piedad divina atribúyese expresamente al Espíritu Santo. María, dice el Sagrado Evangelio (1), «fué hallada que había concebido del Espíritu Santo».

Después la Iglesia; todos los privilegios, todas las prerrogativas que le fueron conferidas para ejercer su ministerio de salvación, la infalibilidad de su magisterio, la perpetuidad de su sacerdocio, el poder de perdonar los pecados: todo pertenece á la misión visible del Espíritu Santo (2) que se reveló espléndidamente el día de Pentecostés.

(1) Matth. 1, 18.

(2) Cuando una obra exterior de Dios se refiere á una Persona divina, que procede de otra Persona, señalamos este origen diciendo que aquella Persona ha recibido, de ésta de quien procede, *misión* para cumplir la tal obra, y que es enviada por Ella. La misión, pues, no implica idea alguna de inferioridad ni de traslado, sino que supone una obra exterior de Dios y la apropiación de esta obra á una Persona que procede de otra. El Padre jamás es enviado; pero envía á su Hijo al mundo; el Espíritu Santo es enviado por el Padre y por el Hijo para santificarnos. En el mismo sentido, una Persona se dice dada por otra.

A esta misión visible hay que añadir otra secreta, pero igualmente conmovedora, que El ejecuta en las almas. ¿Cómo describir sus múltiples efectos? ¡Qué de dones nos recuerda! La gracia santificante y el espíritu de adopción, las virtudes infusas, las disposiciones sobrenaturales que llevan el nombre especial de dones del Espíritu Santo, las gracias extraordinarias gratis dadas, todos esos continuos impulsos por los cuales sucesivamente nos conduce á nuestro fin sobrenatural.

Y esta acción santificante es finalmente coronada por su presencia.

II. 1. Repasemos, en nuestra mente, el magnífico cuadro de los beneficios del amor divino, para excitar nuestra gratitud y multiplicar los actos de ella.

2. Esforcémonos en comprender bien que nuestros homenajes al Espíritu Santo van, en realidad, dirigidos á la Trinidad toda entera, ya que el amor que los provoca es común á las tres Personas divinas. Y no tratemos de especulativo é inútil el progreso en el conocimiento de Dios. El conocimiento exacto y, en cuanto es posible, distinto de estas cosas, es de inestimable valor para la vida espiritual. ¿Por ventura la sólida devoción podría fundarse sobre el error?

III. **Razones para dedicarnos al culto del Espíritu Santo.**—I. Estas primeras consideraciones bastan ya para proporcionarnos urgentes motivos de fomentar la devoción al Espíritu Santo. Podemos deducirlos de la *excelencia* de esta devoción, del *beneplácito divino* y de *nuestra utilidad espiritual*.

1. *Excelencia de esta devoción.*—Con nuestros homenajes al Espíritu Santo, honramos, en su Persona divina, un Amor, increado, eterno, identificado con Dios; Amor que, después de habernos criado, nos sant-

tifica y nos conduce á la sobrenatural bienaventuranza. Esos homenajes van directamente enderezados al mismo Dios, y las razones que los dictan son las mayores entre las obras divinas. ¿Puede, pues, concebirse más excelente devoción?

2. *El divino beneplácito.* a) Por el culto al Espíritu Santo afirmamos y proclamamos que, si las obras de Dios manifiestan su poder y su sabiduría, no manifiestan menos su bondad y su amor; que la sabiduría las ordena y combina, el Poder las realiza, pero el Amor es su principio y su magnífico complemento. ¿Qué género de homenajes podría agradar más á Dios, que el que nos le hace bendecir en todas las cosas y pone en nuestros labios la inspirada palabra: *Dios es caridad?* (1)

b) Podemos, por lo demás, juzgar de ello por contraste. ¡Con qué palabras de tanta indignación condena el Señor el pecado contra el Espíritu Santo! ¡Con qué severidad declara que no será perdonado ni en ésta ni en la otra vida! (2). ¿No podemos concluir de ahí que, los honores al Espíritu Santo tributados, son los más agradables á Dios? Los homenajes al Espíritu Santo, lo mismo que sus injurias, conmueven el corazón de Dios.

3. *Nuestra espiritual utilidad.*—La devoción al Espíritu Santo nos levanta de un golpe muy por encima de la tierra, del fango y del pecado, porque, recor-

(1) 1.º Joan. IV, 8.

(2) Matth. XII, 31, 32.; Luc. XII, 10. Notemos, sin embargo, que estos textos no deben entenderse en un sentido que restrinja el dogma de la remisibilidad de todos los pecados en esta vida, por los méritos de Jesucristo y el poder otorgado á su Iglesia. Los teólogos explican estas severas palabras del Señor, haciendo notar que, pecando contra el Espíritu Santo, colócase uno en una disposición directamente contraria á la gracia. Disposición que es un especial obstáculo para el perdón; porque el perdón supone correspondencia á la gracia divina.

dándonos que nuestro principio y nuestro fin es un Amor infinito, abre camino á los más altos y delicados sentimientos. Cuanto mejor conocemos la amistad divina, más celosos nos sentimos de conservarla; y los deberes que más nos acercan á Dios, la sumisión filial, el reconocimiento, la caridad, se nos manifiestan con tal claridad, que no nos permite ya ignorarlos ó despreciarlos.

II. Penetremos el valor de estos motivos, para que ejerzan en nosotros saludable influencia. Nada mueve al hombre como el amor que se le manifiesta. ¿Dejaríamos sin correspondencia el amor de Dios? ¿Hay nada tan imperiosamente necesario como amar al amor divino? Expresamos nuestra devoción al Espíritu Santo por una vida cuyos actos todos vayan dictados por el amor, ya que todos se los debe al amor de Dios.

COLOQUIO

I. Podríamos en este coloquio recordar, ante todo, muy fructuosamente, cuánto debemos á una triple caridad. Por encima de todo, el eterno amor de Dios apropiado al Espíritu Santo, principio y fin de todo bien; pero este amor, de una naturaleza infinita, supera toda imaginación y toda inteligencia. Dios provee á mi debilidad, y un beneficio de su amor me da un Hombre Dios, cuyos sentimientos comprendo y aun experimento yo mismo. Y el sentimiento de este Hombre Dios para conmigo, es también un amor llevado hasta el extremo, hasta la muerte, hasta la Eucaristía. Este segundo amor, aunque en forma humana, es sin embargo, amor de Dios y de infinito valor. Para acabar de acercarse á mí, el Verbo encarnado me prepa-

ra una Madre, Madre de Dios; pero también Madre de los hombres. María me ama, y ruega por mí; Jesús me ama, y muere y merece por mí; Dios me ama, y acepta la mediación de Cristo por mí, escucha las oraciones de María y me concede toda gracia.

2. Después de estas consideraciones, demos gracias en primer lugar, con gran piedad y afecto, á la Santísima Virgen por su amor para con nosotros. Luego, suplicándola nos introduzca con su Hijo, daremos gracias al Corazón de Jesús por el amor en que por nosotros se consume y por el que ha infundido á su Madre hacia nosotros. Y, dirigiéndonos por medio de Jesús y María á la Santísima Trinidad, bendigámosla por la caridad eterna, admirable creadora, y más admirable restauradora del Universo, á la cual debemos la misión del Espíritu Santo, el Corazón de Jesús y el de María.

¡Demasiado es esto, Dios mío! ¿Cómo negarme ya por más tiempo á una vida de santo amor? Con el más profundo respeto, ofrézcoos mi corazón, que lo quiero sólo por Vos y para Vos. ¡Cuán pequeño es para que baste á pagar el deber de amaros que le imponen vuestros beneficios! A lo menos que vuestra gracia, oh Dios de bondad, se digne atraerlo definitivamente á Vos. *Acto de caridad.*

**DIA SEGUNDO.—La Encarnación del Verbo por el
Espíritu Santo**

Plan de la meditación.—En la Encíclica *Divinum illud*, cuyo plan nos complacemos en seguir, comienza LEÓN XIII á exponer la virtud del Espíritu Santo por el gran misterio de la Encarnación del Verbo. En efecto, aunque sólo la segunda Persona de la

Santísima Trinidad se encarnó; aunque sólo el Verbo tomó la naturaleza humana: la *Unión activa*, como dicen los teólogos, es decir, la operación inefable que juntó una naturaleza humana con una Persona divina, es, como toda obra de Dios, común á la Santísima Trinidad. Atribúyese con todo, al Espíritu Santo, porque en ninguna resplandece más el amor divino: «*Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* (1), Dios ha amado de tal manera al mundo, que le dió á su Hijo unigénito». Consagrando este ejercicio á la meditación del beneficio más saludable á la humanidad, veremos sucesivamente el *amor divino* que en él se manifiesta; la *necesidad* á que responde; la *sublime alteza* en que está colocado, y *las grandes convicciones* que nos inspira.

MEDITACIÓN

«*Nec in cor hominis ascendit quae praeparavit Deus iis qui diligunt illum*» (1.^a Cor. II, 9).

Ni cabe en el corazón del hombre lo que ha preparado Dios para los que le aman (2).

1.^{ER} PRELUDIO. Trasladémonos con la imaginación á la morada de Nazaret, en el momento de cumplirse en ella el gran misterio del amor.

2.^O PRELUDIO. Supliquemos al Señor nos conceda la gracia de comprender finalmente la inmensa deuda de caridad que con El tenemos contraída, para que el amor de Dios sea una indispensable necesidad de nuestras almas.

(1) Joan. III, 16.

(2) Estas palabras, cuyo sentido se restringe á las veces á la felicidad del cielo, se entienden de la Encarnación y de toda la salvadora economía que de ella se deriva. Vid. CORNELLY, in hunc locum.

1. El amor manifestado en la Encarnación.—I.

La Encarnación revela un poder y una sabiduría infinitas; pero, al referirla al Espíritu Santo, nos olvidamos de todo lo demás, para no ver en ella sino un don del amor divino, de un amor infinitamente espléndido é infinitamente misericordioso.

1. *Infinitamente espléndido.*—Dios halla el medio de darse á sí mismo, y de llegar de este modo á los límites de un poder, que parecía no tenerlos. Hallámonos frente á una de las tres maravillas que no pueden ser superadas; que por un lado son infinitas y, entre ellas, ésta es la primera: la Humanidad de Cristo (1). No puede la criatura expresar mejor la intensidad de su amor que exclamando: mi amor ha hecho cuanto ha podido. Esta expresión, que tan bien se comprende en nosotros, débiles y pobres, parecía excluida para siempre de los labios de Dios, porque ningún don hay tan grande que no pueda concebirse otro mayor: ninguno, digo, salvo, sin embargo, el mismo Dios. Y he aquí que Dios mismo se da en la Encarnación.

2. *Infinitamente misericordioso.*—a) ¿En qué ocasión nos fué otorgado este beneficio? ¿Como premio de alguna noble victoria, en cambio de un sacrificio heroico, de una fidelidad á toda prueba? Desengañémonos: Dios concede esta gracia inaudita al hombre prevaricador, justamente arrojado del paraíso. Este Dios bondadosísimo desterrólo de un jardín de terrenales delicias para conducirlo, por más glorioso camino, á las delicias celestiales. Convierte la tierra en más triste y más estéril para embellecer el cielo; inclina nuestra frente hacia el terreno ingrato, mas sólo para trocar las gotas de sudor en preciosas perlas.

(1) S. THOM., *Sum. theol.* I p., q. 25, a. 6, ad 4. Las otras dos son la maternidad divina y la visión beatífica.

Sujétanos por algún tiempo al cuerpo, á los sentidos, á los elementos exteriores; pero la fraternidad con Jesucristo nos promete una libertad más gloriosa, de lo que fué humillante la esclavitud.

b) Dios se da por la Encarnación; pero esto dice aún poco: Dios se da nuevamente, y mejor que la primera vez. Para Dios, darse es llamar al género humano á participar de su dicha: donación contenida en la gracia original que recibieron nuestros primeros padres (1). Mas como su pecado nos excluyera de este beneficio, entonces dignase Dios rehacer sus magníficas ofertas; pero nos las presenta El mismo, revestido de nuestra naturaleza, con sus propias manos taladradas por nosotros en la cruz, á fin de conmovernos más y forzarnos, por decirlo así, á no perder la ocasión de una divina felicidad. ¡Con la Encarnación responde Dios al pecado! ¡Respuesta tan maravillosamente inconcebible, que mueve á la Iglesia á felicitarse de la falta misma de Adán: «*O felix culpa, quae talem ac tantum meruit Redemptorem!*» (2) ¡Oh feliz culpa, que mereció tal y tan grande Redentor!»

II. Penetremos bien cuanto la Encarnación contiene de amorosa misericordia. Comprendamos de ahí, cuán imperioso deber nos obliga á manifestar á Dios un amor tan *generoso*, que no le regatee ni los sacrificios ni las ofrendas; que no mida lo que ha de dar á un Dios que da sin medida; en fin, un amor *misericosordioso*. ¿Pero cómo usar de misericordia con Dios? Por la magnanimidad del perdón, al prójimo conce-

(1) Si la gracia que recibimos tiene sobre la gracia original de nuestros primeros padres la ventaja de ser adquirida por la sangre del Hombre Dios; la más grande de las gracias, después de la de Cristo, es la de la Santísima Virgen, que no sigue á mancha alguna y está impregnada de los méritos de Jesucristo.

(2) *Exultet* del sábado santo.

dido. Dios se digna substituirse á nuestros hermanos.

Todo un plan de vida nueva, tal vez para nosotros, aparece trazada en estos dos rasgos.

II. Necesidad del beneficio de la Encarnación.

—I. La necesidad del beneficio de la Encarnación es una verdad evidente. De nada nos hubiera servido nacer, si no hubiéramos sido redimidos (1). Privados de nuestro fin y de los medios de llegar á él, no nos había cabido en suerte sino una vida enteramente inútil. Inútiles los goces y las penas, inútil el bien practicado, funesto el mal. ¿Cuál sería nuestra suerte si el Espíritu Santo no nos hubiese dado á Jesucristo? La particular emoción que experimenta el que, estando á punto de perecer, siente una mano decidida que le salva, ésta deberíamos fomentar para con Cristo y con Dios. Profundicemos en este pensamiento.

II. Inútil, decíamos, sería la vida sobre la cual no hiciese irradiar el Verbo la influencia de su Encarnación; pero deberíamos comprender esta consecuencia, á saber: que son igualmente inútiles todas las partes de nuestra vida que substraemos á esta acción saludable. Los actos malos son perdidos, arrastran á los hombres á su desdicha; y perdidas también las partes defectuosas de todas nuestras acciones que no están vivificadas por la savia de Jesucristo.

Pérdidas son éstas tanto más deplorables, cuanto que van acompañadas de trabajos y penas. «Nos hemos fatigado en el camino de la iniquidad y de la perdición, hemos entrado por sendas difíciles é ignoramos el camino del Señor» (2).

Lamentemos los daños por culpa nuestra experi-

(1) *Ibidem.*

(2) *Sap. V, 7.*

mentados, no para sumirnos en un desesperado abatimiento, hijo del amor propio y, como tal, enteramente estéril; sino para repararlos por medio de una grande atención y extremada diligencia, en el servicio de Dios.

III. Sublime alteza de este beneficio.—I. Rara vez el beneficio necesario resulta al mismo tiempo sublime. De ordinario, no es más que un fundamento sobre el que se levanta lo demás. Así la vida del cuerpo prepara y hace posible la actividad de nuestra inteligencia; pero, sin embargo, no puede decirse que pensemos con la materia. El beneficio de la Encarnación se extiende de la base á la cumbre de nuestro verdadero y sobrenatural destino. Ninguno hay más indispensable, ninguno más elevado.

1. Quitad al Verbo su humanidad: el cielo se nos cierra, la gracia nos es inaccesible; dadme esta humanidad y será fuente inagotable de toda gracia. «Yo soy, decía el Señor, el camino, la verdad y la vida» (1).

2. En el Verbo encarnado la naturaleza humana se reviste de una dignidad infinita, que la ensalza por encima de la naturaleza angélica; de manera que nada tenemos que envidiar á los celestiales espíritus.

3. Gracias á la Encarnación, podemos ser injertados en el Hijo de Dios, recibir de El la savia de vida, no constituir más que un cuerpo con El, estar con El moralmente identificados.

4. La Encarnación sella dos veces la gracia con el sello del amor: del amor divino del cual dimana la gracia y del amor teándrico que la compró.

II. 1. Conmovidnos por las magníficas invenciones del amor de Dios, abandonémonos á vivas efusiones de gratitud.

(1) Joan. XIV, 6.

2. Dios nos llama con una grande vocación. No la desoigamos, antes procuremos corresponder á ella plenamente, juntándonos muy de cerca con el Señor, para imitarle y unir nuestras acciones con las suyas. Así, engrandeciéndonos nosotros mismos, glorificaremos más á Dios.

IV. Grandes convicciones que nos inspira la Encarnación.—I. La Encarnación, esta grande gracia del Espíritu Santo, proyecta sobre todas las otras viva luz, y nos inspira firmes y santas convicciones.

1. Aumenta nuestra estima por una reconciliación, cuyo precio pagó la sangre del Redentor.

2. Elocuentemente nos muestra hasta qué punto desea Dios nuestra salvación. Herido yo por el pecado, hallaba demasiada dificultad en conocer y seguir el camino del deber, siu que me bastase el invisible gobierno del Verbo de Dios: y he aquí que, compadecido de mi flaqueza, El mismo se ofrece á ser mi guía visible (1), lleno de bondad y blandura.

3. La Encarnación, por una presencia sensible que nosotros podamos entender y por una exterior semejanza, que cae bajo los sentidos, nos hace creíble la íntima presencia de Dios en nosotros y la incomprendible semejanza que la gracia santificante nos da con lo infinito.

4. Puesto que Dios se ha abatido hasta nosotros, ya no dudamos de que tenga medios suficientes para levantarnos á sí. «*Quod homo est, esse Christus vult, ut et homo possit esse quod Christus est* (2).

(1) S. THOM., *De veritate*, q. 20, a. 4. ad 3.

(2) SAN CIPRIANO, *Quod idola dii non sunt*. Que los idolos no son dioses.

Quiso Cristo ser lo que es el hombre, para que el hombre pueda, á su vez, ser lo que es Cristo.»

II. 1. Deben estas consideraciones llenarnos de confianza, y sugerirnos una ambición verdaderamente divina.

2. El amor que, en su naturaleza humana, me muestra Dios; sin hacerle más amable en sí mismo, me da un nuevo modo de amarle (1) y me impone un particular deber de tributar homenaje á su amor. Debo amarle y adorarle en esta naturaleza que por mí ha tomado; y á la condescendencia de un Dios que, abatiéndose y acercándose á mí, parece olvidarse de mi vileza, debo responder con un especial cuidado en tributarle respeto y honor (2).

COLOQUIO

Después de haber llamado en nuestro auxilio á esta buena Madre, en quien llevó la Encarnación sus más hermosos frutos, excitemos en nosotros un vivo sentimiento de admiración y amor. Leamos en este mundo, magníficamente criado y más magníficamente redimido, leamos las manifestaciones de un inaudito amor. Reconozcamos nuestro deber de glorificar á un Dios tan bueno; ofrezcámonos á cumplirlo durante toda nuestra vida, y terminemos este ejercicio con la hermosa oración de la Iglesia.

«Oh Dios, que admirablemente fundasteis y más maravillosamente reformasteis la dignidad de la naturaleza humana, hacednos participar de la dignidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humana natu-

(1) S. THOM., *De unione Verbi*, art. 1, ad 9.; FRANCELIN, *De Verbo incarnato*, th. 45, initio.

(2) Billot, *De Verbo Incarnato*, th. 36, corolario.

raleza, Jesucristo, vuestro Hijo y Señor Nuestro, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén» (1).

DIA TERCERO.—El Espíritu Santo y el Verbo Encarnado

Plan de la meditación.—El mismo Verbo, que se encarnó por obra del Espíritu Santo, nos enseña, con su doctrina y ejemplo, la devoción que ahora tratamos de comprender más y practicar mejor. El coloca su humanidad, santificada por el Espíritu Santo, bajo la dirección del mismo divino Espíritu en cuanto á los actos de su vida pública y privada. Después, un poco antes de morir por nosotros, excita á los apóstoles, con el conmovedor lenguaje de la paternal solícitud, á grandes deseos del Espíritu Santo, que va á enviarles. La Encíclica *Divinum illud* recuerda este discurso, esta santificación y esta influencia del Espíritu Santo sobre la humanidad del Verbo. Esta influencia, en parte manifiesta y en parte oculta, simboliza, añade la Encíclica, la doble misión del Espíritu Santo, visible una en la Iglesia, otra invisible en el alma de los justos. El Papa mismo nos invita, pues, á fijar nuestro pensamiento sobre esta enseñanza, la más elocuente y persuasiva de todas, que se contiene en la vida y los discursos del Verbo encarnado. Veremos en los tres siguientes puntos: *la humanidad del Verbo santificada por el Espíritu Santo; esta misma humanidad guiada por el Espíritu Santo, y la promesa del Espíritu Santo promulgada por el mismo Dios hecho hombre.*

(1) Oración que dice el sacerdote al mezclar las gotas de agua con el vino en el cáliz.

MEDITACIÓN

«Expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos» (Joan. XVI, 7).

Os conviene que yo me vaya, que si no me voy no vendrá á vosotros el Paráclito; pero si me voy, yo os le enviaré.

1.^{ER} PRELUDIO. Imaginemos que nos hallamos entre los apóstoles, después de la última Cena, recogiendo con avidez las palabras, tan llenas de ternura que, en esta hora suprema de su vida, dirige el Señor á sus fieles amigos.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con vivas instancias la gracia de entregarnos completamente á la dirección del Espíritu Santo, á fin de conformarnos mejor con nuestro Jefe y Salvador Jesucristo.

1. Cristo santificado por el Espíritu Santo.—I. Procuremos representarnos lo más distintamente posible, la santidad del Verbo encarnado: no aquella substancial santidad que es El mismo como Verbo de Dios, en todo igual al Padre, sino aquella cuyo inefable encanto adorna su naturaleza humana.

1. La virtud de Dios, al unir la Persona divina del Verbo con una humana naturaleza, revistió, por eso mismo, á aquella naturaleza con la santidad propia del Verbo encarnado, que no puede hallarse en ninguna persona criada. La divinidad, por sola su inmediata presencia y sin el intermedio de ninguna operación, unge con su santidad substancial á la naturaleza humana, que subsiste en la Persona del Verbo, y estando presente toda entera, le comunica su santidad, que es

santidad infinita. Por la operación del Espíritu Santo el Verbo se encarna; por esta operación recibe en su naturaleza humana la unción de la divinidad, y queda hecho Cristo, el ungido de Dios (1). Posee también Cristo una santidad infinita y es Hijo de Dios por naturaleza y no por simple adopción (2).

2. La dignidad que reviste esta naturaleza humana excluye toda posibilidad de pecar, hácela objeto de las supremas complacencias divinas y exige, ya desde el primer instante y antes de todo mérito, toda la plenitud de las gracias sobrenaturales siendo, al mismo tiempo, un título á toda excelencia y dignidad; desde este mismo instante de la Encarnación, afluyen al alma de Cristo todos los dones sobrenaturales, que constituyen la santificación creada de la cual participan los justos. Más aún; desde aquel momento el alma de Cristo goza, en supremo grado, de la visión beatífica y, aunque no es glorificado todavía en su cuerpo; aunque no se le ve aún rodeado del esplendor de la realeza; aunque quiere merecer por sus actos libres el complemento de su glorificación, desde entonces, sin embargo, es Rey y digno de todos los honores.

Esta santificación por la gracia y los dones sobrenaturales, es obra del Espíritu Santo; además de la unción del Verbo á quien está unida, la humanidad de Cristo recibe la del Espíritu Santo (3). Este divino Espíritu descansa en El con toda su munificencia. Recordad todas sus maravillas; todas se hallan en Cristo, con tanta

(1) Cristo significa *ungido*. La unción por la divinidad se ve claramente en la Escritura y los Santos Padres (Encíclica *Divinum illud*).

(2) S. THOMAS, *Compendium theologiæ*, c. 215.

(3) En la Escritura y en los Santos Padres, la unción del Espíritu Santo se entiende según la gracia y los dones creados. FRANZKLIN, *De Verbo Incarnato*, th. XLI, 2.

abundancia cual Dios, en los consejos de su sabiduría, juzgó bueno realizar fuera de sí; todas se hallan en Cristo, como en un principio de inagotable comunicación.

II. 1. Detengámonos, ante todo, á contemplar el esplendor de las riquezas del Verbo humanado. Repitamos, en honor de Cristo, aquellos inspirados elogios: «Dios, el Dios tuyo, ungióte con aceite de alegría sobre todos los que han de participar de tu gloria» (1). En Ti «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (2). Al rezar las letanías del Sagrado Corazón, acordémonos del sentido de estas hermosas invocaciones: «Corazón de Jesús substancialmente unido al Verbo de Dios... en quien habita la plenitud de la divinidad..., en quien el Padre ha puesto todas sus complacencias..., cuya plenitud se derrama sobre todos nosotros.»

2. Hagamos luego esta tan útil consideración. El dominio de Cristo comprende al mundo entero, así las personas como las cosas; su reino se extiende sobre todas las inteligencias humanas y angélicas, y aun los mismos demonios sujétanse temblando á su imperio; pero El quiere ser nuestra cabeza, haciéndonos participantes de sus gracias y de su vida. A este fin, mereció para nosotros la gracia y la gloria, que no podía merecer para sí mismo; y todo su anhelo es juntarnos á ese inmenso y magnífico cuerpo del cual es cabeza, para hacer circular en nosotros la divina savia que circula en él. Invítanos aún á mayor intimidad que la que le une con los ángeles (ya que sólo nosotros tenemos con El la comunidad de naturaleza) (3), y un corazón semejante al suyo no se halla más que en nosotros.

(1) Hebr. I, 9, reproduciendo el salmo XLIV, 8.

(2) Colos. II, 9.

(3) Hebr. II, 16.

Sólo nosotros gustamos de la Eucaristía; y aunque reine sobre los ángeles, lo mismo que sobre los santos, y proyecte sobre ellos sus resplandores; sólo nosotros, según la más probable y común opinión, alcanzamos por sus méritos la gracia de adopción y la herencia de la gloria (1).

¿No nos hace esta reflexión desear para nosotros mismos la unción del Espíritu Santo, que embalsama y transforma la naturaleza humana de Cristo? (2) Privilegio á que no puede aspirar naturaleza alguna no inteligente, privilegio de que los demonios y los condenados están excluidos por su culpa, y que puede ser mío por los méritos de Jesucristo, y que es mío mientras estoy en gracia de Dios. Las relaciones que con Cristo tenemos, ¿no nos hacen estos dones especialmente preciosos? ¡Ven, oh Espíritu Santo, visita las almas que son tuyas, llena con la gracia de lo alto los corazones que has criado!

II. La humanidad del Verbo bajo la dirección del Espíritu Santo.—1. Del arrebatador espectáculo de las gracias y riquezas que habitualmente adornan el Alma del Salvador, llevemos nuestra atención al de sus actos y operaciones.

1. Admiraremos, en primer lugar, la perfecta unidad que reina en la actividad de nuestro amado Salvador, la cual comprende tres principios de acción, tres apetitos: el Señor, hombre como nosotros, experimenta las inclinaciones del apetito sensible, del mismo modo que

(1) S. THOM., *In III sentent.* d. 13, q. 2, a. 2. Quæstiunc. 1; *de veritate*, q. 29, a. 7, ad. 5. BILLOT, *De Verbo incarnato*, th. 3. Véase también TERRIEN, *La Mère de Dieu et la Mère des hommes*, I. 8, c. 6.

(2) Nadie es cristiano sin participar de la unción de Cristo. S. THOM., *De Symbolo*, art. 9.

posee el apetito superior, que corresponde á nuestra inteligencia; como verdadero Dios, tiene una voluntad común con el Padre y el Espíritu Santo. Pero una estrecha subordinación mantiene una admirable armonía lo mismo entre estas facultades que entre sus actos. La voluntad espiritual dirige, como señora absoluta, á todos los afectos sensibles, y ella misma se sujeta dócilmente al beneplácito divino. Así es cómo los actos del Señor, así los menores como los más importantes, se ejecutan bajo la influencia del Espíritu Santo (1) y son todos divinizados, no sólo en la Persona que los hace, sino aun en el fin á que tienden y en el impulso que los determina.

2. Desde el primer instante de su existencia y siempre, la humanidad del Señor es guiada por el Espíritu Santo; pero en el momento en que el Salvador acaba de recibir el bautismo de SAN JUAN, esta asistencia del Espíritu Santo se manifiesta solemnemente. Ciérnese sobre El el mismo divino Espíritu en forma de paloma (2), y nota expresamente el Evangelio la plenitud del Espíritu Santo de que queda lleno. Va luego al desierto conducido por el Espíritu Santo (3), así como El mismo atestiguará que, en nombre del Espíritu Santo, expelle los demonios (4). ¿Por qué esta manifestación; por qué estos testimonios? Con el bautismo comienza el Salvador su vida pública, y pretende Cristo mostrar al mundo, que enseña y cura en el nombre de Dios, que todo lo hace en virtud de una misión divina.

(1) Encicl. *Divinum illud*, en medio, citando á SAN BASILIO, *Del Espíritu Santo*, c. 16.

(2) Matth. III, 16.

(3) Matth. IV, 1.

(4) Luc. XI, 20.

II. ¡Qué lecciones para nosotros!—1. Este mismo Salvador, que toma nuestra naturaleza y modela nuestra alma sobre la suya, desea que nuestra actividad se regule con su actividad. Enséñanos con su ejemplo, en su vida íntima y privada, el medio de llegar á una sublime perfección, y de ejercitar con excelencia la devoción al Espíritu Santo. Dejémonos igualmente guiar por este divino Espíritu, habituándonos á recurrir á El y teniendo una constante voluntad de seguir sus inspiraciones. ¡De qué principios tan altos hacían derivar los santos todos sus movimientos! Suavemente y evitando con prudencia toda contienda, que arruina los más generosos deseos, pero al mismo tiempo con firme perseverancia, alejemos la disipación; multipliquemos las anteriores invocaciones para obtener luz y socorro; tengamos muy recta la intención, y poco á poco gustaremos de ese más profundo recogimiento, en que el alma, acercándose más á Dios, goza de serena paz y siéntese dispuesta á los actos más sublimes. Obremos bajo la mirada de Dios y siguiendo la dirección del Espíritu Santo.

2. ¡Cuán instructiva es también la misión auténtica, de que procura Cristo públicamente revestirla.

a) Condena así el Señor, de antemano, á todos los falsos profetas, á todos los falsos reformadores, á cuantos usurpadores dogmatizan sin autoridad y perturbaban la Iglesia y el mundo entero.

b) Advierte de su imprudencia á los católicos que se permiten juzgar y criticar ligeramente los actos de sus Pastores, y predicar reformas, cuyos planes, sin competencia alguna improvisan.

c) Incúlcanos el respeto para con aquellos á quienes el Espíritu Santo ha puesto sobre la Iglesia de Dios. También ellos nos hablan en virtud de la misión

divina transmitida por Cristo á sus apóstoles. «Como me envió mi Padre así os envío yo á vosotros» (1).

d) Estimula á los obreros apostólicos á que confíen al Espíritu Santo el éxito de sus trabajos.

III. El Espíritu Santo prometido por el Señor.—

A fin de aprovecharnos más completamente de estas divinas enseñanzas meditemos sucesivamente las *circunstancias* de la promesa, las *expresiones* que la acompañan y la *verdad* que estas mismas expresiones contienen.

I. *Las circunstancias.* ¡Cuán preciosas y conmovedoras resultan mediante las sublimes lecciones del Señor, las circunstancias mismas de ellas! Nos las da antes de morir por nosotros y subir á los cielos; después de la última Cena y en aquellas familiares comidas á que se digna asistir, aún después de la resurrección (2); en dos inolvidables escenas de despedida, una que precede á la más dolorosa pasión, otra que se desarrolla, desde el triunfo de la resurrección hasta la gloriosa ascensión. Esas lecciones forman también parte de los supremos desahogos del Corazón de Jesús.

II. *Resumamos sus mismas palabras.*—1. El Señor promete el Espíritu de verdad, como consolador que quiere permanentemente morar con sus discípulos (3), mientras que el mundo es incapaz de recibirlo (4); este Espíritu les sugerirá de nuevo y les hará comprender todo cuanto El mismo les ha enseñado y lo que aun le queda que decir (5); dará testimonio del

(1) Joan. XX, 21.

(2) Act. I, 4.

(3) Joan. XIV, 16, 17.

(4) Joan. XIV, 17.

(5) Joan. XIV, 26, 13.

Hijo del hombre y confundirá al mundo (1). «Conviene, concluye Jesucristo, que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá el Espíritu Santo; y si me voy, yo os le enviaré (2)».

He aquí lo que leemos en el Evangelio de SAN JUAN. En el Evangelio y en los Hechos de los apóstoles escritos por SAN LUCAS, la promesa es confirmada; pero los apóstoles reciben la expresa recomendación de cesar en toda obra hasta que sean bautizados por el Espíritu Santo y revestidos de la virtud de lo alto (3).

2. A primera vista y aun sin tratar de profundizarlas, estas expresiones nos muestran que el Señor, por muy elevados motivos, no quiso acabar completamente por sí mismo la obra de la redención del mundo, sino que confía al Espíritu Santo el cuidado de coronarla (4), como Consolador siempre presente, como Preceptor que hace entender y comunica fuerza para cumplir y, podemos añadir bajo la palabra de San Pablo (5), como Intercesor que ora por nosotros y nos enseña á orar.

Este lenguaje, propio para acrecentar nuestro deseo de recibir al Espíritu Santo, es también muy apto para inspirarnos las más hermosas reflexiones. a) El Señor nos muestra la Trinidad toda entera, como aplicándose á nuestra salvación: al Padre, porque El es quien envía al Hijo, y porque este Padre ama á los fieles de Cristo (6); al Hijo, porque es El quien da su vida; y al Espíritu Santo, porque es enviado del Padre

(1) Joan. XV, 26; XVI, 8.

(2) Joan. XVI, 7.

(3) Luc. XXIV, 49; Act. 1, 4, 5.

(4) Encíclica *Divinum Illud*, al principio.

(5) Rom. VIII, 26.

(6) Joan. XVI, 27.

y del Hijo para perfeccionar la obra de nuestra salvación. Expresemos á toda la Santísima Trinidad nuestra gratitud. Gustemos de alabar su bondad y santidad. «¡Oh Santísima Trinidad!» repetía SAN IGNACIO con inimitable acento. *b)* Las obras exteriores de Dios se nos manifiestan magníficamente armonizadas con las operaciones inefables que pasan en el seno de la divinidad. La misma Persona divina que concluye la Trinidad Santísima, acaba igualmente, en el Amor, la obra de la omnipotencia, asistida de la Sabiduría increada. *c)* Jesucristo traslada nuestra atención, de su humanidad á su naturaleza divina, y exalta ese divino Amor que El ha querido sensibilizar, amándonos con su humanidad.

III. *La explicación.* Doble verdad contienen esas expresiones de Cristo.

1. *El Espíritu Santo corona la obra del Señor.* ¿Qué significa esto?

El ministerio que Cristo tomó, es un ministerio de reparación y mediación. El Verbo se hizo carne para satisfacer por nuestros pecados, mostrarnos el camino del Cielo y merecernos la vida sobrenatural. Todo don divino nos viene por El; El es para nosotros el camino, la verdad y la vida (1). Mas por encima del Medianero, que es el Hombre Dios, ¿no vemos por ventura á Dios mismo, con quien nos reconcilia?; y esta reconciliación ¿no termina en un ósculo de paz? Este ósculo es la gracia del Espíritu Santo. Una gracia nos dió al Medianero, y la efectiva efusión de las gracias corona la mediación que las ha merecido. Y esta efusión, repetimos, pertenece á la misión del Espíritu Santo. Así Cristo enseña con palabras y ejemplos; pero el Espí-

(1) Joan. XIV, 6.

ritu Santo nos mueve á recibir sus enseñanzas (1) y graba su ley en el fondo de nuestros corazones; Cristo nos da el poder de hacernos hijos de Dios (2), pero el Espíritu Santo viene á nosotros con la gracia de adopción (3); Cristo funda la Iglesia y se declara Cabeza suya, pero el Espíritu Santo es su alma (4), que comunica seguridad y fecundidad á la palabra de los Pastores, eficacia á los sacramentos y perpetuidad al sacerdocio.

2. *Conviene que el Señor abandone la tierra para que venga el Espíritu Santo; ¿qué significa este lenguaje?*

Los justos del Antiguo Testamento ¿no vivían una vida sobrenatural, merecida por Cristo y comunicada por el Espíritu Santo? Ciertamente. Pero estas palabras manifiestan la abundancia extraordinaria con que se dispensan los dones y gracias del Espíritu Santo, después que Cristo está sentado á la diestra de Dios Padre (5). La dispensación que, en la antigua ley, era privada, limitada, oculta; es en la ley nueva, oficial, plena y manifiesta. Los que creen en Cristo reciben, con el Espíritu Santo, un río de vida, cuyas ondas inundan su alma (6).

¿Por qué aguardó el Señor el momento de ser glorificado, para derramar su gracia con tanta profusión? Seríanos tal vez difícil levantar el velo de este misterio; pero saboreemos el gozo y la confianza, que á no dudarlo nos infunde esta verdad: «Donde abundó el

(1) Joan, XIV, 26.

(2) Joan. I, 12.

(3) Rom. VIII, 15:

(4) Encíclica *Divinum illud*, en medio, citando á San Agustín.

(5) Encíclica *Divinum illud*, en medio.

(6) Joan. VII, 38, 39.

pecado, sobreabundó la gracia», dice el Apóstol (1). Creemos en Cristo y sentimos santamente la sed de refrigerarnos en la fuente que con tanta abundancia hizo manar sobre nosotros. Muy raros, decía SAN IGNACIO, si alguno se halla, son los hombres que comprendan lo que Dios haría en favor suyo, si ellos no se lo estorbasen (2).

COLOQUIO

Ofrezcámonos al Señor y á nuestra santa Madre María, para llevar una vida verdaderamente interior, y supliquémosle con confianza, que nos dé á probar los efectos maravillosos de esta gracia del Espíritu Santo que tan cara le ha costado, y que se complace en derramar con incomparable liberalidad sobre las almas cristianas. Acabemos la meditación dirigiendo al Espíritu Santo las piadosas invocaciones de la santa Iglesia. *Ven, oh Espíritu Santo.*

DIA CUARTO.—El Espíritu Santo y la Iglesia

Plan de la meditación.—Siguiendo un camino natural, que parece indicarnos la Encíclica *Divinum illud*, después de haber contemplado la influencia del Espíritu Santo en la humanidad del Verbo, vamos á meditar sobre las dos misiones, que esta influencia representa. La una es manifiesta en la Iglesia; la otra, íntima y secreta, tiene lugar en el alma de los justos. La misión visible del Espíritu Santo en la Iglesia será objeto de esta meditación; y el fin de ella será ligarnos

(1) Rom. V, 20.

(2) DE FRANCIOSI, *Espíritu de San Ignacio*, sobre la esperanza, n. 7.

profundamente con esta Iglesia, llamando nuestra atención sobre lo amable que se nos presenta, cuando la consideramos en el Espíritu Santo. En tres puntos sucesivos, se nos mostrará *amable en su alma, amable en su ministerio, amable en su autoridad*.

MEDITACIÓN

«*Hæc cum dixisset, insufflavit, et dixit eis: Accipite Spiritum Sanctum*» (Joan. XX, 22).

Habiendo dicho esto, sopló y les dijo: recibid el Espíritu Santo.

1.º PRELUDIO. Representémonos la sala del Cenáculo en donde los apóstoles, reunidos alrededor de María, vieron al Espíritu Santo bajar sobre ellos en figura de lenguas de fuego, mientras que sus almas eran abrasadas en un santo ardor de evangelizar al mundo entero.

2.º PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de entender mejor las íntimas relaciones de la Iglesia con el Espíritu Santo, á fin de concebir y fomentar para con ella ese amor profundo, que debe distinguir á los verdaderos discípulos de Cristo.

I. Amabilidad de la Iglesia en su alma.—I. Una palabra bastará para darnos á entender que el alma de la Iglesia es mucho más amable de cuanto puede expresarse y aun pensarse. *El alma de la Iglesia es el Espíritu Santo* (1).

1. Guiado por el Espíritu Santo, escoge Cristo sus apóstoles, reúne sus discípulos, comunica sus poder-

(1) SAN AGUSTÍN, sermón 267 (M., P. L., t. 38, col. 4232); S. TOMÁS: *De symbolo*, art. 9; Encíclica *Divinum illud*, en medio.

res y se edifica un inmenso cuerpo místico del cual es cabeza; pero este cuerpo ¿quién va á animarlo?

Según la imagen sublime de la Escritura, un soplo de Dios introdujo, en el cuerpo destinado al primer hombre, el espíritu de la vida. Comparemos con esta escena creadora, otra en que el Señor edifica su Iglesia. Delante de sí tiene, en la persona de sus apóstoles, los fundamentos de ella. «Como me ha enviado mi Padre, así os envío yo á vosotros.» ¡Qué misión y cómo reclama la vida! ¿Y cuál será el principio de esta vida? El soplo del Hombre Dios nos lo va á enseñar. Después de estas palabras, cuenta el sagrado Evangelio, sopló Jesús sobre sus apóstoles y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo.» El primer hombre debía andar y vivir: por esto recibió un alma espiritual como principio de su vida y movimiento. La Iglesia debe andar y vivir; un soplo comunicativo de Dios hecho hombre le da el Espíritu Santo, como principio de su vida y movimiento. En esta vida y este movimiento de la Iglesia ¿no reconocemos su alma? Su vida es enseñar secretos que sólo investiga el Espíritu de Dios (1); es multiplicar los hijos de Dios, que son tales por una gracia que el Espíritu Santo comunica, dándose á sí mismo (2), y el movimiento de la Iglesia es derramarse por el mundo con la triunfadora impetuosidad del espíritu, que sopla donde quiere (3).

2. A su propia amabilidad, así proyectada sobre la Iglesia, añade el Espíritu Santo la que la misma Iglesia participa de su consumado enlace con su cabeza y Esposo Jesucristo. A la vista de su compañera, misteriosamente formada de sí mismo, exclama el

(1) 1.^a Cor. II, 10

(2) Rom. VIII, 15.

(3) Joan. III, 8.

primer Adán: «He aquí, pues, el hueso de mis huesos y la carne de mi carne (1). El hombre y la mujer serán dos en una carne» (2). No conviene que sea menos íntima la unión que junta al segundo Adán con su esposa mística, la Iglesia. Sólo que, de la materia y de los sentidos, somos aquí transportados al dominio del espíritu. La Iglesia sale, cual segunda Eva, del costado de Cristo abierto por la lanza; y, gracias á la comunicación del Espíritu Santo, el espíritu de Jesucristo viene á ser el de su Iglesia. Cristo, dirigiendo una mirada afectuosa á su esposa mística, puede exclamar: Somos dos en un mismo espíritu.

II. 1. ¡Cuán santa es la Iglesia en aquel que la vivifica! ¡Cuán digna es de respeto, de admiración y de amor!

2. Reflexionemos en que el alma cristiana, calcada sobre el modelo, que es Jesucristo, reproduce también en pequeño á la Iglesia. Un mismo inspirado canto, el Cantar de los Cantares, conviene á la Virgen Santísima, á la Iglesia y al alma cristiana.

A nosotros, pues, toca también mostrar, con nuestros actos, que tenemos un mismo espíritu con Jesucristo. ¿No nos dice una palabra inspirada: «Aquel que se junta con Dios, forma un sólo espíritu con El»? (3)

II. Amabilidad de la Iglesia por su ministerio.

—I. El ministerio de la Iglesia consiste en santificar las almas por la oración pública y el sacrificio, así como por la administración de los sacramentos. ¡Cuántos motivos de ser amada recibió del Espíritu Santo, en estas augustas funciones!

1. ¿Cómo no amar á la Iglesia, cuando la vemos,

(1) Génes. IV, 21.

(2) Génes. II, 24; Ephes. V, 31.

(3) I Cor. VI, 16.

cual tierna madre, levantar su voz suplicante por todos sus hijos: por los que ya le pertenecen y por los que desea engendrar para Cristo? Mas esta oración universal abre las fuentes de la misericordia, porque es precisamente la oración de su alma, es decir, del Espíritu Santo, que suplica con gemidos inenarrables (1).

La oración por excelencia, como acto supremo del culto, es el sacrificio. El que el ministro consagrado ofrece, con el gran Sacerdote eterno Jesucristo, es de valor infinito para dar gloria á Dios y hacer descender sobre los hombres gracias y beneficios. El Espíritu Santo es quien proporciona sacerdotes á la Iglesia, y el sacrificio del altar se ofrece también bajo la acción del mismo divino Espíritu (2).

2. ¡De qué encantos sobrenaturales no se muestra dotada la Iglesia cuando, encendida de amor, dispensa los sacramentos, que rebosan sangre de su Esposo! Sin cesar se recuerda en ellos la influencia del Espíritu Santo que les comunica su virtud. En el bautismo, renace el hombre por el agua y el Espíritu Santo, para tener entrada en el reino de Dios (3). Reengendrado ya, pero aún en la infancia espiritual, preséntase el cristiano ante el Pontífice y éste, ungiéndole con el santo crisma, pone en su frente el sello del Espíritu Santo (4). La confirmación viene á ser Pentecostés para cada cristiano. El hombre, aunque dotado de firmeza y de vigor, y capaz de triunfar como los mártires y las vírgenes, sucumbe ¡ay!, á las veces, en la lucha y tiene sus momentos de cobardía. Mas, aunque

(1) Rom. VIII, 26.

(2) Hebr. IX, 14; Encíclica *Divinum illud*, en medio.

(3) Joan. III, 5.

(4) «Marca del Espíritu Santo», dice el Obispo en la Iglesia griega, al ungir la frente de los que confirma.

caído, halla un sacerdote que le transmite el «ósculo de la reconciliación con Dios»: es decir, el Espíritu Santo, en nombre de Cristo que dió este poder á los apóstoles. La misma virtud que cura y perdona, se ejerce cuando la Iglesia derrama el aceite sobre los miembros del enfermo y riega, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que desfallezcan las fuerzas del espíritu enemigo. ¿Y cuál es nuestro alimento divino en la Eucaristía? El cuerpo del Hombre Dios, que la misteriosa operación del Espíritu Santo hace presente en el altar, como lo formó en el seno de María. ¿Contraen los cristianos un matrimonio, que Dios y la Iglesia reconocen? Su unión es santificada por la gracia del Espíritu Santo, que ellos mismos uno á otro se comunican. Ved, sobre todo, á esos levitas prosternados en el santo pavimento. A la vista de sus padres y de los fieles que han acudido para asistir á la ordenación de los nuevos sacerdotes, el Obispo, imponiéndoles tres veces las manos, significa que el Espíritu Santo infunde, en el fondo de sus corazones, un nuevo carácter.

II. Ir así recordando, unos en pos de otros, los múltiples caminos por donde, gracias á la Iglesia y al Espíritu Santo que la anima, llegan los más estimables favores hasta nosotros; comparar con nuestras inmensas necesidades, los recursos puestos á nuestro alcance por medio de la oración, el sacrificio, los sacramentos de la Iglesia ¿no es como excitar necesariamente en nosotros una viva gratitud, que fútiles causas de displicencia no podrán ya atenuar? Ved aquí, pues, el fruto de este segundo punto.

III. **Amabilidad del poder pastoral.**—I. 1. A primera vista, parece la Iglesia menos amable por razón de una autoridad cuyas declaraciones pueden contra-

decir opiniones con gran cariño fomentadas, cuyos decretos pueden estorbar nuestra libertad de acción, y cuyos procedimientos pueden chocar y no siempre parecen inspirados en esas miras elevadas y santas que se esperan de personas revestidas de carácter sagrado. Ciertamente, ahí está todo el secreto de la oposición hecha á la Iglesia; esta oposición se explica por nuestro orgullo. Muy poco le costaría al hombre sujetarse á un Dios que no ve; pero difícilmente se inclina ante los representantes visibles de este Dios.

2. ¡Cuán digna es, sin embargo, esta misma autoridad de imponerse á nuestros corazones!

a) Consideremos su *fente*, no otra que el Espíritu Santo. El Espíritu de verdad y de amor crea la autoridad, le confía el depósito de los libros que El ha inspirado, la hace infalible en sus juicios supremos é indefectible en su jerarquía, y la asiste constantemente con sus luces y con su gracia.

b) *Su necesidad social*. La sociedad cristiana no sería posible sin autoridad; Jesucristo no se vería continuado en un cuerpo visible, cuyos miembros somos: privados de la mancomunidad de luces, de socorros y de méritos, marcharíamos aislados hacia nuestro supremo fin.

c) *Sus actos, su influencia general*. Impónenme una obediencia que me dirige hacia el cielo y que ya me lo merece; fijan las fluctuaciones de mi mente y me salvan de la punzante duda que, fuera del regazo de la Iglesia, atormenta hoy á tantas almas elevadas, y afirman mis pasos en el camino del bien.

Sacudir el yugo de la ley, obrar á su capricho, parece á primera vista una dulce libertad; pero es una ilusión, cuyas víctimas se desengañan muy pronto. Por haber rechazado el yugo de la justicia, vienen á caer

bajo la férula mucho más pesada de la iniquidad (1). ¡Cuánto dista de hacer lo que quiere, el hombre esclavo de sus pasiones ó de sus caprichos! No está su alma satisfecha, sino que gime por libertarse. En vano se pretende sacar á flote, sin el auxilio de la Iglesia, á lo menos la suma de deberes que parece imponer el orden social; pues sus motivos mismos son bien pronto puestos en duda y, como privados de razón de ser, bórranse, uno en pos de otro, los artículos del código moral. Ved si no lo que resta aún de ellos en ciertos escritos.

II. 1. Comprendamos cuán grave es rebelarse contra la autoridad de la Iglesia: resistir á ella es resistir al mismo Espíritu Santo. Ya el primer concilio, que se tuvo viviendo todavía los apóstoles, formulaba así sus decisiones: «Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros» (2).

2. Tratemos, como verdaderos discípulos de Cristo, de tener por la Iglesia tanto amor, cuanto es el odio que le profesa la impiedad; de unirnos más estrechamente á esta madre, ya que la vemos abandonada de tantos ingratos. Examinemos nuestras disposiciones para con la Iglesia; reconozcamos y corriamos los errores que hayan podido alterar tal vez en algo la sinceridad de nuestro afecto.

COLOQUIO

La Iglesia es nuestra madre. La Virgen lo es también y antes que ella, ya que es la más hermosa figura de la misma Iglesia (3). Podríamos, pues, hallar nuevos

(1) Rom. VI. 16.

(2) Act. XV, 28.

(3) *Homo microcosmos naturae, Maria microcosmos Ecclesiae.* STO. TOMÁS DE VILLANUEVA (3.º sermón para la Natividad de la Virgen). El mundo de la naturaleza hállase en pequeño en el hombre, y la Iglesia se halla como en miniatura en María.

motivos de amor hacia la Iglesia, recordando á aquella á quien nos ha hecho conocer y amar, á la cual proclama Reina de los apóstoles y á quien invoca como á su gran protectora.

Ofrezcamos al Espíritu Santo, por María, nuestras resoluciones de respetar y amar siempre más y más á la Iglesia, gloriosa esposa de Jesucristo.

**DÍA QUINTO.— Habitación del Espíritu Santo
en los justos**

Plan de la meditación.—Emprendemos un grande asunto, caro á San Pablo, tratado frecuentemente en las homilias de los primeros siglos, y que parece descuidado en demasía en el púlpito contemporáneo. Las alusiones rápidas que sobre este punto se permiten los oradores sagrados, bastan apenas para recordar el dogma, pero no pueden hacerlo gustar. Aunque la sublimidad de la materia es capaz de arredrarnos, con todo una palabra evangélica nos devuelve el aliento: «Dios se complace en levantar á los humildes y pequeños» (1). El Señor, al anunciar este oráculo, conmoviase de gozo en el Espíritu Santo. Llenos, pues, de confianza en la gracia divina, procuremos fomentar y fortalecer nuestra devoción al Espíritu Santo, por medio de esta gran verdad.

Tres meditaciones consagraremos á un asunto tan importante para nuestra vida espiritual. Contendrá la primera una ojeada general sobre el dogma; la segunda nos dará la explicación teológica de esta verdad; la tercera, suplementaria, precisará las enseñanzas de las sagradas letras, sobre la habitación del Espíritu Santo en los justos.

(1) Luc. X, 21.

Este primer ejercicio contendrá tres puntos: *La inmensidad divina presupuesta por la habitación; la presencia especial de Dios en los justos; su alejamiento de los pecadores.*

MEDITACIÓN

«*Si quis diligit me... ad eum veniemus et mansio-
nem apud eum faciemus*» (Joan. XIV, 23).

*Si alguno me ama... vendremos á él y pondremos
en él nuestra morada.*

1.º PRELUDIO. Representémonos al Señor diciendo á sus apóstoles y especialmente á San Judas, las palabras que acabamos de referir.

2.º PRELUDIO. Pidamos vivamente á Dios la grande gracia de conocer los dones de su infinita liberalidad.

I. La inmensidad y la ubicuidad divina.—I. 1. ¡Oh Dios mío, cuánto superan vuestras perfecciones á nuestro entendimiento! Nacidos en un tiempo que comenzó antes de nosotros; circunscritos en un espacio que excede nuestras dimensiones; no existiendo aquí ni allá sino por el contacto de nuestro cuerpo con otras substancias materiales: no disponemos para representaros eterno, inmenso, presente en todo lugar, sino de groseras imágenes, demasiado extrañas á vuestra perfección. Vuestra inmóvil eternidad parécenos una duración sucesiva de innumerables años; vuestra inmensidad, un mar de cuyas riberas nos vamos siempre alejando; vuestra ubicuidad, una multiplicación de Vos mismo en infinitad de posiciones, que nos figuramos semejantes á las vuestras. «Yo os creía grande, dice SAN AGUSTÍN (1), oh Vida de mi vida, con una gran-

(1) *Confesiones* I. 7. c.1, n. 2 (M., P. L., t. 33, col. 733).

deza esparcida por espacios infinitos, penetrando toda la masa del mundo, como si os extendierais todavía más allá de este universo, sin tener límites ni medida.»

Apresurémonos á rectificar nuestros conceptos y renunciar á imágenes engañosas. Vanos serían nuestros esfuerzos por figurarnos *la inmensidad divina*, es decir el grandor propio del ser divino; grandor infinito, indivisible, sin límites ni medida; grandor eterno é inimitable, que posee Dios independientemente de toda creación. Por esta perfección, está Dios necesariamente presente, con una presencia íntima, á cuanto *ha existido, existe y existirá* (1).

Hay que distinguir la *ubicuidad*, de la *inmensidad* divina que es su fundamento (2). La *ubicuidad* es la presencia actual de Dios en todo cuanto existe: por ella decimos que Dios está *en todo lugar*; su *esencia* lo llena y lo contiene todo (3); su *ciencia* todo lo conoce íntimamente (4); su *omnipotencia* es causa primera de todo. Nuestro grandor es infinito y nuestro cuerpo está en tal ó cual lugar, por el contacto de sus dimensiones con las de los otros cuerpos. El grandor de Dios es infinito y está en todas partes, por el contacto de su *virtud*. Contacto de una virtud *todopoderosa*; pero cuyos efectos varían según el beneplácito de Dios.

A causa de esta variedad, puede decirse que Dios está más, donde obra más; está más en los seres que viven, que en las masas inertes; más en los animales

(1) Véase DE SAN, S. J., *De Deo*, n. 124.

(2) Ibidem n. 125.

(3) Ibidem 134.

(4) Para indicar que todo está patente ante Dios, que todo pasa en presencia suya, dicese frecuentemente que Dios está en todas las cosas por *presencia*. Vid. Encicl. *Divinum illud*, citando á SANTO TOMÁS, *Sum. I. p.*, q. 8, á 3.

que en las plantas; más en las criaturas racionales que en los seres que carecen de razón.

II. Después de haber meditado esta verdad, ¿cómo no hacer nuestras las expresiones del Salmista: «¿Qué medio tengo de ~~substraerme~~ á vuestro espíritu y huir de vuestra vista? Si subo al cielo, reináis allí, si bajo á los infiernos, estáis allí presente; bien puedo tomar las alas rápidas de la aurora y ponerme en las extremidades del mar: vuestra mano misma me llevaría allá y me sostendría en mi carrera». (1)

¡Verdad terrible para el malo; pero llena de encanto para los buenos!

II. **La presencia especial en los justos.**—I. La enseñanza formal de las Escrituras nos instruye acerca de una especial presencia de Dios en los justos. Oigamos con santo recogimiento tan sublimes y consoladoras lecciones:

a) «*Si... non abiero, Paraclitus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos* (2). Si no me voy, el Paráclito no vendrá á vosotros; pero si me voy, yo os lo enviaré.» «*Misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra clamantem, Abba, Pater* (3). Ha enviado Dios el Espíritu de su Hijo á vuestros corazones, el cual clama, *Abba, Padre.*»

b) «*Si diligitis me mandata mea servate. Et ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere, quia non videt eum, nec scit eum; vos autem cognoscetis*

(1) Ps. CXXXVIII, 8-10.

(2) Joan. XVI, 17.

(3) Galat. IV, 6.

cum, quia apud vos manebit et in vobis erit (1). Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, para que permanezca con vosotros eternamente; Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni le conoce; pero vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros, y en vosotros estará.» «*Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis* (2). La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.» «*Accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei* (3). Recibisteis el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, *Abba* (Padre). Y el mismo Espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.»

c) «*Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus* (4). El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos á él y pondremos en él nuestra morada.» «*An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo, et non estis vestri?* (5) ¿Por ventura no sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual recibisteis de Dios, y que no sois vuestros?» «*Qui manet in caritate in Deo*

(1) Joan. XIV, 15-18.

(2) Rom. V, 5.

(3) Rom. VIII, 15.

(4) Joan. XIV, 23.

(5) 1.^a Cor. VI, 19.

manet, et Deus in eo (1). El que permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él».

Estos textos de la sagrada Escritura, que nos hemos permitido reunir en tres grupos ó clases, nos enseñan que, el Espíritu Santo es *enviado* á los justos por el Padre y el Hijo, que les es *dado* y que *habita* en ellos, como en templo suyo.

Meditemos el valor de estas expresiones.

a) Al anunciarnos la misión del Espíritu Santo, evoca el Señor todas las ideas que sugeriría el envío, no de un embajador cualquiera, sino de una Persona divina, para cumplir un mandato de bondad, de benevolencia y de amor, quedando nosotros con la obligación dulce y sagrada á la vez, de fomentar en nuestro corazón los sentimientos que semejante verdad debe inspirarnos. Pero debemos concebir la realidad de un modo conforme con las divinas perfecciones. La misión del Espíritu Santo no implica orden ni mandamiento propiamente dicho, dado al Espíritu Santo por las otras dos Personas divinas, sino el cumplimiento de un decreto común á las tres Personas y apropiado al Espíritu, que procede del Padre y del Hijo, como dictado por el amor. No significa tampoco un cambio de lugar, una mudanza cualquiera en el mismo Dios, sino una transformación de la criatura, un nuevo modo de estar Dios presente á ella, la adquisición por parte de la misma criatura de una nueva relación con Dios.

b) La *donación* despierta una idea de posesión y de goce, ¡y es la posesión y el goce de un Dios!

c) La *habitación* supone atractivos que hacen desear una morada, y elegirla y preferirla á otras. La habitación como en un templo, añade la idea de consa-

(1) 1.^a Joan. IV, 16.

gración, porque el templo está destinado al culto, y en él es donde Dios se complace en recibir nuestros homenajes y oír nuestras súplicas (1). Así, el universo entero es ya un magnífico templo, cuyas columnas son los montes y cuya bóveda la constituye el estrellado firmamento, en donde todo lo que se mueve y vive, lo que ríe y se alegra, debería glorificar á Dios, hablar de El, ir á El. Y sin embargo este templo, á pesar de su esplendor, no puede compararse con el templo vivo, que es cada hombre en gracia de Dios.

II. Al pesar estos términos y su significación ¡cómo no quedar confundidos de ser tan pequeños y tan grandes á la vez: tan pequeños por nuestro personal valer, tan grandes por nuestro destino y nuestra misión! ¡Oh, cómo esta vista nos demuestra la necesidad de la gratitud, de la pureza, de fervientes y religiosos homenajes! ¿Qué sería una morada, en que viviese como ignorado el huésped principal? ¿qué un inmenso tesoro del que jamás se echara mano, y un templo en donde nunca se rezara?

III. Alejamiento que separa á Dios del pecador.

—Opongamos á este gran privilegio de los justos, la desdicha del que vive en pecado. El mismo Dios, presente á todas las cosas, ha hallado medio, en su amor, de acercarse más á los justos; y en su justicia, lo halla para alejarse de los pecadores. De tres maneras está el pecador lejos de Dios.

a) Lejos de Dios, como excluido del privilegio de los justos, en quienes habita el Señor de un modo especial, porque le falta la condición requerida: «*Si quis diligit me*», Si alguno me ama.

(1) Véase SANTO TOMÁS, in 2.^a Cor. VI, 16.

b) Lejos de Dios, como privado de aquel especial conocimiento, fuente de benevolencia, que Dios reserva para aquellos que le pertenecen. «Conoce el Señor los que son suyos» (1); pero á los que se dispone á rechazar, comienza por decirles: «No os conozco» (2).

c) Lejos de Dios, como separado de El por morales desemejanzas, que le alejan más de Dios que á las mismas cosas materiales. «Lejos está el Señor de los impíos» (3). Hablando SAN AGUSTÍN de su vida pecadora, decía: «Andaba lejos del Señor en la tierra de la desemejanza» (4).

De ninguna criatura material se afirma este alejamiento positivo, porque ninguna de ellas es contraria á Dios.

II. Muchos hombres no regulan su conducta moral sino con los temores y esperanzas de lo futuro. Apartemos este error, ya que, aun en este mundo, trae consigo el pecado tan tristes efectos.

COLOQUIO

Dirigiéndonos á María, templo el más rico que se haya preparado el Espíritu Santo en persona humana, pidámosle que nos ayude á bendecir á Dios, á darle gracias, á invocarle con fiadamente y con amor, para que, á lo menos, ninguna positiva indignidad disguste en nosotros al Espíritu Santo, que se ha hospedado en nuestra alma. *Veni Creator Spiritus.*

(1) 2.^a Timoth. II, 19.

(2) Matth. XXV, 12.

(3) Prov. XV, 29.

(4) *Confesiones* I, 7, c. 10 (M., P. L., t. 32, col. 742).

**DÍA SEXTO. — La habitación del Espíritu Santo;
admirable efecto de la gracia santificante**

Plan de la meditación. — Acabamos de oír, con respetuoso reconocimiento, divinas palabras cuyo sentido no nos será patente hasta el cielo; pero, siguiendo á los autores más renombrados de la teología, procuremos dar de ellas la explicación que nos es asequible en la tierra. Los teólogos, concordes en enlazar la habitación del Espíritu Santo con la gracia santificante, toman diversos caminos al demostrar y hacer resaltar esta conexión (1).

Mas aunque no haya sino una verdadera solución del problema, los ensayos, sin embargo, aun los menos felices, contribuyen á hacérselo entender mejor, y declaran más completamente los magníficos aspectos de esa gracia que nos hace hijos adoptivos de Dios. He ahí por qué, antes de meditar, en el tercer punto, la explicación más comúnmente admitida, que es la del Doctor Angélico, saborearemos en los anteriores dos excelencias más que verdaderamente posee la gracia santificante, aunque haya sido sin razón querer declarar por ellas la especial presencia con que favorece Dios á los justos. Así pues: *La gracia santificante y las operaciones divinas* será el primer punto; *la gracia santificante y sus divinos atractivos*, el segundo; y *la gracia santificante y la especial presencia de Dios*, el tercero.

(1) Véanse estas diversas opiniones ya en DE SAN S. J. *De Deo uno*, p. 340, ya en VILLADA, S. J., ó FROGOT O. P. op. c.

MEDITACIÓN

«*Pone me ut signaculum super cor tuum*» (Cant. VIII, 6).

Ponme como sello sobre tu corazón.

1.º PRELUDIO. Imaginémonos á Jesucristo sentado junto á un pozo, y excitando en la Samaritana vivos deseos de conocer y recibir el agua saludable que salta hasta la vida eterna». *Si scires donum Dei!* ¡Oh, si conocieses el don de Dios!» (1)

2.º PRELUDIO Dirijamos á Dios una ardiente súplica, para que en nuestra vida apreciemos más y goce-
mos mejor de sus inmensos beneficios.

I. La gracia santificante y las operaciones divinas.—I. 1. Dios, como hemos dicho ya, está íntimamente presente en todas las cosas por los efectos que en ellas produce, con los cuales puede decirse que El mismo se multiplica. Ahora bien, el más sublime contacto de su virtud, es aquel que produce en nosotros la gracia santificante y los dones sobrenaturales que de ella se siguen. Mucho más es estar en nosotros sosteniendo y conservando la gracia habitual y las virtudes, y excitándonos á los actos sobrenaturales, que conservar la existencia y la acción á todo el universo visible. Además de que esta gracia santificante, por ser una amistad íntima con Dios, nos asegura la afectuosa protección que tenemos derecho á esperar de nuestros fieles amigos. Mientras perseveremos en gracia de Dios, estarán sus pensamientos constantemente dirigidos á nuestro bien. Nos aprueba, nos alienta, nos auxilia.

(1) Joan. IV, 10.

Creyeron algunos autores, aun entre los modernos (1), que estos efectos de liberalidad y protección constitúan una especial presencia de Dios en los justos, que son los únicos que los experimentan.

II. 1. Engañáanse; pues cualquier nueva operación, por magnífica que sea, pertenece siempre á aquel modo de presencia con que está Dios en todas las cosas, por los efectos de su virtud. Si está más en donde más obra, puede inferirse que Dios está más en los justos que en otras partes; pero no está de un modo específicamente nuevo.

2. Pero, al encarecer dicha opinión las liberalidades de Dios con los justos y la protección especial con que los cubre:

a) Acrecienta en nosotros la gratitud para con Dios. A tal munificencia, á tan constantes cuidados, deben responder de nuestra parte una grande generosidad, un exquisito cuidado en complacerle y una ardiente voluntad de promover su causa.

b) Hácenos alcanzar el secreto de la confianza especial que tenían los santos en Dios. A medida que se desarrollaban en ellos la gracia y las virtudes, crecía también la amistad que les permitía contar con Dios para todas las cosas. ¿Cómo habían de temer ó dudar?

II. La gracia santificante y sus divinos atractivos.—I. 1. La gracia santificante es el don de una divina amistad, que no se concibe sin la presencia de Dios en nosotros. Quitad á Dios su inmensidad, y la gracia santificante de tal modo le llamaría que, inven-

(1) AUREOLUS, In I. I. *Sent.* dist. 37, q. única, art. 11 y muchos otros autores recientes, como OBERDOERFFER, *De inhabitatione Spiritus Sancti in animabus justorum*, Tournai, 1890.

ciblemente lo atraería á nuestro corazón. El alma en estado de gracia le reclamaría y diríale con la esposa de los Cantares: «¡Oh amado mío, muéstrame dónde reposas; búsqúete y no te he hallado; lláméte y no me respondiste» (1); y Dios no podría resistir á estos sentimientos y deseos.

2. Este irresistible encanto que, para con Dios tiene la gracia santificante, pareció á SUÁREZ (2) y á otros autores, que daba un carácter especial á la presencia de Dios en los ángeles y hombres en estado de gracia.

II. 1. Más que una especial presencia, descubrirían estos teólogos una nueva razón, que hace necesaria, en los justos, la presencia substancial de Dios en todas las cosas, debida á su inmensidad.

2. Sus consideraciones, sin embargo, nada pierden de su magnificencia y conmovedora ternura.

a) ¿Podíamos sospechar siquiera, que nuestra compañía, pesada á las veces aun á nuestros semejantes, se vería codiciada por el mismo Dios; y que este Dios sabría de tal modo embellecernos, que El mismo fuese cautivado por nuestros atractivos?

Si alguna vez experimentamos cierta impresión de soledad, ¡cuánto consuelo podemos sacar de esta consideración!

b) ¡Ycuán elocuentemente me predica este divino beneficio, que por amor de Dios debo aceptar de buena gana el trato aun con personas que me son molestas! La fe me hace descubrir en cuantos llamo *mi prójimo*, ó la gracia, ó la vocación á la gracia. Esta alma puede tener encantos para Dios, ¿y serfame á mí insoportable?

(1) Cant. I, 6; V, 6.

(2) De Trinitate l. 12, c. 5, n. 12 y 13.

III. **La gracia santificante y la presencia especial de Dios.**—*Observación preliminar.*—Notemos ante todo, que, á pesar de la opinión de distinguidos teólogos (1), seguimos la más comúnmente admitida, la cual no considera la habitación del Espíritu Santo como propia de esta divina Persona, sino como simplemente apropiada y perteneciente á toda la Trinidad. ¿No dijo el mismo Jesucristo, que pondrá su morada, juntamente con su Padre, en aquellos que le aman? (2) La gracia á que está vinculada la habitación, nos da ciertamente motivo para que la atribuyamos al Espíritu Santo, pero, ¿no es, por otra parte, esta misma gracia una obra externa de Dios, común necesariamente á las tres divinas Personas? Podemos, pues, indiferentemente decir, presencia especial de *Dios* ó del *Espíritu Santo*.

I. 1. Supongamos dos amigos, á quienes une un íntimo y puro afecto; su mutua benevolencia asegura al uno la protección del otro; procuran estar juntos, gustan de volverse á ver, y sus entrevistas no son como las de hombres de opuestos sentimientos ó simplemente indiferentes el uno para el otro. Dos amigos, en sus conversaciones, gozan el uno del otro y son el uno para el otro.

Ninguno de estos caracteres falta á la amistad que establece, por singular favor, la gracia santificante entre Dios y el justo. Esta amistad nos permite contar con una especial protección de Dios y con una parti-

(1) PETAVIO, S. J. *De Trinitate* l. 8. c. 6, cuya opinión sigue aún hoy Mgr. Waffelaert, *Collationes Brugenses* t. 8, 1993, en sus sabias *Meditaciones teológicas*, n. 317, pag. 154 y ss.

(2) Joan. XIV, 23. Con todo, este texto no constituye un argumento perentorio; pero graves razones teológicas parecen oponerse á la opinión de Petavio.

cular Providencia; atraería á Dios hacia nosotros, si ya la divina inmensidad no nos lo hiciese presente, y lo que es más, nos da la posesión, el goce de Dios en cuanto lo sufre nuestra condición. Esta *posesión de Dios*, vinculada á la gracia santificante, constituye la presencia especial, que es la herencia de los justos y de la cual sólo ellos gozan.

Al terminar la prueba, el goce será completo. Levantad al cielo vuestras miradas, ved allí á los escogidos contemplando á Dios cara á cara. En el amoroso éxtasis de esta visión beatífica, la presencia especial de Dios es manifiesta. Pues bien, este pleno goce, esta completa posesión de Dios, comenzó acá abajo, en las virtudes infusas que acompañan á la gracia habitual: agua saludable que salta hasta la vida eterna. La felicidad del cielo es fruto de la misma amistad que, por la gracia santificante y la caridad, nos haya desde ahora unido con Dios; es el fruto merecido por el hombre al terminar la prueba de esta vida. Y entretanto, por medio de la fe, que dará un día lugar á la visión, y de la caridad, que continuará en el cielo, permite Dios que los justos se lleguen á El de una manera, cual no les es dado hacerlo á los pecadores.

El alma que cree con una fe coronada por la caridad, *alcanza á su Dios*, y de ella depende que este supremo amigo no la abandone jamás. Tiénele, y en el claro obscuro de las sobrenaturales pruebas, cierta conciencia de la realidad y del valor de esta amistad le proporciona ya indecibles consuelos y le procura la paz del Espíritu Santo, que sobrepuja todo gozo. Es verdad que esta conciencia que tranquiliza, no da la certidumbre de la fe y no siempre se siente, y aun puede la persona ser incapaz de experimentarla; pero

Dios no deja por esto de ser realmente poseído, de estar especialmente presente.

¡Ah! No me digáis que puede conocerse y amarse á distancia. Este conocimiento por fe y este amor de caridad no son el conocimiento y el amor de un amigo distante, sino de un amigo que está íntimamente presente á mí mismo; además de que no puedo yo conocer y amar de esta manera, sino por particular intervención de Aquel á quien amo, y que pretende dárseme, por este conocimiento y este amor, como se da un amigo dejándose ver y amar. Ni cabe insistir añadiendo que, pueden los infieles conocer y amar á Dios y pueden los pecadores conservar la fe, porque por ese conocimiento y amor naturales y por esa fe, no alcanzan los infieles y los pecadores á Dios, como á su propio bien, como á su supremo fin. Sucede á las veces que, un extraño asiste á la entrevista de dos amigos íntimos y toma parte en su conversación; pero, estando excluido de su amistad, no participa de su gozo: ninguno de los amigos es suyo, como son el uno del otro. ¿Objetaréis que el niño posee la gracia sin conocer ni amar? El obstáculo que la infancia pone á sus actos, no impide que en su alma se hallen, juntamente con la gracia, la fe y la caridad habituales, y que tenga derecho al concurso divino para hacer voluntariamente, cuando pueda, actos de fe y de caridad: tanto es así que, en caso de muerte, el pleno goce de Dios probaría cuán suyo es ya desde ahora el Señor. Dios está junto á este niño, como estamos nosotros junto á un amigo sumido en profundo sueño ó presa del delirio. Los que le rodean no se portan con él como con un desconocido; sino que le prodigan cuidados, particulares señales de interés y allá en el corazón de este hombre abrumado por el sueño ó el delirio, léese el habitual sentimiento de cariño

que no aguarda para deleitarse con aquella compañía, sino el despertar ó el verse libre de la enfermedad (1).

La presencia especial de Dios en los justos, tal cual acabamos de exponerla, fué bosquejada por SANTO TOMÁS en estas palabras: «Dios está en ellos como un conocido y amado está en el que le conoce y le ama» (2). Esta es la presencia propia de la amistad. Dios que está íntimamente presente en todas partes por su inmensidad, estálo especialmente en los justos, poseído por la fe y la caridad de que siempre va acompañada la gracia santificante. Esta presencia es continua, porque Dios no deja de estar allí, ni deja la gracia santificante de asegurar esta posesión. Verifícase la palabra de la Escritura: «Si alguno me ama», es decir, si alguno corresponde á la gracia que yo le hago de amarme, «mi Padre le amará», le volverá amor por amor, y «vendremos á él»: nuestra presencia será, en adelante, como la de un amigo que se da, «y pondremos en él nuestra morada»: esta presencia durará, sin interrupción, tanto como la misma amistad.

II. 1. ¡Cuánto menos íntima es la presencia de un amigo á su amigo, que esta presencia de Dios, único que puede penetrar en nuestra alma! ¡Cómo sus coloquios interrumpidos y muy frecuentemente impedidos son más raros que el contacto con Dios, que puede ser continuo! ¡Cuán imperfecto es el goce que puede proporcionar un ser mortal, comparado con la perfecta dicha que, á sus fieles, reserva el Dios inmortal!

(1) No olvidemos que, aunque la amistad humana debe necesariamente ir precedida de actos de afecto; Dios puede, antes de todo acto, derramar en un corazoncito de niño la caridad sobrenatural (ó infusa), así como la gracia santificante. Y esto hace en el santo bautismo.

(2) *Suma* I. p., q. 8, art. 3; q. 43, art. 3, etc.

2. Después de insistir largo rato sobre esta presencia de Dios y sobre las inmensas ventajas de semejante amistad, reflexionemos sobre una verdad que nunca profundizaremos bastante! Nuestra dicha supone no sólo el amor de Dios para con nosotros, sino también nuestro amor para con El. ¡Oh y cuán grande beneficio nos hace Dios al permitirnos que le amemos! ¡Imposible sería, sin conocer á Dios y sin amarle, poseerle y gozar de El! A Dios le poseemos amándole. La amistad dice esencialmente amor mutuo. Aunque me ame Dios, si no me permite amarle, puede darme otros bienes; pero jamás se me dará El mismo. Ahora bien, todo es vil, porque todo es criatura, salvo Dios conocido y amado. Bendigamos á Dios, que consiente en dejarse amar.

COLOQUIO

1. Comencemos por admirar cómo Dios estuvo, aun acá abajo, más perfectamente con María que con ninguna otra pura criatura.

Dos presencias hay de Dios que pueden crecer: la que depende de los efectos producidos y la que está vinculada á la amistad con El. Ningún efecto hay más admirable, después de la unión hipostática de una naturaleza humana con una Persona divina, que la divina maternidad, la cual requiere la presencia de Dios, más aún que la simple amistad. Esta cubre á María con una protección enteramente singular; hace que se le confiera un eminentísimo grado de gracia santificante, y no sólo permite á María, sino que exige de ella, en retorno, un afecto más intenso que el de todas las demás criaturas inteligentes.

2. «El Señor es contigo.» Repitamos esta felicita-

ción del arcángel San Gabriel y pidamos á nuestra Madre nos alcance aquella verdadera sabiduría, que ambiciona lo que es superior á todos los bienes de la tierra, y anhela por el bien inestimable del más grande amor de Dios. Volviéndonos después hacia el mismo Dios, que nos permite el sencillo lenguaje del afecto, figurémonos que nos dirige la pregunta que leemos en la vida de algún santo. «¿Qué recompensa quieres?» ¿Se nos haría difícil contestar con él: «ninguna otra que Vos mismo, Señor?» *Veni Sancte Spiritus.*

DÍA SÉPTIMO.—El Espíritu Santo y el cuerpo del cristiano

Plan de la meditación.—Aun al cuerpo extiende la Sagrada Escritura el privilegio y los admirables efectos de la habitación del Espíritu Santo. Apliquémonos á meditar tan profundas y santificantes lecciones. San Pablo proporcionará materia para los tres puntos: *Consagración del cuerpo por el Espíritu Santo; honor tributado á nuestro cuerpo y su futura resurrección; deber de glorificar á Dios en nuestro cuerpo.*

MEDITACIÓN

«*An nescitis quoniam membra vestra templum sunt Spiritus Sancti, qui in vobis est, quem habetis a Deo, et non estis vestri? Empti enim estis pretio magno*» (1.ª Cor. VI, 19, 20).

¿Acaso no sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, á quien habéis recibido de Dios, y no sois vuestros? Porque habéis sido comprados á gran precio.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos la escena del bautismo de Jesucristo. Ciérnese el Espíritu Santo en figura de paloma sobre la cabeza del Salvador, indicando que tomó posesión de El

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer la dignidad que consagra el cuerpo del cristiano, y de sacar de este conocimiento un respeto que perfeccione nuestra pureza.

I. Consagración del cuerpo por el Espíritu Santo.— El Espíritu Santo, al darse á nuestra alma mediante la fe y la caridad, reivindica por suyo nuestro cuerpo y hácelo su templo. Esta *reivindicación* y esta *consagración* meditaremos en el primer punto.

I. 1. La *reivindicación*. «Habéis sido comprados, dice el apóstol, á gran precio.» Dios es, por el hecho de la creación, Soberano y Señor de todas las cosas, así de nuestro cuerpo como de todo lo demás. Mas he aquí que la Escritura hace valer los derechos de su amor. Eramos de Dios por nuestro origen; pero nos perdimos en cierto modo para El, por el pecado. Decrétese la Encarnación, para acabar con esta lamentable situación, de un hombre hecho para Dios y que no puede llegar á El. El Hijo de Dios hecho hombre, nos rescata con su sangre, nos libra de la esclavitud del demonio y nos reconquista para el Amor de ese Dios, cuya suprema condescendencia nos ha dado al Redentor.

¿Hay reivindicación más justa y á la vez más conmovedora?

2. a) Reconozcamos la fuerza de los derechos de Dios, para subscribir á ellos y observarlos religiosamente. Dios, al reivindicar nuestro cuerpo, nos manifiesta que, so pena de hacerle injuria, estamos obligados á aceptar el inestimable favor que nos hace al

enviarnos el Espíritu Santo. Mas esta misma obligación, acabando con nuestras fluctuaciones, constituye un inapreciable beneficio. Figurémonos que Dios nos llama, en el momento en que le place hacer ostentación de toda su munificencia. «Yo os ofrezco, dice, el obtener y poseer mi Espíritu Santo.» Mientras este sumo honor nos tiene suspensos y sin palabra, el mismo Dios añade: «Si dudáis, yo lo exijo. Dos veces será mío vuestro cuerpo. Soy su Criador y su Dueño; lo he comprado con la sangre de mi Hijo.»

h) Perteneciendo ya inviolablemente á Dios, comprendamos finalmente la palabra de San Pablo: «*Non estis vestri*, no sois vuestros.» He aquí la respuesta que hay que dar á cualquiera tentación: yo no debo deliberar sobre el empleo ó destino de mis miembros y facultades; no me pertenecen; son de quien los libertó con derramamiento de su sangre, el cual los posee por medio del Espíritu Santo. Semejante respuesta daban las vírgenes á los perseguidores. No usemos otra contra cualquiera sugestión del enemigo.

Meditemos largamente la fuerza de esta razón, confirmada tal vez con votos y promesas, y concluyamos.

II. 1. *La Consagración.* Este cuerpo pertenece al Espíritu Santo. ¿Y á qué destina el Espíritu Santo su propiedad? Hácelo templo suyo: ésta es la formal doctrina del Apóstol: «Vuestro cuerpo (1) es templo del Espíritu Santo.»

El templo recuerda á Dios, en el templo se invoca á Dios. Nuestro cuerpo está consagrado á este doble

(1) La Vulgata dice *vuestros miembros*; pero el texto griego original escribe *vuestro cuerpo* ó *vuestros cuerpos*: τὸ σῶμα ὑμῶν, ἢ τὰ σώματα ὑμῶν.

uso; consagrado por Dios mismo y no por una voluntad humana; consagrado en virtud, no de una arbitraria elección, sino del vínculo esencial que une el cuerpo con un alma que posee á Dios. Después que, uniéndose con Dios, nuestra alma es un mismo espíritu con El (1), nuestro cuerpo sirve á la vez de habitación al Espíritu Santo y á nuestra alma; es el templo en que se ofrecen todos nuestros espirituales sacrificios. Y esta consagración es definitiva y la veremos prolongarse hasta la eternidad.

2. *a)* Nuestro cuerpo, escogido para templo del Espíritu santificador, es santo. «El templo de Dios es santo y vosotros sois este templo» (2). Debe, pues, inspirarnos gran respeto. Recordemos el beso que el padre de Orígenes se complacía en depositar sobre el pecho de su hijo dormido (3).

b) Hagamos servir nuestro cuerpo á los nobles y santos fines á que está consagrado.

c) Dícese que la vista de la Virgen Santísima inspiraba impulsos hacia Dios. Al lado de San Luis Gonzaga y San Juan Berchmans sentíase uno suavemente inclinado á la pureza. Influencia hermosísima, de que nosotros no somos ciertamente incapaces; pero que supone una perfectísima y exquisita castidad, una gran sobriedad y una sencilla modestia en lo exterior.

d) Procuremos, con piadosos homenajes y generosas ofrendas, ejercitar fervorosamente un culto íntimo y privado, cuyo templo vivo sea nuestro cuerpo, de la manera que los edificios de piedra lo son del culto

(1) 1.^a Cor. VI, 17.

(2) 1.^a Cor. III, 17.

(3) «Cuéntase que el padre de Orígenes entraba frecuentemente en el aposento en que dormía su hijo, y descubriéndole el pecho, se lo besaba devotamente como á santuario del Espíritu Santo.» (EUSEBIO, *Hist. Ecles.* I. 6, c. 2; M., P. G., t. 20, col. 525.)

público y exterior. Y dictarános allí el Espíritu Santo las oraciones oportunas é inenarrables gemidos (1) que nunca dejan de ser atendidos.

II. Honor tributado á nuestro cuerpo y á su futura resurrección. — I. 1. Esta elección de Dios es un *honor inmenso*. Y como para hacerlo resaltar más, nos muestra San Pablo que es *obra de la Trinidad toda entera*. Preguntemos al texto que encabeza esta meditación. *a)* El Padre, autor de todo don perfecto (2), nos da al Espíritu Santo; lo recibisteis de Dios, dice el apóstol (*habetis a Deo*). *b)* El Hijo compra á costa de su sangre la propiedad de nuestro cuerpo, ó mejor, lo rescata, arrancándolo al demonio: sois comprados muy caro (*empti estis pretio magno*). *c)* El Espíritu Santo viene, como dado por el Padre, á la morada adquirida á costa de la sangre del Hijo: ¡esta morada es nuestro cuerpo!

2. Expresemos á Dios nuestra gratitud. Fomentemos pensamientos, efectos y deseos en relación con nuestra dignidad.

II. 1. El Espíritu Santo, al imponernos graves deberes, nos confiere también *magnificas prerrogativas*. Dígnase hacerse El mismo prenda de la resurrección de nuestro cuerpo.

a) Garantiza con su presencia esta resurrección. «Si el Espíritu del que resucitó á Jesús de entre los muertos mora en nosotros, El que resucitó á Cristo de entre los muertos devolverá la vida á vuestros cuerpos mortales, á causa de su Espíritu que habita en vosotros» (3). «Estáis señalados con el Santo Espíritu

(1) Rom. VIII, 26.

(2) Jacob. I, 17.

(3) Rom. VIII, 11.

de promisión que es prenda de nuestra herencia» (1). La carne perece por haber servido al pecado ¿qué extraño es que reviva por haber servido al Espíritu de Dios?

b) El cuerpo que resucitará será un cuerpo renovado, transfigurado, no ya proporcionado á la natural actividad del alma, sino digno del Espíritu Santo. Siendo el primer hombre terreno, no pudo comunicar sino un cuerpo terreno, sometido á todas las necesidades de la vida natural; pero el segundo Adán vino del cielo, y nos comunica una vida celestial y nos prepara un cuerpo digno de esta vida sobrenatural, cuyo principio es el Espíritu Santo (2).

2. Si la consagración del Espíritu Santo sigue á nuestro cuerpo hasta el polvo; si sus cenizas no están apagadas definitivamente; si contienen un misterioso germen de inmortalidad; el respeto con que miramos al cuerpo debe sobrevivir á la misma muerte y acompañar á nuestros difuntos hasta la tumba. Este respeto ha inspirado el culto á las reliquias de los santos; rodeó de honores, ya desde las primeras edades, las exequias cristianas; hace desear á los fieles descansar, después de muertos, junto á hermanos que participaron de la misma esperanza y á la sombra del mismo signo de victoria. Con demasiada frecuencia las audacias de la impiedad privan á los católicos de este consuelo; demasiadamente han logrado profanar los cementerios. Velemos, pues, con mayor ahinco para que el religioso respeto á los cuerpos bautizados no se disminuya en nosotros ni á nuestro alrededor. Este sentimiento de que son dignos los muertos, purifica y santifica á los vivos.

(1) Ephes. I, 13, 14.

(2) 1.^o Cor. XV, 12, 44.

III. Deber que tenemos de glorificar á Dios en nuestro cuerpo.—El mismo San Pablo nos inculca el doble y gran deber que nos manifiesta su enseñanza. Nuestro cuerpo es templo de Dios. *¡Lejos toda profanación! ¡Gloria á Dios en su templo!*

I. *¡Lejos toda profanación!* 1. Un santo temor debe prevenirnos para no violar el templo del Espíritu Santo con la impureza. Por esta baja satisfacción, dice el apóstol, peca el cristiano contra su propio cuerpo y viola el templo de Dios. «Dios, dice (1), perderá á ese violador.»

2. Este mismo cuidado de la santidad del templo debe inducir á los cristianos á no contraer sino uniones santas, que permitan llevar una vida espiritual. Con demasiada frecuencia, en los proyectos de matrimonio, la preocupación temporal eclipsa la de lo eterno; el cuidado de un matrimonio brillante, pero que une más los nombres que los corazones, hace olvidar la dicha de una intimidad fundada sobre una misma fe y la práctica de las mismas virtudes. Regulemos nuestros planes con el espíritu de San Pablo y de la Iglesia. Recomendaba el Apóstol no unirse con los no bautizados (2); y la Iglesia ama demasiado á sus hijos para aplaudir uniones que reproducen, con rasgos harto borrosos, la que á ella misma la une con Jesucristo.

II. *¡Gloria á Dios en su templo!* «Os conviene, dice San Pablo, glorificar á Dios, á quien lleváis en vuestros cuerpos» (3). Esta glorificación se logra mediante el servicio de Dios, de suerte que nuestras acciones aparezcan animadas de fe viva y de ardiente

(1) 1.ª Cor. III, 17.

(2) 1.ª Cor. VII, 39

(3) 1.ª Cor. VI, 20.

caridad, y finalmente por el testimonio que semejante vida ofrece de las divinas perfecciones.

COLOQUIO

1. Admiremos, ante todo, los consejos de Dios: santifica aún á nuestro cuerpo y nos descubre, en nuestra carne misma, un motivo de santidad. ¡Admirable disposición divina! He aquí, pues, el barro convertido en sagrado fuego; las emanaciones malsanas reemplazadas por purificantes perfumes; lo que nos inclinaba, haciéndonos levantar la cabeza; lo que nos arrastraba hacia lo bajo, invitándonos á subir. Adoremos la sabiduría de Dios, bendigamos su bondad.

2. Pero nuestra responsabilidad es grande, y crece á la par de los beneficios de Dios. Recurramos á María que, en su cuerpo, glorificó excelentemente á Dios al producir la humanidad del Verbo, á fin de obtener de ese mismo Dios que sea nuestro cuerpo la hostia viva, santa y agradable, que conjuraba San Pablo á los cristianos que ofreciesen como espiritual oblación (1). Demos fin á este ejercicio con una oración de gratitud dirigida al Espíritu Santo. *Veni Creator Spiritus.*

DÍA OCTAVO.—La devoción al Espíritu Santo y los tiempos presentes

Plan de la meditación.—La oposición que la devoción al Espíritu Santo muestra con el espíritu moderno en lo que éste tiene de erróneo y de funesto, nos manifiestan tres grandes conveniencias de esta de-

(1) Rom. XII, 1.

voción en nuestros tiempos; tres grandes razones de fomentarla y propagarla. Contra un loco orgullo, nos funda en la humildad esencial á nuestra condición; contra el afán de presentes goces, hácenos aspirar á los bienes futuros; contra la corrupción de las costumbres, nos enseña una santificante pureza. Así nos arranca de los fatales brazos del *racionalismo*, del *materia- lismo*, y del *sensualismo*. Tres oposiciones que constituirán la materia de la presente meditación.

MEDITACIÓN

«Multi enim ambulat, quos saepe dicebam vobis (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi... Nostra autem conversatio in caelis est» (Philip. III, 18, 20).

Muchos, de quienes con frecuencia os decía (y ahora con lágrimas os digo) se conducen como enemigos de la cruz de Cristo... Mas nuestra conversación está en el cielo.

1.º PRELUDIO. Figurémonos el cielo en el momento en que millares de ángeles se ven para siempre excluidos de él, mientras que las triunfantes legiones de San Miguel hacen allí su gloriosa entrada.

2.º PRELUDIO. Pidamos la gracia de elevarnos por encima de los males y tentaciones de la vida presente, por medio de una ardiente devoción al Espíritu Santo.

I. La devoción al Espíritu Santo y el racionalismo naturalista.—I. 1. Recordemos brevemente la historia de un mundo que ha precedido al nuestro. Está compuesto de ángeles, espíritus puros que brillan con la belleza y la dicha de una naturaleza enteramente intelectual. Dios, que los ha criado, les reserva con todo un destino más hermoso todavía; les llama é

invita á encontrar su felicidad, no en sí mismos, sino en El. Les invita á su festín y, usando de sus soberanos derechos, les obliga á acudir á su invitación.

Mientras la mayor parte se aprestan, llenos de gratitud, á gozar de esta infinita liberalidad, otros, entregándose á soberbios pensamientos, creen bastarse á sí mismos, desprecian los dones de Dios, desdeñan sus magníficas ofertas, no quieren aceptar de su mano la bienaventuranza, no anhelan otra gloria que á sí mismos: gloria menos espléndida, ciertamente, pero más conforme con sus propios designios. ¡Reclamación injusta contra el absoluto dominio de Dios; inmenso é insensato orgullo, que pone en olvido la universal dependencia que los seres tienen de su Criador!

¿Y qué sucede? Que pierden, no sólo la felicidad sobrenatural que rehusan, sino aun la natural dicha con que pretendían contentarse. Créanse los eternos abismos y son precipitados en ellos para siempre jamás.

2. Es este un pasado definitivo, irreformable. Pero Dios forma un nuevo mundo cuyo rey es el hombre. Parece que la bajeza, las debilidades, las miserias de la humana naturaleza, sobre todo después de la culpa original, debían hacer imposible todo pensamiento soberbio, toda pretensión semejante á la que perdió á los ángeles malos. Y, sin embargo, ¿qué es lo que vemos? La humanidad, llamada á su vez á la posesión del celestial reino, divídese en dos clases. Una responde dócil y agradecida á la voz del Criador; la otra declara no importarle nada de sus dones. No faltan hombres que hayan pretendido el derecho de rehusar los divinos ofrecimientos y de refugiarse en la religión natural; fuera verdades, salvo las que descubre la razón; fuera deberes, salvo los que dicta la propia conciencia; fuera, hasta las oraciones, porque Dios, sin atender á quien

le implora, débese á sí mismo el satisfacer las exigencias de nuestra naturaleza. Tal es el naturalismo racionalista, que los Soberanos Pontífices han denunciado como el mayor mal de la moderna sociedad, y el error que pregona la masonería.

Cualquiera orgullosa suficiencia está, en la criatura, fuera de su lugar. Pero ¡cuánto más en el hombre que en el ángel! El ángel abarca de una mirada esta misma verdad que nosotros debemos tan penosamente deducir de unos pocos principios evidentes; no sintió la contrariedad de los movimientos inferiores que nos arrastran; el ángel, en fin, no había recibido la lección de la experiencia con que cada día se confirma á nuestros ojos, es decir, toda la pasada y presente historia de las incertidumbres y fluctuaciones de los incrédulos.

3. Ante esta soberbia, muéstrase la devoción al Espíritu Santo como el cántico de gratitud del alma elevada á lo sobrenatural. Esta devoción nos hace amar este divino llamamiento, que el racionalismo desoye, y pone nuestra gloria en el Señor (1).

II. 1. Arrojemus lejos de nosotros tan malhadado orgullo; agradezcamos á Dios sus luces, sus socorros, sus planes todos.

2. Muchos cristianos, sin llegar á ser culpables de racionalismo, manifiestan algo sus tendencias al despreciar los consejos de la gracia por seguir sus humanos consejos, á lo menos en materias en que Dios no manda formalmente. Así, por ejemplo, al tratar del estado de vida; así, al conocer por las ocasiones mismas que se nos presentan de hacer el bien, cuál es el divino beneplácito. ¡De cuántos frutos nos privamos no correspondiendo á las excitaciones de la gracia! Imite-

(1) 1.ª Cor. I, 31.

mos á la Virgen Santísima, que en todo se mostraba esclava del Señor.

II. La devoción al Espíritu Santo y el materialismo sensualista.—I. 1. ¡Cuán grande es el alma que, desprendida de este mundo, se eleva hasta Dios! «Enriquecida por El, no puede ser de nadie empobrecida. Imposible es el hambre en un corazón alimentado con celestiales manjares» (1). Mas ¡ay! que muchos hombres se encierran, con una obstinación cada día más declarada, en la concupiscencia de los bienes y goces de la vida presente. Desesperante lección para aquellos á quienes la enfermedad ó el sufrimiento destierran fatalmente de la encantadora tierra del placer, pero triste aun para aquellos que aportan en sus playas; porque ¿qué alcanzan y por cuánto tiempo?

2. La devoción al Espíritu Santo nos mueve á estimar y cultivar la semilla de los bienes futuros, depositada en el fondo de nuestros corazones. Levantaos, nos dice, sobre toda la vanidad del tiempo presente; pensad en los bienes futuros. Mantiene viva en nosotros la memoria de las divinas promesas y del cielo, en el cual tenemos derecho de ciudadanía (2).

II. 1. Esta vida superior á la tierra fué por modo excelso practicada por María. Era hija de David, y sufrió de buena gana la pobreza y la obscuridad con la esperanza de una patria mejor (3).

2. Aprendamos, con su ejemplo, á moderar todas nuestras presentes concupiscencias. «Las cadenas de este mundo, dice SAN AGUSTÍN (4), sólo en apariencia

(1) SAN CIPRIANO, *Carta á Donato*, 15. (M., P. L., t. 4, col. 221).

(2) Philip. III, 210.

(3) Hebr. XI, 16.

(4) *Carta 26 (89) á Licencio* (M., P. L., t. 33, col. 104).

son suaves, pero crueles en realidad; incierto es el placer que se nos promete, cierta la pena que causa; no compensa el rudo trabajo, sino con un reposo lleno de ansiedades; trae consigo muchas verdaderas miserias y ninguna esperanza de felicidad.» Renunciando á aparentes satisfacciones, evitaremos disgustos verdaderos y hallaremos una paz sólida, en lugar de turbación y ansiedad.

III. La devoción al Espíritu Santo y la corrupción del siglo.—I. 1. En los que tienen fija la vista en la tierra, las aspiraciones elevadas son como los miembros que se atrofian por falta de ejercicio: se debilitan, se extinguen, mientras que las bajas concupiscencias crecen en fuerza é intensidad. El hombre rebelde contra Dios llega á ser esclavo de sus sentidos, á quienes glorifica. Su mente descubre cenagales, ni siquiera sospechados por los seres privados de razón, y en ellos se revuelca. ¡Qué vileza, que profanación! ¿No oímos acaso á nuestro alrededor la apología de todos los pecados? ¿Y si la teoría se rebaja á tal nivel, qué será la práctica?

2. La devoción al Espíritu Santo eleva al alma sobre los sentidos y sus excitaciones, á la manera que las alborotadas y triviales voces de la calle, se apagan en el dintel del templo, cuya majestad nos impone. Este templo somos nosotros mismos, y la devoción al Espíritu Santo nos hace comprender su santidad.

II. ¡Cuán superior fué María á todas las terrenas concupiscencias! ¡Qué silencio el de todas sus pasiones! ¡Cómo estaba toda puesta en Dios! Conquistemos, á imitación suya, esta noble superioridad por el culto de la gracia y del Espíritu Santo.

COLOQUIO

Podemos proseguir, en el coloquio, el paralelo entre esos dos mundos: el uno orgulloso y abismándose en un grosero materialismo, el otro humilde y que se eleva hasta las más sublimes regiones del espíritu. Día vendrá en que, todo cuanto hay de honrado en la humanidad se aparte del primero, para pedir al segundo la salvación. A nosotros toca ser, desde ahora, representantes de este mundo más noble, y ofrecer á las almas capaces de elevados sentimientos, el atractivo espectáculo de su hermosura y sus grandezas. Invoquemos para ello al Espíritu Santo, que se digne darnos á gustar las cosas celestiales. *Veni Creator Spiritus... Infunde amorem cordibus*. ¡Ven, oh Espíritu Santo... Infunde amor en los corazones!

DÍA NOVENO.—El Espíritu Santo y su triple oficio con nosotros

Plan de la meditación.—Por sus gracias, sus dones y su presencia, desempeña con nosotros el Espíritu Santo un triple papel, indicado en la Sagrada Escritura, y por el cual, como dice LEÓN XIII (1), completa la obra redentora, cuya perfección le ha confiado Jesucristo. Ya antes hemos hecho (2) memoria de estas funciones; pero conviene hacer de ellas materia de especial meditación. Consideraremos, pues, sucesivamente, en los tres puntos de este ejercicio, al Espíritu Santo como *Intercesor, Consolador y Preceptor*.

(1) Encíclica *Divinum illud*, al principio.

(2) Véase más arriba, 3.º día de la novena.

MEDITACIÓN

«Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei» (Rom. VIII, 16).

El mismo Espíritu da testimonio á nuestra alma de que somos hijos de Dios.

1.º PRELUDIO. Imaginémonos mezclados con los apóstoles, ya en el momento en que el Señor les enseña la sublime oración del *Padre nuestro*, ya cuando, después de la última Cena, dispone su alma para recibir al Espíritu Santo.

2.º PRELUDIO. Pidamos á Dios instantemente una abundante comunicación de su divino Espíritu, con la gracia de obedecer constantemente á la dulce influencia de este huésped divino.

I El Espíritu Santo Intercesor nuestro.—*Advertencia preliminar.*—El Espíritu Santo es Dios y únicamente Dios, por consiguiente no puede interponerse como Jesucristo, que es Hombre Dios, entre el hombre y Dios, ni propiamente defender nuestra causa. La intercesión que al Espíritu Santo atribuimos, tiene lugar en nosotros y por nosotros, no distinguiéndose de la nuestra; es la nuestra misma, pero en cuanto toma en ella la gracia una parte principal. Podemos ya ahora, sin temor de equivocaciones, entrar en materia.

I. 1. Las disposiciones divinas sobre la dispensación de la gracia, hacen que la oración sea de estricta necesidad. No solamente la oración bien hecha obtiene cuanto nos es realmente provechoso, sino que en las ocasiones importantes y difíciles, suele ser el único medio de adquirir el aumento de fuerza que nos es necesario, ya para practicar ciertos actos de virtud,

ya para vencer tentaciones más violentas. No se nos concede siempre inmediatamente la gracia para obrar el bien ó para resistir al enemigo; pero la gracia para orar, siempre está á nuestra disposición, y orando llegamos á poder lo que antes nos era enteramente imposible.

2. *La gracia para orar.*—Esta sola expresión nos revela ya la intervención del Espíritu Santo en nuestras oraciones. ¿Cómo formularíamos, entregados á nuestros recursos naturales, súplicas que nos alcanzasen favores sobrenaturales y nos aplicasen los méritos de Jesucristo? Ninguna oración hay digna de ser oída, sin la gracia del Espíritu Santo, huésped divino que suple así, en nuestros corazones, la radical impotencia en que nos hallamos de orar bien.

3. El apóstol San Pablo llama aún nuestra atención sobre otro aspecto de nuestra flaqueza. «No sabemos, dice, lo que hemos de pedir» (1). Es cierto que el Señor nos dió á conocer cuál ha de ser la tendencia general de nuestros deseos y súplicas, puesto que el *Padrenuestro* es una sublime expresión de todo género de legítimos deseos; mas aun sabiendo en general á qué bienes debemos aspirar, ¿conocemos de un modo preciso lo que, en efecto, nos conviene en cada momento y en cada circunstancia?

¿Y es útil conocerlo?

Sí, para no repetir vanas instancias, que Dios no puede escuchar y cuya repulsa podría enfriar nuestra piedad. Sí, además, para que, cesando las incertidumbres y las dudas, dirijamos á un fin claramente conocido los perseverantes y confiados esfuerzos á los cuales están vinculados los más grandes favores.

(1) Rom. VIII, 20.

En esto, según la doctrina del Apóstol, viene el Espíritu Santo en nuestro auxilio, y apartando nuestra intención de los bienes aparentes, que serían para nosotros inútiles y aun nocivos, nos comunica fervientes estímulos para obligar á la infinita Liberalidad á concedernos los más preciosos dones, y esto con súplicas que Dios comprende mejor que nosotros mismos y que, hechas según su Espíritu, son ciertamente atendidas. «Ignoramos, dice San Pablo (1), las oraciones que nos conviene hacer; pero el Espíritu viene en auxilio de nuestra flaqueza: más aún ruega por nosotros con gemidos inenarrables. Ahora bien, el que escudriña los corazones sabe lo que este Espíritu desea, porque pide por los santos según el espíritu de Dios.»

II. 1. ¿Puede haber algo más importante ni más útil, que llenar nuestra vida de estas buenas oraciones, siendo, como son, tales que colman nuestros mejores deseos y nos alcanzan todos los socorros? Si firmemente nos persuadiéramos, pues, de esta intervención del Espíritu Santo en nuestras oraciones, aumentaría-se en nosotros la esperanza y la diligencia. Pongamos, pues, todo empeño en una obra, para la cual Dios nos toma así de la mano, al objeto de asegurarnos todas las bendiciones.

2. Transformaríase la existencia de muchos, si diesen más largo espacio á la oración seria y cuidadosa, porque Dios nada desea tanto por su parte como derramar el espíritu de oración sobre la verdadera casa de David (2), por la cual dió su sangre Jesucristo. No nos resignemos á carecer de oración, pues esto

(1) Rom. VIII, 26, 27.

(2) Zacar. XII, 20.

sería resignarse á una espiritual medianía en todo. Suprimamos los defectos plenamente voluntarios, y roguemos al Espíritu Santo que sea nuestro divino pedagogo y nos enseñe el grande arte de orar.

II. El Espíritu Santo Consolador nuestro. — I 1.

Por sí mismo anunció el Señor á sus apóstoles el Espíritu Santo, como otro Paráclito ó Consolador (1) que iba á enviarles, para que les asistiese en todos los instantes de la vida. ¡Cuántas veces se nos recuerda este oficio de Consolador en el Nuevo Testamento! ¡Cuántas veces hace el Apóstol dimanar del Espíritu Santo un raudal de deliciosa paz, de gozo inefable, del cual nos invita á participar (2). Los Hechos apostólicos nos describen, en estos términos, la extensión de semejante influencia: «La consolación del Espíritu Santo llenaba la Iglesia entera» (3).

2. Necesitamos, en efecto, ser consolados por parte de la tierra, que nos causa verdaderos males, y de parte del cielo, cuyos bienes no poseemos todavía; y aun de ambos lados á la vez, vista nuestra indigencia y los peligros que nos rodean.

En todas las ocasiones de tristeza, puede y quiere el Espíritu Santo ser nuestro gran Consolador.

a) Amigo siempre presente en el fondo de nosotros mismos, nos ofrece, si nuestra fe es viva, todos los consuelos que encierra la más alta y más íntima de las amistades.

b) Nos muestra la frágil vanidad de los bienes terrenales y la inanidad de las mundanas amenazas.

c) Como sello de nuestra redención y prenda de

(1) Joan. XIV, 16.

(2) Rom. XIV, 17; Philip. IV, 7.

(3) Act. IX, 31.

la futura herencia, no sólo garantiza un bien, en comparación del cual podemos despreciar todos los otros; sino que además sosiega nuestra inquietud y nos permite gozar plenamente de las esperanzas de lo futuro.

d) Su luz, su fortaleza, todos sus beneficios suplen nuestra pobreza con magnífica abundancia. En todas las circunstancias puede Dios decirnos, como á San Pablo: «Bástate mi gracia» (1).

II. Veamos hasta qué punto dependemos aún de las criaturas; hasta qué punto sufrimos las vicisitudes del tiempo. Ejercitemos nuestra fe; volvámonos hacia el Espíritu Santo; alentemos nuestro valor con la perspectiva cierta de una completa libertad.

III. El Espíritu Santo, Preceptor nuestro. — I.

«El Espíritu Santo, decía el Señor, os enseñará todas las cosas» (2). Meditemos el alcance de estas palabras.

a) Jesucristo revistióse de nuestra humanidad para enseñarnos con la palabra y con el ejemplo, y darnos por medio de sus milagros patentes pruebas de su divina misión. Mas la fe, cuyo heraldo es, ha de encontrar fieles, y los deberes que inculca deben ser cumplidos por discípulos dóciles.

Así como la Iglesia conserva y transmite intacto el depósito de las verdades reveladas, mediante la gracia del Espíritu; así también, por esta misma gracia, llega cada uno á la fe y renueva sus actos, y estribando en ella concibe y ejecuta el propósito de vivir según las enseñanzas de Cristo. Si se trata de la necesaria justicia ó de la santidad, la decisión y la práctica provienen de la sublime repetición, en cada alma particular,

(1) 2.ª Cor. XII, 9.

(2) Joan. XIV, 26.

de las enseñanzas promulgadas en el mundo entero; y esta repetición se hace por la gracia de cada uno, y tiene por autor al Espíritu Santo. «El os lo recordará todo» (1), dijo el Señor.

b) Además, no nos conviene á nosotros, llamados á la divina amistad, ejecutar de cualquier modo los preceptos de Dios. Obedecer por fuerza y con espíritu de temor y servidumbre no es un partido digno de la adopción con que Dios nos favorece. La amistad exige una más íntima concordia, pues presta al hombre los mismos sentimientos de Dios: la ley divina debe verdaderamente estar escrita en nuestros corazones. Esta es la maravilla que obra el Espíritu Santo; por su medio se derrama en nuestras almas una filial caridad (2), que dilata los corazones en la obediencia á Dios.

II. ¿Cumplimos la ley de Dios con facilidad, con prontitud, con fervor, con ese espíritu filial que nos hace decir á Dios *Abba*, Padre? Desarrollemos á lo menos los gérmenes de este espíritu, que están ciertamente depositados en nosotros; correspondamos más plenamente á nuestra vocación de hijos; invoquemos con frecuencia al Espíritu Santo para ser por Él confirmados en el camino del bien y sujetos con los más dulces y á la vez más fuertes lazos: los del amor, que hace como desaparecer la misma ley (3).

COLOQUIO

Esta meditación ha debido excitar en nosotros vi-

(1) Joan. XIV, 26. Esta palabra aplicase directamente á los apóstoles.

(2) Rom. V, 5.

(3) Gal. V, 18, 23 y 1.^a Tim. I, 9.

vos deseos de ponernos enteramente bajo la influencia del Espíritu Santo. Avivemos aun más este deseo con el recuerdo de una palabra inspirada: «Los que son llevados por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios en toda la extensión de la palabra» (1). Esto fué por excelencia nuestra celestial Madre. ¿Quién podrá explicar la eficacia de su oración, la inmensidad de sus consuelos, los piadosos impulsos de su caridad? Pidámosle la gracia de ofrecernos al Espíritu de Dios plenamente y sin reserva. Propongamos no omitir nada, para fomentar una devoción verdaderamente fervorosa para con el Espíritu Santo, y pidamos finalmente al Dios de amor, que ruegue en nosotros, que nos ilumine, que nos consuele, que incline nuestros corazones y nuestras voluntades á todo verdadero bien. *Veni Creator.*

(1) Rom. VIII, 14.

ARTÍCULO II

Meditaciones para la fiesta y la octava de Pentecostés (1)

Festividad de Pentecostés Día quincuagésimo después de Pascua

INTRODUCCIÓN

Origen y significado de la fiesta.—La festividad de Pentecostés se remonta á los primeros tiempos de la Iglesia. En los autores antiguos «hállase más bien sobreentendida que mencionada explícitamente... Los autores y los Concilios del siglo IV hablan de ella como de una festividad establecida ya de mucho tiempo» (2). Por lo demás, lo mismo que la fiesta de Pascua, á la que continúa y completa, tuvo en la antigua ley su celebración figurativa en la fiesta de las mieses y las primicias (3).

(1) Las indulgencias concedidas por León XIII á la novena preparatoria, pueden ganarlas por segunda vez los que, en público ó en particular, recen las preces al Espíritu Santo durante toda la octava de Pentecostés, comprendiendo en ella la fiesta de la Santísima Trinidad. Encicl. *Divinum illud*.

(2) DUCHESNE, *Origines*, p. 240 (3.^ª edición).

(3) V. Exod. XXIII, 16-22, y para el sentido figurativo SAN JUAN CRISÓSTOMO (in Acta Apostolorum. Hom. 4, n. 1., M., P. G., t. 60, col. 61), citado por KNABENBAUER en su comentario del c. II de los Hechos apostólicos. La idea de relacionar la fiesta de Pentecostés con el aniversario de la promulgación de la ley antigua, no se les ocurrió á los judíos, sino bajo la era cristiana. SAN JERÓNIMO acreditó esta opinión entre los católicos. Vid. KNABENBAUER l. c.

Sin embargo, la festividad cristiana celebra, sobre todo, el nacimiento de la Iglesia, su pública epifanía con la promulgación de la ley de caridad que sucede á la ley de temor, y que el Espíritu Santo viene á grabar, no ya sobre piedra, sino en lo íntimo de los corazones.

Compréndese por ahí el nombre de *Solemnidad del Espíritu Santo*, que llevó antiguamente también esta fiesta (1), y las entusiastas calificaciones que recibió, lo mismo que la fiesta de Pascua. Al igual de este santo día, el de Pentecostés es celebrado como la mayor de las festividades y la fiesta por excelencia (2).

Plan de la meditación.—Tomaremos los puntos del relato bíblico acerca de la bajada del Espíritu Santo, tal cual está consignado en los Hechos de los apóstoles. Este relato se presta á la siguiente división: las *circunstancias preparatorias*; la *venida del Espíritu Santo*, y los *admirables efectos de esta venida*.

MEDITACIÓN

« *Vos eritis mihi in regnum sacerdotale et gens sancta* » (Exod. XIX, 6).

Seréis para mí reino sacerdotal y nación santa.

1.ER PRELUDIO. Resumamos la narración de los Hechos de los apóstoles, cap. II. Antes (3) había recordado el sagrado autor, cómo después de la Ascensión, los apóstoles y las santas mujeres, agrupados alrede-

(1) Can. De jejunio, 3. dist. 76.

(2) Ἡ μέγιστη ἑορτή, πάνσεπτος καὶ παναγία Πεντηκοστή, ἑορτή τῶν ἑορτῶν, EUSEBIO, *Vida de Constantino* I. 4, c. 64. (M., P. G., t. 20, col. 1219).

(3) Act. I, 14.

dor de María, Madre de Jesús, se reunían cada día en el cenáculo y perseveraban allí en oración. Así llegó el día de Pentecostés, gran fiesta de gratitud, en que los judíos ofrecían á Dios las primicias de las mieses. Hacia las nueve de la mañana, estando unido el pequeño rebaño de Cristo por el lazo de una misma espectación y una misma caridad, un ruido á modo de huracán llenó la casa, y aparecieron unas como lenguas de fuego que fueron á pararse sobre cada uno de los allí reunidos. Acto continuo siéntense todos llenos del Espíritu Santo y empiezan á alabar á Dios en varias lenguas. El acontecimiento atrae á la muchedumbre. Unos quedan atónitos de la maravilla, otros atribuyen á embriaguez los entusiastas transportes de que son testigos. Preséntase Pedro ante la multitud, explica lo que pasa, predica á Jesucristo y le gana unas tres mil almas. Multiplíquense los prodigios; la comunidad de los fieles persevera en la fe, en la comunión, en la oración, y vive unida con la más estrecha caridad

2.^o PRELUDIO. Representémonos la casa santificada ya por el primer banquete eucarístico, en donde están los apóstoles reunidos con la Madre de Dios.

3.^o PRELUDIO. Supliquemos con gran fervor á la Bondad divina, nos dé en este gran día abundante participación en los dones del Espíritu Santo.

I. Circunstancias preparatorias. — I. *Fecha y preparación exterior.* — 1. a) En este mismo día en que, por orden de Dios, daban gracias los Judíos por los bienes de la tierra, es concedida á la Iglesia la espiritual fecundidad. El trigo de vida que pasó por la muerte, no puede permanecer solo (1), antes debe, bajo el

(1) Joan. XII, 24.

vivificante calor del Espíritu Santo, multiplicarse magníficamente; cógense hoy las primicias de la espiritual cosecha destinada á los graneros del Padre de familia.

Revélase en este contraste de las espigas materiales, que presentan los judíos al Señor, y las espirituales espigas que recoge la Iglesia, la diferencia de entrambas economías. La gracia invisible, pero sobrenatural, reemplaza á la bendición exterior y sensible; danse, arras de bienes eternos, en lugar de promesas temporales; frutos divinos, en cambio de terrenos frutos; son invitados los corazones á volverse hacia el cielo.

b) ¿A dónde tiende nuestro más vivo anhelo? ¿A qué fin dirigimos nuestras más atentas oraciones? ¿Qué efectos esperamos de la fidelidad á nuestros deberes? ¿Nuestras preocupaciones, nuestros deseos, nuestros gozos, nuestras tristezas, revelan el espíritu de la nueva economía, que separa del servicio de Dios cualquier mira temporal?

2. a) Mil quinientos años antes, en la misma fecha (1) á poca diferencia, Dios, sucediendo á Faraón de Egipto, había concluído una alianza con la posteridad de Abraham. Preparados con las maravillas de la salida de Egipto, para recibir la divina ley, los hebreos, sobrecogidos de santo temor, oyen á lo lejos al Señor que, en la cumbre del Sinaí, en medio de truenos y relámpagos, encarga á Moisés les intime sus preceptos grabados sobre piedra (2).

(1) Fiándose de la autoridad de SAN JERÓNIMO (Carta á Fabiola, *De 42 mansionibus*, mans. 12, M., P. L., t. 22, col. 707), muchos autores han hecho coincidir la fiesta de Pentecostés con el aniversario de la promulgación de la antigua ley. Pero nada apoya su aserto. El Exodo pone esta promulgación en el mes 3.º; por consiguiente, no cincuenta, sino más de sesenta días después de Pascua. Véase KNABENBAUER, coment. de los Hechos, c. II.

(2) Exod, XIX; XXXI, 18; XXXII, 15, 16.

La época está bien escogida para reemplazar la ley de promulgación exterior, por otra que escribirá la gracia en el fondo de las almas; una ley de temor, por una ley de amor; una ley de servidumbre, por otra de exención y de santa libertad. Las maravillas de la pasión y resurrección de Cristo han dispuesto á la comunidad cristiana para pasar ostensiblemente del yugo del demonio al paternal imperio del Señor. El abismo que separa los dos Testamentos muéstrase en la diferencia de sus heraldos: por una parte, Moisés, cargado con las pesadas tablas desciende de un monte en que ha sembrado Dios el terror; por otra parte el Espíritu Santo, en figura de ligeras y luminosas llamas, desciende del reino de la paz y de la felicidad, á los corazones que han gustado de la Eucaristía.

b) ¡Cuán admirablemente encadenado nos parece el plan divino! ¡cómo tocamos con el dedo la divina Providencia y los inefables caminos por donde los hombres, después de la caída de su primer padre, son conducidos á su fin! Aceptemos esta confirmación de nuestra fe y demos gracias á Dios de vivir en la nueva economía de la salvación.

II. 1. *Preparación interior.*—Los discípulos de Cristo oran y están unidos de corazón. Esta es precisamente la necesaria preparación. Para recibir una ley que confirma la adopción, hay que hablar el lenguaje del hijo dirigiéndose á su padre; para recibir una ley de amor, hay que fomentar la concordia y la paz.

2. ¿Nuestros corazones están también dispuestos, en este día de Pentecostés, á volverse hacia Dios por la oración, y hacia los hombres por la caridad?

II. **La venida del Espíritu Santo.**—1. 1. Aquella pequeña asamblea, en que tan grandes cosas van á

cumplirse, está ya regenerada por medio del santo bautismo y alimentada con la sagrada comunión. Vive; pero con cierto linaje de vida latente, poco activa en lo exterior: su vida es como el sueño de un niño. ¿Cuál será la obra transformadora del Espíritu Santo?

2. Las señales con que viene esta Persona divina simbolizan la plenitud de la vida y del triunfo. El viento impetuoso significa la fuerza irresistible; las lenguas de fuego representan la luz recibida y comunicada por la predicación, no menos que el ardor de una caridad apostólica. Luz, amor, fuerza, es cuanto necesita el hombre para vivir verdaderamente; luz, amor y fortaleza resplandeciendo al exterior, es lo que se requiere para conquistar.

3. Id, apóstoles, derramaos por el mundo inmenso, civilizado ó bárbaro; no sois más que doce, vuestra condición os hace despreciables, no tenéis ni armas, ni influencia, y sin embargo, vuestra luz será buscada por los sabios, vuestro amor enardecerá los corazones enfriados por un voluptuoso y escéptico egoísmo, vuestra fortaleza vencerá á las águilas romanas.

II. 1. Dirijamos gustosos una mirada sobre este ejército conquistador. ¡Cuán frágil parece todo y cuán endeble; mas en realidad cuán sólido es y cuán poderoso! ¡Con cuánta razón sacamos, de las maravillas de esta conquista, un poderoso argumento de credibilidad!

Tranquiliémonos también sobre la suerte de la Iglesia. Quédanle la luz, el calor y la fuerza de lo alto. Láncese en buen hora contra ella el mundo entero. A medida que de ella se aleja y que la desdeña, va sumiéndose en las tinieblas; y el frío de la muerte, apresura, sin saberlo, el momento en que, perdido y

sin alientos, arrojaráse de nuevo en sus brazos para hallar luz, caridad, vigor.

2. Pidamos para nosotros mismos, en esta solemnidad, aumento de fe, de caridad, de fuerzas espirituales.

III. Efectos de esta venida.—Notaremos tres muy admirables.

I. 1. La *completa transformación* de los apóstoles.—Eran ignorantes, y ahora lo entienden todo perfectamente; estaban dudosos, fluctuando siempre, y ahora sienten en sí todo el poder de una fe grande y obradora de maravillas; eran tímidos y cobardes, y ahora se levantan para anunciar la palabra de lo alto á judíos y gentiles.

2. Si estamos, por nuestra parte, llamados á los trabajos apostólicos, supliquemos al Espíritu Santo que nos otorgue, para cumplir bien nuestra misión, la ciencia, la fe y el valor.

II. 1. *Eficacia de su elocuencia.*—Miles de almas confiesan á Jesucristo.

2. Algo de experiencia basta para convencernos de cuán impotente es la humana palabra, para producir ciertos efectos, sobre todo efectos duraderos en las almas. ¿Queremos hacer el bien sobrenatural? Unámonos con el Espíritu Santo por el amor y la piedad.

III. 1. La *vida sobrenatural* de los convertidos.—*a)* Tienen una sola fe é idénticos principios. *b)* Son unánimes: su unión es figurada por la recepción de un mismo pan de vida en la sagrada comunión. *c)* Están desprendidos de los bienes exteriores, hasta el punto de usar de ellos en común.

2. Disposiciones semejantes podemos fomentar en nuestra alma por la docilidad á la gracia. ¡Cuán

dichosa sería la humanidad, si quisiera dejarse transformar por el Espíritu Santo! ¡Y qué de conquistas haría la Iglesia, si el conjunto de sus fieles se pareciese á los primeros cristianos! Mas, ¿cómo acariciar tan halagüeñas esperanzas, dada la humana debilidad? A lo menos es realizable este ideal de unión y desprendimiento, en las comunidades religiosas. Procuremos acercarnos á él, si somos religiosos, y vivamos de tal modo que no comprometamos con nuestra conducta el completo éxito de tan hermoso designio.

COLOQUIO

Después de invocar el auxilio de los apóstoles y de la Santísima Virgen, volvámonos hacia Jesucristo para recordarle sus promesas. Y luego multipliquemos nuestros llamamientos al Espíritu Santo. Tomemos prestadas á la Iglesia sus tiernas y ardientes súplicas:
Ven, oh Espíritu Santo.

SEGUNDO DÍA DE PENTECOSTÉS.—Los dones del Espíritu Santo

Plan de la meditación.—Para un completo conocimiento de las magníficas operaciones del Espíritu Santo, deberíamos tratar sucesivamente de la gracia santificante, de las virtudes infusas, de las gracias actuales, de las gracias «gratis dadas». Pero todos estos temas han sido ya objeto de nuestra meditación en la tercera parte (1). Réstanos, por consiguiente, considerar los *dones* y los *frutos* del Espíritu Santo. Comen-

(1) Del quinto al noveno y del décimo al duodécimo sábado.

zaremos por los dones, y el ejercicio de este día lo destinaremos á adquirir mayor inteligencia de ellos. A este efecto los consideraremos sucesivamente en su *naturaleza*, es decir, en sí mismos, y en su *utilidad*, es decir, en sus relaciones con las virtudes y las mociones divinas. ¿Qué son estos dones del Espíritu Santo para nuestra alma, según su misma noción? ¿qué auxilio ofrecen á nuestra espiritual actividad? y ¿cuál es su razón de ser con respecto á las mociones divinas? Tres puntos nos lo mostrarán como *adorando nuestra alma, completando nuestras virtudes y adaptándonos á las mociones del divino Espíritu*.

MEDITACIÓN

«*Dedit dona hominibus*» (Ephes. IV, 8).

Dió á los hombres dones.

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos al Señor en su pesebre, y en este Niñito, á quien llama el profeta, flor de la raíz de Jesé, reconozcamos al Hijo único del Eterno Padre, al Verbo hecho carne lleno de gracia y de verdad (1).

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer la naturaleza de los dones del Espíritu Santo y de dedicarles particular estima.

I. Los dones del Espíritu Santo, cualidades de nuestra alma.—I. 1. «Sobre la flor de la raíz de Jesé descansará el Espíritu del Señor.» Así comienza Isaías (2) la magnífica descripción de la figura moral del Mesías. Y prosigue el profeta: «Llenarálo el Espí-

(1) Joan. I, 14.

(2) Isai. XI, 1-3.

ritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia (de Dios) y de piedad, y el espíritu de temor del Señor» (1).

Este pasaje, unido al lugar de la epístola á los Efesios, que hemos copiado al frente de esta meditación, funda, con los datos de la tradición, la doctrina teológica sobre los dones del Espíritu Santo. La Iglesia nos enseña que el Espíritu Santo, á la par que habita en el alma de los justos, les comunica, en diversos grados, siete dones sobrenaturales (2), dejando por lo demás á los teólogos la ulterior explicación de estas espirituales liberalidades.

2. Raciocinando sobre estas indicaciones, se nos manifiestan los dones del Espíritu Santo:

a) Como una participación de la plenitud de Cristo, una semejanza con Él, una comunicación de su vida sobrenatural. ¡Cuán preciosos deben parecernos estos dones, aun por esta sola razón!

b) Como un efecto de la divina munificencia. Don es una liberalidad de parte de alguno, que nada debe, á otro que ningún título tiene para exigirla.

c) Como una cualidad habitual de nuestra alma. Lo que se da, se posee para gozar de ello. Por lo demás, la imagen misma de que se sirve el profeta, nos lo dice bastante expresamente, pues que habla del espíritu como descansando sobre Cristo, en cada don que le es concedido.

d) Como una cualidad extraordinaria, digna de admiración. Aun en el lenguaje corriente llámense

(1) El hebreo dice literalmente: «el espíritu de ciencia, y su hacer respirar será el temor del Señor».

(2) Estrictamente seis, según el texto hebreo. Los dos últimos de la enumeración latina son una legítima división en dos, del don de *temor de Dios* mencionado por Isaias. KNABENBAUER, sobre este lugar.

dones las cualidades excepcionales de los sentidos, del entendimiento ó del corazón, que el hombre, con los ordinarios recursos de la naturaleza, jamás llegaría á adquirirlos. Y ¿cómo dudar aquí del valor de lo que nos viene de un dador divino?

e) Como una nueva conformidad con Dios. Un tan precioso presente ¿no revelaría su origen en sus efectos? Además, notemos el lenguaje de la Escritura, la cual no habla aisladamente de una fortaleza, una piedad, etc., sino que cada vez menciona al espíritu; y acabando de decir: «descansará sobre Él el Espíritu de Dios», añade «el espíritu de sabiduría y de inteligencia, el espíritu de consejo, etc.» Notan también los comentaristas, que el profeta habla en singular y no dice «los espíritus del Señor le llenarán», sino «el espíritu, para significar que es uno mismo el espíritu de sabiduría, de inteligencia, de consejo, etc.». En cada uno de los dones se reconoce al mismo Espíritu Santo.

3. He aquí, pues, los magníficos aspectos bajo los cuales se muestran ya á nosotros los dones del Espíritu Santo.

a) Son habituales disposiciones de nuestra alma, sobrenaturalmente comunicadas por el Espíritu Santo, que imprimen en el hombre un sello divino, hasta hacer sospechar que en él habita el Dios de amor. En este sentido, se nos presentan como llenos del Espíritu Santo muchos personajes bíblicos: Simeón, Esteban, etc.

b) Son el dote con que enriquece el Espíritu Santo á nuestra alma, para hacerla digna del enlace con el Verbo divino. He aquí cómo debe Dios proceder con nosotros. No puede comunicarnos las cualidades, sin haber antes hecho nuestra substancia; al querer amarnos, debe ante todo hacernos amables; si quiere

desposarse con nuestra alma, á Él es á quien debe ésta su traje nupcial y todas las joyas que han de adornarla.

c) Son el adorno de nuestro ser para servir de morada al Espíritu Santo.

II. 1. Esta vista debe humillarnos: todo nos viene de Dios, sin tener nada de nosotros mismos; pero también debe hacer desbordar de gratitud nuestro corazón, el ver cuánto de gracia y de riqueza se digna el Señor derramar en nosotros.

2. ¡Cuán bello resplandece el hombre con los divinos caracteres! ¿Qué nobleza hay comparable con la suya? ¡Oh, y cómo estas sencillas reflexiones nos mueven á rogar al Espíritu Santo que visite nuestra alma! *Veni, Creator Spiritus.*

II. Los dones del Espíritu Santo, complemento de las virtudes.—I. 1. El Espíritu de Dios es la fuerza y la vida. Si un soplo impetuoso y vivificante le simboliza, no pueden sus dones ser simples adornos de nuestra alma. Según las enseñanzas de la teología, son hábitos divinamente infusos que disponen al justo á seguir las mociones del Espíritu Santo y perfeccionan así su actividad. Una mirada á esta actividad hará más evidente el oficio de estos dones.

En esta sobrenatural economía con que Dios nos ha favorecido, podemos ser llamados á una *extraordinaria* actividad, regida por motivos divinos fuera de toda ley. Pero no tratamos aquí de esto, pues será materia del tercer punto.

Con todo, aun la actividad ordinaria del justo comprende dos clases de actos. Los unos podrían hallarse en una vida honrada de orden puramente natural: el justo evita la mentira, honra á sus padres, respeta á sus superiores, observa la justicia y la equidad. Otros ac-

tos, manifiestan una vocación sobrenatural: tales son los actos de fe, de esperanza, de caridad; actos de las tres virtudes teologales, que no hallarían equivalente en el orden natural; tales son también ciertos actos de las virtudes morales, que se practican según una regla superior á la simple razón: así la profesión de virginidad, en lugar de la castidad conyugal; la mortificación, en lugar de la simple templanza; el buscar las humillaciones, en lugar de una justa moderación en desear honores (1).

Ahora bien, toda esta actividad hállase en el justo bajo la influencia de la gracia, la moción del Espíritu Santo y las virtudes infusas. Los dones del divino Espíritu, haciéndonos dóciles á sus impulsos, ejercen sobre esta actividad su poderoso influjo.

a) La importancia de estos dones es manifiesta, para los actos que en sí mismos provienen de una superior actividad. Fijémonos, en efecto, en que las virtudes sobrenaturales no nos dan facilidad alguna para obrar según su dirección; puesto que no resultan de nuestros actos, como las virtudes naturales; y Dios nos las comunica para fortalecer, con respecto á nuestro fin sobrenatural, la *capacidad* de nuestras facultades. Con solas las virtudes sobrenaturales nos hallaríamos, para esta actividad superior á las inclinaciones de la naturaleza, en la situación de un hombre que, en el orden natural, estuviese dotado de las facultades para obrar; pero sin haber adquirido ninguna costumbre de bien obrar. ¡Cuánta necesidad experimentaría de un cúmulo de disposiciones que le hiciesen fácil lo que, sin ellas, le es simplemente imposible! Pues bien, este apoyo tan precioso nos lo

(1) SAN THOM. *Summa theol.* 1. 2, q. 63, art. 4.

presta el Espíritu Santo; el cual viene liberalmente á facilitar, con sus dones, la acción de nuestras facultades y virtudes, é inclinarnos á obrar por un fin sobrenatural. Estábamos inclinados á la tierra; los dones del Espíritu Santo nos imprimen un victorioso impulso hacia el orden divino.

b) ¿Trátase de actos que podrían pertenecer á la natural honradez? Pues el hombre llamado á practicarlos ha sido tal vez, durante largo tiempo, víctima del vicio, y la gracia que le ha sido dada, no ha aniquilado su propensión al mal. Intervienen entonces los dones del Espíritu Santo como victorioso socorro, para marchar á través de la dificultad, al acto bueno á que el mismo Espíritu le mueve. Mas, aun cuando el acto se hiciese fácilmente y sin obstáculo, provisto el hombre que lo ejecutase, de los dones del Espíritu Santo, es ya un hombre que mira á las cosas del cielo, y tiene un modo de obrar en que se muestra esta sublime disposición: es verídico, leal, piadoso, de distinto modo que quien ignora el cielo; los dones del Espíritu Santo hácenle practicar más divinamente las humanas acciones.

II. Los dones, pues, del Espíritu Santo, á la par que ennoblecen, elevándola, la honrada actividad que, en la vida cotidiana desplegamos; son para nuestra actividad directamente espiritual, indispensable complemento que nos la hace *moralmente posible*. ¡Gran beneficio! ¡Y cuántas gracias debemos dar á Dios por él! Pero aprendamos al mismo tiempo qué debemos pedir cuando la tentación llama con mayor violencia á nuestra puerta, cuando experimentamos más viva propensión al mal. Lo que entonces nos conviene es una más abundante comunicación de los dones del Espíritu Santo. He aquí lo que, en estos momentos, hay que

implorar de Dios, por Cristo, que envía al Espíritu Santo, y por la Madre de Cristo, que nos alcanza todas las gracias. Y he aquí también lo que abundantemente nos asegura la verdadera devoción al Espíritu Santo. Confesemos nuestra indigencia; recurramos al divino Espíritu.

III. Los dones del Espíritu Santo, preparación de nuestra alma para las divinas mociones.—I. Aunque el Espíritu Santo secunda el ordinario ejercicio de nuestra actividad, resérvese con todo, este divino huésped, prisionero voluntario y por amor, una acción superior, que muchas veces no conoceremos sino por sus magníficos efectos. Será una luz que en un momento nos transforme; un fastidio de las cosas inferiores; un sabor de las divinas, que no responde ni á nuestros hábitos, ni á las circunstancias en que nos encontramos; será la palabra que conmueve un corazón endurecido, el consejo, cuyo no sospechado alcance salva un alma; en una palabra, alguna maravilla en el orden sobrenatural. Los dones previenen nuestra resistencia, y aun nos disponen habitualmente para seguir esta acción del Espíritu Santo (1). Por ellos déjase el hombre llevar, en todo, á voluntad de este divino soplo.

(1) Como se habrá notado, los dones del Espíritu Santo, tales cuales los hemos descrito, tienen una constante utilidad en nuestra actividad sobrenatural. Esta noción se desprende del análisis de su concepto, y parecénos responder más plenamente á la idea del Doctor Angélico. *Sum. theol.*, 1, 2, q. 68, a. 2. Creemos que muchos teólogos restringen demasiado la utilidad de los dones del Espíritu Santo. Parecen convertirlos en soberbios ornamentos, que no sirven sino en circunstancias raras, para acciones inexplicables sin una intervención sobrenatural, como por ejemplo el hecho de precipitarse un mártir en la hoguera. Son, en realidad, facilidades para obrar sobrenaturalmente, que al mismo tiempo nos disponen á seguir todos los impulsos de lo alto.

II. Reconozcamos la grandeza y utilidad de esta superior influencia para nuestra santificación personal y para nuestra acción sobre el prójimo. ¡Cuán fácilmente agotamos los recursos cuando se trata de ayudar á las almas! ¡Cuántos caros intereses privados y públicos requieren superiores instigaciones! Pidámoslas, no á fin de hallar en ellas una satisfacción, que podría ser vana, sino á fin de santificarnos y de realizar mayores bienes. ¡Dichoso el hombre que, en su carrera apostólica, vive estrechamente unido al Espíritu de Dios!

COLOQUIO

María poseyó los dones del Espíritu Santo en grado sobreeminente; Cristo los tuvo en toda su plenitud. Dirijámonos, pues, á María y, por ella, á Jesús, para que venga el Espíritu Santo á enriquecer nuestra alma, cuya pobreza reconocemos. *Veni, Pater pauperum*

TERCER DÍA DE PENTECOSTÉS.—Los dones del Espíritu Santo (continuación)

Plan de la meditación.—Después de haber considerado el lugar que ocupan los dones del Espíritu Santo en la sobrenatural economía de nuestra santificación, trataremos ahora de precisar la naturaleza de cada uno de ellos, procurando mantener la distinción establecida entre los dones y las virtudes sobrenaturales, y no confundirlas tampoco con las cualidades naturales del mismo nombre. Sucede que algunos autores se equivocan sobre el alcance de estos dones, atribuyendo á las palabras el sentido que les sugiere el

término latino, en lugar de referirse al texto original y al valor que tenían las expresiones para el escritor sagrado. De ahí, controversias interminables y errores sin cuento. Nosotros nos atendremos al significado que á los vocablos han atribuído, en sus obras, los doctos intérpretes (1).

Los dones del Espíritu Santo parécennos reducirse á dos clases: unos conciernen á nuestra conducta en general; los otros á nuestras relaciones con Dios.

Consagramos esta meditación á la primera clase, que comprende los cuatro primeros dones. Tendrá, pues, cuatro puntos, que sucesivamente tratarán de la *sabiduría*, del *entendimiento*, del *consejo* y de la *fortaleza*. En cada punto consideraremos la naturaleza del don y su utilidad espiritual; nos excitaremos al aprecio del mismo don y al deseo de poseerlo; y tanto los pensamientos como los sentimientos se transformarán en ardiente súplica, para obtener una abundante comunicación del Espíritu Santo.

MEDITACIÓN

«*Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed Spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis*» (1.^a Cor. II, 12).

Mas nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para saber lo que Dios nos ha dado.

1.^{er} PRELUDIO. Representémonos á María animada de un santo júbilo, cuando, delante de Isabel, entonó su cántico de gratitud, el *Magnificat*.

2.^o PRELUDIO. Pidamos la gracia de una grande

(1) Véase especialmente á KNABENBAUER, S. J. sobre Isaías.

estima y ardiente deseo de los dones del Espíritu Santo.

I. El don de sabiduría.—I. 1. La *sabiduría* es ciencia de las cosas grandes y de los grandes aspectos de cada cosa. El menor de los seres, la más insignificante de las circunstancias tiene su razón de ser en Dios, que es Bondad infinita: ocupa su lugar propio en el plan concebido por una infinita Sabiduría, que se conoce á sí misma y todos sus designios. Al lado, pues, de la Sabiduría que crea, hay una Sabiduría que conoce.

Los seres irracionales son incapaces de poseer, ni una parte siquiera, de esta Sabiduría; no sólo los objetos grandes se les ocultan, sino que su conocimiento, puramente sensible, no les permite reflexión alguna superior á sus percepciones elementales.

No así el hombre, criatura inteligente. Toda verdad, aun la más sublime, halla, de algún modo, entrada en su mente; y todos los objetos que conoce tienen su peculiar lenguaje. Cuántas cosas pueden decirle: éste le relata simplemente las impresiones agradables ó desagradables, que producen en los sentidos; el otro le descubre cómo favorecen ó contrarían tal ó cual fin ó designio (fin más ó menos elevado, según los cálculos personales ó políticos); otro tercero revélale tal vez las cosas tal cual se hallan en el plan divino, le habla de Dios y de sus infinitas perfecciones. El hombre dotado de vastos conocimientos especulativos, capaz de comprender las grandes combinaciones ó de referir las cosas á vastos proyectos, es sabio según la razón; mas el hombre, que entiende su aspecto divino es sabio según Dios. Participa de la Sabiduría, que interpreta las obras de la potencia

creadora, estimando las cosas como son delante de Dios y descubriendo su final utilidad. Esta elevada sabiduría se manifiesta y se perfecciona en un lenguaje que eleva á los demás á concepciones semejantes.

El don de sabiduría abre nuestra inteligencia á tan nobles pensamientos, pudiendo decirse de ella que es una facilidad sobrenaturalmente infusa para concebirlos.

2. ¿Cómo podríamos desconocer las grandes utilidades de semejante don?

a) ¿No son los elevados pensamientos principio de las grandes acciones?

b) ¿No sacamos de la sabiduría un supremo deleite? Los puntos de vista intelectuales proporcionan mayores goces, que los hermosos espectáculos que encantan la vista del cuerpo: de todos los puntos de vista, los más nobles son los divinos. He aquí cómo la sabiduría proporciona un gusto de las cosas divinas que hace insípidos los placeres inferiores. Es lo que la Iglesia nos hace pedir con frecuencia: «Oh Dios, ruega ella, conceded á vuestros fieles el menospreciar las cosas de la tierra y el gustar (*sapere*) las del cielo» (1).

La sabiduría entona el Magnificat del alma que se regocija en Dios.

c) La sabiduría, descubriéndonos el providencial destino de todas las cosas, nos dispone para referirlo todo á Dios y dar á Dios gloria en todas las cosas, proporcionándonos así continuos méritos.

d) Al derramar este don en nuestras almas, pre-

(1) Véase, por ejemplo, la oración que sigue el *Veni Creator*, la secreta en la misa del Patrocinio de San José, etc.

párase, en nosotros el Espíritu Santo una inteligencia pronta á comprender las grandes cosas que Él se dignará comunicarnos y los sublimes fines de sus nobles aspiraciones.

II. 1. Deseemos ardientemente la abundante comunicación de don tan precioso.

2. Ejercitémonos en interpretar, divinamente los hombres, las cosas, los acontecimientos. Renunciemos á las miras inferiores y puramente naturales, acordándonos de la palabra: *Animalis homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*. El hombre animal, esto es, el que no se guía sino por su naturaleza, no conoce lo que es del Espíritu de Dios» (1). Dispongámonos de estos dos modos á recibir los dones de lo alto.

II. El don de entendimiento.—I. 1. El *entendimiento* es la agudeza de la mirada del espíritu, una sutileza capaz de discernir las cosas y de calar la realidad á través de las apariencias. Aplicada á los únicos objetos que espiritualmente nos interesan, será la habilidad en descubrir los lazos de las criaturas, en comprender las armonías de la fe y discernir los movimientos interiores de nuestra alma.

2. ¡Don precioso!

a) Confirma y facilita la fe, cuyas pruebas patentiza y cuyo mérito hace resaltar.

b) En los acontecimientos de acá abajo, previene el desconcierto y turbación que causan ciertos espectáculos, ciertos golpes, ciertos sucesos.

c) Descubre los lazos seductores del enemigo y facilita la sobrenatural prudencia, que divinamente avallora todas las cosas.

(1) 1.ª Cor. II, 14.

d) Facilita la influencia del Espíritu Santo, haciéndonos prontos á reconocerla, sagaces para distinguirla, hábiles en comprender los motivos de las más extraordinarias resoluciones y de los más considerables sacrificios. Dios habla, y se conoce su voz.

II. Dispongamos nuestra alma para recibir este don, ejercitándonos en la fe y confianza en Dios, acordándonos de la palabra: «Los que ponen en el Señor su confianza tendrán la inteligencia de la verdad» (1); cultivando luego el recogimiento y la atención interior, que nos hacen sensibles á los toques de la gracia.

III. El don de consejo.—I. 1. El *consejo* es la aplicación juiciosa de los principios generales á los casos particulares (2), y rige las decisiones prácticas que toma nuestro entendimiento bajo la influencia de la voluntad. El consejo, entendido como cualidad sobrenatural, abraza el partido de la voluntad deseosa de obrar bien. Y el don de consejo es cierta facilidad comunicada á la inteligencia y á la voluntad: á la inteligencia para penetrar los motivos de practicar lo bueno y aun lo más perfecto; á la voluntad para amar sinceramente el bien.

2. Sin el don de consejo ¡qué de funestas influencias nos apartan del buen camino ó nos hacen titubear! ¡Cuánta necesidad tenemos de ver la luz proyectada por el deber y la virtud, y de que nuestra voluntad se entregue á sus nobles atractivos!

Nuestra inteligencia, si está pronta á decidirse por el bien, lo estará para aceptar las sugerencias del Espíritu Santo. El don de consejo es quien prepara el camino á la acción de este divino Espíritu.

(1) Sap. III, 9.

(2) Véase la explicación dada en el primer tomo.

II Reflexionemos sobre las muchas ocasiones en que nos ha sido difícil entrar por los caminos de la justicia y de la santidad. Invoquemos al Espíritu Santo, que se digne ser nuestro consejero, amigo fiel é inapreciable; que nos aparte de todas las acciones dignas de arrepentimiento y nos conduzca y aun nos compela á toda decisión noble y saludable.

IV. **El don de fortaleza.**—I. 1. La *fortaleza* triunfa de los obstáculos; en nuestro caso concreto, de los obstáculos que se oponen á los resultados sobrenaturales; va á donde quiere Dios, desafiando todos los peligros, aun el de la muerte.

El don de fortaleza es un sobrenatural valor, con el cual todo se sufre y afronta con facilidad por la causa de Dios. Los discípulos, en el Cenáculo, y aun antes de la venida del Espíritu Santo, tenían la virtud de la fortaleza (1); pero la manifestaban poco. ¿Qué no hicieron, en cambio, cuando les hubo el Espíritu Santo comunicado la abundante efusión del don de fortaleza? Ved también el heroísmo de los mártires.

2. ¡Cuán débiles somos y cuán erizado de obstáculos aparece el camino del cielo! ¡Cuán oportuno es, pues, recibir del Espíritu Santo este refuerzo!

Este don acaba de hacernos dóciles á la voz del Dios de amor. Dispuestos por la *sabiduría* á concebir grandes cosas, por el *entendimiento* á distinguir los llamamientos de lo alto, por el *consejo* á adoptarlos, réstanos aún que nada nos impida la ejecución. Revestidos de *fortaleza*, podemos decir: «Oh Espíritu Santo, soplad donde queráis; que estamos prontos á seguiros á todas partes.»

(1) Para la noción de esta virtud, véase más arriba.

II. Añadamos á la oración, el esfuerzo por ejercitar nuestra voluntad en ser constante y nuestras pasiones en someterse.

COLOQUIO

Pidamos al Espíritu Santo, en un fervoroso coloquio, esos útiles y necesarios complementos de nuestra actividad; supliquémosle nos confiera prontamente, en el orden sobrenatural, esas facilidades á que no se llega sino por medio de un largo ejercicio. ¡Oh! Ven, Santo Espíritu, á nuestros corazones, que son tuyos. Dirígelos como gustes. María, obténnos esta gracia. *Veni Creator.*

DÍA CUARTO. **Los dones del Espíritu Santo** (continuación)

Plan de la meditación.—Este ejercicio tiene un importantísimo objeto, pues está consagrado á las disposiciones sobrenaturales que el Espíritu Santo derrama en nuestra alma con respecto á Dios. En el texto hebreo el quinto don, la *ciencia*, se refiere á Dios tanto como los dos últimos que encierra el profeta en la enérgica expresión: *Y el temor de Dios será su respiración* (1). Versará cada uno de los puntos sobre uno de los tres últimos dones: *ciencia, piedad y temor de Dios.*

MEDITACIÓN

«*Haec est autem vita aeterna, ut cognoscant te, solum verum Deum, et quem misisti Jesum Christum*» (Joan. XVII, 3).

(1) Isai. XI, 3.

En esto consiste la vida eterna, en que te conozca á ti, solo Dios verdadero y al que has enviado Jesucristo.

1.^{ER} PRELUDIO. Colocados alrededor de Jesucristo, oigámosle, en la sublime plegaria que después de la última cena dirigió á su Padre, pronunciar las palabras que acabamos de transcribir.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la grande gracia de vivir en Dios, de Dios y por Dios.

I. Don de ciencia de Dios.—I. 1. Ponían los antiguos lo sumo de la sabiduría en el conocimiento de sí mismo; pero la sabiduría que pára aquí, no puede ser sino la de la vida presente. ¡Cuánto mejor nos invita Jesucristo á conocer á Dios! Conocimiento, sin el cual el de nosotros mismos es necesariamente imperfecto, y que nos asegura la vida eterna.

Esta ciencia de Dios traslada en nosotros la viva imagen de todas las divinas perfecciones y de todos los deberes que nos unen con la infinita Majestad y, por lo mismo, nos hace blandos y dóciles á todos los llamamientos del Espíritu Santo. ¿Qué dificultad podría poner el que conoce á Dios?

2. Mas ¿de dónde se saca esta ciencia? Todas las criaturas hablan elocuentemente de Dios y Él mismo se revela en las verdades de la fe. Es verdad que los cuidados y los bajos placeres pueden distraernos é impedirnos oír, y que los razonamientos del hombre, entregado á sí mismo, son penosos; pero viene el Espíritu Santo en nuestro auxilio, nota nuestra torpeza y nos dispone á raciocinar sobre Dios, á adquirir esa teología enteramente práctica, que está al alcance de los sencillos y pequeñuelos. «Os glorifico, exclamaba Jesús, gozándose en el Espíritu Santo, por haber ocul-

tado estas cosas á los sabios y prudentes, para revelarlas á los pequeños» (1).

II. Mientras que la mayor parte de los hombres cierran sus oídos á los acentos de la creación visible y rechazan las verdades de la fe, ó las relegan á un rincón perdido de su inteligencia, llegan los santos, guiados por el Espíritu Santo, á una admirable ciencia de Dios y de las cosas divinas. ¡Cómo les hablaba de Dios la naturaleza! ¡Qué bien comprendían el lenguaje de los salmos! «Los cielos anuncian la gloria de Dios y el firmamento publica las obras de sus manos. Un día comunica á otro día esta verdad, y la noche la cuenta á otra noche» (2). La fe les instruía maravillosamente sobre las divinas perfecciones, los derechos del Señor sobre su criatura; cómo debían portarse con Él, todo lo que de Él debían esperar. Estas nociones se les habían hecho familiares, sacaban á manos llenas del tesoro de las más fecundas verdades. La fe en Dios habfa producido la ciencia.

Siguiendo á los santos, pidamos á las criaturas que nos hablen de Dios; gustemos de raciocinar religiosa y prácticamente sobre las verdades de la fe y las sentencias de los libros sagrados; y pidamos al Espíritu Santo se digne derramar en nosotros la ciencia de Dios.

II. El don de piedad.— I. 1. De todos los dones del Espíritu Santo, ninguno debe atraer tanto nuestro espíritu y nuestro corazón, como la piedad. Gloria es de la religión católica exigir al hombre que hable con Dios como con un Padre, en vez de arrojarle temblando á los pies de un Señor airado y sin amor; ningún

(1) Luc. X, 21.

(2) Ps. XVIII, 2, 3.

sentimiento tiene tanta influencia como la piedad para con Dios, para transformar toda nuestra vida; nada nos facilita tanto el cumplimiento del deber, ni nos conduce á todo lo bueno, como la delicadeza y generosidad de un corazón de hijo; nada más adecuadamente responde á nuestra verdadera condición, ya que somos hijos adoptivos de Dios; nada finalmente nos da tanta prontitud en obedecer á Dios; sus llamamientos son irresistibles. ¡Con cuánta instancia nos inculcan el Señor y sus apóstoles la divina paternidad y la necesidad de mirar á Dios como á un Padre! «Señor, enséñanos á orar». «Cuando orareis, diréis: Padre» (1). El espíritu, que debe caracterizarnos, no es el espíritu de servidumbre y de temor, sino el espíritu de adopción (2).

2. Pero es tan grande Dios y, por ende, dista tanto de nosotros; somos tan pequeños y miserables, que se nos hace muy difícil tratarle como Padre. Entonces nos visita el Espíritu Santo y, sellándonos con sus caracteres, graba sobre todo, en el fondo de nuestro corazón, el amor filial para con Dios. «Él nos convence, dice el Apóstol, de que somos hijos de Dios» (3).

II. Esforcémonos en cultivar la virtud de la piedad que Dios ha puesto en nosotros, y en responder á las inspiraciones del Espíritu Santo, tratando de reconocer en todo la paternal acción de la Providencia y portarnos como hijos dignos de tal Padre. Recibamos los beneficios divinos, como que vienen de una mano paternal, y adóremos su paternal voluntad aun en los decretos que parecen rigurosos. Instantemente roguemos al Espíritu Santo, que fomente en nosotros el don de piedad.

(1) Luc. XI, 1, 2.

(2) Rom. VIII, 15.

(3) Rom. VIII, 16.

III. El don de temor.—I. 1. El temor, á diferencia del miedo, no lleva consigo ni turbación del alma ni debilidad. Inspírase en la prudencia, cuando corresponde á una mirada de la mente sobre el objeto del temor: hay temores razonables, los hay loables; hay un temor santo: el de Dios.

El temor, que se refiere al don del Espíritu Santo, no excluye el amor, sino que forma parte del sentimiento filial. Entendido de otro modo, el temor no podría ser contado entre los dones del Espíritu Santo junto á la piedad. En el temor hay respeto y puede mezclarse con él la desconfianza. Sólo el temor que resulta de la desconfianza es desechado por el amor; mas, aun para el hijo más amante, queda Dios una imponente Majestad, terrible en su venganza, al mismo tiempo que es infinitamente bueno. Inspira confianza, pero no autoriza ninguna temeridad. Sin este temor, disminuiría el amor, dejando de ser respetuoso.

Las sollicitaciones al pecado, las seducciones de los placeres, la impunidad de numerosas culpas que se conocen y de muchas otras que se sospechan, pueden quitarnos este saludable temor. Pero el don del Espíritu Santo penetra de él nuestra alma.

2. Clara es la grande utilidad de este don. El hombre lleno de este temor no puede pecar, practica con cuidado cuanto ofrece á Dios, y el respeto que profesa á la divina Majestad, le hace someterse á todos los planes, á todos los designios de la Sabiduría infinita.

COLOQUIO

Durante el coloquio, podría sugerirnos sentimientos y oraciones la enérgica expresión del profeta: «*Cristo respira por el temor de Dios.*» ¡Es su vida! Purifi-

cause, en presencia de este temor filial, nuestros sentimientos y nuestras ideas, como la sangre que, puesta en presencia del aire en los pulmones, circula saneada por todo el cuerpo llevando á todas partes el vigor y la vida. Antes había dicho el Eclesiástico: «Teme á Dios y observa sus mandamientos, que esto es todo hombre» (1). Pidamos con instancia á Dios la gracia de imitar á su divino Hijo y ser señalados por el Espíritu Santo con el sello de la divina filiación, de modo que siempre nos portemos como hijos del Dios grandísimo y santísimo. *Veni Creator.*

DÍA QUINTO.—Los frutos del Espíritu Santo

Plan de la meditación.—San Pablo nos instruye sobre los frutos del Espíritu Santo en los versículos 22 y 23 de su carta á los Gálatas. El texto griego original y las antiguas versiones latinas no enumeran sino nueve frutos del Espíritu Santo, en lugar de los doce que se cuentan en las ediciones corrientes de la Biblia latina. Creció el número, con la diferencia de las traducciones. Por lo demás, están concordantes todos en decir que el Apóstol no pretendió hacer una lista completa, sino sólo citar algunos ejemplos. Nos atenderemos al número de nueve, y en esta primera meditación sobre estos frutos, consideraremos sucesivamente: *Su naturaleza y la utilidad de conocerlos; cuáles son los tres primeros y su mutua conexión.*

MEDITACIÓN

«*Si spiritu vivimus, spiritu et ambulemus*»
(Galat. V, 25).

Si vivimos en espíritu, andemos también en espíritu.

(1) Eccli. XII, 13.

1.^{ER} PRELUDIO.—Representémonos á Cristo conversando con sus apóstoles la noche que precedió á su pasión, y descubriéndoles la perspectiva de las consolaciones del Espíritu Santo.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia de ser de aquellos discípulos que, á su íntima unión con Jesús, víd verdadera, deben el llevar mucho fruto (1).

I.—**Naturaleza de estos frutos.**—I. 1. Séllanos el Espíritu Santo con un sello permanente por medio de los siete dones, sobre que hemos ya meditado y por medio de los cuales quedamos dispuestos á obedecerle. ¿Cuáles son sus impulsos? ¿A qué actos nos mueve? He aquí lo que nos queda por conocer. Estos actos, considerados como hechos por nosotros, son ya frutos que llevamos; productos de la divina semilla que se recogen con gozo; y sin embargo, con relación á la vida eterna, no son sino flores (2).

2. ¡Cuán útil nos es conocer estos frutos!

a) ¿No es por ventura eficaz el impulso cuando sabemos que emana de una fuerza sublime? ¿Y no es un honor ejecutar una acción á la cual nos estimula Dios mismo? El conocimiento, pues, de los frutos del Espíritu Santo nos alienta á la práctica del bien.

b) Estos frutos que, inspirado, enumera el Apóstol, nos descubren los vastos horizontes de la verdadera virtud; de suerte que, en adelante, ya no la mira-

(1) Joan. XV, 5.

(2) Véase el hermoso pensamiento de SANTO TOMÁS, *Sum.* 1.^a 2.^{aa}, q. 70, a. 1.

Cuanto produce un árbol es fruto con respecto al árbol; pero nosotros no cogemos como fruto del árbol sino el producto final que contiene el sabor. Así las buenas obras, todas son frutos que llevamos; pero nosotros no cogemos como fruto sino la bienaventuranza por ellas merecida.

remos como encerrada en el estrecho círculo de una devoción exterior y mezquina.

c) Nos ponemos en guardia contra el enemigo, notando las señales que caracterizan la moción del Espíritu Santo.

d) La hermosura y nobleza de estos impulsos nos hacen rechazar con mayor energía los viciosos estímulos de la carne enemiga.

II. *La Imitación de Cristo* nos habla elocuentemente de los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia (1). Muy útil nos es comprobar que estas páginas tan expresivas no son sino el desarrollo de los versículos 19-25 del capítulo V, de la carta á los Gálatas. La irrecusable autoridad del Apóstol hace desaparecer toda duda ó perplejidad. Demos gracias á Dios por haber hecho consignar esta doctrina en la sagrada Escritura. Repitémos nuestras protestas de docilidad mostrándonos enteramente decididos á seguir las mociones del divino Espíritu.

II. Los tres primeros frutos.—I. Ἀγάπη. *La Caridad*. 1. Acusábase á los cristianos de odiar al género humano, siendo así que el primer impulso del Espíritu que les anima, es el amor. Y no podía menos de ser así. El amor representa al Espíritu Santo que en nosotros habita, y resume todos los preceptos de la ley.

2. Amar á Dios y amar al prójimo, repetir cuanto sea posible estos actos y hacerlos más y más intensos: he aquí la primera señal del que anda, *ambulat* (2), por los caminos del Espíritu de Dios.

Lejos, por consiguiente, de nosotros las ideas de

(1) L. 3, cap. 54.

(2) Galat. V, 16.

disgusto, las apreciaciones pesimistas, todo cuanto paraliza el ímpetu hacia Dios ó hacia los hombres. Como vigilantes centinelas, comprobemos cuidadosamente los sentimientos que intentan penetrar en nosotros y cerremos resueltamente la entrada á cuantos son contrarios al amor.

II. *Χαρά, Gozo*. 1. Incúlcanos aquí el Apóstol el gozo virtuoso á que nos provoca la vista de Dios y del bien que se hace, el cual es combatido por los envidiosos celos que más arriba (1) enumera San Pablo entre las obras de la carne.

2. Ningún lugar hay que dar á la envidia que oprime el corazón. Este es el segundo artículo de este divino programa.

III. *Ειρήνη, Paz*. 1. ¿Cómo fomentarla á nuestro alrededor? Acusa San Pablo á la carne de ser inclinada á rivalidades y discusiones (2); y por tanto, hay que huir de tan funestas tendencias. Deben después la discreción y una sabia prudencia, no sólo prevenir las mutuas sospechas, sino cegar una caudalosa fuente de discordias. Sepamos finalmente, por medio de palabras benévolas, unir á los hombres y hallar frases que apacigüen las iras.

2. ¿Qué examen hay que hacer en este punto? Negativo y positivo á la vez, que llame nuestra atención sobre los defectos que hay que evitar y las lagunas de nuestro obrar. Veremos por este medio que debemos introducir en nuestra vida importantes reformas. Por nuestra generosidad en realizarlas y por nuestra constancia en procurar un perfecto resultado, llegaremos, con la gracia de Dios, á la más excelente virtud cuyo fruto viene á ser una bienaventu-

(1) *Ibid.* V, 21.

(2) *Galat.* V, 20, 21.

ranza; seremos los *pacíficos*, llamados hijos de Dios.

III. Conexión entre estos tres frutos.—I. 1. Muéstranos ya el Apóstol, al expresarse en singular (1), que estos frutos son efectos de un mismo Espíritu y que una sola disposición perfecta trae todas las demás.

2. Pero notemos la especial conexión que enlaza los tres primeros frutos.

a) El amor va siempre acompañado de gozo: la unión con el amado dilata el corazón, y amando, se goza la paz de estar bien con Dios y con los hombres (2). ¿Y no es también el amor causa de gozarse tanto por el bien de los demás como por el propio? Ahora bien ¿qué paz más sólida que la que está fundada en el amor?

b) El gozo del bien ajeno hace á uno amable y causa amor. «¿Quién, dice SAN AGUSTÍN (3), puede gozarse sin amar el bien de que se goza? ¿Y cómo tener paz verdadera sin amar?»

El gozo, como opuesto á la envidia, evita las palabras que separan á los hombres entre sí.

c) A su vez, la paz permite á los ojos ver las cualidades que hacen á uno amable, y al corazón, gozarse de ellas.

II. La observación de este mutuo enlace de las virtudes, no sólo debe hacernos apreciar más la adquisición de cada una de ellas en particular; sino que además nos permite comprobar la una por medio de la otra, al objeto de reconocer su sinceridad y solidez, y nos ofrece un medio de reforzarlas todas.

(1) Como Isaías hablando de los dones. Véase más arriba, en la meditación para el 2.º día de Pentecostés.

(2) S. THOM. *Sum.* 1.^a 2.^{as}, q. 70, art. 3.

(3) In Joannem, tr. 87, l. (M., P. L., t. 35, col. 1852, 1853).

COLOQUIO

Dirijámonos al Espíritu Santo para que derrame abundantemente en nosotros el amor de Dios y de los hombres. *Veni, Creator Spiritus. Infunde amorem cordibus.* Ven, oh Espíritu Creador. Infunde amor en los corazones.

DÍA SEXTO.—Frutos del Espíritu Santo. (Continuación).

Plan de la meditación.—En los tres puntos de esta meditación, vamos á considerar dos á dos los seis últimos frutos del Espíritu Santo enumerados por el Apóstol, que son: *Longanimidad, Benignidad, Bondad, Fe, Mansedumbre y Continencia.*

MEDITACIÓN

Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis (Galat. V, 16).

Andad en espíritu y no cumpliréis las obras de la carne.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos también á Jesucristo hablando á los apóstoles, del Espíritu Santo que va á enviarles como á su gran consolador.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de producir con abundancia los frutos que el Señor promete á los que permanecen en Él.

I. **La longanimidad y la benignidad.**—I. 1 *Μακροθυμία.* a) La *longanimidad* es la extensión de un gran valor que jamás se cansa de esperar ni de obrar para bien del prójimo. Es, en sentido espiritual, una

abundante provisión de aire respirado para proveer á una larga carrera. Sabe aguardar el momento oportuno para corregir y enderezar; es tenaz en proseguir lo emprendido para la conversión ó perfección de un alma, y tiene siempre palabras de aliento.

b) La divina longanidad es celebrada por la Escritura: «Dios es longánimo», exclama el Salmista (1). San Pablo nos urge á no despreciar las riquezas de la bondad, de la paciencia y longanidad de Dios (2). La historia del pueblo escogido, lo mismo que nuestra historia íntima, es buen testigo de la paciencia con que el Señor de todas las cosas aguarda á que su criatura se aproveche de la gracia para volverse á Él. Es que Dios es amor.

Ya en el antiguo Testamento se nos propone al Señor como modelo de longanidad; no acabará de quebrar la caña cascada; no apagará la mecha que aún humea (3); píntase á sí mismo con los rasgos del padre del hijo pródigo. Es que Jesucristo ama á los hombres hasta dar por ellos su vida.

Entre los hombres, el tipo de la longanidad es la madre. Es que ningún corazón ama como el suyo. ¿Deja jamás una madre de cuidar á su hijo enfermo ó de rogar por el hijo pervertido?

La longanidad, que es efecto del amor, debíanos ser inspirada por el Espíritu de amor.

2. a) ¡Cuán gran servicio presta al prójimo la longanidad y cuán grande nos lo presta á nosotros mismos! Las correcciones intempestivas son como aceite sobre el fuego; el abandonar á una alma es necesariamente una acción estéril; déjasela tal vez en el mo-

(1) Ps. CII, 8.

(2) Rom. II, 4.

(3) Isai. XLII, 3.

mento en que la última tentativa iba á salvarla. Ré-sérvanos, además, la longanimidad, juntamente con otros muchos méritos, preciosos consuelos, y nos dispone para ejercitar con nosotros mismos, con nuestros persistentes defectos y nuestras lánguidas resoluciones, una utilísima paciencia.

b) Obremos, pues, según este espíritu, sobre todo si algunas almas nos han sido confiadas; no sea que perdamos alguna de ellas por una impaciencia, olvidándonos de lo que debemos á Dios y de lo que fuera preciso intentar para con estas almas. Recordemos la paciencia de Cristo; no olvidemos que las faltas no se cometen contra nosotros, sino contra Dios, y que Dios quiere vernos practicar la paciencia.

II. 1. Χρηστότης. La *benignidad* es una benevolencia obradora, una sobrenatural complacencia, una servicialidad que nos pone á disposición del prójimo. Al contrario del egoísmo, falta de interés por los demás, nada hay que una tanto á los hombres, ni que mejor compense sus decepciones, como esta virtud designada también con el hermoso nombre de *humanidad*. Permite Dios la necesidad mutua de los hombres para que no vivan como aislados el uno junto al otro, sino que se unan por medio de confiadas peticiones, de obsequiosos auxilios y de sentimientos de gratitud.

2. Aunque sea á nuestra costa, seamos constantes en el ejercicio de una cordial beneficencia. Aunque ciertos hombres no nos comprendan y generosas intenciones nos ocasionen disgustos, Jesucristo nos mira y nos aprueba y sabrá recompensarnos. Pasemos, como Él, haciendo bien (1).

(1) Act. X. 38.

II. La bondad y la fe.—I. 1. Ἀγαθωσύνη. La *bondad* ú *honradez* es una probidad exquisita, que satisface á la vez á la justicia y á la equidad. Admirable resulta, á primera vista, ver á San Pablo colocar, entre los frutos del Espíritu Santo, los actos de una virtud tan conforme con la recta razón. Al reflexionar, sin embargo, en las tentaciones que nacen de las diversas concupiscencias, aumentadas con la solitud que dedica el hombre á sus hijos; al representarnos los crueles atolladeros de ciertas situaciones escabrosas en que el fraude parece brindar con una salida: comprenderáse que una delicada bondad ú honradez es muy digna de admiración; que son raros los que pueden, al declinar sus días, obtener de su conciencia el testimonio de no haber faltado á ella, y que esta virtud difícilmente se halla en aquellos, á quienes el amor santificante de Dios no hace superiores á la tierra y á sus preocupaciones.

Esta recomendación de la bondad es, al mismo tiempo, una profunda lección espiritual.

Podría uno sentirse tentado á buscar, en una cierta especie de devoción, la excusa de menos correctos procedimientos; mas el Espíritu Santo rechaza estos cálculos. Ninguna demostración de piedad puede dispensar de las leyes de la probidad, ni excusar una injusticia; no puede ser uno agradable á Dios sin ser perfectamente honrado: debe brillar la justicia en los que profesan la devoción.

2. Veamos pues, con valerosa sinceridad, si por intereses temporales (sean personales ó colectivos) hemos comprometido nuestra conciencia; si hemos sido fieles á la rectitud que previene toda inquietud para la última hora y nos hace gozar en nosotros mismos el consuelo y la paz.

II. 1. Πίστις. *Fe*. No podemos, á nuestro parecer, interpretar mejor la palabra griega de que se sirve San Pablo, que por la buena fe que perfecciona á la justicia, dándole el lustre de la delicadeza y de la confianza. No queriendo por una parte abusar de la simplicidad de los demás, ni tenderle lazos, manifiesta, por otra parte, cierta confianza sencilla, no la del simple ó la del crédulo, sino la de un juez equitativo de los hombres. Este no exagera los defectos, no ensancha su generalidad; prefiere sufrir accidentalmente un perjuicio, á hacer sufrir á los demás la melancolía de los malos caracteres y romper con la sociedad, porque ve en ella algunos miembros indignos.

La facilidad de la vida social descansa en efecto sobre cierta confianza mutua. El hombre desconfiado en demasía, preséntase como un calumniador.

Biasona de una falta de estimación que hiere, muestra una prudencia humana, que á uno le place coger en falta.

II. Sepamos adoptar un justo medio entre el mutismo del hombre cerrado y la locuacidad del indiscreto; entre una excesiva desconfianza y una temeraria negligencia. Es éste un grande arte y una utilísima virtud.

III. **La mansedumbre y la continencia.**—I. 1. Πραότης Ἐνσώφισις. El hombre regido por el Espíritu Santo tiene dominio sobre sí mismo, sobre su apetito irascible por la *mansedumbre* y sobre las bajas concupiscencias por la *continencia*. Son éstos, dos grandes triunfos personales á los que se sigue una acción apostólica y santificante, ya por el invencible ascendiente de una mansedumbre virtuosa, ya por la admiración que excita el reflejo de la angélica belleza en la

fisonomía del hombre casto y puro: uno y otro, además, hacen gozar de una deliciosa tranquilidad.

2. ¿Qué hombre hay que no pueda ser más dueño de sí mismo? Veamos, pues, con cuidado la imperfección de nuestra mansedumbre, y la débil resistencia que oponemos á las ciegas sugerencias de la carne. Obtenemos completa victoria.

COLOQUIO

1. Pensemos, en el coloquio, en la felicidad de una sociedad que viviese según el Espíritu Santo. ¡Qué piedad tan atractiva y edificante nos enseña el auténtico intérprete de Dios! San Pablo la propone como la grande mortificación cristiana. Practicar sus actos, rechazar los contrarios impulsos es lo que él llama: «cruificar su carne como fiel discípulo de Cristo» (1).

2. Aunque nuestra influencia sea nula en la pública sociedad, puede ser de algún peso en la familia ó comunidad á que pertenecemos. ¡Cuán dichosas serían también éstas, si todos viviesen según el espíritu del Señor! Contribuyamos á que reine este espíritu, haciéndonos todo para todos.

3. Aun en lo interior de nosotros mismos, nuestro corazón se dilataría santamente, si viviésemos según las leyes de un santo amor. Portémonos según el Espíritu para gozarnos y alegrarnos en el Espíritu Santo.

Estas reflexiones nos conducirán á trazar un plan de prácticas resoluciones que ofreceremos al Espíritu Santo, rogándole sea siempre nuestro guía. *Veni Creator.*

(1) Galat. V, 24.

DÍA SÉPTIMO.—Nuestros deberes para con el
Espíritu Santo

Plan de la meditación.—Durante quince días hase ocupado nuestra alma en el Espíritu Santo, en su devoción, en sus beneficios, en sus inefables comunicaciones, en sus dones y en sus frutos. De estos ejercicios hemos de sacar una grande conclusión para toda nuestra vida. ¿Cuál debe ser la conducta del hombre sellado con el sello del Espíritu Santo? Esta importante materia, digna de ser considerada atentamente, va á ocuparnos en esta meditación. Veremos cómo el Espíritu Santo nos impone, *el deber de gozar de Él, de invocarle, de glorificarle.*

MEDITACIÓN

«*Glorificate et portate Deum*» (1.^a Cor. VI, 20).
Glorificad y llevad á Dios.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á la Santísima Virgen en medio de los apóstoles, el día de Pentecostés.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente la gracia inmensa de vivir como quien lleva á Dios en sí mismo.

I. **El deber de gozar.**—I. ¡Gozar, palabra fascinadora! ¿Y puede pronunciarla la religión de la abnegación, y hacer de ella un deber? Sí, que no es enemiga sino de los falsos y dañosos goces, de los placeres que comprometen la dicha verdadera. Ella no suprime el contento sino que lo substituye por un contento mejor. Sí, que aunque es hermoso abandonar por Dios

los otros goces, es piadoso aceptar el que nos da á gustar en sí mismo.

1. Abrid el Nuevo Testamento y veréis que nos recomienda un perpetuo gozo pero tomado en el Señor (1); prométenos una paz superior á toda terrenal alegría (2); pone en nuestros labios una perpetua acción de gracias (3). El Evangelio promete al Espíritu Santo como Paráclito ó gran Consolador, y la Iglesia nos le hace siempre llamar con este mismo nombre.

2. Este gozo sentíanlo los Santos. Gustaban de un consuelo de que ni sufrimientos, ni tribulaciones, ni aun las internas desolaciones les llegaban á privar.

3. El Espíritu Santo nos ha sido dado y mora en nosotros como un amigo. Da gozo estar junto á la persona amada.

II. ¿Cómo nos dispondremos para gozar del Espíritu Santo?

1. Mediante el cuidado que pongamos en conocerle. El mismo respeto que debemos á Dios nos impone el deber de aplicarnos al estudio de sus favores. Ciertamente que no en todos se requiere la ciencia teológica; pero en nadie debiera hallarse una triste desproporción entre su cultura general y su instrucción religiosa. Revélase Dios de buena gana á los humildes y á los pequeñuelos; pero niega sus gracias especiales á los que por desdén le ignoran.

2. Por la renuncia de los bajos placeres. La carne, dice el Apóstol, conspira contra el espíritu. Las opuestas concupiscencias de la carne nos arrastran, si transigimos con ellas, mientras que la mortificación lleva á nuestra alma á goces elevados.

(1) Philip. IV, 4.

(2) Philip. IV, 7.

(3) Ephes. V, 20.

3. Por el recogimiento, por el cual adquirimos más clara conciencia del tesoro que poseemos.

4. Por la fuga de todo pecado y la práctica de todo bien. El Espíritu Santo es el don de los justos. Crezcamos en justicia y creceremos en gozo. ¡Oh qué ley!

5. Por la fe, que avivará el sentimiento de la presencia del divino huésped, y la confianza que apartará el obstáculo de la inquietud.

II. Deber especial de invocación y de oración.—

I. 1. El Apóstol nos muestra, en el Espíritu Santo, el principio de oraciones filiales, inteligentes, ardientes y siempre oídas (1). La Iglesia se sintió impulsada por esta revelación á dirigir al Espíritu Santo mismo los múltiples llamamientos de la mayor confianza. Repitamos la magnífica secuencia, *Veni, Sancte Spiritus*. ¡Qué palabras dirigidas á Dios! «Ven, le conjura la Iglesia, Padre de los pobres... Optimo Consolador... Dulce huésped del alma, dulce refrigerio. Descanso en el trabajo, frescura en los ardores, consuelo en el llanto. Lava... Riega... Cura... Dobla... Calienta... Dirige... Dispénsanos tus dones; danos la virtud, la salud, la eterna felicidad.» Todo cuanto tiene Dios de terrible parece como olvidado, la atención se concentra en el amor.

II. ¿Hemos sabido hasta ahora conversar así con Dios? Apliquémonos á aprenderlo; la oración filial y ferviente nutre y consuela al alma y la reviste de fortaleza. Mas para ello es preciso desterrar del corazón todo sentimiento amargo, y esta exclusión supone la más perfecta humildad.

(1) Rom. VIII, 15, 26, 28.

III. La glorificación del Espíritu Santo.—I. 1. Al hijo de familia noble, al hijo de un rey, edúcasele desde su infancia en un espíritu conforme con las gloriosas tradiciones de sus antepasados; se le inculca un cuidado de su dignidad y buen nombre, que no es ni orgullo ni fanfarronería.

El cristiano, el justo debería estar lleno de un sentimiento análogo y aun mucho más intenso. ¿No sabe por ventura que es de descendencia divina, de la familia de Dios? ¿no sabe que el que precede á todos sus antepasados habita en su corazón? ¿no sabe que es *Theóforo*?

2. Esta persuasión le impone el respeto de sí mismo, de su propio cuerpo, por una perfecta pureza, y le inspira un lenguaje siempre noble y digno. Después de condenar San Pablo las conversaciones inconvenientes (1) daba esta conmovedora advertencia: «No contristéis al Espíritu Santo» (2).

Ella es principio de una conducta siempre grande y edificante, en virtud de la cual Dios santifica aun nuestro cuerpo, y conviene que nuestras mismas manos le glorifiquen.

El Espíritu Santo debería penetrar con su fino aroma nuestros actos, como penetran los perfumes los vestidos (3).

II. ¿Hemos tenido este cuidado? Deploremos lo vulgar de nuestra conducta. Pidamos á Dios que nos convierta, y tomemos por modelo á la Santísima Virgen, cuya conversación estaba toda realzada por una sencilla aunque sobrenatural dignidad.

(1) *Σαυρός*, obsceno, sucio, vii. Ephes. IV, 29.

(2) Ephes. IV, 30.

(3) S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, sobre S. JUAN, l. 11, c. 2. (M., P. G., t. 74, col. 453).

COLOQUIO

Debe ser también nuestro coloquio tan humilde y tan fervoroso cuanto sea posible. Empecemos por una confiada oración dirigida á María, para que se digne conducirnos á Jesús. Recordemos también cuánto se complació el Señor en prometernos al Paráclito. Y volviéndonos hacia el Espíritu Santo, ofrezcámosle el plan de una devoción, que deseamos sea constante. Procuremos, siguiendo el ejemplo de la Iglesia, multiplicar las invocaciones con el más tierno y más profundo respeto. *Veni, Sancte Spiritus*. Ven, oh Espíritu Santo (1).

SECCIÓN SEGUNDA

Meditaciones para varias fiestas movibles (2)

Fiesta del Patrocinio de San José

Tercer domingo después de Pascua

INTRODUCCIÓN

Génesis y significado de la fiesta (3).—1. La figura de San José quedó durante algún tiempo oculta

(1) Creemos á propósito recordar que las indulgencias de la octava requieren que en la fiesta de la Santísima Trinidad se dirija también una súplica al Espíritu Santo.

(2) Son las fiestas principales, de las cuales entra cada año alguna en el mes de Mayo. Presentámostas aquí según el orden del calendario.

(3) Véase para estos detalles BENEDICTO XIV, *De servorum Dei beatif.* etc. l. 4, p. 2, c. 16, n. 55; c. 20, n. 5 ss.; BINTERIM, *Denk-*

en una sombra providencialmente preparada, según parece, para prevenir engaños sobre el verdadero origen de Cristo. Sabido es, además, que los honores del culto estuvieron en un principio reservados sólo á los santos mártires. Sin embargo, en el siglo IV y aun excepcionalmente en el III, vemos representado á San José en los sarcófagos, principalmente en las dos escenas de la Natividad y huída á Egipto. Trae un palo de viaje ó algún instrumento de trabajo. En los más antiguos monumentos es su aspecto el de un joven. Revélase más tarde la influencia de los evangelios aprócrifos, pues hallamos convertido á San José en un viejo ya viudo. En el siglo IX es inscrito su nombre en los martirologios del Occidente, mientras que en Oriente, JOSÉ el himnógrafo († 830) compone estrofas al Santo cuyo nombre lleva. Ya entonces, en efecto, añadía el Oriente su memoria, bien á la de los justos del Antiguo Testamento el domingo antes de Navidad, bien al de la Santísima Virgen, David y Santiago el menor, el domingo después de la octava de la misma festividad.

Las cruzadas dieron á conocer á nuestras regiones el oficio de San José usado en el antiguo monasterio de San Sabas junto al mar muerto. Adoptáronlo en primer lugar los Franciscanos (1); más tarde los Padres Predicadores lo modifican y lo esparcen á su vez; algunos Obispos lo admiten igualmente en su diócesis, y

würdigkeiten p. 5, t. 1.; KRAUS, *Real-Encyclopedie*; MARTIGNY, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*; HERGENRÖTHER y KAULEN, *Kirchenlexicon* (2.^a ed.); V. BAESTEN, *S. Joseph, patron de la Belgique, Précis historiques*, 1870.

Sobre el rango de San José y su culto, véase también la docta obra *Primauté de Saint Joseph d'après l'épiscopat catholique et la théologie* par C. M. Paris, Lecoffre, 1901.

(1) Capitulo general de 1399.

así es como en los siglos XIV y XV, la fiesta de San José se solemniza en los Institutos religiosos y en muchas Iglesias particulares. La fecha de la celebración variaba como el rito. Mas, por aquel entonces, tuvo el culto de San José dos ardientes propagadores en el cardenal PEDRO DE AILLY y el piadoso canciller GERSÓN.

En el siglo XVI, llega á hacerse general, en los sacerdotes y religiosos el afán de honrar á nuestro Santo, siendo el primero en dar ejemplo un dominico, ISIDORO ISOLANO. En el siglo siguiente los Carmelitas descalzos, estimulados por su gran reformadora SANTA TERESA, y los Padres de la Compañía de Jesús empléanse igualmente en glorificar á San José. Conocida es también la devoción de SAN FRANCISCO DE SALES y de SANTA JUANA DE CHANTAL.

Celebraba Roma la fiesta de San José desde SIXTO IV (1471-1484). El 8 de Mayo de 1621, bajo GREGORIO XV, su celebración á 19 de Marzo hizose de precepto para toda la Iglesia (1); y BENEDICTO XIII, por decreto de 19 de Diciembre de 1729, puso el nombre de San José en las Letanías de los santos.

2. No contento todavía el pueblo cristiano con celebrar la santidad de San José, dióse á honrar bien pronto la eficacia de su protección.

A ruegos del Rey Carlos II, el Papa INOCENCIO XI colocó bajo el patrocinio de San José todos los reinos sometidos á la corona de España; pero este decreto,

(1) La Iglesia oriental hace memoria de San José, más bien el domingo de la octava de Navidad, pero á veces también el 26 de Diciembre. Sin embargo, algunas raras de esta Iglesia han adoptado con nosotros el 19 de Marzo. Los Italo-griegos, los Armenios de la Transilvania, los Maronitas, los Syro-Caldeos, los Syrios, los Coptos celebran solemnemente la fiesta de San José el 26 de Julio de su calendario, ó sea el 1.º de Agosto del nuestro. Véase NILLES *Calendarium*, t. 1, pp. 36, 125, 366, 467, 472, 486; t. 2, pp. 543, 633, 682, 703.

fechado el 19 de Abril de 1679, fué mal recibido en nuestra patria, en donde se temía perjudicara al culto del apóstol Santiago. En Bélgica, por el contrario, el pueblo y el clero recibieron la decisión pontificia con vivas demostraciones de alegría.

Por esto cuando la Santa Sede revocó el decreto, restringió á España los efectos de la revocación, y San José quedó por incontestable patrón de Bélgica.

3. La misma fiesta del patrocinio de San José estaba concedida por indultos particulares á varias localidades, cuando Pío IX la extendió á toda la Iglesia á 10 de Septiembre de 1847. Poco después del concilio vaticano, accediendo á las súplicas de la mayor parte de los Obispos en él reunidos y para atraer más abundantes misericordias sobre la Iglesia, blanco de tantos ataques, el mismo Papa fijó para 8 de Diciembre de 1870 la promulgación de un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, que proclama á San José Patrón de la Iglesia universal y eleva la fiesta de 19 de Marzo al rito doble de primera clase. Un breve de 7 de Julio de 1871, decreta á San José otros honores propios de su rango de Patrón principal (1).

Plan de la meditación.—La devoción á San José ha llegado á ser una devoción católica, gracias á la Iglesia que la ha favorecido y ha dado de ella ilustres ejemplos en sus Jefes; y además gracias á la Providencia que dirige á la Iglesia y llama sobre San José la atención de los doctores y los santos é impulsa interiormente á los fieles á que pongan en él su confianza.

La acción de estas dos influencias superpuestas se manifestará en la humilde y piadosa investigación de los motivos que han impulsado á la Iglesia á ponerse

(1) El *Credo* en la misa; mención en la oración *A eunetis* y conmemoración en los sufragios de los santos.

ella misma toda entera bajo la tutela del esposo de María, y de las razones por las cuales ha hecho Dios decretar el supremo honor de un universal patrocinio al Padre putativo de su Hijo Jesucristo.

Los tres primeros puntos de esta meditación recordarán tres grandes razones en que se ha inspirado la Iglesia (1). *Las inmensas dificultades de los actuales tiempos; La misión confiada á San José para con la Sagrada Familia: lo conveniente de su culto para todos los estados. En el cuarto punto añadiremos una razón providencial, sacada de las virtudes de este gran santo y muy particularmente de su fiel humildad.*

MEDITACIÓN

«*Salus nostra in manu tua est*». (Genes. XLVII, 25).
Nuestra salvación está en tu mano.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos la casa de Nazaret con un modesto taller. San José es el jefe de esta bendita familia.

2.^O PRELUDIO Pidamos la gracia de consagrar á este Santo un culto constante y completo, que responda al beneplácito de Dios y á las intenciones de su Iglesia.

I. Razón del patrocinio sacada de las dificultades presentes.—I. 1. Debilitase la fe, la caridad se enfria, se descristianiza sistemáticamente á la juventud, hácese cruel guerra, ya hipócrita, ya declarada, á la Iglesia, diríjense furiosos ataques al Soberano Pontífice, los fundamentos mismos de la religión parecen conmoverse, y con todo esto se suscitan á la socie-

(1) Reproducimos los motivos alegados por LEÓN XIII en su encíclica *Quamquam pluries*, de 5 de Agosto de 1889.

dad cristiana tales dificultades y peligros, que llegan hasta amenazar su misma existencia. A no considerar sino las humanas apariencias, cualquier justo apreciador de la situación podría concluir con alguna verosimilitud que, después de la destrucción de la cristiana sociedad, el mundo va á presenciar la disolución de la misma religión cristiana.

2. ¿Cuál es, en estos tan críticos momentos, la actitud del Pastor supremo, del piloto que gobierna la barquilla de San Pedro? No es ciertamente de desesperación ni de vanas lamentaciones. Al contrario, multiplica su actividad y sus plegarias, y busca apoyo en el cielo para luchar con valor sobre la tierra (1).

II. 1. ¡Cuán grande ejemplo nos da! Jamás se ve en la cabeza de la Iglesia una cobarde debilidad; y es obvio, porque sería ésta la más inútil y funesta determinación, é impropia así de su fe como de sus esperanzas, fundadas sobre las divinas promesas. Su perseverancia es una fuerza que, con el auxilio de lo alto, la conduce constantemente á la victoria.

2. a) Ninguno de nosotros deja de tener alguna parte en estas luchas y controversias religiosas. ¿Demostramos, como soldados, el mismo valor que el capitán, y tenemos en el corazón las mismas profundas convicciones?

b) Pero sobre todo, nuestro corazón es el campo de batalla de una guerra que debemos sostener, y cuyo objeto somos nosotros mismos. ¡Qué de enemigos espirituales dentro y fuera de nosotros! ¡Qué de obstáculos tal vez y dificultades! Persuadámonos bien de que jamás debemos dejarnos vencer, y de que la probabilidad del triunfo depende del vigor de nuestra misma esperanza.

(1) Encíclica citada al principio.

II. Razón del patrocinio sacada de la misión de San José.—I. 1. Dos patronos principales tiene la Iglesia: San Miguel y San José.

San Miguel se imponía á su elección, vistos los enemigos con quienes iba á combatir; porque los implacables adversarios de la Iglesia, los que instigan y dirigen todos los ataques, son los ángeles rebeldes que San Miguel y sus legiones precipitaron en el infierno. Es, pues, muy natural que la Iglesia militante suplique al arcángel vencedor, que la conduzca también á la victoria. Pero considerando lo que es en sí misma, fué la Iglesia inducida á ponerse bajo el patrocinio de San José. Veamos, sino, los consejos de la Providencia sobre este gran Patriarca: puesto por Dios al frente de la casa de Nazaret, fué el protector escogido de Jesús y de María. Las sublimes funciones que llenaron su vida no fueron otras que rodear á su Esposa y al divino Niño de inmenso amor y constante solicitud; proveer con su trabajo á las cotidianas necesidades; proteger al Niño Jesús contra los envidiosos furores de Herodes; acompañar y sustentar por todas partes á la Virgen y á su Hijo. Pero la casa de Nazaret contiene las primicias de la Iglesia en Jesús que es su cabeza (1) y fundador, en María modelo de los cristianos y como figura de la cristiana sociedad. El mismo diligente cuidado que durante su vida mortal tuvo José para con Jesús, lo manifestará desde el cielo en favor de los que son continuación de Jesús y María sobre la tierra. Esta es la persuasión de la Iglesia, que, al recu-

(1) Llámase también Patriarca á San José porque Jesús, de quien es Padre putativo, es cabeza de los escogidos y predestinados, ya que este nombre se da á los antiguos fundadores de las grandes familias que componen el pueblo escogido. Véase BENEDICTO XIV, *De beatif.* l. 4, c. 20, n. 57.

rrir á San José cree obedecer las inspiraciones del mismo Dios.

2. Preguntaráse alguno, tal vez, si mejor que San José no debía la Santísima Virgen ser nombrada patrona de la Iglesia universal. ¿Por qué en la historia de la Iglesia ningún acto le decreta auténticamente este patrocinio? La razón parécenos sencilla. María es la verdadera Madre de la Iglesia y de todos los cristianos. ¿Piensa jamás el hijo en elegir como patrona á la que lo es evidentemente por naturaleza? No se quiere ninguna declaración para que la Iglesia se honre con el patrocinio de María y se considere como colocada bajo su égida poderosa. Por el contrario, convenía que un acto auténtico diese este título á San José, de la misma manera que dió Dios auténticamente á San José la paternidad legal sobre el Niño Jesús. El decreto que nombra á San José patrón de la Iglesia es comparable con la visión angélica, en que se le dijo al santo: «Le darás por nombre Jesús» (1).

De esta misma consideración se deduce que, lejos de llevar un título que excluya á su casta Esposa, es San José puesto como protector de la Iglesia al lado de María. Su legal patrocinio va unido al patrocinio natural de la Madre de Dios y de los hombres, así como su paternidad legal anduvo unida á la natural maternidad de la Virgen (2).

II. 1. Como continuadores de Jesús, tenemos nosotros, para colocarnos bajo la protección de San José,

(1) Matth. I, 21. Tocando al padre, de derecho, el imponer nombre al niño, estas palabras del ángel manifiestan la paternidad legal del Santo Patriarca.

(2) El Papa, en su encíclica *Quamquam pluries*, exhorta al pueblo cristiano á implorar el auxilio de San José al mismo tiempo que el de la Virgen Santísima. La oración que en ella se inserta debe rezarse en las iglesias, después del Rosario, en el mes de Octubre.

iguales motivos que la misma Iglesia. Y aun casi osaría decir que, en nosotros aparecen con mayor evidencia. Corremos los mismos peligros que la Iglesia, sin tener una promesa tan absoluta de victoria final. Por otra parte, nuestra vida íntima es más semejante á la vida privada de Nazaret, que la vida necesariamente pública de la sociedad cristiana.

2. La misión que llenó San José en Nazaret nos revela también un carácter de su intercesión. Proveedor general como fué de la Sagrada Familia, su solicitud por nosotros se extiende asimismo á todas nuestras necesidades.

3. ¿Cómo nos mostraremos verdaderos clientes de San José? Ante todo poniéndonos bajo su protección, juntamente con todas nuestras necesidades é intereses, mediante un acto de consagración formal. La fiesta de San José y la de su patrocinio nos proporcionarán cada año ocasión de renovar este acto y los demás homenajes de nuestra devoción. Fácil será adoptar, sin sobrecargarnos, alguna práctica de piedad en honor de San José durante el mes de Marzo y el miércoles de cada semana. En el mes del Rosario, desea el Papa León XIII se añada á su rezo una oración á San José compuesta por él mismo. ¿Sería también imposible concederle una breve invocación cotidiana, por ejemplo, después del Angelus? (1)

En una palabra; examinemos cuál es nuestra práctica actual y en qué podríamos prudentemente perfeccionarla. Ofrezcamos después nuestras leales intenciones al padre nutricio de Jesús, suplicándole nos cubra

(1) En muchos países, especialmente en Italia, tienen costumbre los fieles de añadir al *Angelus* tres *Gloria Patri* en honor del Angel de la Guarda, y aun, á las veces, una breve invocación al Sagrado Corazón de Jesús.

con su protección, cuya eficacia con gusto reconocemos.

III. Conveniencia para todos los estados. —

I. Considerad la diversidad de condiciones sociales: pues bien, la vida de San José ofrece á todos saludables enseñanzas.

1. Revela á los nobles y á los ricos, una grandeza y dignidad que no dependen ni del brillo exterior ni de la fortuna; para los artesanos contiene una lección de trabajo; y enseña á los pobres á vivir resignados y contentos, en una mediana condición.

2. San José es modelo de esposos, de padres de familia, lo mismo que de vírgenes, cuya integridad por lo demás protege.

3. A los sacerdotes les enseña: *a)* La castidad que deben guardar para servir á Jesús y á María, ya que deben ser puros para el ministerio del altar y el de las almas; *b)* una entrega total que empeña toda la persona y ocupa todos los momentos; *c)* una intención perfectamente desinteresada hasta llegar al más completo olvido de sí mismo.

4. San José que fué sobrenaturalmente iluminado en su duda sobre el partido que debía tomar, es patrono de las vocaciones y de la elección de estado. Entran los cristianos bajo sus auspicios en sus respectivas carreras y las terminan siempre invocándole, porque nadie hay que no desee una muerte semejante á la suya, consolada por la asistencia de María y de Jesús.

Viendo la Iglesia la general utilidad de tal vida, se ha visto como obligada, por su maternal solicitud, á proponerla como ejemplo á sus hijos y darles como patrono al santo que la llevó.

II. Veamos qué ejemplos de San José se adaptan

especialmente á nuestro actual estado. La imitación es el culto más agradable á los santos y el de mayor provecho para nosotros mismos.

IV. Razón providencial de la exaltación de San José.—I. 1. No desconozcamos que las consideraciones precedentes no hacen sino darnos á conocer las disposiciones de la Providencia sobre el padre nutricio de Jesús; puesto que Dios, al dar á San José á la Familia de Nazaret, lo preparaba para la Iglesia.

2. Pero hay, además, otra razón particular, por la cual debía Dios, en cierto modo, asegurar á este gran santo los honores que de cada día en mayor número se le tributan. ¿No pone El su gloria en ensalzar á los humildes? San José se eclipsó constantemente delante de Jesús y de María. Ocultóse durante su vida aceptando una muerte sin brillo y prematura, que facilitaba la vida pública del Salvador, y aun puede decirse que continuó eclipsándose á los ojos de los hombres, después de su muerte, en aras de las más altas verdades dogmáticas.

Pero una vez fijadas claramente las ideas, y distintamente definidos los puntos concernientes á la naturaleza de Jesucristo y á la Encarnación del Verbo, y habiendo desaparecido ya todo peligro de confusión; viene á compensar tan larga obscuridad una gloria, cuyos constantes aumentos hállanse como predichos en el nombre de José (1), hasta el punto de hacernos sospechar en la increíble fortuna de José, hijo de Jacob, una anticipada representación de los magníficos destinos del Esposo de María. Lo que fué el primer José en el reino de Egipto, intendente general, colmado de honores, con derecho á gobernarlo todo, y colocado en

(1) Este nombre significa: *el que crece*.

las mismas gradas del trono; parece serlo cada día más el segundo en el reino de Dios (1).

II. Felicitemos á San José por su grandeza, y entendamos que no podemos ser negligentes en un culto que tantas razones recomiendan.

Tal vez nos ofrece Dios en herencia el común destino de muchos sacerdotes y religiosos llamados á practicar cada día, por su causa y el bien de las almas, una oscura y tal vez desconocida abnegación. ¡Dichoso el que, despegado de mundanas ambiciones, acepta esta suerte y en ella persevera hasta el fin! Una vida semejante está llena de méritos y contiene en germen la más esplendente gloria.

COLOQUIO

En el coloquio dirijámonos ante todo al santo Patriarca doliéndonos de tanta negligencia en pagarle el justo tributo de nuestros homenajes. Ofrezcámosle después lo que hayamos resuelto practicar en honra suya, suplicándole en fin que interceda en favor nuestro. Confiémosle cuantas cosas nos son caras, y entre ellas no nos olvidemos de la Iglesia y de nuestra patria.

«Haced, oh José, que llevemos una vida pura: que esté siempre segura bajo vuestro patrocinio (2).»

(1) El decreto de 1870, y la encíclica de León XIII reconocen en el primer José la figura del segundo.

(2) 300 días de indulgencia una vez al día.

La fiesta de la Ascensión

El día cuadragésimo después de Pascua

INTRODUCCIÓN

Origen y significación de esta fiesta.—La Ascensión del Señor, gloriosa conclusión de (1) la vida del Hijo de Dios en este mundo, complemento de su obra redentora (2) y anuncio del Espíritu Santo, que Jesucristo se dispone á enviarnos, es, juntamente con Pascua y Pentecostés, una de nuestras más antiguas solemnidades (3). Una universal tradición, dice un texto canónico (4), obliga á celebrarla como la de la Pasión y las fiestas de la Pascua y Pentecostés; y en los tiempos pasados pocas fiestas había tan populares (5). La atención pudo fijarse, por una parte, sobre la gloria de Cristo, y por otra sobre la inminente venida del Espí-

(1) SAN BERNARDO, sermón 2.^o sobre la Ascensión, n. 1. (M., P. L., t. 183, vol. 301.)

(2) Véase *Constituciones apostólicas*, l. 8, c. 33 (M., P. G., t. 1, col. 1136). En el dialecto de Capadocia era designada esta fiesta por una palabra bastante obscura, *κτισσοζομένη*, que según NILLES significa *Consummata salus*. Los calendarios croatas y servios expresan la misma idea. Véase NILLES, *Calendarium manuale*, t. 2, página 366, 55.

(3) Los autores y los concilios de la segunda mitad del siglo IV, hablan de ella como de una fiesta instituida ya de larga fecha; pero no se puede hallar vestigio alguno antes de ese tiempo. DUCHESNE, *Origines*, 3.^a edición, p. 240.

(4) Can. IIIa autem, 11, dist. 12, sacado de una carta de SAN AGUSTÍN á Enero.

(5) Representábase la Ascensión en las iglesias. En este día, celebraba el Dux de Venecia sus desposorios con el mar. Véase NILLES, l. c.

ritu Santo; porque esta fiesta despierta diversos sentimientos; al gozo por el completo triunfo de nuestro Rey, júntase la dulce esperanza de nuestro futuro triunfo: no se le ve sin alguna pena abandonar la tierra; pero la separación viene suavizada por la esperanza de otro Consolador.

Podemos, pues, muy fructuosamente pasar por todas estas emociones, siguiendo paso á paso este misterio, tal cual se explica en el sagrado texto. Dividiráse así la meditación en tres puntos: *Antes de la Ascensión, la misma Ascensión y después de la Ascensión.*

MEDITACIÓN

«Dum benediceret illis, recessit ab eis, et ferebatur in caelum» (Luc. XXIV, 51).

Mientras les bendecía, separóse de ellos y subía al cielo.

1.^{ER} PRELUDIO. Recordemos brevemente los sucesos que han de ser materia de nuestras reflexiones. En el tiempo que siguió á la resurrección, dió el Señor á sus apóstoles múltiples pruebas de la nueva vida que tomó al salir del sepulcro. Aparecióseles durante cuarenta días, conversando con ellos sobre el reino de Dios. Por última vez les reunió á su alrededor y sentóse con ellos á la mesa. Durante la comida, les recomienda que no salgan de Jerusalén, sino que aguarden allí el efecto de las promesas de su Padre. «Recibiréis, les dice, la virtud del Espíritu Santo... Seréisme testigos en Jerusalén y hasta los últimos extremos del mundo.» Conducelos, después de este discurso, á los confines del territorio de Betania, al monte Olivete. Allí, alzando las manos, les bendice y al mismo tiempo

se levanta lentamente de la tierra. Siguenle las miradas de los suyos, hasta que una nube le oculta á su vista. Perseverando ellos con los ojos fijos en el cielo, se les presentan dos ángeles vestidos de blanco. «¿Qué estáis mirando al cielo?, les dicen. Este Señor que os ha dejado para subirse al cielo, bajará de allí como le habéis visto subir», y ellos, henchidos de gozo, regresaron á Jerusalén alabando y bendiciendo á Dios (1).

2.º PRELUDIO. Imaginémonos que estamos en el monte Olivete, entre los discípulos, en el momento en que les da el Señor sus últimas recomendaciones y se dispone para volver á su Padre.

3.º PRELUDIO Pidamos instantemente la gracia de experimentar viva alegría por el triunfo de Cristo, con un santo deseo de llevar una vida celestial que santifique el destierro y prepare la reunión bienaventurada en la Patria

I. Antes de la Ascensión.—Fijemos sucesivamente la atención en las *personas* que en este misterio intervienen, en sus *obras* y en sus *palabras*.

I. *Personas*. 1. *Jesús triunfante y glorioso*. Aunque no se ve todavía rodeado de su corte celestial, goza ya en su alma la plenitud de la dicha, y su cuerpo, libre de todo sufrimiento y preservado de todo enemigo ataque, deliciosamente participa de esta felicidad. Pero no es Jesús de aquellos amigos á quienes hace egoístas y desdeñosos la prosperidad. En este gozo tan puro y tan perfecto, no olvida á aquellos cuya miseria ha tomado sobre sí. Piensa en sus apóstoles, en su Iglesia, en nosotros.

Démosle gracias por la constancia de su amistad, y

(1) Luc. XXIV. 50-53; Act. I, 1. 12.

á nuestra vez no seamos egoístas; antes tomemos parte, en este valle de lágrimas, en la gloria y felicidad de nuestro Redentor.

2. *Los discípulos.* A pesar de tantas enseñanzas, muéstranse aún preocupados por el glorioso reino temporal cuyo sueño acariciaron por tanto tiempo. Señor, preguntan «¿ahora vas á restaurar el reino de Israel (1)?»

Tengamos cuidado con las miras humanas, para que no alteren mezquinos cuidados la pureza de nuestra religión ni disminuyan el mérito de nuestros actos virtuosos.

II. *Obras.* Está el Señor sentado á la mesa con los suyos. Procuremos sentir el consuelo de tan dulce intimidad. Esta comida, que probablemente tuvo lugar en el Cenáculo, es figura del banquete de la vida eterna. Comparémosla con la última Cena, en que instituyó el Señor la sagrada Eucaristía. La última Cena era también un convite de despedida; pero en él dominaba el valor, mientras que aquí domina la esperanza. Era aquélla la tarde de una existencia terrena, mas aquí se solemniza la aurora de una vida que no tendrá fin; allí Jesús estaba triste y disponíase á sufrir, aquí ha acabado ya sus dolores y anuncia su entrada en la gloria; un traidor menoscababa la intimidad de la última Cena, en ésta sólo los amigos verdaderos están convidados; allí nos armaba para la lucha dándonos, bajo las especies de pan, un cuerpo pasible, aquí representa el eterno don de sí mismo, en una visión cara á cara.

Durante el período de los cuarenta días, raras veces tuvieron lugar reuniones semejantes. Lo más frecuente

(1) Act. I, 6.

era ocultarse el Señor á los sentidos, permaneciendo invisible entre sus fieles.

Esta es una imagen de la vida espiritual, que tiene horas de consuelo tal, que los que no saben abandonar los placeres exteriores no puedan siquiera sospechar. Sin embargo, ni aun á estos consuelos debe apegarse nuestro corazón. El tiempo presente es de penoso, aunque fructífero trabajo; pero no todavía de regocijo.

2. *Praebuit seipsum vivum multis argumentis.* Con varias pruebas demuestra Jesús que vive. Oportuno será, en nuestra época de dudas, ponderar estas confirmaciones de la fe. Recordemos, *a)* Los testigos de las apariciones del Señor: personas de los dos sexos, distintas en carácter y educación, y entre ellos doctores, comprometidos] por el mismo amor propio á no rendirse á la evidencia; *b)* El número de las apariciones; *c)* La variedad de las circunstancias: en la niebla, por la mañana, en pleno día, de noche; *d)* Las garantías de la comprobación: déjase el Señor ver y tocar; habla, come, da de comer, refuta las dificultades, disipa las impresiones de temor. Diríase que Dios quiso soltar de antemano todas las objeciones.

¡Qué fuerza de prejuicio es necesaria para resistir á estas pruebas! ¡Sobre cuán leves fundamentos se asienta la incredulidad y se arriesga la salvación! Bástanos á nosotros el simple uso de una recta razón que consulta al buen sentido; al adversario le es precisa la sutileza, el rebuscado sofisma, el recurso á inverosímiles hipótesis: en una palabra, todos los procedimientos con los cuales, sin inventar nada, llégase á un universal escepticismo.

III. *Palabras.* 1. Habla el Señor á sus discípulos, del reino de Dios. Los consuelos que Dios da son provechosos al alma. ¡Cuán oportunos eran estos

discursos! A unos discípulos preocupados aún con un reino temporal, les entreaire más elevadas perspectivas; les habla de su Iglesia. Andan sin duda muy lejos de entenderlo todo; mas El deposita en sus corazones la semilla que hará fructificar el Espíritu Santo. Así es cómo, en nuestra alma, deposita igualmente la gracia preciosas semillas que, mediante nuestra buena voluntad, fructificarán para la vida eterna.

2. Jesús les manda no abandonar á Jerusalén. Quiere que por el retiro y la oración se dispongan á las obras del apostolado. ¡Cuán útil advertencia para los que sienten ambición de apóstoles!

3. Pero descúbreles al mismo tiempo su gloriosa misión. «Seréis testigos míos en Jerusalén y en las naciones.» Todos los cristianos tienen el encargo de desempeñar un papel semejante. En Jerusalén, en el mismo foco del cristianismo en que se hallan, están llamados á dar edificación con su buen ejemplo, y luego á ejercer en todo el mundo la salvadora influencia de la virtud. Así serán testigos de Jesucristo; pero testigos más ó menos elocuentes y persuasivos según la bondad de sus obras y el grado de su virtud.

II. La Ascensión.—I. *Personas.* Jesús está rodeado de sus apóstoles, y, como piadosamente conjeturamos, de su Madre. Va á dejarles, y esta partida los deja en este mundo como en un destierro. Mas la gloria en que El va á entrar, les hace olvidar su propia desolación.

Practiquemos acá abajo el gozo espiritual, ese gozo puro y desinteresado, en que aparta uno la vista de su propia condición, para tomar parte en el triunfo de Jesucristo, de la Virgen y los santos.

II. *Obras.* 1. Conduce Jesús á los suyos al monte

Olivete. Al pie de él empezó su pasión. Recordemos bien este lazo que une los meritorios sufrimientos de esta vida presente con la glorificación futura. «Convenía, dijo el Señor, que Cristo padeciese y así entrase en su gloria» (1).

2. Tuvo lugar entonces una escena de despedida, escena conmovedora, que podemos piadosamente reconstituir en sus más precisos y concretos detalles. Antes que el Señor se separe de ellos, entréganse la Santísima Virgen, los apóstoles y los discípulos á todas las afecciones de su amor. Piden considerar una y otra vez sus manos y sus pies atravesados, besar las cinco llagas. Gruesas lágrimas corren por el rostro devoto de San Pedro; la delicada fisonomía de San Juan revela una emoción desgarradora; la Virgen lleva con más paz un sentimiento más profundo, en que se mezcla el gozo con el dolor. Y siéntese el Señor dulcemente emocionado por el afecto de los suyos.

3. Mas he aquí que levanta las manos como para indicar el celestial origen de los bienes que quiere derramar; levanta las dos para atraer sobre sus discípulos abundantes gracias, y los bendice. ¡Oh bendición mil veces más sagrada y eficaz que la de los patriarcas! Roguemos al Señor nos dé parte en ella.

4. El mismo se va remontando lentamente al cielo. a) Sigámosle con el pensamiento hasta lo más alto del paraíso. Anúnciase como Rey de la gloria. Abrense las puertas de la celestial Jerusalén; la corte celestial, toda entera, viene á rendir homenaje á su Soberano. Siéntase Cristo definitivamente á la derecha del Padre. Gustemos de su dicha y de su gloria, y reflexionemos sobre la inmensa extensión de esta felicidad, en lo

(1) Luc. XXIV, 26.

eterno de su duración, en el precio que ha costado, en los despojos que lleva el vencedor al cielo (las almas libradas del limbo) y en las gracias que descenderán sobre la tierra.

b) Meditemos, en este triunfo, el triunfo de nuestra naturaleza. «Indignos, al parecer, de pisar la tierra, somos levantados al cielo; indignos de mandar acá abajo, hemos subido al reino de lo alto y, penetrando por todos los cielos, hemos ido á ocupar el trono real: la naturaleza á la cual el querubín cerraba la entrada en el paraíso, hela aquí que triunfa hoy por encima de los querubines (1).»

5. Mientras sube Cristo al cielo, el mundo nada advierte, continúa entregado á sus vanidades. Así el alma cristiana, plenamente purificada, alcanza, al salir del cuerpo, un triunfo semejante que el mundo no sospecha siquiera.

6. Una nube oculta al Señor á la vista de sus apóstoles. Para ellos, como para nosotros, empieza el reinado de la pura fe. Sea esta vida en nosotros, tan viva, que nos proporcione el goce de los bienes futuros y mantenga en nuestros corazones el sentimiento que conviene á esta tierra de destierro.

III. Después de la Ascensión.—Contentémonos con recordar las palabras que dirigieron los ángeles á los discípulos que permanecían en el monte. Su lenguaje contiene un suave reproche y una advertencia. «¿Por qué continuáis mirando al cielo en que Jesús ha desaparecido?... El volverá...» No quieren estos celestiales mensajeros una contemplación estéril; sino que

(1) SAN JUAN CRISÓSTOMO. Homilía 2.^a de la Ascensión. (M., P. G., t. 50, col. 444, 445.)

aconsejan una acción, que Jesús juzgará y recompensará á su vez.

Saquemos de la presente meditación el recuerdo de este juicio, en el cual cada uno recibirá según sus obras, las cuales serán apreciadas, no conforme al éxito aparente, sino conforme al trabajo saludable que contengan. «Según el trabajo de cada uno», dice el Apóstol(1).

COLOQUIO

Nuestro coloquio debe participar, á la vez, del dolor que nos causa vernos separados sensiblemente de nuestro Salvador, y del gozo que nos hace participar de su dicha y de las esperanzas que con su Ascensión fomenta y confirma. Después de expresar estos sentimientos, pidamos, por medio de la Virgen, ser abundantemente participantes de los divinos dones que El quiere dispensarnos desde el cielo. Teníalos El por tan preciosos, que no los consideraba pagados excesivamente á precio de su desaparición de este mundo. «Os conviene que me vaya» (2).

*Tu dux ad astra et semita,
Sis meta nostris cordibus
Sis lacrymarum gaudium
Sis dulces vitæ præmium (3).*

Tú, guía nuestro camino para el cielo.— Sé la meta de nuestros corazones.— Sé el gozo de nuestras lágrimas.— Sé el dulce premio de la vida.

(1) 1.^a Cor. III. 8.

(2) Joan. XVI, 7.

(3) Himno del Oficio de la Ascensión.

Fiesta de la Santísima Trinidad

Dominica después de Pentecostés

INTRODUCCIÓN

Origen y significado de esta fiesta.—I. El culto explícito y formal de la Santísima Trinidad, data del momento en que el primero de los discípulos de Cristo fué regenerado con las aguas del santo bautismo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Es decir que este culto se remonta al mismo Cristo, que dió á sus apóstoles la doble misión de enseñar y bautizar bajo la expresa invocación de la Santísima Trinidad.

La herejía arriana hizo precisar el sentido dogmático y desarrolló en la verdadera Iglesia la religión de la Santísima Trinidad. Muy pronto fué consagrado el domingo á la conmemoración de este misterio. Por lo demás, repítense cada día con frecuencia los homenajes á la Trinidad Santísima, bastando para convencerse de ello, acordarse de la señal de la cruz, con que empezamos y concluimos santiguándonos todas nuestras oraciones; la última estrofa de todos los himnos, glorificación poética de las tres divinas Personas, y el *Gloria Patri* con que en la Iglesia católica terminan los salmos (1).

(1) Hay argumentos positivos que persuaden, á lo menos con probabilidad, que la primera parte del *Gloria Patri*, seguida sólo de las palabras *in saecula saeculorum. Amen*, existía en el siglo III, tomada sin duda de la fórmula del bautismo. Y ya en el siglo IV, la Igle-

2. La fiesta especial de la Santísima Trinidad es de institución menos antigua. Aunque ya en tiempo de Carlomagno cierto CARTUFIO parece haber tenido la idea de consagrar un día á la solemnización especial del mayor de los misterios; el verdadero origen de esta festividad no se remonta más allá de principios del siglo X, en Lieja. El obispo ESTEBAN († 920) prescribió su celebración al Cabildo de su catedral, y su sucesor RICARDO extendióla á toda la diócesis, pasando después dicha fiesta á Alemania y á Francia (1). ALEJANDRO II (1061-1073) sin proscribir este uso, negóse á introducirlo todavía en la diócesis de Roma (2). En el siglo XIII, afirma DURANDO (3) que esta fiesta se celebraba en casi todas las iglesias. El Papa JUAN XXII (1316-1334) la hizo estrictamente universal (4).

3. La fiesta de la Santísima Trinidad corona á todas las demás porque nos recuerda á Dios trino y uno,

sia Occidental tenía por costumbre terminar los salmos por esta doxología. El concilio de Venecia, que se tuvo en 529, prescribe á las Iglesias para las cuales legislaba, que completen la 2.^a parte del *gloria* añadiendo *sicut erat in principio*, atestiguando que ésta era la costumbre general de la Iglesia, á fin de protestar contra la herejía arriana. En 633, el cuarto concilio de Toledo, can. 15, quiere que se diga *Gloria et honor Patri* (Harduino t. 3, col. 504). Los Griegos no añaden el Gloria más que al último salmo. Véase MARTENE, *Comment in reg. S. Benedicti*, c. 9; KRAUS, *Real Encyclopedie*; MARTIGNY, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes*. V. *Doxologie*; DUCHESNE, *Origines du culte chrétien*, p. 116, 3.^a edic.

(1) Véase, por ejemplo, FRITZ en el *Kirchenlexicon* de Hergenröther, v. *Dreifaltigkeitsfest*. En Lieja celebrábase la fiesta con octava. NILLES, *Calendarium manuale*, t. 2, p. 461, opina que desde el siglo VIII ciertas iglesias dedicaron especialmente á la Santísima Trinidad, ya el domingo de la octava de Pentecostés, ya el que precede al Adviento. MARTENE trata de esta fiesta l. 4, c. 28, n. 22; BENEDICTO XIV, *De festis* l. 1, c. 12.

(2) Vid. c. Quoniam, 2, De Feriis (II, 9).

(3) *Rationale* l. 6, c. 114.

(4) El prefacio de la Santísima Trinidad es muy anterior á Juan XXII.

al cual todas van á parar, y resume como en un haz todos los honores tributados durante el año á la Trinidad Beatísima. Esto ya nos indica claramente que su fin es reparar las negligencias cometidas en el culto cotidiano de Dios uno y trino.

Proponemos dos meditaciones para esa fiesta: una más apropiada al carácter de la solemnidad tal cual acabamos de describirla; la otra más sencilla y más práctica.

PRIMER EJERCICIO

Plan de la meditación.—En los tres puntos fijaremos la atención sobre la Santísima Trinidad, como ocupando la cumbre *de los dogmas, de la religión y culto* y de la *historia*.

MEDITACIÓN

«*Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est*» (Apoc. IV, 8).

Santo, santo, santo es el Señor Dios omnipotente, que era, que es y que ha de venir.

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, rodeados de todas las magnificencias que nos sea posible imaginar, en la luz de una misma Majestad, tan amable como inmensa. Retumba el cielo con las acciones de gracias de todos los ángeles y de todos los santos.

2.^O PRELUDIO. Pidamos con instancia una fe viva en el augusto misterio de la Santísima Trinidad, una firme esperanza en las promesas de Dios y una ardiente caridad, correspondiente á sus beneficios y á su amor.

1. La Santísima Trinidad y sus dogmas.— 1. 1. La Santísima Trinidad ocupa la cumbre de la fe, como ésta domina el mundo creado por aquélla. En una palabra, comprende toda verdad. Ningún misterio hay más grande, ninguno más incomprensible para nosotros. Ningún ingenio creado era capaz de concebir la idea de la real pluralidad de Personas en la unidad de una naturaleza idéntica; y aun después que nos ha sido revelada, la posibilidad de esta verdad continua totalmente oculta á nuestra razón.

2. Con todo, por respeto á la adorable Trinidad, formulemos lo mejor posible lo que la fe nos enseña en este punto: no para comprender un dogma que está sobre nosotros, sino para grabar en nuestra mente las enseñanzas de la religión, pues importa mucho apoyarnos sobre la unidad de la divina naturaleza, manteniendo la real pluralidad de las personas. *Tres Personas en Dios*, significa que tres Personas realmente distintas entre sí, poseen no sólo una naturaleza semejante, poco más ó menos de idéntico modo que los hombres tienen todos la misma naturaleza humana, sino absolutamente la misma naturaleza sin división alguna; ó también que estas tres Personas están identificadas con una misma y única naturaleza divina que subsiste en cada una de ellas. ¿Cómo, pues, difieren estas Personas entre sí? Únicamente por sus relaciones mutuas y su origen (1). El Hijo es distinto del Padre, porque de toda la eternidad es engendrado por El, y no se distingue de El sino por esto. El Espíritu Santo difiere del Padre y del Hijo porque procede del Padre y del Hijo, como de un solo principio,

(1) *Omnia sunt unum ubi non obviat relationis oppositio.* Conc. Flor, decret. pro Jacob.

y no difiere de Ellos sino por esto. Estas relaciones que no se fundan en ninguna causalidad efectiva, constituyen las divinas Personas. Hay que alejar también aquí toda idea de desigualdad, que estas palabras: Padre, Hijo, Espíritu que procede del Padre y del Hijo, despiertan en nosotros. Estas relaciones, cuya coexistencia eterna es necesaria, no dan al Padre, principio del Hijo, superioridad ó prioridad alguna sobre el Hijo, ni al Padre y al Hijo, indificados como principio del Espíritu Santo, superioridad ó prioridad sobre el Espíritu Santo.

Sólo con silenciosa adoración se contesta á la pregunta de, *cómo* tres Personas distintas entre sí, pueden no distinguirse de una misma absoluta realidad. Sin embargo, la evidencia de la contradicción la excluye el considerar, que la unidad es en lo absoluto, y la distinción en lo relativo. No puede demostrarse con evidencia que dos cosas supuestas iguales á una tercera en toda su realidad absoluta, deban necesariamente ser iguales en su realidad relativa, y no puedan distinguirse una de otra por mutuas relaciones.

4. Si se pregunta *¿por qué* hay tres Personas en Dios? hay que contestar que la inefable razón de ser de cada una de ellas, reside en la perfección de la divina esencia. Como Inteligencia infinita, exige un Verbo; como Amor infinito exige un Espíritu Santo, bien que la Inteligencia y el Amor sean comunes á las tres Personas, identificadas así en cuanto á la Voluntad, como en todas las perfecciones.

5. Síguese de ahí que todas las obras exteriores de Dios, frutos de una sola Voluntad, son comunes á toda la Santísima Trinidad. Pero las obras divinas no nos representan igualmente á las tres Personas; como sabemos que el Verbo tiene su razón de ser en la Inte-

ligencia divina, y el Espíritu Santo en el divino Amor, las obras en que resplandece la Sabiduría nos representan al Verbo, aquellas en que brilla el Amor nos representan al Espíritu Santo; mientras que al Padre le atribuímos las obras cuya grandeza admiramos, porque la idea de la Omnipotencia se enlaza, en nuestra mente, con la idea de primer principio.

11. 1. Humillemos de buen grado nuestra razón ante esta inmensa verdad y hagamos un acto de fe en la Trinidad Santísima.

2. Insistamos sobre la incomprendibilidad del misterio, recurriendo á comparaciones y parábolas, como la que nos representa á SAN AGUSTÍN hablando con un ángel (1).

3. Nada, así en el mundo exterior como en lo íntimo del hombre, podía hacernos sospechar la existencia de tres Personas en Dios; mas, después que el misterio ha sido revelado, la naturaleza y nosotros mismos parecemos abundar en lo que llaman los teólogos, vestigios de esta primera verdad. ¡Cuántas cosas, cuántas ideas están asociadas al número tres y se presentan con cierta unidad en la pluralidad! Al fijarse en esto nuestra atención, nos recordará la Santísima Trinidad y nos hará multiplicar los actos de fe, de adoración, de gra-

(1) Mientras proyectaba escribir su obra sobre la Trinidad, pasando por la playa, nota que un niño armado de una concha, trataba de trasvasar el mar á un hoyo cavado por su mano. Exclamando el santo doctor que era imposible tal intento, no sin burlarse algo de la sencillez del niño, éste replicó que más fácilmente entraría el mar en aquel pequeño hoyo, que llegara Agustín á explicar en su libro una mínima parte del misterio de la Trinidad. Dicho esto, el niño desapareció. Humillóse Agustín, y después de orar compuso su libro de la manera que mejor supo. Este es el relato de PEDRO NADAL y el de muchos autores de la Edad Media. Los Bolandistas hacen resaltar su carácter legendario. *Acta sanctorum*, 28 de Agosto, página 157, 358.

titud. Los santos descollaron en esta práctica, y una industriosa piedad no ha dudado en consignar en obras considerables, fruto de inmensas fatigas, las respuestas de la naturaleza, de las ciencias, de las artes, del hombre, á quien les pregunta por el Dios uno en tres Personas (1).

II. La Santísima Trinidad y el culto.—I. 1. Nada existe sino por Dios; todo tiende á su gloria. ¡Cuánto más los actos de la virtud de la religión van todos á parar á El! Propiamente hablando, los honores que á los santos tributamos van dirigidos finalmente á Dios. Todo acto de culto es un homenaje rendido á la Santísima Trinidad.

2. En esta grande festividad, evoquemos por una parte todas las obras de Dios; las magnificencias del mundo visible, las más grandes maravillas del orden de la gracia. Todas nos hablan de Dios, todas provocan este grito de admiración, lleno de gratitud: «*Domine, Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra!* ¡Señor, Dios nuestro! ¡Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra!» (2)

Recojamos por otra parte todos los homenajes excitados por estos espectáculos: homenajes como arrancados á viva fuerza á la inteligencia rebelde, ó que brotan del corazón conmovido por la gratitud; homenajes de los santos y de toda la Iglesia; homenajes de la Santísima Virgen y de Jesucristo. Recojamos todos estos homenajes para formar con ellos un inmenso ramillete y hacer subir hacia la Majestad infinita oleadas de perfumes, que le rogamos tenga por agradables.

(1) Véase por ejemplo, la grande obra del P. DUBOIS, c. SS. R. L' exemplarisme divin.

(2) Ps. VIII, 2.

Repitamos con la Santa Iglesia las estrofas del *Te Deum*. «A ti, Señor, todos los ángeles, los arcángeles, los querubines, los serafines, los cielos y todas las potestades repiten sin cesar: Santo, santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. El coro glorioso de los apóstoles, el número perfecto de los profetas, la legión sangrienta de los mártires te glorifican; y la Iglesia santa confiesa tu nombre en todo el universo.»

II. 1. ¿Hemos honrado siempre á los santos según el espíritu de la Iglesia y del modo que únicamente puede serles agradable? ¿Fueron nuestros homenajes dirigidos bastante á Dios, á quien proclamamos admirable en sus santos?

Si nuestro ministerio nos llama á enseñar á otros, desde el púlpito por ejemplo, ¿hemos procurado explicar suficientemente que el *Gloria Patri*, que termina todos los salmos, debe asimismo coronar todos nuestros homenajes?

2. Útil es oír las voces que en la naturaleza nos hablan de Dios; pero más útil es aún oírlas dentro de nosotros mismos. Entremos en nuestra alma, y hallaremos allí levantados y generosos deseos, y sentimientos dignos de alabanza. Recordemos bien que estas cualidades hállanse, pero infinitamente más grandes, en Dios mismo, y que, al allegarnos á Dios, nos enriquecemos con todos esos tesoros. ¡Magnífico trueque, optar por Dios mejor que por la criatura! Es acudir á la fuente en lugar de recoger unas gotitas; es gozar del sol en lugar de verse acariciado por un tenue rayo imperfectamente reflejado hacia nosotros.

III. La Santísima Trinidad y la historia.—I. Nosotros sólo conocemos la duración sucesiva del tiempo

y así nos es imposible imaginarnos la inmóvil permanencia de la eternidad, durante la cual sólo existía Dios; pero la fe nos enseña que la creación se hizo en el tiempo, que empezó con la primera criatura, y que cuando este tiempo empezó, ya existía Dios uno en tres Personas, en la inmutable posesión de la infinita bienaventuranza, que en sí mismo posee.

¿Dejará Dios de crear en la sucesión de los siglos? No lo sabemos. Pero sabemos que, mucho tiempo antes del primer hombre, hubo un mundo angélico, compuesto de criaturas espirituales capaces del bien y del mal y reducido ahora, muchos siglos ha, al más perfecto orden por la eterna recompensa de los unos y el eterno castigo de los otros. La prueba del género humano llegará también á su término. Prolongue nuestra fantasía cuanto quiera los terrestres destinos del hombre, el último día llegará como el de mañana, y en este último día ¡cuánta gloria será dada á la Santísima Trinidad! Todos los acontecimientos de que fué teatro el mundo, todo cuanto ha oído de llantos ó clamores de alegría; todo cuanto ha visto de victorias ó derrotas, de fortunas ó ruinas, de elevaciones y envilecimientos, de gozos ó de dolores: todo habrá pasado, quedará olvidado ó mejor, transformado, de modo que presente uno de estos dos grandes aspectos: *por Dios ó contra Dios*. *Por Dios*, orden de la recompensa; *contra Dios*, orden del castigo. Este carácter dominará todos los pensamientos, todos los deseos, todos los pesares, todos los cuidados. «Entonces será el fin, cuando transfiera Cristo el reino á Dios su Padre... para que Dios sea todo en todos» (1).

II. Por pequeños que seamos, concibe nuestra inte-

(1) Cor. XV, 24, 28.

ligencia este momento último de la historia presente, y comprende también cuán mezquina es toda preocupación, que deba un día desaparecer absorbida en la única que permanece.

He aquí, pues, la gran tarea que nos incumbe; substituir las inútiles solicitudes por la única que merece ocuparnos: la gloria de Dios.

COLOQUIO

1. Demos gracias á Dios por sus beneficios y por su gloria. Digamos con la Iglesia en el *gloria* de la misa: «Te damos gracias, Señor Dios, por tu grande gloria.»

2. Renovemos nuestra fe en el misterio de la Santísima Trinidad y nuestra esperanza en Dios. Roguemos á Dios.

3. Después de protestar de nuestra indignidad, supliquemos á María nos presente á su hijo; pidamos á Jesucristo nos conduzca á su Padre, recordándole sus palabras: «Nadie viene á mi Padre si no es por mí» (1). Con tales auxilios, formulemos con todas nuestras fuerzas un acto de caridad protestando que queremos verdaderamente amar á Dios de todo corazón, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas. *Padre nuestro.*

SEGUNDO EJERCICIO

Plan de la meditación—Este ejercicio tiene por fin enfervorizar nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad, las tres virtudes teologales por las que

(1) Joan. XIV, 6.

nos allegamos á Dios en esta vida, y honramos á la Trinidad Santísima. *La Trinidad objeto de nuestra fe y de nuestras adoraciones; objeto de nuestra esperanza y de nuestra confianza; objeto de nuestro amor: he aquí los puntos que vamos á desarrollar en la presente meditación.*

MEDITACIÓN

«Similesei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est» (1.^a Joan III, 2).

Seremos semejantes á Dios, porque le veremos tal cual es.

1.^{er} PRELUDIO. Ayudándonos, si es preciso, de los símbolos, á que recurren los pintores para representar sobre la tela al Dios tres veces santo, figurémos en el cielo la Majestad divina adorada por los ángeles y los santos.

2.^o PRELUDIO. Pidamos con instancia juntar con una profunda humildad, un santo amor, para adorar á Dios y servirle perfectamente.

1. La Trinidad objeto de nuestra fe y de nuestras adoraciones.—I. 1. Recordemos ante todo la noción fundamental del misterio: la unidad absoluta de la naturaleza divina y la Trinidad de las personas en todo iguales, que poseen la misma divinidad. Esforcémos en hacer resaltar bien á nuestra vista cuán profundo é incomprensible es este misterio.

Pero cuanto sean más espesas las tinieblas, mayor mérito tendrá la plena adhesión de nuestro entendimiento. Tengámonos por dichosos en ofrecer á la Majestad divina el homenaje de una perfecta sumisión, creyendo sin comprender.

2. Bien penetrados de esta verdad, que nada de acá abajo nos proporcionará argumento alguno capaz de hacernos descubrir el misterio de la Santísima Trinidad, y de que no hallaremos imagen alguna que nos lo represente, puede nuestra piedad, como la de los santos, relacionar el recuerdo de las tres divinas Personas á los grupos de seres y de nociones que se nos presentan en número de tres, y tomar de este recuerdo ocasión para multiplicar los actos de amor y adoración,

II. La obscuridad misma del misterio nos es provechosa; pero no todo es tinieblas en la Trinidad Santísima, sino que este mismo misterio, que no podemos esclarecer, derrama claridades sobre nuestra inteligencia.

Aun sin ocuparnos de las obras maestras que en su honor y para su declaración se han escrito, á todos permite útiles y fructuosas investigaciones.

a) Si no podemos sondear el misterio en sí mismo, nos explicamos, hasta cierto punto, cómo es necesariamente insondable, precisamente porque nada hay en el mundo criado que nos induzca á creer que es posible la unidad en la trinidad. Es que la creación refleja á su Autor, y venimos de Dios en cuanto es único en su naturaleza, y no en cuanto esta naturaleza subsiste en tres Personas.

b) Detrás de sus velos impenetrables, nos deja entrever este misterio la realización de un ideal más elevado que todos los de este mundo. Aun en las cosas de acá abajo nos place la unidad, que resplandece en la pluralidad; sin la pluralidad, la unidad nos parecería soledad. La pluralidad, por otra parte, ¿no excluye la perfección absoluta? ¿Puede por ventura concebirse, sin partición que disminuya los bienes ó cualidades de uno, en la cantidad en que los atribuyamos al otro?

Ni la unidad, pues, ni la pluralidad separadas, parecen responder adecuadamente á las exigencias de una infinita perfección. Pero he aquí que, en la Trinidad católica, tenemos ocasión de admirar la perfecta unidad sin soledad y la pluralidad sin división ni partición alguna. ¡Oh profundidad de las divinas perfecciones!

II. La Trinidad, objeto de nuestra esperanza y confianza.—I. 1. Dios, que nos crió, gobierna el mundo; pero sus planes aparecen, como Él mismo, envueltos en el misterio. ¡De cuántas cosas ignoramos la razón! Mas estas dificultades fomentan el ejercicio, de sí muy excelente, de la *confianza*.

Pesemos las razones que la justifican.

a) ¿De dónde provienen las penosas impresiones que nos producen los acontecimientos? De la sed de justicia y de cierta propensión á la bondad, que se hallan en nosotros. Mas ¿quién depositó estas disposiciones en el fondo de nuestro corazón? Aquel que nos hizo á su imagen y semejanza. De donde hay que deducir que, todo cuanto Dios obra ó permite, satisfará plenamente nuestros más nobles instintos y que, el aparente desacuerdo resolveráse en magnífica armonía.

b) Consideremos nuestra situación en el espacio y en el tiempo. ¡Cuán estrechos límites encierran nuestra vida! No conocemos sino una pequeña parte de la historia; ¡la tierra misma que habitamos, dista mucho de habernos abierto enteramente sus secretos! ¡Cuántas veces, aun en las empresas dirigidas por un genio, un punto de vista parcial dicta á los testigos juicios equivocados! ¡Tal movimiento de retroceso toma el aspecto de una derrota, cuando es el que asegura una completa victoria. Aun en lo pasado, ciertas peripecias que per-

turbaron á los contemporáneos, como las persecuciones de los primeros siglos, nos dan ahora ocasión de bendecir y glorificar las divinas perfecciones.

La noción de la Trinidad facilita más esta confianza. En efecto, mejor se manifiestan á nuestros ojos las divinas perfecciones, por lo mismo que podemos atribuir las á tres Personas divinas obrando de consuno, y que adoramos la Omnipotencia en el Padre, la Sabiduría en el Hijo y la Bondad, el Amor en el Espíritu Santo.

Mostremos, pues, á Dios esta verdadera confianza fundada sobre la fe en las perfecciones infinitas, y no sobre los pobres tanteos de nuestra inteligencia.

II. Mas esta misma Trinidad, á quien adoro sin comprenderla, estoy destinado á verla y á poseerla. Cuanto más levantada está por encima de mí, más grande se muestra mi destino, más debe regocijar mi corazón una santa esperanza. Bendigamos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

III. **La Trinidad, objeto de nuestro amor.**—I. Este Dios, tan grande como es, se da desde ahora á nosotros. Presente á todos los seres, por el contacto de una virtud omnipotente, lo está en los justos como un amigo que se deja poseer, y quiere ser el objeto de una santa fruición. Dios es poseído por el amor que para consigo nos inspira. Y la profundidad insondable de la Santísima Trinidad, la distancia esencial de esta infinita naturaleza, debe hacerme apreciar más el Amor capaz de franquear tales distancias.

II. Alabemos, amemos á la Trinidad Santísima. Condúzcanos la gratitud, al más puro amor.

COLOQUIO

Siguiendo el espíritu de la Iglesia, gustemos de honrar á la vez á las tres Personas divinas. Cada día, al santiguarnos y en el *Gloria Patri*, adoremos á la Santísima Trinidad. Reparemos las imperfecciones cometidas en este culto cotidiano. Propongamos cumplir con más respeto y fervor los actos de piedad. Fuimos bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; vivamos, pues, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Roguemos al Padre como Principio, al Hijo como Sabiduría y Redentor, al Espíritu Santo como Santificador, para que de una fe viva en la Santísima Trinidad, pasemos al esplendor de la visión del cielo. *Te Deum*.

Fiesta del Santísimo Sacramento (1)

Jueves, después de la fiesta de la Santísima Trinidad

INTRODUCCIÓN

Origen y significación de la fiesta.—1. La festividad del *Corpus* tiene conmovedores orígenes, que re-

(1) Además del *Acta Sanctorum* y NILLES, *Calendarium manuale*, hemos consultado sobre todo el interesante prólogo histórico escrito por Monseñor MONCHAMP para la obra del sacerdote señor DARSONVILLE, *Urbain IV et la Fête-Dieu à Laon* (Liège, 1902). Esta obra es una perentoria refutación del error, que tendía á arrebatarse á Lieja, en provecho de Laon, el honor de haber inaugurado la fiesta del Santísimo Sacramento.

cordarán, cuatro siglos más tarde, los de la fiesta del Sagrado Corazón. En una y otra, pretendió el Señor enardecer las almas con el espectáculo de su amor; en una y otra revela sus designios á una joven inocente, mortificada, humilde, ferviente adoradora de su Santísimo Sacramento. JULIANA de Lieja halla en otras dos santas doncellas: EVA, la reclusa de San Martín, é ISABEL DE HUY, el apoyo que buscará MARGARITA MARÍA en sus superiores. Un joven y pío religioso FRAY JUAN compone, bajo la dirección de la B.^a JULIANA, el primer oficio del Santísimo Sacramento; como un joven religioso de la Compañía de Jesús, el P. CROISSET, escribe, por consejo de la B.^a MARGARITA MARÍA, el primer tratado sobre la devoción al Corazón Sagrado de Jesús. Dirígese el *Corpus* á confundir la herejía de Berenguer y los sacramentarios; la festividad del Sagrado Corazón se opone de antemano á la herejía jansenista. Una y otra fiesta hallan indiferencia y hostilidad; JULIANA y MARGARITA MARÍA se ven contradichas y humilladas, comprando ambas el triunfo con el sufrimiento.

2. La B.^a JULIANA (1) nació en Retinna en el distrito de Lieja y vivió de 1193 á 1258. En 1208, según se cree, mientras embalsamaba con sus virtudes el hospicio de Cornillon, vióse por primera vez favorecida por una visión simbólica (2) que fué constantemente repro-

(1) Llamósela comúnmente Santa; pero éste es un sobrenombre análogo al de Venerable dado á S. Beda. Lo mismo hay que notar en STA. EVA, la reclusa, á quien el Papa URBANO IV dirigió un preciosísimo breve sobre la institución de la fiesta.

(2) Cuéntase esta visión en la vida de Sta. Juliana escrita por un contemporáneo, teólogo de gran mérito, y «que es un documento de inapreciable valor» (Monseñor MONCHAMP, prólogo citado). Nuestro resumen está compuesto según esta vida publicada en *Acta sanctorum*, 5 de Abril pág. 443. Cada vez que la Beata se ponía en oración, tenía ante sus ojos el disco lunar, enteramente es-

duciéndose hasta que, al cabo de dos años, le explicó el Señor su sentido. «Conviene que el Sacramento de su cuerpo y de su sangre reciba en una especial festividad más directos y más solemnes honores, que los que son compatibles con las ceremonias del Jueves Santo; y que se dé ocasión de reparar las negligencias cotidianas que se cometen en el culto de la Sagrada Eucaristía.» JULIANA debe tomar la iniciativa de celebrar la nueva fiesta y dar á conocer al mundo la necesidad de su institución. Extremadamente confusa al verse encargada de misión tan alta, multiplica la sierva de Dios sus instancias para que la divina elección recaiga en más capaz y más digno sujeto. Finalmente, pasados veinte años, da parte de sus visiones á un venerable canónigo de la iglesia de S. Martín llamado JUAN DE LAUSANA. Confiérello éste con doctos y piadosos teólogos y, entre ellos, con el arcediano JUAN DE TROYES que luego fué Papa con el nombre de URBANO IV. Su aprobación unánime alienta á JULIANA, sin preservarla de las humillaciones y pruebas, que marcan con el salvador signo de la cruz, á los que se entregan á Jesucristo. Sin embargo, hacia 1232, la piedad de un humilde religioso y las indicaciones de la Beata logran la composición de un hermosísimo oficio del Santísimo Sacramento (1), el cual se reza por primera vez en 1246, en Fosses, en el aposento en que murió el Obispo ROBERTO DE TOROTE, que aquel mismo año había publicado el edicto insti-

plendoroso, pero ligeramente descantillado. (Creemos traducir así mejor las palabras: *Cum aliquantula sui sphaerici corporis fractione*, que vertiendo como en Lieja, en donde se fundan en pinturas antiguas, *atravesado por una línea negra*). Después de largas preces, dijola el Señor que el disco representaba la Iglesia; la escotadura, la falta de una fiesta en honor del Santísimo Sacramento.

(1) Hasta el presente sólo se han hallado fragmentos de este primitivo oficio.

tuyendo la fiesta, la cual se inauguró en 1247 (1), en la colegiata de S. Martín. Dos Cardenales legados, HUGO DE SAN-CHER (1251, 1252) y PEDRO CAPOCCI (1254) hácese igualmente promotores de la fiesta en el país de Lieja y el territorio de su legación.

El año de 1264 fué finalmente promulgada para el universo entero la fiesta cuya institución parece haber predicho SANTA MARÍA DE OIGNIES hacia el año de 1226 (2). La bula *Transiturus* de URBANO IV es «un cántico de incomparable lirismo» (3), cuyos acentos se hallan en el oficio definitivo, que el Doctor Angélico compuso entonces para esta festividad. Esta constitución no obtuvo, sin embargo, todo su efecto, hasta que la hubo confirmado CLEMENTE V en el concilio de Viena (1311), y que JUAN XXII hubo urgido su ejecución. Organízanse poco después las primeras procesiones: esos paseos triunfales de Cristo Señor Nuestro, á los cuales debe el *Corpus*, en gran parte, su popularidad y su espiritual influencia. Viéronse en primer lugar en Sens en 1320, en Tournai en 1323, en Chartres en 1330 (4).

Actualmente está también esta festividad muy extendida en las Iglesias Orientales, y el oficio de SANTO TOMÁS está traducido al griego por G. MAYR (5).

3. Esta fiesta tiene por objeto glorificar á Cristo sacramentado, y fomentar en los fieles el sentimiento de

(1) La primitiva fecha, como nota MR. MONCHAMP, l. c., fué el jueves después de la octava de la Trinidad. Esta última fiesta celebrábase en Lieja con octava.

(2) Su vida, *escrita hacia 1226*, después de relatar varias predicciones ya realizadas, añade que, por voces de ángeles, prometió Dios á la santa, haría oír el cántico de una nueva solemnidad. Véase MONCHAMP, op. c., p. X.

(3) MONCHAMP, op. cit., p. VIII.

(4) *Ibidem*, p. VII.

(5) NILLES, *Calend. man.*, t. 2, p. 474.

una espiritual alegría. La glorificación ha de compensar las cotidianas negligencias en el culto del Santísimo Sacramento; una santa alegría debe mantener la devoción. Este es el espíritu de la festividad, según las revelaciones de la Beata: así lo hallamos en la bula de institución, y así se manifiesta en la liturgia (1) por las solemnidades acostumbradas en su celebración. «Haga el afecto, exclama URBANO IV, afluir los fieles á las iglesias; manifiéstese el gozo del clero y del pueblo en cánticos de alabanzas; entonen unánimes los labios, á impulsos del corazón y de sus deseos, un concierto de himnos de alegría saludable; cante la fe, regocijese la esperanza, exulte la caridad, aplauda la devoción, hincha el júbilo el sagrado coro, desbórdese de contento la pureza; atestigüen todos por su concurso el ímpetu de su alma, la prontitud de su voluntad y entréguese á las felices inspiraciones de su celo, para celebrar tan solemne festividad.»

Plan de la meditación.—Parece deber hacerse esta meditación con sentimiento de gozosa gratitud y cordial devoción. A este fin, volviendo aún á tomar los pensamientos de la constitución *Transiturus*, consideraremos sucesivamente el *Corpus* como la *fiesta de la comunión de la misa, de la triunfal presencia de Nuestro Señor Jesucristo en su Iglesia*. El día de *Corpus*, recíbese la sagrada Eucaristía, se asiste al santo sacrificio, y Jesús Sacramentado es llevado en procesión.

MEDITACIÓN

«*Non relinquam vos orphanos*» (Joan. XIV, 18).
No os dejaré huérfanos.

(1) Resuena de nuevo el *aleluya*, á poca diferencia como en el tiempo pascual, y si coincide con la fiesta algún ayuno, trasládase.

1.^{er} PRELUDIO. Imaginémonos la vasta llanura en que pasó el milagro estupendo de la multiplicación de los panes. Una multitud de cinco mil hombres, sentados sobre la hierba en grupos de cincuenta ó cien personas, gustan con fruición del maravilloso alimento, que el Señor les ha hecho distribuir por los apóstoles. Declárales, después del prodigio, que Él es pan vivo bajado del cielo, para dar á la humanidad fiel una vida que no tendrá fin.

2.^o PRELUDIO. Pidamos en esta hermosa y conmovedora festividad, un sentimiento de santa alegría y vivo reconocimiento, para gozar mejor y mejor aprovecharnos de la sagrada Eucaristía.

I. La comunión del Corpus.— Trataremos, en este primer punto, de acrecentar nuestro aprecio por el beneficio de la comunión. A este fin, comparemos la presente realidad con las figuras que la anunciaron y la dicha eterna de la cual es preludeo.

I. 1. *Las figuras.* a) La santa Biblia refiere que el primer hombre fué puesto por Dios en un jardín de delicias, en donde abundaban las más encantadoras flores y los más sabrosos frutos. Estos bienes estaban destinados á Adán y Eva, que gozaban libremente de ellos. Sin embargo, en medio del paraíso estaba un árbol misterioso, que atraía sus miradas y sus deseos: prometía á quien gustase de sus frutos la ciencia del bien y del mal. Dios, por otra parte, les mandaba abstenerse de él, en reconocimiento de su dominio soberano. «El día, les dijo, en que comiereis de este fruto, pasaréis al dominio de la muerte.»

El paraíso es imagen de la Iglesia y de los bienes espirituales con que abundantemente brinda á sus hijos. En medio de este paraíso está plantado un árbol, que

constituye todo su tesoro: el árbol de la cruz, que lleva un fruto, no de muerte sino de vida. En lugar de la terrible amenaza, que nos mantendría alejados, la más atractiva invitación nos estimula á cogerlo. «Quien comiere de este fruto, vivirá eternamente.» ¡Admirable contraste establecido por Aquel que vino á restaurarlo todo! Perdiónos el atractivo de un fruto prohibido; hallamos la salvación en el atractivo de un fruto infinitamente mejor, que el amor de Dios nos manda comer. Demos gloria á la Bondad y Sabiduría de Dios.

b) En el desierto, por el cual, durante cuarenta años, debían los Israelitas andar errantes antes de conquistar la tierra de promisión, Dios hizo llover cada día un alimento de color blanco, el maná, del cual hacían, á la madrugada, provisión para sí mismos y sus familias. El mundo actual es, á los ojos del cristiano, ese desierto, en donde hay que morar y combatir hasta el momento de entrar en el cielo, verdadera tierra de promisión. De aquí que el amor omnipotente del Señor nos prepare un pan verdaderamente celestial, que es Él mismo, en la sagrada Eucaristía.

¿Nos comunican, acaso, las necesidades de nuestra alma, la diligencia en ir á gustar de este manjar, que ponían los Israelitas en recoger el alimento corporal?

2. *El principio de la eterna felicidad.* —El pan de los ángeles, cantemos con la Iglesia, ha venido á ser alimento de los viajeros. En el cielo, los ángeles y los santos viven de Dios. Y ese Dios, de quien su corazón y su mente se alimentan, viene á nosotros cuando recibimos la Eucaristía; viene como manjar espiritual de nuestras almas. El banquete á que somos invitados es realmente un banquete divino, que ha de seguir celebrándose por toda la eternidad. A la manera que la

visión de Dios sucederá á la fe en Dios, mientras que permanece idéntica la caridad: así los amigos de Dios gústanle ahora en el misterio de la fe, para gustarle luego en la visión de la gloria.

II. El *Corpus* nos recuerda juntamente las muchas veces que hemos comulgado, los consuelos que haciéndolo hemos gustado, los frutos que de ello hemos recogido; pero al mismo tiempo nos trae á la memoria las faltas y negligencias que nos han hecho rehusar ó admitir, sin el debido cuidado, la invitación á la sagrada mesa.

Debemos, pues, hoy: *a)* Dar solemnemente gracias á Dios Nuestro Señor, por sus inefables visitas á nuestra alma, y sentir por ellas un gozo más completo; *b)* reparar con nuestro respeto y fervor las pasadas negligencias; *c)* regular el número de nuestras comuniones y perfeccionar la preparación y acción de gracias; *d)* si somos sacerdotes y confesores, examinar nuestro celo en promover con prudente discreción la comunión frecuente.

II. **La misa del día de Corpus.**—I. Para aumentar nuestro aprecio por la Santa misa, mirémosla como ocupando el centro entre dos grandes escenas: la una desarrollóse una vez en el Calvario; la otra pasa eternamente en el cielo. La primera nos recuerda una pena, un dolor inmenso, mas también un amor infinito y una oblación que salva al mundo. La misa renueva real, aunque místicamente, este sacrificio; uno mismo es el gran sacerdote, Jesucristo; una misma la víctima, Jesucristo: inmolación mística é incruenta, que nos aplica los méritos de la oblación sangrienta que se ofreció en la cruz.

La escena del cielo nos la describe San Juan en el

capítulo V de su Apocalipsis. En un trono de gloria resplandece triunfante un Cordero que fué inmolado. A su alrededor están los escogidos; en su honor resuenan los cánticos; toda criatura le rinde vasallaje. Estas alabanzas y estos homenajes nos enseñan que, desde el principio del mundo hasta el fin de él, ninguna glorificación divina, ninguna acción de gracias, ninguna plegaria, ningún grito de perdón, pudo jamás subir desde la tierra hasta Dios, ni serle grato, si no es por virtud del sacrificio en que este Cordero fué inmolado. Sino que antes de Jesucristo, las ofrendas eran simple figura de la oblación verdadera; mientras que, consumada ya la oblación verdadera en el Calvario, renuévase ésta en cada misa que, según el deseo del Señor, se celebra en memoria suya.

II. ¡En cuánto aprecio debemos tener la misa, ya sea que la celebremos como sacerdotes, en nombre de la Iglesia, ya que participemos de ella como simples fieles! Examinemos, pues, hoy, si estimamos bastante el asistir á la misa, y si durante este augusto sacrificio manifestamos á Dios suficiente respeto y confianza. Corrijamos nuestras faltas; determinemos cuántas veces y cómo debemos procurar unirnos más especialmente por nuestra presencia á esta oblación de infinito valor.

III. La presencia triunfal de Cristo en su Iglesia. —

I. 1. El Evangelio nos describe la entrada gloriosa del Señor en Jerusalén, cuando, uniéndose la muchedumbre á los discípulos para honrarle, tendían unos sus vestidos por el suelo que debían pisar sus pies; arrancaban otros ramas de los árboles para cubrir con ellas el camino, mientras que una multitud entusiasta le precedía y le seguía clamando: «¡Hosanna, hosanna al hijo

de David; bendito el que viene en nombre del Señor» (1). Mas este triunfo fué momentáneo; fué un *claro* antes de la sombría noche de la pasión. Pocos días después, el pueblo de esta misma ciudad, pedirá sea puesto en cruz Aquel mismo, en cuyo honor resonaban las aclamaciones.

2. La Iglesia posee en sus tabernáculos á Cristo, vencedor de la muerte y del infierno, y nuestras procesiones son el triunfal cortejo del Rey de la gloria. Cuando El atraviesa bajo palio nuestras calles empavesadas; cuando á su paso cúbrese de flores el suelo, y las frentes se inclinan y dóblanse las rodillas; cuando los sagrados himnos resuenan en nuestras ciudades, ¡oh cómo afirmamos entonces con la Iglesia, que Dios está entre nosotros, que nuestro Padre no nos ha abandonado!

3. Y á través de esta presente realidad, entrevé nuestra mente el cortejo infinitamente más espléndido que forman los santos á su Dios y Salvador. S. JUAN nos deja sospechar algo de esto, al mostrarnos las primicias de la humanidad salvada, acompañando por todas partes al Cordero (2).

II. 1. Quiso el Pontífice que instituyó la fiesta del Santísimo Sacramento, proporcionar á Jesucristo, presente en la sagrada Eucaristía, un triunfo exterior sobre los herejes que negaban el milagro de su bondad (3). Nuestras hermosas procesiones siguen siendo, para nuestro Redentor, ocasiones de gloria que fortalecen nuestra fe, confunden á la impiedad, y conmueven á todos los cristianos con una firme esperanza y un gozoso amor. Cooperemos, pues, en cuanto nos sea posi-

(1) Matth. XXI, 9.

(2) Apoc. XIV, 4.

(3) Bula *Transiturus*.

ble, á mantenerlas en todo su esplendor; tomemos á pechos el afirmar nuestra gratitud, contribuyendo al brillo de tales ceremonias. ¡Ay! en demasiados países han ya logrado los enemigos de Cristo relegarle á lo interior de las iglesias. Haga el valeroso fervor de los católicos abortar tan tristes complots; apretémonos con piedad más ardiente alrededor de Aquél, á quien hijos ingratos no quieren ver reinar.

2. Mas, que nuestra conducta no desmienta nunca nuestras exteriores demostraciones. Después de haber aclamado al Salvador en las calles, no le crucifiquen nuestros pecados en nuestro corazón. Aquí como allí, y aún más que allí debe su presencia ser triunfal.

COLOQUIO

1. Para honrar más á Jesús Sacramentado, ofrezcámosle un propósito muy conforme con el espíritu de esta festividad: El de reformar cada mes nuestra asistencia á la santa misa, nuestras comuniones y nuestras visitas al Santísimo. ¡Qué ejemplo nos dejó la BEATA JULIANA DE CORNILLÓN! ¡Con qué indecible fervor asistía al santo sacrificio! Y no permitiéndole el deseo de evitar toda singularidad, asistir á él cada día, procuraba, en aquellos en que la misa le faltaba, compensar esta privación, orando con extraordinario fervor en el tiempo en que se celebraba. Arrebatada fuera de sí por la sagrada comunión, experimentaba luego grande asco de todo corporal alimento, y á cada visita de su Dios imponíase una semana de no interrumpido silencio y evitaba, en cuanto le era posible, los negocios durante un mes entero (1).

(1) Vida escrita por un contemporáneo. *Acta sanctorum*, 5 de Abril, p. 447.

2. Admiraremos luego, con URBANO IV, cuán incomparable memorial de toda la redención sea este sacramento que, bajo las especies de pan y vino, contiene al mismo Redentor. Si este recuerdo no nos hace derramar aquellas gozosas lágrimas de que habla el Pontífice (1), ofrezcamos á lo menos al Dios de nuestros altares, por manos de la Virgen María, el perenne tributo de un sincero y devoto afecto. *Pange lingua.*

SECCIÓN TERCERA

Meditaciones para los cinco domingos y la fiesta de San Juan Berchmans

El último año de su vida, San Juan Berchmans hizo y rubricó con su sangre el voto siguiente, que depositó á los pies del Tabernáculo, para la Inmaculada Madre de Aquél á quien adoraba en la Sagrada Eucaristía:

«Yo, Juan Berchmans, indignísimo hijo de la Compañía, os prometo á Vos y á vuestro Hijo, cuya presencia en el augustísimo sacramento de la Eucaristía confieso y adoro, que por toda mi vida quiero afirmar y defender vuestra Concepción Inmaculada, salvo una decisión contraria de la Iglesia.»

En fe de lo cual, rubrico este escrito con mi propia sangre y lo termino con el anagrama de la Compañía que contiene el nombre de Jesús. Año 1620.

I. H. S. JUAN BERCHMANS.

(1) *In ea (commemoratione) congaudemus lacrimantes, et lacrimamur devote gaudentes, laetas habendo lacrimas et laetitiam lacrimantem.* Bula *Transiturus*.

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

I. «Juan Berchmans fué el émulo dichoso de Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka; y hasta tal punto lo fué, que no sin razón puede preguntarse cuál de esos tres gloriosos hijos dió á la Compañía de Jesús más motivos de regocijarse y felicitarse. Lo que no cabe poner en duda es, que las virtudes comunes á los tres, tomaron en Juan Berchmans una forma especial que las hace más asequibles; remóntanse todas ellas hasta la cumbre suprema de su perfección, sin que exteriormente aparezca nada extraordinario. Semejantes ejemplos tienen un poder maravilloso para obtener de los hombres algo mejor que los simples honores tributados á la santidad: es decir, que excitan en ellos vivísimos deseos de conquistarla.»

Este pasaje de la Bula de canonización *Angolorum* (1), pone ya bien de manifiesto la idea que inspiró estas meditaciones: escribiéronse para rendir tributo de homenaje á un santo, belga de nacimiento, y español, por pertenecer semejante territorio á la corona de España en aquella época, esperando con este medio poder contribuir á que se difunda entre los jóvenes llamados al claustro y á la vida sacerdotal, el saludable contagio de sus virtudes.

En efecto, para inculcar eficazmente dichas lecciones en la inteligencia y decidir la voluntad á abrazarse animosamente con tan heroicos ejemplos, nada tan útil como el trabajo personal de la reflexión mezclada con

(1) De 22 de Enero de 1888. La canonización celebróse á 15 del mismo mes.

la plegaria, pues ambas cosas complácese de un modo especial la gracia en fecundar y bendecir.

Por lo demás, á nadie admirará que tales meditaciones formen el remate de un libro escrito en honor de la Inmaculada Concepción. Poco ha, cuando Bélgica ofreció al Papa perpetuar en Roma, por medio de una iglesia consagrada á San Juan Berchmans, el recuerdo del glorioso jubileo de María Inmaculada y no afirmaba de un modo clarísimo dicha nación que, á su entender, existía un lazo muy íntimo entre el privilegio de la Virgen y la santidad del que, como dijimos, hizo voto de defenderlo? La santidad de Berchmans es una gloria de María Inmaculada, un fruto magnífico, sobremanera apto para inducirnos á profesar una tierna devoción á la que lo produjo.

Un acto pontificio determinó, asimismo, la forma de esta serie de ejercicios. Otros Papas habían otorgado gracias espirituales á los que tomaban como práctica de su devoción considerar los meses ó años de vida religiosa de San Estanislao y de San Luis; y á fin de dar á su glorioso émulo este nuevo rasgo de semejanza, León XIII enriqueció con indulgencias la práctica de santificar con actos de piedad un número de domingos igual al de años que San Juan Berchmans vivió en la religión. Los cuatro primeros domingos tienen concedidos siete años y siete cuarentenas, y el quinto, que es el último, una indulgencia plenaria (1). Adviértase que estos domingos deben preceder inmediatamente á la fiesta.

Llamado como aquel otro hijo de María, Estanislao,

(1) Rescriptos de la Sagrada Congregación de Indulgencias, 17 de Mayo de 1890. Condiciones requeridas: confesión, comunión, visitar una iglesia ó capilla pública rogando por las intenciones del Soberano Pontífice.

á entrar en la gloria del cielo por la Asunción de la Virgen, asignósele como día de su fiesta el trece de Agosto (1).

La celebración de los dos ó tres primeros domingos podría, pues, constituir una excelente preparación para vacaciones. Los últimos sugerirían santos propósitos en los comienzos de esta temporada de descanso, y constituirían un feliz presagio para todo el tiempo de vacaciones; porque la mejor garantía de éxito en todas las cosas es comenzarlas bien.

III. *Idea y plan de estas Meditaciones.* Como ya dijimos, el objeto general de las consideraciones que apuntaremos, lo formará la santidad amable é imitable de San Juan Berchmans.

En las vidas de los Santos, el análisis de su santidad permite descubrir fácilmente:

Una voluntad enérgica,

Una devoción especial,

El sacrificio exterior del cuerpo,

El sacrificio interior de la voluntad ó del alma,

Un heroísmo particular que constituye la fisonomía propia de cada uno de ellos.

Conforme á esta observación, estudiaremos sucesivamente, en la vida de nuestro Juan:

La voluntad de llegar á ser santo,

La devoción á la Santísima Virgen,

El sacrificio del cuerpo y de los sentidos por medio de la castidad,

El sacrificio de la voluntad por la regularidad y la sumisión,

(1) La archidiócesis de Malinas (indulto de 20 de Septiembre de 1860) y los colegios, seminarios y escuelas de la Compañía de Jesús, gozan, fuera de Italia (indulto de 23 de Noviembre de 1863) el privilegio de celebrar, en el mes de Noviembre, otra fiesta en honor de San Juan Berchmans.

El heroísmo de las acciones ordinarias.

Cada Meditación llevará como preámbulo algunas cortas reflexiones. En cada uno de los puntos, pondremos de relieve, en primer lugar, el ejemplo del Santo, á fin de poder deducir inmediatamente útiles aplicaciones para nosotros mismos.

Los hechos citados proceden de la vida escrita por el P. CEPARI, S. J., ó del *Spicilegium* publicado por el P. VAN DER SPEETEN.

PRIMER DOMINGO.—Voluntad de llegar á ser santo

Materia de la meditación.—No dejemos que se borre de nuestra memoria el día bendito en que la amorosa mano de Dios nos arrancó del torbellino de las cosas fugitivas, mientras su voz, resonando en lo más íntimo de nuestra alma, suscitaba en ella el más sublime de los deseos: el deseo de la santidad.

Una vez que hubimos sido plantados junto á esta orilla dichosa, regada por la gracia, nuestras raíces han permanecido sin cesar empapadas en una agua vivificante, y nuestra casa ha podido levantarse á semejanza de aquel árbol vigoroso, cuyo verde follaje y rica fecundidad canta el Salmista (1).

Pudimos, sí; pero, ¿lo quisimos?

¿Qué se hicieron aquellos santos deseos de virtud y de perfección; aquellas ideas generosas, y en fin, tantos y tantos proyectos de sacrificio y de celo? ¿A dónde llegaremos con el paso que llevamos? ¿Moriremos con el pesar de haber desistido de tan magníficos planes, por habernos resignado á una triste medianía?

¡Plegue á nuestro amable Patrono preservarnos ó

(1) Ps. I, 3.

curarnos de tan funesto letargo! Aprendamos de él á querer ser santos.

Plan de la meditación. En tres puntos sucesivos, veremos que San Juan Berchmans aportó á la obra de su santificación una voluntad *decidida*, una voluntad *ilustrada*, una voluntad *libre*.

MEDITACIÓN

«*Si no me santifico durante la juventud, jamás llegaré á la santidad.*» (Palabras de San Juan Berchmans.)

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á San Juan Berchmans, en el momento en que, radiante de alegría, acaba de pasar el dintel del noviciado que la Compañía de Jesús tenía en Malinas. Durante una hora, cuenta su historiador el P. CEPARI, no le fué posible contener un torrente de dulcísimas lágrimas, por el gozo que le daba pensar que se hallaba ya alistado en el servicio de Dios.

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente, por intercesión de San Juan Berchmans, la gracia de *querer* ser santos; y, al mismo tiempo, ofrezcamos al Señor cuantos esfuerzos hiciéremos para comprender la naturaleza y necesidad de esta voluntad.

I. Una voluntad decidida.—I. EJEMPLO DEL SANTO. I. San Juan Berchmans consideró la santidad como un bien de posible y aun fácil adquisición en la vida religiosa. Santamente hambriento, contemplaba delante de sí una mesa llena de toda suerte de manjares. Desde que se sintió llamado á la Compañía, nunca se presentó ante su director espiritual sin prometerle que sería un santo. «¿Cómo es posible, exclamó,

maba, que con tantos medios como tendré á mano no llegue á la más alta santidad?» (1)

2. La persuasión de que tan noble ideal era una cosa que estaba muy á su alcance, inflamaba su alma. Nadie deseó tanto el resultado de un negocio, el buen éxito de una empresa, el triunfo de una batalla, como deseó él la santidad. Era, á no dudarlo, como aquel inteligente mercader de que nos habla el Evangelio, que seducido y fascinado por la belleza de una finísima perla, da todo cuanto tiene por adquirirla. Ahora bien, esta perla era el reino de Dios en su alma.

3. Este su deseo no era hijo de un entusiasmo irreflexivo; sino que, en su inteligencia, era como resultado de una especie de idea fija de la santidad que le obsesionaba, y en su corazón, del firme propósito de realizarla. «Quiero llegar á ser santo, decía; quiero serlo en breve plazo.» Y cierto que nadie como él daba esperanzas de realizar sus deseos: así se lo repetía una y otra vez á su confesor y, oyéndole, se tenía el convencimiento de que sabría guardar su palabra.

II. APLICACIÓN. El deseo ardiente de la santidad es ya una magnífica disposición para alcanzarla. Meditemos esta enseñanza de Jesucristo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos» (2); y al mismo tiempo preguntémosnos seriamente, si nuestro deseo de la santidad puede compararse al hambre y á la sed, tan ardiente como segura de verse satisfecha. Comparemos nuestros deseos de santidad con un sin fin de esperanzas, tan fútiles como inciertas, que nos preocupan y arrastran.

A ejemplo de San Juan Berchmans, reflexionemos

(1) CEPARI, p. 1, § 4.

(2) Matth. V, 6.

en la abundancia de méritos con que nos brinda nuestro estado; y, sin embargo, ... ¡qué sorpresa tan dolorosa el tener que atestiguar la lentitud de nuestros progresos!

2. Pero el deseo ha de ir acompañado de una *voluntad decidida*. Aun en las cosas humanas, querer es poder. Es terrible un «*¡yo quiero!*»; pero, desgraciadamente, no podremos menos de convenir en que es muy raro: á no ser que queramos confundir otras mil frases parecidas y veleidades pasajeras con la verdadera *decisión* que aquieta y afirma á la vez nuestra inteligencia y nuestro corazón.

Sin embargo, ¡cuán digno es de una voluntad varonil desplegar todas sus energías por semejante causa! ¡Y qué resultado tan magnífico nos aseguramos entonces! ¡Cuántos hombres desean y buscan una infinidad de bienes que nunca poseerán! ¡Cuántos, ávidos de oro, viven en la miseria!... Y he aquí que Dios nos dice: «Amadme y me poseeréis; más todavía, no podéis amarme sin poseerme» (1).

II. Una voluntad ilustrada.—I. EJEMPLO DEL SANTO. En la prosecución de la santidad, San Juan Berchmans supo guardarse de una triple ilusión.

1. *La ilusión de los plazos*. No aplazó sus grandes proyectos ni á un porvenir lejano, ni siquiera á un mañana próximo. Interrogado acerca del tiempo en que pensaba ser santo, hubiese contestado sin titubear: *Ahora*. Ahora, porque es preciso vivir como santo para esperar la muerte de los elegidos; ahora, porque «si no me santifico en la juventud, los años no me darán la santidad».

(1) SAN AGUSTÍN, sermón 34, c. 3 (M., P. L., t. 38, col. 211).

2. *La ilusión de los consuelos.* No aguarda ni consuelos en la oración, ni esas suavidades interiores que tantas almas consideran como el acompañamiento obligado de su fervor y la piedra de toque de su progreso; más aún, llega hasta suplicar á Dios que no le introduzca por estas vías extraordinarias, por temer que ello no constituya un cebo para el amor propio. La única oración que desea es la que puede hacerle mejor.

3. *La ilusión de las grandes ocasiones.* Sin guardar todas sus energías para no sé qué luchas terribles que tal vez nunca llegarán, en las mil escaramuzas cotidianas sabe hacer un gasto provechoso de sus energías y utilizar su valor. *Communia non communiter...* «Distinguirse por la perfección de las acciones ordinarias»: tal fué su divisa.

2. ¡Cuántos desalientos prematuros, provocados por cierta sequedad en la oración! ¡A cuántas personas se las puede convencer con esto, de haber buscado más que á Dios, sus propios gustos sensibles! En nuestra vida espiritual, no consultemos tanto nuestros gustos y satisfacciones: ¡vayamos derechamente á Dios!

3. No aguardemos tampoco ocasiones solemnes para distinguirnos. No hay detalle de la vida cotidiana, ni suceso alguno que no constituya una prueba de nuestra fe y de nuestra esperanza, ó que no contenga en germen el acto de amor y la buena acción propios para conducirnos á Dios. En lugar de lamentarnos de los hombres y de las cosas; en lugar de contentarnos simplemente con una inútil resignación, reconozcamos dondequiera y en todos los instantes, la mano de Dios que en aquel momento y por aquel medio quiere atraernos á sí.

III. **Una voluntad libre.**—I. EJEMPLO DEL SANTO. San Juan Berchmans rechazó todo lazo capaz de poner trabas al libre ejercicio de una voluntad que se había consagrado enteramente á Dios. En él no hallaron cabida ni el afecto particular ni la amistad sensible ó natural: «Huiré como de peste las amistades particulares»... y no haré caso del respeto humano. Él, tan condescendiente y sumiso; él, tan afable con todos, no se consentía ninguna debilidad de carácter. El deber, la regla formaban un límite infranqueable á sus concesiones. Con una independencia simple y franca, y sin hacer caso de la calidad de las personas, oponía el *veto* divino, ó hacía lo que á su juicio era más agradable al Señor.

II. APLICACIÓN. Las condescendencias de la voluntad son, por lo común, causa de retraso. Dios permite que nunca falten amigos ó parientes que contraríen nuestra inclinación al bien; pero también quiere, ya que su bondad sobrepuja infinitamente todas las cosas, que le tributemos gloria, pasando por encima de ellas para llegar hasta El. En el mundo, el respeto humano es fuente y origen de graves pecados; y aun en la vida religiosa sacríficasele también muy á menudo la regla y la perfección. Persuadámonos bien de esta verdad: que no pasaremos de medianías, mientras no seamos perfectamente libres; mientras tengamos otras preocupaciones fuera de amar únicamente á Jesucristo y seguirle en un todo.

COLOQUIO

No terminemos esta meditación sin haber hecho un firme propósito de ser santos, el cual suplicaremos á

nuestro santo Patrón se digne ofrecer con nosotros á la Virgen Santísima y á Dios. *Ave María.*

SEGUNDO DOMINGO.—La devoción hacia la Santísima Virgen

Materia de la meditación.—Nada ayuda tanto al alma para dirigirse á Dios, como estos santos afectos que la inclinan hacia determinada persona ó misterio, en donde brilla especialmente alguna de las perfecciones divinas. Tales afectos aumentan nuestra confianza, multiplican nuestros actos de virtud y nos aseguran en el cielo poderosísimas intercesiones.

Mediante estas señales puédesse perfectamente reconocer la devoción sólida, y distinguirla de ciertas prácticas mezquinas ó extrañas, poco razonadas y aun iba á decir supersticiosas, tales como ordinariamente las inspiran los móviles terrenos.

Para que las devociones ejerzan sobre nuestra alma un influjo santificador, ante todo deben ser *puras*, es decir, sobrenaturales en sus motivos; *verdaderas*, esto es, que respondan á una convicción de la inteligencia y á una inclinación de la voluntad; y en fin *vivificantes*, ó sea, que nos infundan nuevo vigor. Por consiguiente, es preciso que sean bien escogidas y no muy numerosas.

¡Para cuántos santos no fué la devoción á la Madre de Dios el alimento habitual de su fervor! Es que ninguna persona está tan unida con Dios como la Virgen, en quien el divino Espíritu realizó la maravilla de la Encarnación de Dios Hijo; es que en ninguna otra las perfecciones de la Majestad infinita brillan con tan poderosos y dulces reflejos. Del mismo modo que Esta-

nislao y Luis Gonzaga, Juan Berchmans fué un hijo privilegiado de María. ¡Dichosos nosotros si, estudiando su ejemplo, pudiéramos hacer florecer en nuestra vida una piedad análoga á la suya!

Plan de la meditación.—Sucesivamente veremos ahora cuán *pura, verdadera y devota* fué la devoción que San Juan Berchmans profesó á la Reina del Cielo.

MEDITACIÓN

«Si amo á María, es'oy seguro así de mi salvación, como de mi perseverancia en el estado religioso, y obtendré de Dios todo cuanto deseo» (Palabras de San Juan Berchmans).

1.^{ER} PRELUDIO. Figurémonos á San Juan Berchmans, con una alegría ingenua, ora consagrándose como joven escolar, al servicio de María en la Congregación del colegio de Malinas, ora vestido ya con el hábito religioso, los ojos inspirados, en el momento de rubricar con su sangre el voto de defender la Inmaculada Concepción.

2.^O PRELUDIO. A ejemplo de San Juan Berchmans, pidamos y esforcémonos en merecer la gracia inestimable de una verdadera y tierna devoción para con Aquélla que, al par que Madre de Dios, es también Madre nuestra.

1. **Devoción pura.**—La devoción de San Juan Berchmans fué completamente sobrenatural en sus motivos. Lo que pretende obtener con su redoblado fervor es la santidad en breve plazo. Solicita oraciones y misas, ya en Monteagudo ya en el altar de una ima-

gen de la Virgen honrada en San Pedro de Lovaina; pero ¿con qué fin? Para conocer su vocación; para alcanzar su entrada en la Compañía y poder hacer los votos; para aprovecharse espiritualmente de su viaje á Roma. El rosarito que inventó (1) y que rezaba cada día, sírvele para alcanzar las virtudes principales de que se siente más necesitado. Sólo después, y secundariamente, implora de esta buena Madre, asistencia en las cosas de menor importancia: añadidura prometida á los que, ante todo, buscan el reino de Dios.

II. APLICACIÓN. 1. ¿Proponémos un serio objeto en nuestras devociones? Con harta frecuencia nuestra intención permanece incierta y poco precisa, y faltos de fe viva y de decisión, disminuye nuestro ardor. No tenemos aquel andar resuelto del que marcha hacia un término definido; paseantes por hábito ó pasatiempo, puede decirse que andamos espiritualmente *matando el tiempo*.

2. La advertencia de Cristo: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia» (2). ¿no la olvidamos prácticamente en muchas de nuestras novenas, y en nuestro culto hacia tal ó cual santo? ¡Cuántas personas

(1) Esta corona de doce estrellas, como él la llamaba, se compone de tres *Padrenuestros*, seguidos de cuatro *Avemarias* cada uno. Con los *Padrenuestros* pedía sucesivamente á Dios Padre, un sentimiento de profundo respeto hacia la Santísima Virgen; á Dios Hijo, una gran confianza en la bondad de su Madre; á Dios Espíritu Santo, reconocimiento por las gracias debidas á la intercesión de su santa esposa. En las tres series de *Avemarias*, honraba las virtudes de la Santísima Virgen para con *Dios*: su Fe, su Esperanza, su Caridad, su Devoción; para *consigo misma*: su Humildad, su Castidad virginal, su Fuerza, su espíritu de Pobreza; y, en fin, para con el *prójimo*: su Caridad fraterna, su Obediencia, su Misericordia, su Modestia. — Su Eminencia el cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, en 2 de Diciembre de 1891, se dignó conceder 200 días de indulgencia á los que practicasen esta devoción. (Véase la hoja impresa por esta misma fecha por Ch. Peeters, Lovaina.)

(2) Matth. VI, 33.

devotas se lamentan de no conseguir nada! Pero ¿qué entienden las tales por no conseguir nada? No salir con la suya en un asunto pecuniario, imprudentemente emprendido y mal llevado; no verse libres de la enfermedad, de esa prueba saludable que hace pensar en el cielo; no ver, al primer esfuerzo que hacen, á los ángeles descendiendo del cielo para servirles en todas las cosas. Y mientras se agitan y atormentan, su impaciencia y apego á los bienes de este mundo hácenles olvidar las condiciones á las cuales ha subordinado Dios los efectos infalibles de la oración.

II. Devoción verdadera.--I. EJEMPLO DEL SANTO. 1. La devoción de San Juan Berchmans, fué verdadera, por de pronto porque tuvo sus raíces en *firmes persuasiones*. San Juan, *a)* se había formado una elevadísima idea de las perfecciones y prerrogativas de la Santísima Virgen (1), hasta el punto de hacerse interminable al pretender enumerar las cualidades que en ella descubría; *b)*, le atribuía el beneficio de la vocación, y compartía con otros santos la dulce convicción de que la que nos dió á Jesús, autor de la gracia, ha sido elegida para transmitirnos todas las gracias que brotan de aquella divina fuente; *c)*, en fin, la devoción á María era, á sus ojos, el mejor medio

(1) He aquí cómo se representaba á su Madre del cielo: «La luz de la fe en su inteligencia; la llama de la caridad en su voluntad; la memoria llena de los beneficios divinos; los deseos y los temores regulados por la templanza; las pasiones más vivas en profundo reposo; en sus ojos la simplicidad de la paloma; sus oídos atentos al menor llamamiento de Dios; en sus labios pocas palabras; sobria en sus gustos; púdica en todos sus contactos, activa en su porte y continente; derramando á manos llenas el bien y reflejando en su conversación el brillo de todas las virtudes: en una palabra, llena de gracias y de los dones del Espíritu Santo.» Reflexiones sobre el *Ave María*, *Spicilegium*, p. 89.

para obtener de Dios todas las cosas. Recordemos las palabras citadas en el umbral de este capítulo. Y cual si esto fuera poco, exclamaba aún: «Oh María, en vuestras manos pongo mi santidad, mi salud y mis estudios.»

2. Esta devoción mostróse verdadera, además, por su *duración*. San Juan Berchmans amó siempre á María; su fervor no reconoció ni relajamiento ni tregua. Fué, ya en sus comienzos, tal como la admiramos al fin de su vida. El rosario que, niño aún, rezaba mientras se dirigía descalzo á Monteagudo, estréchalo con transportes de júbilo en sus manos moribundas. Hasta en la agonía proclama que la devoción á la Santísima Virgen, ha sido su principal medio de perfección, y á todos da por consejo que amen á su Madre del cielo.

II. APLICACIÓN. 1. Esta persuasión en que estaba San Juan Berchmans, también nosotros podemos tenerla. ¿Trabajamos por formárnosla?

2. ¿Honramos á María con fervor constante? Los intervalos rompen, á la vez, el ímpetu, la unidad y la belleza de nuestro culto.

3. Reflexionemos en el consuelo que nos aguarda á la hora de la muerte, si diariamente hemos rezado con devoción el santo Rosario.

III. Devoción viva.—I. EJEMPLO DEL SANTO. Juan Berchmans fué todo corazón para María. Si en un momento cualquiera se le hubiese constreñido á dar una prueba de su devoción, al punto hubiera podido citar el fervor de sus *cotidianos* homenajes, su afán por estudiar las prerrogativas de la Virgen, ó las notas tomadas en los libros al objeto de poder hablar más dignamente de ella, mientras esperaba que llegase el

momento de escribir sus alabanzas; las piadosas industrias de que echaba mano para hablar de María en sus recreaciones, las visitas á los enfermos, la promesa de componer un libro en su honor, su juramento de defender siempre la Inmaculada Concepción y aquel celo, que el agotamiento propio de la enfermedad no logró amenguar. Estas palabras del P. Cepari lo resumen todo: «San Juan Berchmans parecía nacido para glorificar á María.»

II. APLICACIÓN. 1. ¿Qué vida anima nuestras devociones? ¿De qué nos sirven, en definitiva, si apenas nos ocupan; si no nos impulsan á obrar? En este caso ¿podemos esperar mucho de ellas? Tal vez permanecen relegadas y como olvidadas en un rincón de nuestro espíritu, siendo así que deberían llenar los vacíos de nuestra existencia, satisfacer nuestra necesidad de afecto positivo, y preservarnos del hielo del egoísmo ó de una vana pasión por las criaturas.

2. Y no vayamos á creer que, en San Juan Berchmans, fueron como innatos este fervor y devoción. Su ardor, es fruto de un propósito fielmente guardado: «No me daré punto de reposo hasta que no sienta en mí, un amor ternísimo hacia la Santísima Virgen.» Sólo el ejercicio, junto con la oración, logrará inflamar en nosotros un fervor semejante.

COLOQUIO

Razonemos con San Juan Berchmans, sobre nuestros sentimientos para con la Santísima Virgen, pidiéndole consejo y ofreciéndole nuestras resoluciones.
Ave María.

TERCER DOMINGO.—El sacrificio del cuerpo y de los sentidos mediante la castidad

Materia de la meditación. ¡Oh amable y hermosa virtud, cuán encantadora y en plena florida apareces en los Santos! Al que á ti se llega por primera vez, hácesle el efecto de austera, porque le pides el holocausto de su cuerpo y de sus sentidos. Pero en pago de este sacrificio, difundes, aun sobre su rostro, los encantos de una belleza inmaterial. Apenas si toca ya la tierra con los pies ¡de tal manera parece ya hecho para ver al Dios del cielo!

¡Cuánto importa penetrar la influencia transformadora de la castidad, y cómo acompaña siempre al mérito esencial de esta virtud! La práctica transformase entonces en culto; y el voto, plenamente comprendido, llega á su máximum de influjo, y enriquecese el alma con mil bienes espirituales.

Pero hay más todavía: á esta razón personal debe añadirse un motivo de orden social. La perfección de la pureza fué siempre el mejor antidoto contra un siglo corrompido; pero hoy día, en presencia de tan temerarias audacias contra la santidad del matrimonio y los más fundamentales principios de la moral; el afanoso cuidado de elevarnos por sobre esta ciénaga infecta de corrupción, mediante la santidad y nobleza de todos nuestros deseos, es ya una compensación y reparación que debemos desear ofrecer al Corazón purísimo de nuestro querido Salvador. San Juan Berchmans fué una de estas almas vírgenes, que la Iglesia se complace en proponer á la admiración del mundo, y que forman las delicias de su celeste Esposo.

Plan de la meditación.—Veremos, pues, en San

Berchmans, una castidad que *sacrifica los sentidos, que va acompañada de la belleza y que se eleva hasta Dios.*

MEDITACIÓN

«Si verdaderamente quieres ser hijo de María y de la Compañía, sé celoso de tu castidad.» (Palabras de S. Juan Berchmans)

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á San Juan Berchmans, en medio de sus hermanos, con el rostro sonriente, la frente serena, la mirada tersa y límpida, adornada con esta gracia modesta que convida á la castidad.

2.^º PRELUDIO. Pidamos por mediación de nuestro joven patrono y de la Reina de las vírgenes, la gracia de enamorarnos de la castidad, para ofrecer nuestro cuerpo en holocausto al Señor.

I. El sacrificio de los sentidos. — I. EJEMPLO DEL SANTO. Los escritos de San Juan Berchmans, sus resoluciones (1) y los hechos de su vida, atestiguan que su amor á la castidad, fué tan delicado como generoso.

Inmoló á esta virtud todos los placeres de los sentidos y todos los gustos del cuerpo.

La modestia más severa refrenaba su mirada, y la actitud de su cuerpo era una continua traba, una mortificación no interrumpida.

Jamás buscó sus comodidades.

(1) He aquí su programa: «Constantemente miraré con horror y aversión las más ligeras imperfecciones que tienden á menoscabar la castidad, la desordenada inclinación á los manjares, la inmodestia de los ojos en casa y fuera de ella, la ociosidad, la tristeza.» CEPARL, p. 2, §. 7.

En la mesa, el hábito de contrariar su gusto le hizo indiferente á toda suerte de manjares.

No sólo se prohibía á sí mismo cualquier gesto demasiado familiar, sino que aun todo contacto inútil con otro parecía ya un menoscabo de la santidad de su cuerpo.

Su imaginación había de ser el más puro espejo de sus pensamientos. Por esto renunciaba á lecturas que hubieran podido serle útiles, por miedo de que alguna imagen menos pura viniera á empañar el brillo de su alma virginal.

Además de esta guarda de los sentidos, prevenía, mediante un trabajo asiduo, todas las sorpresas de la ociosidad.

Aquí tenéis, pues, de qué manera amaba nuestro Juan la castidad, y el santo respeto que profesaba á su cuerpo, templo del Espíritu Santo.

II. APLICACIÓN. 1. ¿Por ventura una vocación parecida á la de San Juan Berchmans, nos llama á honrar con una pureza perfecta la carne de Jesucristo? (1) En este caso, ¿atestigua nuestra vida un verdadero culto por la castidad? ¿No parece, á veces, que ignoramos su delicadeza ó su precio? Pocos cuidados positivos, negligencias, imprudentes libertades; el olvido de las precauciones que se nos enseñaron al principio de nuestra carrera sacerdotal ó religiosa; ciertas condescendencias para con determinados afectos, en los cuales nos empeñamos en no ver nada carnal, sin que á pesar de ello logremos aquietarnos del todo: ¿no nos da todo ello materia para muy justos arrepentimientos y utilísimos propósitos?

(1) Epístola de San Ignacio á San Policarpo, 5 (M., P. G., t. 5, col. 274): El texto griego dice más bien: *honrar al Señor de nuestra carne, que no la carne del Señor.*

2. ¡Cuántas personas que hacen profesión de piadosas, admiran y envidian la fácil castidad de los hijos privilegiados de la Santísima Virgen! Pero cediendo al deseo de verlo y oírlo todo, hallándose bien con ciertas sensualidades y no teniendo siquiera cuidado en evitar los ligeros excesos en la comida ¿están acaso en condiciones de merecer tan inestimable favor?

Sin duda nos es preciso aceptar noblemente algunos combates; pero han de ser los que Dios permite para ejercicio de nuestra humildad y para darnos ocasión de tomar sobre el enemigo gloriosos desquites; no aquellos á que nos expone nuestra curiosidad. Tengamos para con esta virtud atenciones muy delicadas; estemos siempre al acecho y demos pruebas de un ánimo superior á los antojos de los sentidos. Corramos con nuestros buenos deseos á los pies de Nuestra Señora, pues de este modo es fácil que esta Virgen benditísima, nos infunda como una inclinación natural hacia todo lo que es puro; y, en todo caso, tendremos la seguridad de no ser jamás derrotados.

3. Y no se crea que sea esto un simple negocio de perfección, pues es, sobre todo, punto de sabiduría y de prudencia. Ya San Agustín se lamentaba de haber visto caer algunos hombres que parecían tan firmes como los Jerónimos y los Ambrosios. Recojamos esta enseñanza que se desprende del ejemplo de Berchmans. Por lo demás, los hechos cotidianos debieran bastar para convencernos de nuestra extrema fragilidad. ¡Y qué decir cuando sabemos que hay un enemigo astuto que no cesa un instante de tendernos lazos!

Pero si, á pesar de nuestras repetidas negligencias, hemos logrado conservar hasta aquí lo esencial de esta

virtud, admiremos la protección que nos ha dispensado la Santísima Virgen; y en adelante sepamos merecerla con una exacta templanza, con la mortificación, con la observancia de todas nuestras reglas y con una prudente guarda de los sentidos.

II. Belleza de la castidad.—Esta virtud de San Juan Berchmans, prestaba un encanto celestial á toda su persona. A porfía pintannos los biógrafos sus nobles atractivos: su modestia cautivadora que arrastraba en pos de sí á mucha gente, ávida de contemplarla; el consuelo que sus visitas, impacientemente atendidas, proporcionaban á los enfermos; el interés de su conversación igualmente solicitada por sacerdotes, por estudiantes y por los hermanos dedicados á los quehaceres domésticos. ¡Todos querían gozar de Juan!

Su exterior era amable, y tan dulcemente seductora su pureza interior, que debía ser el encanto de los mismos ángeles. En su alma todo era orden y reposo, sin ningún tumulto de tentaciones y emociones inferiores, ni siquiera involuntarias.

La voluntad, dirigida por la recta razón, reinaba como dueña y señora sobre los sentidos sojuzgados, y santamente libre de todo yugo servil, ejecutaba sin pena cuanto había resuelto. Unía á la belleza del orden y de la victoria, la belleza propia de esta libertad que caracteriza á los hijos de Dios.

II. APLICACIÓN. Fomentemos en nosotros esta íntima persuasión: es sumamente grato al Señor, que le ofrezcamos por morada un corazón virgen; y, además, con esto engalanamos nuestra alma con un vestido inmortal. En este supuesto, ¿podrá parecernos un precio excesivo la guarda de la más escrupulosa castidad? ¡Qué mucho que redoblemos las atenciones deli-

çadas y los sacrificios momentáneos, si tales ventajas nos aseguran!

III. Blanco de la castidad.—I. EJEMPLO DEL SANTO. Humilde y piadosa, la castidad de San Juan Berchmans sirvió en gran manera para unirle íntimamente con su Señor. El vaso purísimo de su imaginación, de su inteligencia y de su corazón estaba lleno de Dios, y por esto, las horas todas del día pasábansele en íntima unión con Jesucristo. Su conversación era celestial. No parece ya pertenecer á la tierra: tan fijas estaban sus miras en aquella patria hacia la cual no tardará mucho en remontar el vuelo.

II. APLICACIÓN. He aquí, según San Pablo, el blanco y la consumación de la castidad perfecta. Si recomienda y alaba la virginidad, es por la facilidad que da de ir á Dios y no amarle sino á El.

¿Por qué no daríamos nosotros á la virtud de la castidad este magnífico coronamiento? ¡Qué consecuencia la de desligarnos de las más fuertes trabas y renunciar á nuestros más legítimos afectos, para aceptar después otras más pesadas cadenas! Incertidumbres del amor propio; inquietudes por ciertos éxitos humanos; cuidados de fortuna terrestre y de vanas amistades: hora es ya de que rechazemos todo esto á fin de vernos santamente libres para volar á Dios, ser enteramente suyos y no pensar más que en servirle.

«El que está libre de los lazos del matrimonio tiene cuidado de las cosas de Dios y sólo procura complacerle... La que es virgen, piensa también en el Señor, á fin de santificarse en el cuerpo y en el alma» (1).

(1) I Cor. VII. 33, 34.

COLOQUIO

En un fervoroso coloquio con la purísima Virgen y el angélico Juan Berchmans, formemos el propósito de desarraigar todas las negligencias voluntarias que pudieran hacer nuestra castidad menos perfecta, y menos dulce su posesión. Aceptemos con humilde intrepidez todas las luchas que nos sobrevengan sin culpa nuestra; pero insistamos, ante tan buenos y poderosos patronos, para que nos aseguren constantemente la victoria. *Ave María*.

CUARTO DOMINGO.—El sacrificio de la voluntad

Materia de la meditación.—El librarnos del pecado, nos dice San Pablo (1), implica que nos sujetemos á la justicia ¡Extraña consecuencia, poner como fruto de la libertad la servidumbre! Y sin embargo, no puede ser de otro modo, desde el momento que se disputan el mismo *yo* dos fuerzas contrarias: la concupiscencia del espíritu y la concupiscencia de la carne (2).

No puede la una vencer sin que quede la otra subyugada. Pero esta servidumbre que señalamos como fruto de una victoria, es al mismo tiempo reinar. El servicio de Dios asegura, dentro de nosotros mismos, el triunfo de la mejor parte: «¡Oh Dios, exclama la Iglesia, serviros es reinar!»

De aquí es ya fácil concluir, que esta libertad completa, este triunfo más brillante llamado santidad, supone una sumisión más entera á la justicia, ó sea,

(1) Rom. VI, 18.

(2) Galat V, 17.

aquella perfecta humildad á la cual asigna Nuestro Señor el primer lugar en los cielos.

Por lo demás, no es la humildad sino la voluntad humana sujetándose á la de Dios. El ejercicio de esta humildad varía según las circunstancias: por esta razón vamos nosotros á proponer dos meditaciones, de las cuales la primera conviene más especialmente á los religiosos.

Primer ejercicio, para los religiosos

Plan de la meditación.—Ávido San Juan Berchmans de ofrecer á Dios el sacrificio total de sí mismo, hízolo consistir en una fidelidad absoluta á todas las reglas. Según esto, consideraremos sucesivamente *la perfección, el espíritu y las razones* y, en fin, el *mérito y fruto* de su regularidad.

MEDITACIÓN

«*Antes me dejaré hacer pedazos que faltar deliberadamente á una regla, ó á una disposición de mis Superiores.*» (Palabras de S. Juan Berchmans.)

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á San Juan Berchmans, ofreciendo á Dios el sacrificio de su libre voluntad. «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad... y toda mi voluntad.» (*Ejercicios de San Ignacio.*)

2.^O PRELUDIO. Pidamos instantemente al Señor, por intercesión de San Juan Berchmans, la gracia de esta sumisión perfecta que implica el entero sacrificio de nosotros mismos á Dios.

I. **Perfección de esta regularidad.**—1. EJEMPLO DEL SANTO. Para hacernos cargo de cuán perfecta era en él esta regularidad, debemos considerar:

a) Su *universalidad*, pues cumple absolutamente todas las reglas y cualquier voluntad de los Superiores, sea cual fuere.

b) Su *rigor*, pues se veda toda dispensa.

c) Su *constancia*, pues momentos antes de expirar, dió Berchmans este testimonio de sí: que durante sus cinco años de vida religiosa no recordaba haber incurrido en ninguna falta deliberada.

d) Su *principio*: esta fidelidad no es ni un efecto del azar, ni el resultado adicional de una serie de buenos propósitos; sino fruto directo de una sola resolución, grande y seria, cuya enérgica fórmula dejamos ya transcrita: «Antes me dejaré hacer pedazos que infringir la menor regla ú ordenación de mis Superiores.»

2. Semejante fidelidad nos parece sorprendente y casi inverosímil; y, sin embargo, nada más cierto que esto. Tenemos, á favor de lo que vamos diciendo, el testimonio cotidiano de las acciones de nuestro santo joven. Ya durante su vida, más de cien fueron los hermanos que, interrogados expresamente por los Superiores, ó constreñidos á ello por el mismo Santo, desplegaron la más atenta vigilancia para ver si lograban pillarle en algún defecto. Todo fué en vano.

II. APLICACIÓN. 1. ¿Por ventura no nos revela una simple ojeada, la inmensa fuerza de semejante docilidad, y la hermosura y grandeza de tan perfecta observancia? Una resolución bien guardada delata yo no sé qué nobleza de carácter que excita la admiración. Hacer las cosas á medias es propio de la mediocridad.

2. Acordémonos cómo, antes de ser religiosos, la

observancia de las reglas nos parecía una consecuencia natural del estado que libremente íbamos á escoger. Más tarde, en el seno mismo de la religión, ¡cuántas veces hemos tomado como objeto de nuestras promesas á Dios y á los hombres la entera fidelidad á las reglas!

Confrontemos nuestros actos con estas resoluciones tomadas y con esta palabra dada. ¡Qué contraste! ¿Qué nombre dar á nuestra inconstancia y debilidad?

II. Espíritu y razones de esta regularidad.—I. EJEMPLO DEL SANTO. San Juan Berchmans fué tan regular:

1. Porque pretendía ser santo: ¿acaso no sabía él que la santidad consiste en el cumplimiento absoluto de la voluntad de Dios? ¡Oh querida voluntad de Dios, que él buscaba hasta en los más insignificantes pormenores y que su espíritu de fe hacía descubrir en la regla más pequeña, en la menor disposición de los Superiores! Como emanadas de una autoridad que manda en nombre de Dios mismo, aquellas prescripciones eran para él tan sagradas como si una voz del cielo, resonando en su oído, le hubiese ido diciendo á cada instante: «Mira lo que Dios quiere de ti.»

2. Porque, como muy amante de su vocación é interesado en el bien de la Orden á que pertenecía, y solícito por la felicidad de sus miembros, consideraba que de la observancia de las leyes y de la fidelidad á las reglas, dependía el bien general de la comunidad, la mutua edificación, la facilidad de santificarse todos, una unión más íntima de los corazones y un más perfecto acuerdo en los actos; de donde forzosamente habría de redundar en el conjunto mayor aumento de felicidad.

3. Porque la regularidad pareciale una forma de servir á Dios, á la vez que necesaria para la santidad, posible siempre para todos en cualquier estado, lugar y ocasión en que se encontrasen.

II. APLICACIÓN. Estas altas razones nada han perdido de su valor. El soberbio espíritu del siglo debe, más que otra cosa alguna, inducirnos á consolar al Corazón de Jesús por medio de una perfecta humildad. Aprendamos, pues, á estimar en mucho estas observancias que la ligereza mundana propende á tildar de pequeñeces y mezquindades.

III. Mérito y fruto de esta regularidad.—I. EJEMPLO DEL SANTO. 1. En igualdad de circunstancias (1), el *mérito* de las obras mídese por sus móviles y por el libre esfuerzo que exigen á la voluntad. ¿Cuál no fué, pues, el valor sobrenatural de una observancia tan perfecta, inspirada en la fe y en la caridad, y que exigía á nuestro santo joven: *a)* una renuncia completa de la propia voluntad; *b)* una inmolación total del espíritu humano; *c)* y el valor necesario para vivir constantemente consigo mismo, sin desmentirse jamás?

2. Para juzgar de los *frutos* que tal fidelidad le valió, bástenos sólo evocar esta escena conmovedora en que Juan Berchmans, despidiéndose de sus hermanos poco antes de morir, volvióse á su Superior para decirle: «Si V. R. lo juzga á propósito, puede manifestarles que mi mayor consuelo en este momento es que, desde que estoy en la Compañía, no me remuerde la conciencia de haber cometido un solo pecado venial deliberado.»

II. APLICACIÓN. 1. Las fuentes de nuestras fal-

(1) Es preciso tener también en cuenta la santidad del que obra, y la gracia con que es favorecido.

tas ¿no se hallan por ventura en los defectos contrarios á las cualidades que acabamos de admirar en nuestro amable patrón? ¿Queréis conocerlas? Pues son el amor á la independencia: este miserable afán de la voluntad que, después de haber aceptado libremente el yugo del Señor, de nuevo pretende sacudirlo cuando menos á medias; la ligereza y la inconstancia: indicios de una voluntad débil y de tener poco dominados los afectos; y finalmente la humillante servidumbre del respeto humano, que arguye falta de carácter.

Avergoncémonos de haber sido tan débiles y tan poco consecuentes.

2. ¡Oh precio inestimable de la perfecta regularidad, que tales consuelos da á gustar en la hora de la muerte! Comparemos con esta satisfacción suprema las problemáticas y siempre sospechosas ventajas de nuestras desobediencias. ¿No sería ya tiempo de romper con tantos engaños, de acabar con nuestra frivolidad y de poner nuestra dicha en una leal y generosa ejecución de todos nuestros compromisos?

COLOQUIO

Sin una observancia rigurosa de las reglas, no podremos conseguir la santidad;—esta observancia rigurosa es un medio seguro para llegar á ella;—el tender á la santidad es la razón de ser de nuestra vida religiosa.

¿No deben bastar estas simples reflexiones para rechazar toda duda y decidarnos á una perfecta regularidad?

Esta decisión presentémosela á aquel en quien «Dios hizo consistir la admirable santidad en la per-

fecta observancia de la disciplina religiosa» (1). Nada puede serle más grato que vernos resueltos, á ejemplo suyo, á no admitir jamás ninguna infracción deliberada de cualquier regla. Sea la fidelidad diaria á este propósito, el homenaje cotidiano de nuestra devoción á tan querido y amable santo. *Ave María*.

Segundo ejercicio

Plan de la meditación. Imperio de la razón sobre los apetitos inferiores y su sumisión al Hijo de Dios: He aquí, según SAN AGUSTÍN (2), la perfección del orden y, al mismo tiempo, la perfección de la paz. He aquí lo que hace á los pacíficos, en los cuales nada resiste al Señor. He aquí lo que les vale un especial parecido con Él, hasta merecer ser llamados hijos suyos: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios» (3).

Esta perfección del orden y de la paz es fruto de un sacrificio de la voluntad, del cual San Juan Berchmans nos ofrece un admirable ejemplo.

En los tres puntos de esta meditación, consideraremos la triple armonía del *orden para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo*.

MEDITACIÓN

«Procuraré, por cuantos medios pueda, guardar la paz del alma y la alegría interior.» (Palabras de S. Juan Berchmans.)

(1) Oración de la beatificación de San Juan Berchmans.

(2) *Sermón de la montaña*, l. 1, c. 2, 9 (M., P. L., t. 34, col: 1,233).

(3) Matth, V, 9.

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á San Juan Berchmans, reflejando en sus rasgos esta tranquilidad interior, fruto de constantes esfuerzos, de que dan testimonio las palabras que acabamos de transcribir.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la gracia de conocer y apreciar esta paz, á donde conduce la inmolación perfecta á la voluntad de Dios.

I. **El orden para con Dios.**—I. EJEMPLO DEL SANTO. Al objeto de ser todo de Dios, San Juan Berchmans profesó á la vez un inmenso respeto á la Majestad divina y una tierna confianza en la Bondad infinita. Por lo mismo que se amoldaba en un todo al beneplácito de Dios, no conocía su alma la murmuración, la melancolía, ó el pesar.

¡Cuántas veces, en sus propósitos y consejos, manifiesta la necesidad de abandonarse enteramente en manos de la providencia! «Ten cuidado de honrar á Dios y Dios tendrá cuidado de ti... No te preocupes de lo porvenir, antes entrégate y confía enteramente en El... Ten para con Dios los sentimientos de un hijo para con su madre.» (CEPARI, p. 2, §. 7.)

II. APLICACIÓN. 1. ¿Son acaso difíciles de comprender los derechos que tiene sobre nosotros la Majestad divina? Reflexionémoslo, y juzguemos por ello el valor de nuestros lamentos, de nuestras impaciencias y de nuestros pequeños conatos de rebeldía. ¡Ah, cuán liberal se ha mostrado Dios con nosotros y cuán exigentes somos todavía!

2. Recordemos las palabras de Jesucristo, con las cuales se nos muestra la solicitud de Dios para con las menores criaturas y se nos exhorta á deponer toda inquietud; evoquemos sin cesar la idea de este Padre que tenemos en el cielo, y acompañemos nuestra

humildad con una confianza filial. Entonces, como San Juan Berchmans, hallaremos en Dios nuestro apoyo y nuestro reposo.

II. Vida ordenada con respecto al prójimo.—

1. EJEMPLO DEL SANTO. Su primer principio de orden para con el prójimo, fué el desprecio de sí mismo y el respeto á los demás. Respeto *interior*, en virtud del cual prohibíase cualquier juicio desfavorable; respeto *exterior*, teniendo para con los demás todos los miramientos posibles y una deferencia llena de sencillez.

Mostraba para con todos una delicadeza preveniente, y atendía en grado sumo á no ser carga para nadie sino más bien un descanso; y, á no dudarlo, era todo ello fruto natural de aquel olvido de sí que él llamaba «camino abreviado de perfección y fuente de gran paz».

II. APLICACIÓN. 1. ¡Cuán opuesto es este principio á los que tiene el mundo, donde prevalece siempre una rivalidad inspirada por la máxima egoísta: «Aprovéchate de los otros y procura sacar del prójimo ventajas para ti!» Pero veamos á dónde conduce este principio. En el mundo, siembra el odio y la división; á los que lo practican es causa de turbaciones, de inquietud, de amarga decepción y de roedora envidia.

2. ¿Y qué quiere de nosotros nuestra santa religión? Alejar de nuestro espíritu los juicios desfavorables (1); inspirarnos un afecto y ternura verdaderamente fraternales hacia el prójimo (2); constreñirnos á darnos mutuas muestras de afecto y deferencia (3);

(1) I Cor. IV, 5.

(2) Rom. XII, 10.

(3) Ibid.

no hacer nada por espíritu de contienda ó de vana gloria, sino que obremos de suerte que cada uno considere humildemente á los otros como superiores suyos (1).

La aplicación de estos principios transformaría la tierra en un paraíso. Sin duda, no es bastante nuestra influencia para hacerlos reinar sobre el mundo; pero sí que de nosotros depende exclusivamente el que constituyan la paz y felicidad de nuestro corazón.

III. Vida de orden con respecto á sí mismo.—

I. EJEMPLO DEL SANTO. Así el interior como el exterior, todo estaba admirablemente reglado en San Juan Berchmans. Calma sin apatía: poseíase perfectamente á sí mismo; su voluntad ejercía un imperio magnífico sobre sus pasiones subyugadas. Además, era también perfecto dueño de sus movimientos, y su exterior mostrábase siempre modestamente compuesto. No parecía haber imprevistos en su vida, ni respecto á lo tenía que hacer, ni cuanto al modo de ejecutarlo. Para todas las cosas había tomado ya su determinación, y su voluntad obtenía siempre el efecto apetecido.

II. APLICACIÓN. I. Comparemos esta vida, toda de orden, con la confusión que reina en nuestra existencia. ¡Cuán digno sería para nosotros que dejáramos menos margen al azar! ¡Qué imprudencias ó pasos en falso evitaríanse de esta suerte! Así, nuestras acciones, más libres y mejor pensadas, añadirían mayor nobleza y mérito á nuestra vida. Diariamente haríamos subir al Señor el incienso de mil pequeños sacrificios.

2. Pero este orden supone una energía viril.

(1) Philip. II, 3.

Admiremos la que desplegó Berchmans para guardar fielmente sus múltiples propósitos. Aun sin bajar á los pormenores á que él bajaba, ya que vivamente deseamos también poseer tan preciosa cualidad, adoptemos un orden de vida preciso y poco complicado. Al propósito general que hemos hecho de ser ordenados, añadamos una voluntad constante y enérgica que nos ponga á cubierto de todo desaliento. El ejercicio fortalecerá esta voluntad, y muy pronto obtendremos este imperio sobre nosotros mismos que ha de hacernos capaces de todo bien.

COLOQUIO

Bajo la mirada del santo joven, tomemos algunas resoluciones verdaderamente prácticas, suplicándole que nos obtenga, en nuestra vida, la dulce serenidad, hija del orden perfecto que todo lo hace converger hacia Dios. *Ave María.*

QUINTO DOMINGO.—El heroísmo cotidiano

Materia de la meditación.—No inmediatamente descubre el ojo las arenitas de oro que arrastra el flujo cotidiano de la vida, aparte de que una secreta ambición nos induce á reservar nuestros esfuerzos para no sé qué solemnes circunstancias. Escudriñamos lejanos horizontes, olvidando que la santidad está siempre al alcance de nuestra mano y que Dios nos ha colocado sobre el terreno mismo que debemos explotar. En él encontraremos, á la vez, el enemigo, el asalto, el arma de combate y la victoria. Y si por ventura no llegan

nunca á ofrecérsenos más brillantes encuentros, estemos seguros de que la fuerza adquirida y desplegada hasta aquí constituirá nuestra mejor garantía para los triunfos de mañana.

Plan de la meditación. La gracia enseñó á San Juan Berchmans, que buscara la santidad por los caminos ordinarios y abiertos á todo hombre de buena voluntad. Nada más útil de meditar que este *heroísmo cotidiano*. La materia está perfectamente apropiada á todas las condiciones; los tres aspectos bajo los cuales lo presentaremos, en los puntos de la meditación, aplícanse por igual á los religiosos y á las personas seglares.

MEDITACIÓN

«*Me distinguiré por mis obras ordinarias.*»
(Palabras de San Juan Berchmans.)

1.^{ER} PRELUDIO. Representémonos á nuestro Santo con los rasgos que tenga en la estampa que sea más de nuestro gusto.

2.^O PRELUDIO. Pidamos la inmensa gracia de poder realizar eficazmente, en la vida cotidiana, nuestros propósitos sobre la santidad.

I. **El heroísmo de la vida común.**—EJEMPLO DEL SANTO. Como todos los hombres, San Juan Berchmans tenía sus preferencias é inclinaciones, sus repugnancias, sus gustos y su temperamento. Su piedad y su fervor habíale dado tal experiencia de las cosas espirituales, que dejaba muy atrás á la que traen al Noviciado la mayor parte de los candidatos á la vida religiosa. Dotado de inteligencia clara y no exenta de

inventiva, por fuerza debían ocurrírsele mil ideas acerca de los estudios; mil proyectos, tal vez, sumamente halagüeños para su celo y actividad. Ni es verosímil suponer lo contrario; porque ¿qué día se pasa sin que una multitud de objetos exciten en nosotros un sin fin de pequeños deseos?

Pero al franquear la puerta de la casa de probación, San Juan de Berchmans encontróse, además de la Ley de Dios y los Preceptos de la Iglesia, un reglamento más bien minucioso que determinaba el empleo de todos los instantes. ¡Cuántas veces su devoción hubo de sentirse contrariada al tener que conversar con los hombres, precisamente cuando su corazón lo convidaba á la soledad! ¡Cuántas veces se sentiría lastimado su celo teniendo que resignarse al descanso cuando sólo anhelaba actividad! ¡Cuántas oraciones no se vió forzado á interrumpir, y cuántas comuniones no hubo de sacrificar! Y estas dificultades multiplicáronse sin duda, á medida que le fué preciso ir compartiendo el estudio de las ciencias con el de la perfección, y que su vida hubo de atender á diversos cuidados. Pero aun en este nuevo medio, supo descubrir inmediatamente la primera ocasión de su heroísmo cotidiano. Oigamos sus propias palabras: «Mi mayor penitencia será la vida común.» ¡Oh, qué de luchas y sacrificios no encubren, y cómo nos revelan al propio tiempo un firme propósito de cargar con su yugo, de doblarse á aquel régimen que él no ha ordenado, y de sujetarse en un todo á él, desechando la más leve excepción! Y poco á poco, gracias al olvido habitual de todo cuanto le dictaba su gusto, su querer fué adquiriendo tal ductilidad, que ejecutaba cada una de sus ocupaciones, no ya con ánimo resignado, sino con tal prontitud y diligencia que parecían en él actos libres y espontáneos.

Nadie ignora que, en Berchmans, esta fidelidad no se desmintió jamás, hasta el punto de que ni aun en su última enfermedad, quiso que el enfermero le alcanzase poder comulgar en ocasión en que la Comunidad no lo hacía, como ardientemente lo deseaba, sólo porque esto se salía entonces de la costumbre establecida.

II. APLICACIÓN. 1. Cosa es la vida común que á todos los religiosos se exige. Impuesta por el Concilio de Trento, es objeto de especial vigilancia por parte de la Santa Sede y constituye el punto de partida en casi todas las reformas.

Dicha vida común consiste esencialmente en la sumisión á una regla y á un Superior, y en someterse á un régimen de vida que prohíbe ciertos ejercicios comunes, exigiendo además que, cuanto á la habitación, vida y vestido, todo el mundo se abandone al cuidado de los que la misma Orden designa para que velen sobre estas cosas exteriores.

Bien entendida, hace que el religioso:

Olvidado de sus *gustos*, ejecute fielmente todos los ejercicios prescritos;

Olvidado de su *salud*, se contente con lo de todos, salvo en ocasiones excepcionales, dejadas al juicio del superior;

Olvidado de su *antiguo estado* y de sus *relaciones presentes* no busque en todo ello ningún medio para suavizarla;

Olvidado de su edad y de sus *servicios* no encuentre en ellos ningún motivo de excusa ó de dispensa;

Deseoso de la *perfección*, mire este régimen como el *mínimum* requerido para obtenerla.

Si la excepción se inclina del lado del rigor y nos induce á llevar una vida más austera, entonces inspira menos desconfianza; contiene menos amor propio y el

contagio no es tan temible. Pero con todo, aun en tales casos, San Juan Berchmans evitó con cuidado la efec-tación y el espíritu de singularidad. La única excepción que pidió fué un día de retiro mensual, sin tener que ir á recreo.

Es fácil comprender que la vida común así enten-dida, supone mucha abnegación y gran olvido de sí; que exige renunciarse á sí mismo y sacrificarse; pero, por otro lado, también hay que confesar que engendra en los religiosos una santidad amable, sólida y tanto más al abrigo de toda ilusión cuanto que á menudo aun á sí misma se ignora.

2. Sin ser religioso, ¿quién hay que no tenga que vivir en un medio más ó menos impuesto? ¡Cuántas cargas ineludibles nos imponen nuestras ocupaciones, nuestra residencia y el orden cotidiano de nuestra vida! No es poco el mérito que se obtiene acomodán-dose plenamente á ellas. Tales circunstancias, debida-mente aceptadas, son otros tantos medios de santi-ficarnos; nos inspiran una resignación que nos pone á cubierto de ciertos extravíos propios del hombre fan-tasioso, excéntrico ó simplemente egoísta; y además nos sugieren frecuentes sacrificios en que el heroísmo cristiano encuentra ancho campo para ejercitarse. Sea-mos de aquellos que aceptan con fe las pequeñas con-trariedades de la vida y que, sin chocar con nadie, siguen simplemente el recto camino de la virtud.

II.—El heroísmo de las relaciones cotidianas.

I. EJEMPLO DEL SANTO. En su familia, sirviendo á un amo, en el colegio, en la vida religiosa, en Dieste, en Flandes y en Roma, San Juan Berchmans estuvo en contacto con hombres de todos los caracteres y genios. En el curso de sus estudios, topóse también con un

condiscípulo que se propuso contradecirle en todo; pero gracias á su natural dulzura, supo vencer esta oposición llegando á complacer aun á los más exigentes. Por su parte, trababa conversación con todos; y ya hemos visto con qué gracia sabía dar atractivo á su plática. Ejerció sobre cuantos le rodeaban una influencia altamente bienhechora, y murió llorado de todos.

II. **APLICACIÓN.** Encarezcamos una vez más el heroísmo que se disimula bajo esta aparente facilidad de relaciones. ¡Cómo es preciso esfumar la propia personalidad para hacerse á todos los temperamentos; para ser bueno, afable y caritativo sin distinción de personas; y para mostrar á todos los Superiores el mismo respeto; é idéntica condescendencia con iguales é inferiores!

Este heroísmo, tan admirable como útil, está á nuestro alcance. No hay casa ni hogar en donde no podamos, por medio de nuestras delicadezas, condescendencia y atenciones, vivir para los otros y, consiguientemente, para Dios.

III. El heroísmo de las acciones cotidianas.

I. **EJEMPLO DEL SANTO.** En este punto parecemos que el heroísmo de San Juan Berchmans llega á su colmo.

Hagamos la suma de nuestras diversas acciones cotidianas. ¡Qué número tan grande! ¡qué variedad de plegarias, de palabras, de ocupaciones! ¡Qué empresa la de vigilar sobre todo, la de procurar que sean igualmente perfectas la oración que elevamos á Dios, las palabras que dirigimos á los hombres, cada gesto que hacemos y el más leve ejercicio de nuestros sentidos y potencias! Ante tamaña empresa, cuántas veces retro-

cedemos como espantados, cediendo á la seducción de un *qué le vamos á hacer*, por el que nos creemos dispensados de todo esfuerzo, aviniéndonos con un modo de vivir al azar completamente indigno de nosotros. San Juan Berchmans no es de los que retroceden. *Communia non communiter* (1): he aquí su resolución inquebrantable. Se ha propuesto llevar á su perfección máxima las acciones más insignificantes, y realiza por completo sus designios. En todas las cosas logra ser perfecto. ¡Oh, qué admirable grandeza la de nuestro Santo!

II. APLICACIÓN. Pensemos ahora en el bien espiritual, en la virtud, en el gozo eterno que cada acción contiene, si así puede decirse, en semilla. ¡Cuánto fruto perdido por nuestra negligencia!

Aun cuando no lográramos el magnífico resultado obtenido por San Juan Berchmans, ¡cuánto no ganaríamos en aplicarnos con todo el fervor á la perfección de las obras ordinarias! Los mismos deslices en que caeremos tendrán la ventaja de mantenernos en la humildad. ¿Y por qué habríamos de descorazonarnos por ello? Cada bien adquirido, adquirido está irrevocablemente. Cada nuevo propósito nos hace progresar por un camino seguro y fructuoso, en el que ninguna pena es perdida y en que los malos pasos tienen su utilidad. Si, gracias á nuestra debilidad humillada, nos sentimos menos satisfechos de nosotros mismos; si nos encontramos menos hermosos de como solemos hallarnos en los lisonjeros retratos de nuestros ensueños, consolémonos con la idea de que así agradamos más á Dios y que alegramos más plenamente las miradas de los Angeles y Santos.

(1) Hacer las cosas ordinarias de un modo extraordinario.

COLOQUIO

Dirijamos un fervoroso coloquio á San Juan Berchmans. Admiremos su heroísmo; unamos á nuestras felicitaciones la plegaria, y hagamos un firme propósito de imitarle siempre con fidelidad y constancia. *Ave María.*

Fiesta de San Juan Berchmans

13 de Agosto

Plan de la meditación. Para los santos, morir es nacer á la vida verdadera. Cuando para el malvado acaba todo, para ellos comienza todo. Por esto no hay materia más apropiada, en su fiesta, que contemplar su tránsito.

El que conserva hasta el fin el ejercicio de sus facultades, naturalmente no podrá menos de *echar una ojeada* sobre su *pasado*, su *presente* y su *porvenir*. Esta triple ojeada y los sentimientos que despierta en San Juan Berchmans es cabalmente lo que vamos á tomar como objeto de la presente meditación.

MEDITACIÓN

«*Estos son mis tres objetos más queridos: con ellos moriré gustoso.*» (Palabras de San Juan Berchmans.)

1.^{er} PRELUDIO. Figurémonos á nuestro santo joven en su última enfermedad. Su frente lívida refleja una alegría celestial, mientras que sus manos estre-

chan amorosamente el crucifijo, el rosario y el libro de las reglas. «Estos tres objetos me son muy caros, murmura; con ellos muero gustosísimo.»

2.º PRELUDIO. Pedir, por intercesión de San Juan Berchmans, la gracia de vivir todos los días de nuestra vida en un encendido fervor, que nos prepare para una muerte tan santa como la suya.

I. **Ojeada sobre el pasado.**—I. EJEMPLO DEL SANTO. Bien pudo San Juan Berchmans escrutar con ojo tranquilo todo el curso de su vida: su infancia, su adolescencia, su juventud; el tiempo pasado en el mundo y los años que vivió en la Religión; los empleos á que le obligaron su nacimiento y condición, y la carrera á que más tarde le impulsaron de consuno así la gracia como la libre elección de su voluntad; los años de formación y el tiempo transcurrido desde su profesión religiosa. No encuentra ningún error que retractar, ningún deslíz de que dolerse; nada perdido por culpa de una estéril ociosidad. Su vida de trabajo y de inocencia se le muestra pura y plenamente colmada. ¿Quién dirá los inefables consuelos que este examen le proporciona?

II. APLICACIÓN. Colocados como Berchmans en el borde de la tumba, ¿experimentaríamos esta misma serena y tranquila alegría? ¡Ah! ¡Cuántas faltas, tal vez, desde el primer despertar de nuestra conciencia! ¡qué ligereza en la elección de estado! ¡cuántas horas ociosas miserablemente perdidas! ¡Cómo todo esto sería para nosotros fuente de inútiles y tardíos arrepentimientos!

De hoy en adelante, seamos más cuerdos y avisados. Con el fervor de nuestra vida, veamos de recobrar el tiempo perdido. Obremos de tal suerte que nuestra mirada pueda posarse tranquila y satisfecha sobre el

incierto número de años que aún se nos conceden para que terminemos la obra de nuestra santificación.

II. Ojeada sobre el presente.—I. EJEMPLO DEL SANTO. En esta hora suprema, San Juan Berchmans no encuentra en su corazón más que un amor, el de su Dios y Salvador, porque sólo en El y por El amó á sus padres, amigos y compañeros, á los cuales dió pruebas de tan útil y verdadero afecto. El ejercicio del amor divino ocupó constantemente su alma durante su último año; y este amor no se extinguirá ahora con la muerte, sino que va á recibir su pleno coronamiento en la gloria del cielo. ¡La caridad no muere! (1) Y aquel joven moribundo complaciase por modo inefable al pensar que iba á unirse para siempre con Aquel á quien nunca cesó de amar.

II. APLICACIÓN. ¡Qué fuente de pesares, de turbaciones y aun de remordimientos si, en el momento de morir, advertimos en nuestro corazón un afecto menos noble ó desarreglado! ¡Oh, vano consuelo aquel que, después de haber empañado el candor de nuestra alma, pudiera venir á turbar la serenidad de aquellos instantes! Cada día puede ser el último de nuestra vida; nunca fomentemos, pues, en nuestro corazón más que aquellos santos afectos que reciben su perennidad del Dios eterno, de quien proceden y á quien en último término van á parar. Después de todo ¿acaso no son éstos los únicos verdaderamente exentos de egoísmo y de miras personales?

III. Ojeada sobre lo porvenir.—I. EJEMPLO DEL SANTO. Pero ¿cómo representarnos la inefable

(1) Cor. XIII, 8.

perspectiva de los horizontes infinitos que se abren ante los ojos de aquel dichoso moribundo? ¡Oh día bienaventurado del cielo! ¡Oh dulce luz que no conoce ocaso! ¡Oh primeros transportes de una alegría que no ha de interrumpirse jamás! ¡Un suspiro no más, y mi alma se lanzará en el seno de Dios! *Intra in gaudium Domini tui!* Banquete divino servido por Dios mismo (1) y á donde va á sentarse Juan en un sitio de honor.

II. APLICACIÓN. Parecido es nuestro destino... en un plazo más ó menos próximo; porque, ante la eterna recompensa, el tiempo de la prueba es más rápido que el relámpago. Parecido es nuestro destino en el plan de Dios, é idéntico su socorro, si *verdadera, seria y eficazmente* queremos la santidad como la quiso San Juan Berchmans.

COLOQUIO

Recapitulemos los ejemplos y lecciones que nos da nuestro santo joven. ¿Tan difícil cosa es marchar sobre sus huellas? Para nosotros, religiosos, nada más nos queda por hacer que lo que llevamos hecho hasta aquí. ¿Por qué dudas ni un instante siquiera? Acabemos la obra empezada. «Superiores ya al siglo y al mundo, no retardemos nuestro camino con ningún deseo de acá abajo» (2). Formemos todos el glorioso propósito de llegar á ser Santos y oírezcámoslo, mediante San Juan Berchmans, á María Inmaculada y por ella á Jesús. ¡A él sea la gloria! *Magnificat*.

(1) Luc. XII, 37.

(2) S. BEDA, Homilía 70 para la fiesta de Todos los Santos. (M., P. L., t. 94, col. 452).

ÍNDICE ANALÍTICO

- Atardecimiento**, 194-195.
- Afecciones y caridad**, 145-147.
- Afinidad con Dios**, en María y en nosotros, 11-13.
- Ángel de la Guarda**, 82-85;—de María, 86-87; triunfo de María por encima de los—, 273; gozo de los—causada por María, 275.
- Apocalipsis y María**, 257-268.
- Apóstoles confirmados en gracia**, 75.
- Asunción de la Santísima Virgen**. Demostración de la—, 227-228; honor de la—, 229-231.
- Cantar de los cantares**. Cómo se aplica á María, 282.
- Caridad**. Noción y excelencias de la, 145-147, 153-155, 159-160. En qué sentido la—está identificada con el Espíritu Santo, 147 nota;—probada con la observancia de los mandamientos, 149-150; programa de nuestra—, 149-150, 155-157; caridad y virtudes, 162-166.
- Carrera**. Elección de, 13-16.
- Celos**. Dichosos efectos de la carencia de los, 275-276.
- Ceremonias de la Iglesia**, dignas de respeto, 185-186.
- Cielo**. Utilidad de esperar en el—, 26-27; gloria y felicidad del—para María, y para nosotros, 223-226; no hay celos en el—, 275-277.
- Ciencia**. Don del Espíritu Santo, 50;—de María, 56.
- Cólera**, indicio y fuente de debilidad, 206-207.
- Confianza**, 139-143.
- Confirmación en la gracia**, vid, *Imprecabilidad*.
- Consejo**. Noción de este don, 51.
- Corredención de María**, 239, 243-244, 248-249.
- Corrupción del cuerpo**, 219-222.
- Cruz de Cristo**. Derrota victoriosa, 233.
- Demonio**, confundido por María, 222-224.
- Desaliento, desesperación**, 121, 131, 138, 207.
- Desolación**, 133-137, 214-215.
- Devoción** Actos libres de, 186.
- Dicha** del humilde, 173-174; del que sufre, 214-216.
- Dios**. Derechos supremos de—sobre nosotros, 5-7; gloria y felicidad del que se llega á El, 20; pureza de—, 211; santidad de—, 215. María y—Padre, 278-280; María y—Hijo, 280-283; María y—Espíritu Santo, 283-285.
- Dolor**, elemento de belleza moral, 214-216.
- Dolores de María**, 54-55, 203-204.

- Dones del Espíritu Santo**, 49-50;— en María, 51;— en nosotros, 51-52;— preternaturales, 53-58.
- Dulzura**. Noción, conexión con fuerza, adquisición 206-209;— en María, 208; María nuestra—, 255.
- Egoísmo**. Noción opuesta á la caridad, 157-161.
- Elección divina**. Beneficio de la, 5-7.
- Entendimiento**. Don del Espíritu Santo, 50.
- Envidia**, 276-277.
- Época**. La actual está desprovista de energía, 131 nota.
- Esperanza**. Adquisición de la, 126-127; pruebas de la—, 127-139; frutos de la—, 139-143; naturaleza y objeto de la—, 119-124; precio y utilidad de la—, 124-126.
— de María, 121, 125, 129-130; María nuestra—, 254-255.
- Espíritu Santo**. Dones del—, 49-50; María y el—, 51, 283-285.
- Eternidad** de las obras, de la dicha y de la gloria de María, 287-290.
- Evangelio**. Lugar de María en el—, 267-268.
- Fé**. Humillaciones nobles y santas de la—, 100-106; pruebas de la—, 107-110; libertad de la—, 95-96; práctica de la—, 115-118; recompensa de la—, 112-114; papel de la—, 103-104; táctica que hay que seguir para llegar más fácilmente á creer, 97-98, 106.
- Fortaleza**. Don del Espíritu Santo, 50;— virtud, noción, belleza, adquisición, 201-205.
- Gloria**, del cielo, 223-226.
- Gozo**, elemento de belleza moral, 214;— unida al dolor, 214-216.
- Gracias (actuales) medicinales**, noción de las, 64-65.
— *gratis dadas*, 58-62;— en la Virgen, 61-62;— en nosotros, 62.
— *sacramentales*, noción, 69-70;— en María, 70-71.
— *divinas*. Gratuidad de las—, 59;— dadas á los humildes, 172-173.
— *santificante* Noción, 23-32; precio, 44-45;— de los hombres, 31, 33, 35;— de Jesucristo, 32;— de María, 32-35;— y maternidad divina, paralelo, 43-48.
- Herejía**, Triunfo de María sobre la, 234-235, 270-271.
- Hiperdulia**, 12, 44.
- Historia gloriosa de María**, 268-273.
- Hombre**. Triunfo de María sobre el corazón de los, 235-237, 272.
- Humildad**. Naturaleza, caracteres, adquisición y efectos de la virtud de la, 166-174.
- Hytesia**. Amabilidad de la—, 257-258;— figurada en María, 252-253, 256-260; nacida en el calvario, 242; perseguida y probada, 259;— orando, 182-184;— respetable en sus prescripciones, 185-186; virginalmente fecunda, 259-260.
- Impecabilidad** de los Apóstoles, 74;— de Cristo, 75; de María, 74-75.
- Impureza**, fuente de corrupción y de infidelidad, 221, 231.
- Incorruptibilidad** del cuerpo de María, 219-221;— de nuestros cuerpos, 221, 231.
- Indulgencia** para la aceptación de la muerte (oración de Pio X), 58.

- Inmaculada.** Columna de la, 236 nota; noción de la—, 36-40; razón de ser de la—, 40-42; consecuencias, 42.
- Jesucristo y María,** 280-283. Acción teándrica de—, 248 nota; su gracia santificante, 32-33; su impecabilidad, 75; su mediación, 248; su muerte, 217-218; su primogenitura en Dios, 18-20; su pureza, 211; su redención, 239-240, 242, 248; — una en sí dichas y penas, 214.
- José, San.** Su penosa duda, 142; su gracia santificante, 46 nota.
- Justicia.** Noción y perfección de la, 187-191; — más perfecta, necesaria al que profesa la piedad, 189-190.
- Lealtad,** 188.
- Libertad.** Razón de ser y buen uso de la, 77-81; — de Dios y de la criatura: diferencia entre ambas, 78; — libertad del mal, por qué nos ha sido otorgada, 78-79; cómo respeta Dios nuestra —, 79.
- Macabeos.** Celo del padre de los, 182.
- Mal.** Libertad del, 78-79.
- María y Dios.** Afinidad con Dios, 11-12; maternidad divina, 8-17; primogenitura, 20-23; relaciones con la Sma. Trinidad, 10-12. Maternidad espiritual, 237-246. Omnipotencia suplicante, 173, 246-255.
- Dones y gracias de—.** Dones del Espíritu Santo, 51; dones preternaturales, 53-58; gracia santificante, 29-36; gracias actuales, 63-64; gracias gratis dadas, 61-62; gracias sacramentales, 70-71; libertad, 80; ciencia, 56-57; virtudes infu-
- sas, 49-51; Gloria de—. Belleza moral, 210-217; figura de la Iglesia, 256-260; gloria en el cielo, 222-226; gloria en la Sagrada Escritura, 261-268; en la historia, 268-273; nueva Eva, 228, 269; participe en la redención, 240, 244, 248-249; reina de los mártires, 203-204; sacerdocio de —, 242; triunfo eterno de—, 223-224; triunfo por encima de los ángeles y de los santos, 273-277; sobre el corazón de los hombres, 235-237, 272; sobre el infierno, 232-234, 290; sobre sus enemigos, 235; sobre los herejes, 234-235, 270-272; Virgen de las vírgenes, 199-201, 269 nota.
- Privilegios de—.** Asunción, 229-231; Inmaculada Concepción, 36-43; impecabilidad, 74-75; incorruptibilidad del cuerpo, 219-221; muerte, 55-56; predestinación, 24 29; virginidad, 195-201, 269 nota.
- Virtudes de—.** Caridad, 144-166; dulzura y paciencia, 205-210; esperanza, 121-122, 125, 129-132; fe, 93-118; fortaleza, 201-2 5; humildad, 168-174; prudencia, 174-180; religión, 180-187; templanza, 191-195, virginidad, 195-201, 269 nota.
- Vida de—.** Carácter propio, 13-16; progresos espirituales, 88-93; manda a Jesús, 13; muerte de—, 55-56.
- Mártires.** María reina de los, 203 204.
- Maternidad divina.** Grandeza de la, 8-17; concepción protestante, 1. — y fe, 115. — y gracia santificante, paralela, 43-48. — y gracia sacramental, 70-71. Nuestra participación a la —, 225.

- Maternidad espiritual.** Noción, demostración de la, 237-246, nuestra participación a la, 241.
- Matrimonio y virginidad,** 196-197.
- Mediación de Cristo** en el cielo, 248.
— *de María,* 246-255.
- Muerte de María,** 55-56, 145 nota, 219-221.
Nuestra —, 55, 217-219.
Aceptación de la—, 56.
— y corrupción, 219-221.
- Omnipotencia suplicante** 173, 246-255.
- Oración de los Santos:** es un eficaz auxiliar para las almas del Purgatorio, 251 nota, 250-254; — perfecta: sentimientos que contiene, 182-184; respeto por la, 185-187.
- Paciencia.** Noción, conexión con fuerza, adquisición, 205-210; — de María, 208.
- Padras.** Influyen en la gracia de los niños, 32.
- Pecado.** Libertad para cometer el —, 77-80; lucha contra el —, 75-76; desgracia de los que lo cometen, 147, 163; número de nuestros — 73-74.
- Piedad.** Don del Espíritu Santo, 49.
— *virtud,* vid. Religión.
Maneras desmañadas y repulsivas de cierta—, 192.
- Predestinación** en general, 26-27; — de María, 24-29.
- Primogenitura** de María, 20-23.
- Procesiones divinas,** 18-20.
- Progreso espiritual** de María, 88-93.
- Prójimo,** Amor del, 152-161.
- Protestantismo,** religión mutilada, 1.
- Providencia especial,** en favor de la criatura racional, 24; acción de la Providencia, combinada con nuestra acción, 82-85.
- Prudencia,** en la fe, 99, 104-106.
- Pruebas públicas** de la Iglesia, 259.
- Pureza, de Dios,** 211.
— *de María,* 211-212.
Adquisición de la—, 213; la—, fuente de incorruptibilidad y gloria, 217, 218, 221, 231.
- Purgatorio.** Poder de María y de los Santos en favor de las almas del, 251 nota.
- Reconocimiento,** hacia nuestros bienhechores espirituales, 241.
- Rectitud de intención,** alma de la prudencia, 177-179.
- Redención de Cristo,** 239, 243-244, 248, 249.
— , derrota victoriosa, 223.
- Cooperación de María a la—,** 239, 243-244, 248-249.
- Religión (virtud).** Noción, lenguaje, actos, 180-187.
- Sabiduría.** Don del Espíritu Santo, 50.
- Sacerdocio** de María, 243.
- Sacramentos.** Noción, buen uso, 70-72; los—y María, 70-72.
- Sacrificio de la cruz.** Participación que en él tuvo María, 243.
- Sagrada Escritura.** Exige fe, 261; lugar de María en la—, 256, 261-268; sentido *consecuente* de la —, 282 nota.
- Salvación.** Prendas de, 27; María nuestra salvación, 254-255.
- Santificación de la Madre** de Dios, 88-93; nuestra—, 92.
- Santísima Trinidad.** Relaciones de María con la, 10-13, 277-286.
- Santos.** Pureza de los, 213; —dichosos y probados, 213-216; —devotos de María, 236, 271; gozo de los—causada por Ma-

- ría, 276. Los—ayudan á las almas del Purgatorio, 251 nota; Triunfo de María sobre los—, 273-277.
- Sufrimientos de María**, no exentos de gozo, 214-216.
- Teándrica** (acción), 248.
- Temor**, don del Espíritu Santo, 49.
- Templanza**. Belleza, aplicaciones, 192-193.
- Veracidad y humildad**, 171-172.
- Verbo**. María aliada del. 280-283; primogenitura del—, 18-20.
- Virtudes**. Sus relaciones con la caridad, 161-166; con la humildad, 173-174.
- *infusas*, noción, 49-51.
- en María, 51; en nosotros, 51-52.

ÍNDICE DE MEDITACIONES

Tercera parte

MEDITACIONES PARA LOS SÁBADOS

	Págs.
Advertencias preliminares.	1
SECCIÓN PRIMERA	
Las gracias de María	
Sábado primero. <i>La elección de María considerada en Dios, su principio.</i>	4
» segundo. <i>La elección de María para la divina maternidad.</i>	8
» tercero. <i>La primogenitura de la Madre de Dios.</i>	17
» cuarto. <i>La predestinación de la Madre de Dios.</i>	24
» quinto. <i>La gracia santificante de la Madre de Dios.</i>	29
» sexto. <i>La Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.</i>	36
» séptimo. <i>Paralelo entre la maternidad divina y la gracia santificante.</i>	43
» octavo. <i>Las virtudes infusas y los dones de la Madre de Dios.</i>	48
» noveno. <i>Los dones preternaturales de la Madre de Dios.</i>	53
» décimo. <i>Las gracias «gratis dadas» á la Madre de Dios.</i>	58
» undécimo. <i>Las gracias actuales de la Madre de Dios.</i>	63
» duodécimo. <i>Las gracias sacramentales de la Madre de Dios.</i>	68

	Págs.
Sábado trece. <i>La impecabilidad de la Madre de Dios.</i>	72
» catorce. <i>La libertad de la Madre de Dios.</i>	77
» quince <i>El ángel custodio de la Madre de Dios.</i>	82

SECCIÓN SEGUNDA

Las virtudes de la Madre de Dios

Sábado diez y seis. <i>Progresos espirituales de la Madre de Dios.</i>	88
» diez y siete. <i>La fe de la Madre de Dios. La libertad meritoria de esta misma fe</i>	93
» diez y ocho. <i>La fe de la Madre de Dios. Las gloriosas humillaciones de esta fe.</i>	100
» diez y nueve. <i>La fe de la Madre de Dios. Las pruebas de esta fe.</i>	107
» veinte. <i>La fe de la Madre de Dios.— Triunfos de esta fe</i>	110
» veintiuno. <i>La fe de la Madre de Dios.— Práctica cotidiana de esta fe</i>	115
» veintidós. <i>La esperanza de la Madre de Dios. Naturaleza y objeto de esta esperanza</i>	119
» veintitrés. <i>La esperanza de la Madre de Dios.— Hermosura y utilidad de esta esperanza</i>	124
» veinticuatro. <i>La esperanza de la Madre de Dios: Pruebas de la esperanza.</i>	127
» veinticinco. <i>La esperanza de la Madre de Dios: Tres tentaciones contrarias á la esperanza.</i>	132
» veintiseis. <i>La esperanza de la Madre de Dios: Frutos de esta esperanza.</i>	139
» veintisiete. <i>La caridad de la Madre de Dios: Excelencia de la caridad.</i>	144
» veintiocho. <i>La caridad de la Madre de Dios: La piedra de toque de la caridad.</i>	148

	Págs.
Sábado veintinueve. <i>La caridad de la Madre de Dios para con los hombres: Dimensiones de esta caridad</i>	152
» treinta. <i>La caridad de la Madre de Dios: La caridad triunfadora del egoísmo</i>	157
» treinta y uno. <i>La caridad de la Madre de Dios: La caridad y las otras virtudes</i>	161
» treinta y dos. <i>La humildad de la Madre de Dios: Hermosura de esta humildad</i>	166
» treinta y tres. <i>La humildad de la Madre de Dios: Admirables efectos de esta humildad</i>	170
» treinta y cuatro. <i>La prudencia de la Madre de Dios</i>	174
» treinta y cinco. <i>La religión de la Madre de Dios</i>	180
» treinta y seis. <i>La justicia de la Madre de Dios</i>	187
» treinta y siete. <i>La templanza de la Madre de Dios</i>	191
» treinta y ocho. <i>La virginidad de la Madre de Dios</i>	195
» treinta y nueve. <i>La fortaleza de la Madre de Dios</i>	201
» cuarenta. <i>Mansedumbre y paciencia de la Madre de Dios</i>	205

SECCIÓN TERCERA

Las glorias de María, Madre de Dios

Sábado cuarenta y uno. <i>Belleza moral de María, Madre de Dios</i>	210
» cuarenta y dos. <i>Incorruptibilidad gloriosa del cuerpo de María</i>	217
» cuarenta y tres. <i>La gloria esencial del alma de la Madre de Dios</i>	222
» cuarenta y cuatro. <i>La gloria completa de la Madre de Dios, según el alma y según el cuerpo</i>	226

	Págs.
Sábado cuarenta y cinco. <i>Triunfo de la Madre de Dios sobre el infierno y sobre el mundo</i>	232
» cuarenta y seis. <i>La gloria de la maternidad espiritual</i>	237
» cuarenta y siete. <i>Gloria de la Omnipotencia suplicante</i>	246
» cuarenta y ocho. <i>La Madre de Dios, figura de la Iglesia</i>	256
» cuarenta y nueve. <i>Glorioso lugar de la Madre de Dios en la Sagrada Escritura</i>	261
» cincuenta. <i>Lugar glorioso que ocupa María en la historia</i>	268
» cincuenta y uno. <i>El triunfo de María por encima de los ángeles y de los santos</i>	273
» cincuenta y dos. <i>Gloriosas relaciones de la Madre de Dios con la Santísima Trinidad</i>	277
» cincuenta y tres. <i>Gloriosa eternidad del triunfo de la madre de Dios</i>	286

Festividades diversas

MEDITACIONES SOBRE EL ESPÍRITU SANTO Y ALGUNAS OTRAS FIESTAS MOVIBLES

SECCIÓN PRIMERA

Meditaciones sobre el Espíritu Santo

Advertencias preliminares.	291
------------------------------------	-----

ARTÍCULO I

Novena preparatoria á la fiesta de Pentecostés

Día primero. <i>Objeto y razón de ser de la devoción al Espíritu Santo</i>	293
» segundo. <i>La Encarnación del Verbo por el Espíritu Santo</i>	305

	Págs.
Día tercero. <i>El Espíritu Santo y el Verbo Encarnado</i>	313
» cuarto. <i>El Espíritu Santo y la Iglesia</i>	324
» quinto. <i>Habitación del Espíritu Santo en los justos</i>	332
» sexto. <i>La habitación del Espíritu Santo; admirable efecto de la gracia santificante</i>	340
» séptimo. <i>El Espíritu Santo y el cuerpo del cristiano</i>	349
» octavo. <i>La devoción del Espíritu Santo y los tiempos presentes</i>	356
» noveno. <i>El Espíritu Santo y su triple oficio con nosotros</i>	362

ARTÍCULO II

Meditaciones para la fiesta y la octava de Pentecostés

Festividad de Pentecostés. Día quincuagésimo después de Pascua.—Introducción	370
Segundo día de Pentecostés. <i>Los dones del Espíritu Santo</i>	377
Tercer día de Pentecostés. <i>Los dones del Espíritu Santo</i>	385
Día cuarto. <i>Los dones del Espíritu Santo</i>	392
» quinto. <i>Los frutos del Espíritu Santo</i>	397
» sexto. <i>Frutos del Espíritu Santo</i>	402
» séptimo. <i>Nuestros deberes para con el Espíritu Santo</i>	408

SECCIÓN SEGUNDA

Meditaciones para varias fiestas movibles

Fiesta del Patrocinio de San José.—Tercer domingo después de Pascua. Introducción.	412
La fiesta de la Ascensión. El día cuadragésimo después de Pascua.—Introducción	424
Fiesta de la Santísima Trinidad. Domingo después de Pentecostés.—Introducción	433

Fiesta del Santísimo Sacramento. Jueves, después de la fiesta de la Santísima Trinidad.—Introducción.	447
---	-----

SECCIÓN TERCERA

Meditaciones para los cinco domingos y la fiesta de San Juan Berchmans

Advertencias preliminares.	459
Primer domingo. <i>Voluntad de llegar á ser santo.</i>	462
Segundo domingo. <i>La devoción hacia la Santísima Virgen.</i>	465
Tercer domingo. <i>El sacrificio del cuerpo y de los sentidos mediante la castidad.</i>	474
Cuarto domingo. <i>El sacrificio de la voluntad.</i>	480
Quinto domingo. <i>El heroísmo cotidiano.</i>	490
Fiesta de San Juan Berchmans.	497